

# El Titán y el Bosque

---



Bel Atreides



Lectulandia

Vántar, rey de Eben, parte con su séquito y sus hijos Usha y Brahmo rumbo al sur, al reino de Dyesäar, para participar en la búsqueda de Ida, la espada legendaria que desapareció la noche en que la Dama Alayr, al frente de un grupo de guerreros de Dyesäar, cruzó la ciénaga hacia Ainöd para asaltar un campamento imperial. Allí se encuentra con el rey Mándos, su hermano espiritual, y con el contraste entre sus reinos. Inca, el joven escudero de Brahmo, encuentra la espada y con ello se ve abocado a la heroica misión que entraña tal hallazgo.

**Lectulandia**

Bel Atreides

# **El Titán y el Bosque**

ePub r1.0

Titivillus 01.12.17

Bel Atreides, 1997

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*C'est ce livre-là que j'écrirais, comme une espèce de conte de fées...*

*Alors un conte de fées...*

*Et je me voyais comme ça, debout, avec toute une foule d'enfants.*

*C'était quelque chose qui descendait sur moi (ce n'est pas que je tirais ou que j'y pensais: je n'y pensais pas du tout), mais j'étais debout et je racontais et je racontais et je racontais, et ça venait, c'était amusant comme tout!*

Mère, 29 y 31 de Mayo de 1962



## A MODO DE INTRODUCCIÓN

*Del borrador del Diario de Mándos, Tercer rey de Dyesäar.*

Soy un hijo de la historia, ¿qué derecho tengo yo a hablar de ella? También su padre, es cierto, o al menos eso se dice del monarca, cuyo dudoso privilegio es ser la causa visible de muchas mutaciones en la máscara del tiempo que llamamos historia. Pero no tengo el tiempo a mis pies, como los *Rishis*, milenarios; ni siquiera es mía una tradición vasta y antigua como la *eteria*, que afirma remontarse más allá de los recuerdos de las tres razas primordiales. Soy sólo Mándos, tercer rey de Dyesäar, señor de un pueblo adulto, no anciano, y de un reino joven. Quizás sea ésta, precisamente, la razón de que, más que ningún otro, tenga necesidad de ordenar en mi memoria el pasado, ahora que alcanzamos ese recodo del tiempo que transformará las cosas, que inaugurará el futuro. Una transformación mayor aún que las muchas mutaciones vertiginosas que he conocido a lo largo de mi vida. Mayor, pero más silenciosa. Como la llegada de la noche. Noche, sí. No soy optimista: sé que nos espera el abismo. Quizás no un abismo definitivo; yo creo en la Promesa.

Pero pasarán más de doce siglos antes de que el mundo vuelva a ser lo que ha sido. ¿Qué mundo conocerán los millares de hombres por venir, extranjeros aún, insospechados en su limbo germinal?

Y los *Rishis*, cuya edad es ya más del doble de ese periodo fijado, ¿lo conocerán realmente, o pasarán junto a él con la premura de caballos desbocados, sin ver en las nuevas sombras más que el eco de las viejas imágenes? ¿Conocer realmente? ¿Qué es «conocer realmente»? Me cerca la duda.

Doce siglos. Algo más en realidad, mil doscientos doce años, ése es el tiempo que he oído en boca de los sabios. Argumentan que la era de los Reyes Antiguos, los Vedas, duró justo esos doce siglos y doce años; que el periodo de los Viejos Imperios duró esos doce siglos y algo más; y que antes de todo eso, los años de las tres razas primeras, Enanos, Gigantes y Sumânoï, fueron cada vez mil doscientos doce. La simetría exige una nueva repetición; la historia exige simetría; pero la evolución exige simetría y algo más.

Doce siglos para la culminación de la historia, para el cumplimiento de la Promesa, para el retorno del rey Ban, el Don... En este recodo del tiempo, doce siglos parece en verdad una larga espera: han pasado cincuenta y seis años desde la partida del Don y ya hay muchos (aunque no aquí, en Dyesäar, eso es cierto) que

niegan su existencia o lo consideran sólo un mito. Y mito en ellos significa fábula, no esa verdad interior que toma muchas formas en la historia, esa gota de eternidad que cuaja el tiempo. Curioso: otros lo considera un traidor; herencia de los tiempos de Sarkón el Abominable, supongo. Otros no han oído jamás hablar de él: la ignorancia se extiende al mismo ritmo que se reduce nuestra consciencia histórica. Hace cincuenta y seis años éramos un sólo imperio milenario, hoy somos un mosaico de reinos y principados jóvenes, y aunque existe sin duda una gran promesa en estas vidas separadas, hay también, de momento, una fuerte impronta de provincialismo. Ordum, la Puerta de la Luz, éste es el nombre que resuena todavía en el vasto territorio que un día rigió Ban, eco de nuestra unidad pasada. Nosotros fuimos el imperio más unido y el más diverso y el más aislado, tres formas de grandeza. Cayó Ban y llegó Sarkón, y fuimos durante quince años un país en guerra en un mundo en guerra. Fueron los años de la Segunda Conflagración, pero... Me estoy adelantando. ¿Cómo puede comprenderse la Segunda Conflagración sin conocerse la Primera? Y ¿cómo puede explicarse la Primera sin remontarnos a esa era que está en el umbral del mito, un mito que es historia, pero una historia que acontece en un escenario inefable? Tierra, sí, pero qué Tierra; ésta misma y, sin embargo, un mundo menos denso, menos inerte y menos oscuro que éste que habitamos al borde del abismo del tiempo... O ya en el abismo del tiempo.

La Segunda Conflagración no fue en realidad una guerra de pueblos contra pueblos, sino el segundo gran asalto de lo que la estirpe de los hombres ha llamado la Guerra Delegada. ¿Delegada por quién, a quién, para qué? Han pasado cuarenta años desde la última marea de sangre y vivimos una paz fría, una guerra quieta, congelada. Creo que ha sido siempre así desde que los hombres sucedieron a las tres razas primordiales. Antes, durante el tiempo en que Enanos, Gigantes y Sumânoï gobernaron sucesivamente el Gran Norte, símbolo de su señorío del planeta, los hombres fueron poco más que animales: cuerpos fuertes y mentes débiles al servicio de una ansiedad poderosa. Tribus rapaces, siempre en guerra porque temían y anhelaban lo distinto. Se habla de los cinco pueblos humanos originales, el del Mar, el del Desierto, la Pradera, la Montaña y la Selva; cada uno de ellos tenía en común la lengua, eso es cierto, y algunas pinceladas raciales, pero su corazón y sus miembros estaban divididos en tantos fragmentos como diversas eran las formas de su miedo y de su deseo. Y, sin embargo, aquellas luchas depredadoras, debían de ser, supongo yo, ingenuas en comparación con lo que conocemos. Ya lo he dicho, peleas poco más que animales, exentas de la rabia y magnitud que llegaría más tarde, pero también de la grandeza de ideales que acabaría por traer el destino.

El Destino... Los esferistas dicen que está en los astros. En este caso tienen razón. La vida de los hombres cambió cuando Pàrthu siguió la estrella azul. No es un mito; es historia; en el mundo hay todavía diez hombres que la vieron, diez que siguieron a Pàrthu como Pàrthu siguió la estrella... hace cerca de veinticinco siglos. La estrella les condujo al Gran Norte. Un sortilegio azur en el cielo no insensible a la

existencia y los anhelos de los hombres, ¿os imagináis?, tan distinta de sus seráficas hermanas impasibles... ¿Quién no la habría seguido?

Dios, oigo ruidos en el patio de armas que me recuerdan el poco rato que podré dedicar todavía a este diario. La comitiva se prepara para recibir a Vântar, rey de Eben, y yo debo presidirla. Y, sin embargo, cuánto me gustaría recrearme ahora en aquella era, en aquel mundo, reconstruyéndolo a partir de los relatos que he leído y oído, de los recuerdos ocultos de la raza, que son los míos, apropiándome de él ahora, en este recodo del tiempo. Pero debo avanzar, no sé cuándo lograré sentarme a escribir otra vez. Y, cuando al fin pueda, si es que llega ese instante, ¿vivirá aún en mí este sentimiento que me fuerza a volverme al pasado, a ordenarlo, para hallar en él las explicaciones del porvenir y el fundamento de sus esperanzas? Debo avanzar.

¿Pero quién no la habría seguido? Acaso muchos. Incluso Pârthu tuvo que vencer enormes resistencias y supersticiones antes de llevar a su pueblo tras la estela azul del astro. Pero llegó al Gran Norte, este pueblo de la Pradera. Siglos futuros lo conocerían como el pueblo de los hiperbóreos; entonces no era sino una tribu un poco menos salvaje que las demás. Y, sin embargo, en ella estaba la semilla secreta del futuro.

A veces he intentado imaginar el Gran Norte a través de los ojos de esos nómadas. El diluvio de fuego que cayó sobre los Sumânoï arruinó su civilización, pero no la arrasó hasta los cimientos. Así como los Sumânoï encontraron las ruinas de la cultura de los Gigantes, ahogada por el diluvio de las aguas, y los Gigantes a su vez los restos de los Enanos al borde de las simas abiertas por los grandes terremotos del primer cataclismo universal, los hombres debieron de tropezar con los signos de la vida inconcebible de los Sumânoï. Aún nos turban las huellas que los hijos de la tercera de las razas dejaron esparcidas por el mundo en los tiempos de su exilio; ¿qué monumentos y misterios no quedarían exhumados en el Gran Norte tras la diáspora, y qué impresión causarían en los ojos de aquellos salvajes que no habían dormido nunca todavía más que bajo el palio azul de estrellas? Cadáveres sí, esqueletos de una civilización... pero ¿acaso no nos fascinan también los esqueletos de los dragones de antaño, o sus huevos grandes como peñas en su esperanza frustrada de vida inmensa y brutal? Y si las ruinas sumânoï les abrumaron, ¿qué sentirían aquellos hombres al hallarse frente a frente con los Vedas?

Los siete Vedas, los Grandes Señores, los Reyes Antiguos... Es curioso, nunca he logrado aprenderme la lista y debo revisarla cada vez que necesito hacerla presente. Kadír, uno de los *Rishis*, me la dictó una vez como a un niño. Aún la tengo sobre mi mesa. Dijo: *Lâun*, Señor de las piedras y metales; *Mâurtha*, Señor de los seres vivos; *Mêrkhu*, Señor de la memoria del pasado y del porvenir; *Joves*, Señor de la Materia; *Vânumar*, Señor del lenguaje de los dioses; *Sabathio*, Señor del saber oculto y místico; *Sùndamar*, Señor de las artes... y yo tomé cumplida nota. Imagino que serían Señores de todo ello y de algo más... no sé por qué nunca me fío de estas clasificaciones tan rigurosas, quizás por eso se me hurtan al recuerdo. Pero lo que



importa, lo que sí importa, es que llegaron a nosotros como siete fuentes distintas de sabiduría, que descendieron del Más Allá (y esto justifica que los llamemos dioses), y que hicieron todo lo que estuvo en sus piadosas y esplendorosas manos para salvar la Tierra. Salvar la Tierra... Tres razas nos habían precedido en el fracaso, y allá en los mundos de las esferas superiores que nos observan, genios y dioses y ángeles y ancestros debieron de compadecerse de nuestros esfuerzos terrenos por construir un mundo semejante a sus cielos fúlgidos. Esto es mito... o poesía, pero los siete Vedas son historia. Una historia de mil doscientos doce años. Lo que la estirpe humana llamamos el Primer Día.

Cada uno de los Vedas escogió por aquel entonces a tres de aquellos nómadas inefables.

Los llamaron Electos. Los instruyeron, cada uno de los Grandes Señores dándoles a beber de su particular fuente de sabiduría. Les confirieron el secreto y el don de la inmortalidad, y los hicieron príncipes de su pueblo. Pàrthu fue uno de ellos y su Señor, Sabathio, lo llamó Ilânu, el hombre-dios. Pasaron los siglos y al llegar a aquel recodo del tiempo, Vedas y hombres debieron de sentirse como yo me siento ahora, aunque con mayor grandeza: se había producido una fisura en sus vidas, sus proyectos y esperanzas estaban amenazados de muerte, y el abismo, también entonces, se abría ante ellos como la boca atroz del leviatán. Joves había cambiado, había dejado el camino de sus hermanos, había tomado tantos nuevos electos como le hacía falta para llegar a cien; en lugar de transformar la Materia, había sido transformada por la inerte, doliente, opaca Materia... y ahora era oscuro. Maurehed, Cabeza Negra, le llamaron, y él rió. Y aquí da comienzo la lucha entre Luz y Sombra, los dos Poderes primordiales, los dos Poderes extremos y, sin embargo, los dos Poderes conciliados por el hilo secreto de sus transformaciones recíprocas. Porque la Luz se había hecho Sombra, podía volver a ser Luz: por eso los seis Señores Blancos no se enfrentaron a su hermano caído, partieron, y delegaron la guerra en nosotros los hombres. A su partida la llamaron el Gran Samadhi, el Sueño de los Reyes Antiguos, y a su mundo introvertido arrastraron a Maurehed, se lo llevaron en los remolinos de sus consciencias ilimitadas, vertiginosas, hasta el núcleo inmaculado de su ser...

Acaba de entrar un escudero para advertirme de que todos me esperan, armados y a caballo, en el patio de armas. No me demoraré, pero es necesario añadir unas cuantas cosas más a estas notas, aunque sólo sea para que, cuando al fin pueda revisarlas, encuentre más ordenadas mis ideas.

Antes de partir, los Vedas describieron un destino multimilenario que debió de sonar monstruoso en los oídos de los Electos y sus hiperbóreos, a menos que... Siempre hay un «a menos que» en las historias trágicas, sólo que en este caso el «a menos que» era, según se mire, tan trágico como la historia misma. Uno de aquellos hombres, de aquellos príncipes de su pueblo y del espíritu, llegado el tiempo, debía renunciar a su inmortalidad, debía encarnar en sí todo el mal de la Tierra, la obscuridad y el dolor y la traición y la muerte y el triste deseo, y debía vencerlo

venciéndose... y no en una vida, sino retornando en cada ciclo con su terrible herida abierta hasta el día del Renacer humano. La guerra individual y secreta debía completar la guerra visible y colectiva; el sacrificio del hombre haría menos larga y oscura la pasión de la humanidad toda. Este hombre fue Ilânu, que había sido Pârthu y que desde entonces fue llamado Ban, el Don, y también el Sacrificio Peregrino.

¿Puede ser que un hombre encarne el alma del Hombre, compendie su destino, porte en su vida-símbolo la vida de todos los hombres? Eso, al menos, dicen los eterios, acaso el pueblo más sabio. Y dicen también que Ban, que fue Ilânu, que fue Pârthu, había sido antes aun Aurobântur, un príncipe del Gran Norte cuando el hombre vivía allí como señor y primogénito del Altísimo, antes incluso que las tres razas primordiales. Pero hablar de esta antigua y secreta tradición eteria nos llevaría muy, muy lejos, muy atrás en el tiempo... No es necesario ahora.

Partieron. Los Vedas partieron. Desaparecieron de la faz de la Tierra sus doce castillos magníficos y los hombres se hallaron perdidos en aquella oscuridad naciente del mundo. Y hubo una gran batalla entonces entre los Electos Blancos y los cien Electos de Maurehed, la Primera Conflagración. Y tan fríos les parecieron a los hombres los filos de sus armas que la llamaron la Guerra de las Espadas de Hielo. Del bando de Ilânu-Ban, cayeron ocho Electos; ochenta y ocho de las huestes negras. Sólo por las *Señoras* podían morir los inmortales, las armas hechas por los Reyes Antiguos para sus Electos, y aquel día fueron capturadas todas las *Señoras Negras* menos una... así que bien pudieron los Blancos considerar el resultado un triunfo, a pesar de las pérdidas.

Los ejércitos se separaron o los separó la niebla, y los pueblos se dispersaron por el mundo. Los diez Electos Blancos fueron llamados desde entonces *Rishis* y fundaron imperios. Los Negros se ocultaron. Y empezó esta fría paz, esta guerra quieta que aún dura y que despierta a veces de su letargo de volcán con estremecimientos de terremoto.

Todo esto se cuenta en los tres relatos que nos dejó Kundalón el *Rishi*, el compañero inseparable de Ban; yo no hago más que resumirlos. Pasaron mil doscientos doce años, el sello de la simetría en el tiempo amorfo, y a esta era la llamamos los hombres el Segundo Día. Con su crepúsculo, llegó la hora del sacrificio del Don. Lo que ocurrió entonces lo cuenta Libna, la Dama del Arco, en sus memorias de aquel periodo atroz. Sería absurdo repetirlo. Antes de un año, Sarkón se sentaba en el trono de Ordum, el imperio de Ban, y a través de él reinaban los Electos de Maurehed. Eteria fue sacrificada; Eben, la capital imperial, llamada desde entonces Mâurwanna, fue forzada a la degradación más vil; el Norte y el Sur y el bosque y las montañas y el desierto, que se rebelaron, recibieron los chicotazos de la ira de Sarkón, más heridas que las que puede una vida sanar. Fueron los años del nuevo imperio, quince años de terror salvaje pero también de un coraje indómito. Fueron los años que vieron nacer las siete Órdenes de los Anillos, que vieron caer uno tras otro todos los reinos y que abocaron a aquella grandiosa Segunda

Conflagración... Hace ahora cuarenta años, y yo luché y vencí junto a los héroes. Pero todo esto lo cuenta Yâra, la Dama de la Media Luna, en sus dos narraciones...

Releo el último párrafo y, más que ordenar recuerdos, parece que esté poniendo en su secuencia adecuada los libros de mi biblioteca. Es igual. En algún momento deberé volver sobre estas notas; quizás entonces estas frases mal hiladas se conviertan en una verdadera historia de Ordum. Estamos en el Tercer Día del hombre, en su quincuagésimo sexto año. Paciencia, amigo Mándos. Hay tiempo de sobras hasta el día de la Promesa.



PARTE PRIMERA

# El Titán



# I

*Estaba en lo alto de un acantilado gris, y a su alrededor el verde de la tierra encespada.*

*Veía abajo, frente a él, el mar reposar la cabeza en la orilla de una playa de enormes piedras; de pronto danzar, suavemente crispado; y ahora sentía, veía casi, que el mar tiraba de la tierra hacia adentro con las largas manos de sus corrientes internas. Se preguntaba por qué... por qué y cómo podía ser así... Y su mirada se dejaba arrastrar por la resaca del titán azul hacia la libertad de sus aguas hondas. Pero no debió viajar mucho, su mirada. Se detuvo en un triángulo que era como un estandarte acero sobre el azur. «Un tiburón», se dijo. Pero era algo más.*

*Las aguas eran azul plata, incandescente, transparentes; un cielo fundido, fluido, sobre la tierra. En ellas, en círculos potentes, nadaba un pez más grande que la mayor ballena, más terrible que el dios de la muerte, más bello y feroz que la Vida. Los antiguos lo llamaron Leviatán...*

... Pero eso Inca aún no lo sabía.

Sonó una trompeta, estridente, e Inca se sobresaltó. Despertó de pronto, apenas teniendo tiempo su memoria de rescatar el sueño visto en el espejo del alma. Había estado cabeceando sobre su caballo durante toda aquella mañana y finalmente se había dormido mientras su tronco empezaba a doblarse floja y peligrosamente hacia delante, las lujosas riendas escapaban de sus manos y los estribos huían sigilosamente de sus pies... Medio minuto más y hubiera dado con su cuerpo en el suelo.

El príncipe Brahma, su señor, reía a su lado.

—¡Has estado a punto, mi querido Inca! Bueno, no te preocupes, no hubiera permitido de ningún modo que mi paje favorito se convirtiera en el hazmerreír de todo el séquito de mi padre y rey. Pero, si no te he despertado antes, es porque había en tu rostro una expresión de tal felicidad... tal felicidad... que casi se me contagiaba al mirarte. ¿Qué soñabas, bribón? ¿Con alguna de las campesinas que dejaste en Eben suspirando por volverte a ver o con las hermosuras desconocidas que te esperan en Dyesaar y todavía no lo saben?

Inca simuló turbación ante su señor, aunque sus palabras le colmaban de un íntimo orgullo.

—Pero no, amigo mío —añadió el príncipe con el semblante repentinamente serio

—. La felicidad que te envolvía, que..., que te transmutaba, sí, te transmutaba, no era la de un corazón inquieto y unos sentidos anticipándose a su seguro placer; era una dicha serena, honda, irradiante... la de aquel que ha encontrado algo mucho, mucho tiempo perdido: un amigo... un tesoro... No: la razón primera de su ser.

Inca volvió los ojos hacia su amo, pero él miraba lejos, muy lejos. Nunca le había oído hablar así antes y sus palabras le perturbaron ahora real, profundamente. En su jovencísimo rostro, ni de hombre ni de mujer, como si la Naturaleza no se hubiese decidido todavía a acabar de hacer de él una cosa u otra, apareció una huella antigua, una expresión extraña y fascinante que él percibió con temor, casi aterrorizado, y que cuando aquel momento pasara quedaría ya para siempre en él, a su alrededor, en forma de ese halo mágico que el sabio percibe y comprende, y el ignorante evita sin saber por qué.

Acababan de pisar la frontera Norte de Dyesäär. Inca era ya otro.

La trompeta de vanguardia volvió a sonar y su estridor llenó el aire. Un recio alférez del regimiento real galopó hacia la carroza del monarca llevando junto a su caballo, cogido de la brida, el pura sangre del rey, negro, ricamente enjaezado y sin jinete. En la distancia se veían ya brillar las puntas de las lanzas de la comitiva de Dyesäär.

—Señor —la cabeza del oficial asomó por una de las ventanas de la carroza y se encontró con el rostro sonriente de la princesa Usha que, con un gesto, le indicó a su padre adormecido frente a ella.

El oficial le devolvió la sonrisa y en un tono más marcial repitió:

—¡Mi señor!

El rey despertó de golpe, con un divertido salto de su cuerpo, sus brazos y piernas electrizados, como si fueran a salirse de sus junturas. Miró al oficial con sorpresa.

—Señor, el rey de Dyesäär viene a vuestro encuentro. Me pedisteis que os avisase.

Queríais recibirlo a caballo.

—Por supuesto, por supuesto —respondió el rey.

Se decidió por fin a abandonar su modorra, descendió de la carroza y puso su pie izquierdo en el estribo de su montura. Usha, la rubia, la alegre, la bella Usha, se lo sostuvo y él sonrió a su hija, a su princesa. Sonrió tratando de disimular una melancólica amargura que pujó por emerger a su rostro. Tuvo un temor entonces o descubrió entonces que un temor lo asolaba.

Temió hallar sobre el corcel que hacía tanto tiempo ya que no montaba, un prodigio de nerviosa hermosura, al guerrero que hacía tanto tiempo ya que no era. Temió los silenciosos reproches de aquel guerrero. Temió el futuro, el lento declive hasta el fosal, sin la compañía de aquel guerrero.

Pero Usha sonreía y él no quiso adivinar que, además, Usha sabía detrás de su sonrisa lo que turbaba a su padre. Y el séquito de sesenta y cuatro jinetes de la guardia real, resplandecientes, bajo el mando del príncipe Brahma, heredero del trono

de Eben, gritaba tres hurras por su rey. Subió al caballo y cogió las riendas con firmeza, fingida, atiesando el cuerpo, engallando al animal; y espoleándolo al tiempo que tensaba las bridas, galopó elegante, diestra, suavemente hasta la cabeza del cortejo.

—Mira cómo monta al viento, al tigre, al huracán —oyó, al cruzar las filas formadas de sus jinetes, que un soldado novel susurraba admirado al oído de su sargento. Pero él era consciente de que montaba la Noche... fría, vacía, fatal.

Miró hacia atrás, no con sus ojos sino con su memoria. ¡Qué lejos le pareció Eben, su reino! Nueva era la melancolía, la inquietud. Había empezado justo al pisar las tierras de Dyesäar... ¿Por qué? ¿Era ésta la razón de que hubiese tardado tanto tiempo, más de veinte años, en decidirse a aceptar la invitación del rey del Sur? ¿Era ésta la razón de que en más de cuarenta años no hubiese abandonado nunca su reino? Oh, allí todo era tan brillante, claro, razonable, simétricamente hermoso. Había costado, sí, había costado mucho esfuerzo hacer de los despojos que él recibió una ciudad, un reino; había costado fijar sus fronteras contra los nómadas que irrumpieron a través de los montes occidentales en aquellos tiempos primeros de su reinado; había costado someter a los clanes violentos de Koría, a las tribus ariscas del desierto, enardecidos unos y enfervorizadas otras en su ansia ancestral de luchar cuando las Órdenes de los Anillos abandonaron aquellas regiones. Había costado afirmar el trono contra los envidiosos, los ofendidos; hacer renacer el arte y el pensamiento y la armonía... Pero todo se había logrado en el espacio de doce años, ¡doce! ¡Doce! *Titán* le llamaron entonces sus soldados, sus súbditos, y él lo aceptó.

Por delante, apenas diez tiros de arco hasta el rey de Dyesäar. Por detrás... ¿cuántos tiros, cuántas flechas serían necesarias para alcanzar de nuevo Eben, esa presa inmóvil en la invisible selva de la distancia? Habían hecho el viaje lenta, alegremente, en setenta días; atravesando la calzada real hacia el Sur y deteniéndose en muchas aldeas y fincas de nobles ebénidas; cruzando luego la zona de grandes bosques con guías expertos de la región, como si se tratase de un juego, gozando del cantar de las aves y bañándose en las fuentes en las noches calurosas, pero rodeados de un anillo de cazadores para mantener a distancia a las grandes fieras; después las vastas llanuras fértiles hasta tierras de Ishkáin, que de pronto se quiebran en una monumental falla del terreno abriéndose a valles afelpados de una hermosura inconcebible, bajo un cielo azul y de invisible oro. Desde allí no marcharon directamente hacia la bahía de Dyesäar, sino desviándose ligeramente hacia el Oeste para gozar de la región que llaman el *Jardín de los Lagos*, donde montañas altivas, grises o verdes o del color del ámbar bajo el sol, se espejan en la quietud de aguas mansas y antiguas. Por último, al Suroeste de la región de los lagos, bebieron de las aguas de la fuente de Ir, entre las siete colinas que marcan el límite Norte de la frontera del Nuevo Reino de Dyesäar, y Usha soñó que allí se alzaba una ciudad a la que todo el Sur se sometía.

Acompañado por sus dos hijos, con los quehaceres del trono confiados a la mano

tierna y firme de su reina, la Dama Esha de los confines del desierto, que siempre renueva la sangre ebénida con el ardor y la magia cambiante de las arenas, el viaje había sido un gozo verdadero. No podía ni quería negarlo. Y la expectativa de la peregrinación que cada cuatro años se realizaba en Dyesäär en busca de la Espada Perdida desde que un vidente profetizara que Ida, la *Señora*, sería hallada en vida del actual rey del Sur, le divertía; pero aun así, no habría emprendido el viaje si no lo hubiese empujado Dama Esha, quien pensaba que el joven heredero del trono meridional, el sobrino del rey, era el destino idóneo para Usha.

¿Le divertía? ¿La peregrinación le divertía? El rey de Eben se reprochó este pensamiento.

En otro tiempo jamás lo hubiera tenido, jamás se le hubiera ocurrido pensar que buscar a Ida podía ser motivo de diversión. Ida, la espada de Kûrbion, uno de los ocho *Rishis* caídos en la Primera Conflagración; la espada que halló el príncipe Tâuron, su legendario antepasado, y depositó a los pies de Ban, Rey de reyes; Ida, la espada con la que Dama Alayr venció a Krissa, la reina-maga, y que más tarde la abandonó... cuando la dormida voluntad de su acero despertó y decidió en el Tiempo informe un destino. Ida, la Espada Perdida, la *Señora* añorada, la leyenda cantada, la esperanza oculta de una era que empezaba ya a no ser heroica. No, no debía ser un motivo de diversión buscarla, sino de veneración el mero hecho de pensar en ella. Así lo habría sido, al menos, para los héroes de antaño. Pero aquellos semidioses que cabalaron por las tierras de Ordum cuarenta años atrás con el grito de la muerte y la espada de la Vida, rayos demasiado poderosos quizás para las miradas mortales pero grabados para siempre en la memoria de los árboles y los ríos y las piedras y los montes, ¿dónde estaban? ¿Dónde, dónde estaban?

—Allí, mi señor —exclamó el alférez junto a él señalando la comitiva real de Dyesäär—. Ved cómo elevan las lanzas.

Y el rey miró a su oficial con asombro, como si de sus palabras se hubiese servido una extraña voluntad para perturbarlo con un guiño sutil. Sí, allí estaban, dos veces veinticuatro hombres de armaduras plateadas y envueltos en capas azules... envueltos en la atmósfera de los héroes de antaño. Uno de ellos se adelantó sobre su caballo de nervioso blanco, el de estampa más noble, el que no cubría su cabeza con yelmo resplandeciente sino que dejaba volar su cabellera castaña al viento, ceñidas sus sienes por una banda de oro macizo en la que brillaba una sola joya, un rubí estrella.

—¿Quién es, padre?

El príncipe Brahmo se había colocado a la derecha del rey y contemplaba fascinado a los caballeros del Sur.

—Demasiado joven para ser el rey; demasiado maduro para ser su sobrino.

Estaba cerca ya, a medio tiro de arco, y sus ojos grandes de intenso azul hendían el aire como haces de luz concentrada. Galopaba rítmica, lenta, suavemente; derecho e inmóvil sobre su montura, hecho uno con su corcel. Parecía emerger al hoy desde el pasado, trayendo al presente un resplandor extinguido. Alzó la mano izquierda en



señal de bienvenida. Y Vântar, rey de Eben, lo reconoció al fin... y no daba crédito a sus ojos.

—¡Mándos! —exclamó—. ¡Mándos, hermano!, pero... ¿eres tú?

—Yo soy, Vântar, hermano.

—Pero... ¡Por los Cielos y los Abismos! ¿No pasa el tiempo para ti? ¿Es que no pasa el tiempo en Dyesäär? Si es así, he sido un tonto y un fatuo y un ignorante imperdonable por no haber venido antes a visitarte y haber descubierto este portentoso secreto. ¿O es que recuerdo mal tu edad y no eras casi veinte años mayor que yo, sino veinte más joven? Nadie te pondría más de cuarenta años.

—Soy dieciséis años mayor que tú, Vântar, y tenía ya treinta y seis cuando la batalla de los Campos de Amhor y la conquista de la capital. Si hubiese tenido veinte años menos que tú, hermano, habría sido el capitán más joven que cabalgara jamás al frente de las huestes de Dyesäär, pues no hubiera tenido cumplido ni mi primer año de vida. ¿Tenéis guerreros tan jóvenes en Eben?

—No —respondió Vântar con una amplia sonrisa—; no, al menos, que yo lo sepa. Aunque, pensándolo bien, la única razón de que no sea así es porque no se le ha ocurrido a la Dama Esha.

Brahmo sonrió para sus adentros al oír hablar de su madre en tales términos.

—Lamento que no haya venido —repuso Mándos—. No tengo la dicha de conocerla. Admiré mucho, muchísimo, a su hermana Yâra y hubiera sido un gozo inmerecido volver a encontrar en esta vida algo tan próximo a ella... un rasgo en un rostro, una huella sutil en su atmósfera, un corazón que bate aquella misma sangre ardiente e inquieta. De Yâra... no habréis sabido nada, supongo.

El rostro de Vântar se ensombreció.

—No. Yâra partió para las montañas en seguimiento de Alayr el mismo amanecer que sucedió a la toma de la capital. Hace cuarenta años. Nadie ha vuelto a saber nada ni de una ni de otra. Esha llegó a Eben quince años después. Noticias de las hazañas de su hermana habían llegado a los confines del desierto y quería conocerla, pues cuando a Yâra la raptaron los traficantes de esclavos que más tarde la venderían a Sarkón, Esha tenía sólo dos años. A su hermana la admiraba de lejos, a la brillante desconocida. Y prendió en ella el deseo *de ofrecerse como una alfombra a sus pies*, tal como dicen las gentes de las arenas. Así nos encontramos, un aprendiz de rey y una extraviada princesa. La ayudé en su anhelo enviando exploradores y mensajeros aquí y allá, pero Yâra no apareció... y Esha no volvió a los ardores del sol oriental.

—Y el Poeta hiló su historia confundiendo medios con fines, intrincando los caminos.

—Sí —respondió Vântar—. El Tejedor del Destino.

La pequeña tropa que acompañaba a Mándos se aproximaba ya. Uno de los jinetes, que sólo se distinguía del resto por una pequeña insignia dorada junto a su hombro izquierdo, sopló su caracola y las dos filas evolucionaron formando un amplio frente que se detuvo a corta distancia de los dos reyes. El caballero al mando

se acercó al Señor de Dyesäär y se quitó el yelmo de plata liberando una larga cabellera rubia, ígnea, y revelando un rostro hermoso de labios finos y ojos verdes.

—Éste es Arabínder —dijo Mándos dirigiéndose a Vântar—, hijo de mi hermano Bran y heredero del trono de Dyesäär. Arabínder, este es mi hermano Vântar, rey de Eben.

Arabínder contempló al rey del Norte con ojos sabios y penetrantes. En cualquier otro príncipe, monarca o caballero aquella mirada habría sido insolente; viniendo de él era un don, pero era también un poder irresistible, casi atroz. Arabínder, consciente del efecto que sus ojos empezaban a causar en el recién llegado, saltó de su montura y se apresuró a besar la mano de Vântar.

—Señor...

Vântar se turbó.

—Oh no, no —exclamó—..., príncipe, por favor, volved a montar vuestro caballo; por favor...

Arabínder obedeció. Más sereno, Vântar se dirigió al rey del Sur:

—Mándos, permíteme que yo también te presente a mi heredero —dijo señalando con su mano derecha a su hijo—. Éste es Brahma, el príncipe Brahma Shirsha, hijo de Vântar, hijo de Esha.

Brahma temió tener que verse obligado a saltar del caballo y besar la mano del Señor de Dyesäär, porque este gesto habría resultado poco espontáneo en él y se hubiera visto forzado y torpe. Pero ya Mándos se acercaba a él y le estrechaba con fuerza el antebrazo.

—Bienvenido, Brahma, a las tierras del Sur —le saludó—. Que en ellas encuentres sabiduría y felicidad.

—Así será sin duda, mi señor —respondió el joven príncipe.

La mirada del Señor del Sur era envolvente, poderosa pero amable, y se entretuvo en el príncipe ebénida un instante más allá del fin de las palabras, en ese silencio que empieza a ser turbador. Pero enseguida, dirigiéndose a Vântar, comentó con una sonrisa:

—Mi anhelo ha sido satisfecho, hermano. Nunca había visto tal parecido entre dos seres como el que descubro entre tu hijo y la Yâra de mis recuerdos. Estos grandes ojos negros, esta piel, este pelo lacio y oscuro son los suyos. ¡Cómo, cómo me la recuerda!

Vântar se inquietó visiblemente y Brahma, que sonrió orgulloso ante las palabras del rey de Dyesäär pensando que no se le podía haber tributado un cumplido mejor que señalando aquella semejanza con su admirada tía, una de las grandes heroínas de la Segunda Conflagración, se extrañó de la agitación de su padre.

Pero ahora los ojos de Mándos tropezaron con el rostro de Inca, el pequeño paje, sobre un palafren tordo algo más atrás que su amo. Sus facciones suaves, sus labios finos de simpática ironía, sus ojos negros, su tez ligeramente morena, su melena lacia y castaña le llamaron extrañamente la atención. Hechizado, el zagal contemplaba la

cimera del yelmo de Arabínder, el leviatán de plata, y descubría en él al titán marino de su sueño. Una idea cruzó fugaz como un cometa la mente del rey del Sur; un rostro se sobrepuso de pronto al rostro del muchacho... y pasó. Y Mándos se vio obligado a atender de nuevo a la voz de su huésped.

—Ésta —oyó que decía ahora Vântar señalando con su izquierda a la joven que acababa de colocarse a sus pies, junto a su estribo— es mi hija, la princesa Usha, Usha May.

Y lo decía dirigiéndose no tanto a Mándos como a Arabínder, observando atentamente el rostro del joven caballero. Usha miró al príncipe a los ojos, con azul de ternura y admiración.

Arabínder miró a través de Usha May, con ojos de verde incierto y esquivo.

Las dos comitivas se unieron formando un fraterno cortejo. Armaduras de plata y de bruñido azul, armas brillantes, vibrantes grímpolas, cimera fragantes bajo el sol, corceles soberbios... esta encarnación de la Fuerza cruzó los campos no para batallar, sino para hermostrarlos. Delante, los muros del antiguo Señorío de Dyesäär, no ya una defensa, sino un monumento al pasado. A su derecha había desaparecido la Gran Ciénaga de Kï y el Bínöd corría a través de tierras enjardinadas, y cruzaba la ciudad de Astryantar, la *Portadora de Estrellas*, la ciudad fundada por Ìleh I treinta años atrás. Olía a Verano, a flores y a campo, y el calor era clemente. Y golondrinas azules flordelisaban los cielos.



## II

La ceremonia oficial de bienvenida transcurrió en los jardines del castillo de Dyesäär; bella, sin duda, pero más íntima que fastuosa. Delante de sus nobles, Mándos había saludado a sus ilustres huéspedes diciendo: «Os recibo como a hermanos, no como a una familia real extranjera». Y eso había hecho de la fiesta el reencuentro de viejos amigos, el disfrute de suave vino y música suave, el gozo de la luz entre entrañable y épica de las antorchas y las velas bajo un cielo estrellado, junto a un mar tenuemente iluminado por un fragmento de luna, la dicha de amables conversaciones sobre lo que era y lo que fue y las esperanzas de los días futuros, el escuchar introvertido de viejos o nuevos cantares, o de la brisa que viene del mar con el grito invisible de la gaviota que, arrullada por las aguas, se sueña despierta y cazadora. Fastos innecesarios brillaban por su ausencia. La comida era agradable y su presentación hermosa, pero ni sofisticada ni excesiva. Los nobles de Dyesäär bebían con una moderación que en Eben habría parecido ascetismo y tenían todos ellos un porte regio y sereno. Vestían ropas elegantes, pero no lujosas, y daba la impresión de que cada color expresaba una íntima cualidad de aquel que lo había elegido para vestirlo. Eran ropas propias de la corte, pero parecían pensadas para damas, para varones, que en cualquier momento debieran poder entrar en combate sin ser estorbados por ellas. Entre sus cortesanos, Mándos se distinguía no por algún signo externo, sino por un carisma especial, incomparable: Mándos era una efigie de concentrada fuerza y sabiduría.

Bran, virrey del Bajo Sur, vivía demasiado lejos, en el límite de la Marca Meridional, para venir a saludar al monarca ebénida. Le hubiera gustado hacerlo, sin duda, pues estaba emparentado lejanamente con Vântar a través de su mujer y, por otra parte, recordaba con gozo ilimitado los años heroicos en los que él y su hermano Mándos lucharon junto al Titán en tierras del Norte para dotar al joven reino de Eben de fronteras seguras. Así ocurrió durante los ocho años que siguieron a la caída del nuevo imperio; mientras el rey Ìlahur de Dyesäär e Ìleh, su primogénito y heredero, extendían las posesiones del reino meridional por el Este hasta el río Omón y por el Sur más allá del delta del Deva, sus dos hijos menores reforzaban las huestes ebénidas para limpiar Ordum de las tribus bárbaras que llegaban del Oeste a través de las montañas y caían como buitres sobre los despojos del fragmentado imperio. De este modo, Dyesäär se libraba de la amenaza de incursiones hostiles desde el Norte y, por otro lado, el común esfuerzo bélico recordaba a los dos reinos su pasada unidad,

su hermandad presente y el ideal de su futura reunificación. La muerte del rey Ìlahur acabó con este estado de cosas: en el mismo pliegue del Tiempo que contenía la última batalla contra la república corsaria de Pánchala y su caída definitiva, la Cierta había ocultado una flecha y un veneno para el Señor de Dyesäär.

Empenachado de negro, el proyectil cruzó la niebla que atenebraba Cabo Azul, donde el rey y sus tropas acababan de desembarcar, disparado por mano anónima. Tres gotas feroces lo emponzoñaban. La vida de Ìlahur, primer rey de Dyesäär y favorito de las Órdenes de los Anillos, no costó más que esas tres gotas feroces. Su mano no blandió la espada antigua aquel día de niebla y de victoria, pero su cuerpo frío e inmóvil fue el fervor de sus guerreros y su alma liberada, un líder infalible por los caminos de la Fuerza. Ìleh fue inmediatamente aclamado rey por su pueblo en armas; e Ìleh rey llamó enseguida a sus hermanos a su lado. Eben debió culminar sola su labor de pacificación, sin la ayuda de los príncipes meridionales; y Dyesäär siguió avanzando imparable hacia el Sur, más allá de Cabo Espina, hasta Cabo Negro, hasta las tierras que los pueblos del Mar llaman Kälkalon y los cronistas Extramundi, pues allí el mar de Lyra se abre a un océano que le parece infinito a la mirada limitada del mortal. Bran, pues, se contentó con enviar un mensaje de salutación y bienvenida a Vântar desde Kälustra, la *Estrella del Fin*, la amurallada capital del Bajo Sur; pero de sus muchos hijos e hijas (tenía doce y seis, y se quejaba de que por la incuria de sus hermanos mayores el destino le había obligado a él a traer a este mundo no sólo los propios, sino también los que en justicia debieran haber engendrado ellos) dos vivían en el Alto Sur, junto a su tío y rey, y asistieron a la ceremonia. Arabínder lo hizo muy brevemente. Llegó cuando hacía ya casi dos horas que había empezado la fiesta, saludó cortésmente al príncipe Brahmo y a la princesa Usha, y se acercó al rey Vântar para presentarle a su hermano. Pradib, el primogénito de su Casa, no se parecía a Arabínder. Era algo más bajo que aquél pero de cuerpo más recio, tez morena, cabellos negros, ojos oscuros y un espeso bigote como el de los guerreros del pueblo de su madre, descendiente como Vântar del legendario Tâuron, que gobernó en tiempos de Ban uno de los principados selváticos del Bajo Sur. Pradib era el gobernador de Astryantar y el fundador de lo que años futuros conocerían como la Orden de los Atletas del Sur.

—Llegáis tarde a la fiesta, príncipe Arabínder —comenzó Vântar cariñosamente—, y sabéis haceros desear. Los jóvenes de Eben... —pero de pronto titubeó; tuvo la desagradable impresión, al contemplarlo, de no estar diciendo más que tonterías.

Arabínder, como si mirase no hacia él sino a través de él, ya le interrumpía.

—Perdonad, majestad, son días de mucho trabajo y no me he librado del mío hasta hace unos instantes. Debo protegerme de mi tío, que lo haría todo muy a gusto y acabaría por convertirme en un inútil.

Y viendo la cara de extrañeza de Vântar al oír sus palabras, añadió:

—Hablo en broma, por supuesto. Mi tío toleraría cualquier cosa menos un inútil a su lado, pero su energía es tanta que todas las tareas del reino parecen pocas para

tenerlo ocupado.

—¿Y vos, príncipe Pradib, estáis tan atareado como vuestro hermano? —le sonrió Vântar Pradib le devolvió la sonrisa, una sonrisa tan tierna y tan serena que contrastaba con lo cortésmente distante de la actitud de su hermano menor.

—Mi hermano Arabínder es una flecha, quiere alcanzar el centro del blanco y hacerlo pronto. Yo soy la piedra arrojada por una catapulta, lenta y voluminosa, y mi tendencia es cubrir el blanco entero.

Vântar rió con ganas.

—*Mujeres que nunca dicen ni Sí ni No, hombres que jamás se comprometen y que con enigmas evitan dejarse atar por una respuesta.* Esto es lo que se dice en el Norte de los habitantes de Extramundi, pero vuestra madre nació en Eben y en ella vivió hasta que Bran se la llevó al Sur. Debió liberarse allí de una costumbre tan incómoda para el interlocutor.

—Mi señor —respondió Pradib también riendo—, habéis hablado como un hombre del Norte.

También vos sois un hijo del lejano Sur.

—Sí —respondió Vântar sorprendiéndose un instante y recuperando su aplomo enseguida—, pero además soy rey de Eben. Estoy obligado a dar respuestas concretas.

—¡Ah! —repuso Pradib con tierna insolencia—. Observando a mi tío y a mi señor padre, el virrey, había llegado a pensar que eran precisamente los monarcas los maestros en no dejarse atar jamás por una respuesta.

Vântar estalló en carcajadas.

—Venid, Pradib. Dedicadme unos instantes. Sois el portador del elixir que necesito esta noche, el buen humor. Bebed conmigo en esa terraza, sobre la orilla del mar, y habladme de Astryantar y de vuestros atletas.

Vântar se llevó al príncipe Pradib dejando a Arabínder con sus hijos. Pensó que Brahma entendería sus razones tácticas y que pronto se retiraría él también facilitando la intimidad entre Usha y el heredero del trono del Sur. Pero Arabínder permaneció unos instantes silencioso, como si se hallase solo, en expectativa de algo. De pronto, su mirada se dirigió a una estrada que desembocaba entre altos y espesos setos por la que llegaban en aquel momento siete jóvenes guerreras. Alcanzaban el jardín por el sendero que ascendía desde la playa, vestían túnicas y pantalones rojos, cinturón dorado y capa blanca y corta; recogían sus cabelleras en largas trenzas y su mirada era sabia y penetrante, distante y extraña. En el pecho tenían bordada en oro una insignia desconocida: una flor de lis sobre una montaña, bajo un arco de cinco estrellas. Brahma reconoció en ella el dibujo del estandarte que le había llamado la atención aquel mediodía cuando, acompañada por los caballeros del Sur, la comitiva real de Eben alcanzó el castillo de Dyesaar. Un grupo de entre treinta y cuarenta caballeros y Amazonas llegaba también a aquella hora a la fortaleza, aunque por la calzada del Oeste, y entraba en ella por otra puerta. Banderas iguales a las que

aquéllos portaban los recibieron tremolando en la muralla y las caracolas de los centinelas los saludaron con un largo y poderoso *Om*.

Arabínder hizo ademán de alejarse. Brahmo miró furtivamente a Usha y descubrió en su rostro una huella de decepción. Hizo lo posible por retener al príncipe.

—Arabínder, por favor —dijo familiarmente, abandonando las fórmulas corteses —... Usha y yo estamos muy interesados en conocer los detalles de esa peregrinación. ¿Quieres creer que hasta hoy nadie nos ha explicado en qué consiste exactamente?

Arabínder condescendió a permanecer unos momentos con los príncipes ebénidas, pero no perdió de vista un instante al grupo de siete guerreras, que se hallaban ahora junto a Mándos entregándole un cofre de hermosa madera guarnecido de bronce. Su voz, aunque amable, no ocultó que tenía cosas mucho más importantes que hacer que perder el tiempo en trivialidades.

—¿Has oído hablar de la Leyenda, Brahmo —dijo aceptando el trato familiar—, de Ida, la *Señora*? Pero, perdona —añadió enseguida interrumpiendo la cariñosa protesta del príncipe—, por supuesto que has oído hablar de ella; eres un descendiente de Tâuron. La espada desapareció hace ahora cuarenta años, la noche en que la Dama Alayr, al frente de un grupo de guerreros de Dyesäar, cruzó la ciénaga hacia el Aínöd para asaltar un campamento imperial en los Túrpan.

Unos dicen que la *Señora* se perdió, otros decimos que *encontró su lecho*. Los que dicen que se perdió la buscan; los que decimos que *encontró su lecho* intentamos que esa búsqueda no dé lugar al caos, al fraude y a la violencia y... quién sabe, que dé de sí los mejores frutos posibles.

Hace veinte años, un vidente de las tierras conquistadas profetizó la muerte de mi tío Ìleh, entonces rey, y el hallazgo de la Espada Perdida durante el reinado de mi señor Mándos. Al morir el rey, hubo una auténtica invasión en Dyesäar de guerreros y gentes de todas partes que venían a rendir honores al nuevo monarca y, además, como quien no quiere la cosa, a recorrer la ciénaga de Gal Áinödi, por si la *Señora* de las espadas tenía a bien mostrárseles. Algunos se perdieron y fueron hallados, otros murieron allí. Prohibir estas excursiones hubiera excitado aun más los ánimos y la voluntad de los buscadores, habría dado lugar a murmuraciones contra mi tío y, seguramente, a violencias innecesarias; de modo que el señor Mándos decidió organizar la búsqueda en forma de romería anual presidida por él mismo y conducida por nuestros guerreros.

Después el periodo se dilató a cada cuatro años. No creo que la *Señora* sea hallada, si he de decirte la verdad; pero admiro la inteligencia de mi tío, que ha convertido aquel caos absurdo de los primeros tiempos en un modo de hacer comulgar a gentes de muchos países y condiciones con lo mágico y lo místico y lo profundo de tradiciones que, desafortunadamente, empiezan a ser olvidadas.

Las siete guerreras se dirigieron ahora a Vântar y lo saludaron respetuosamente.

Cruzaron algunas palabras con él y con Pradib y se dispusieron a abandonar el jardín del castillo por la senda de la playa. La impaciencia de Arabínder creció. Considerando que ya había hablado mucho más de lo que era su costumbre y que no se le podría reprochar falta de cortesía, se despidió.

—Y ahora, perdonadme. Hay... cuestiones urgentes que no puedo dejar de lado. Hasta pronto.

Partió sin atender a ninguna respuesta y se apresuró para unirse al grupo de mujeres en el camino que salía del jardín. La decepción de Usha fue profunda y Brahma la contempló en silencio. En aquel instante, Inca, vestido con la librea de la Casa Real de Eben, verde y con el baniano rojo de Ban, se acercó a ellos ofreciéndoles copas de plata hermosamente labradas, llenas de un vino afrutado.

—Mi señor —le dijo a Brahma—, el príncipe Pradib me ruega que os unáis a él y a mi señor Vântar en la terracita sobre la bahía.

—Gracias, Inca —respondió tomando las dos copas y entregándole una a su hermana.

Cogió de la mano a Usha y se dirigió con ella hacia el lugar donde Pradib conversaba animadamente con su padre, pero enseguida se volvió como inspirado por una idea que hubiese dado de pronto en el blanco de su corazón y que su mente captase sólo a medida que la expresaba.

—Inca, estate preparado. Quiero que me acompañes en la romería pasado mañana.

—¿Yo, señor?

—Eres mi paje y mi escudero, ¿no? Supongo que un príncipe puede hacerse acompañar por su escudero en una excursión como ésta, especialmente si debe cruzar un lamedal.

Y volviéndose nuevamente, extrañándose y arrepintiéndose al mismo tiempo de sus palabras, continuó junto a su hermana hasta la terraza a la que habían sido llamados, mientras Inca se dirigía con nuevas copas al grupo en torno al rey Mándos.

—Príncipes —sonrió Pradib a los dos hermanos—, me he permitido llamaros porque estaba seguro de que Arabínder no tardaría mucho en alejarse. No se lo reprochéis. Ya os lo he dicho antes: es una flecha disparada justo al corazón de las cosas. Un joven admirable. Más parecido a nuestro tío Ìleh que a nuestro propio padre y quizás por ello, además de por sus propias virtudes, tan querido por el señor Mándos.

—Pero da la sensación —respondió la princesa Usha— de que sea alguien... sí, un ser de otro mundo, para el que las cosas... las cosas corrientes de la vida no tengan ninguna importancia o sean, incluso, un contratiempo.

Pradib rió con ganas.

—Habéis acertado plenamente, mi princesa, y os habéis equivocado totalmente. Todo depende de lo que queráis entender por «mundo» y significar con «cosas corrientes de la vida».



Vântar sonrió.

—¿Volvéis a vuestros ambages, príncipe?

—No, no —respondió Pradib—. Permitidme que os lo explique. Para Arabínder sólo existe una cosa, un centro, eso que nuestros sabios empiezan a llamar ahora, recurriendo al *dévico* antiguo, el *Sanatana Dharma*, el Ideal Eterno. En lo que decís tenéis razón, princesa, porque el mundo presente y las «cosas corrientes de su vida» parecen hacerse cada vez más incapaces de dar cobijo a ese Ideal. Por eso Arabínder os sugiere una figura del pasado, de la leyenda, como ya le ocurría a Ìleh en tiempos mucho más heroicos e ideales que los nuestros.

—Y como le ocurre a Mándos ahora —añadió Vântar poniéndose de pronto serio.

—Pero no tenéis razón, princesa —continuó Pradib—, porque el mundo al que pertenecen Ìleh y Mándos y Arabínder es el mundo eterno, el mundo real, el mundo que hay que infundir en las «cosas corrientes» de esta vida, descartando unas y transformando otras, para que este mundo, este mundo nuestro, no se aleje tanto del verdadero que haga falta otra vez la danza de Kali, recordándole con fuego y terror y sangre el camino trazado para él por la voluntad del Altísimo.

En el pequeño grupo reinó el silencio durante unos instantes. Llegó la música de un arpa y la voz de una mujer que cantaba versos antiguos. El mar era un cuenco de vino bajo la luna, hechizante y undoso. Grandes barcas de pesca cruzaban la bahía deslizándose sobre el riel de la luna, enmarándose; la aurora las saludaría en aguas profundas, donde el hombre de mar labora entre dos eternos azules.

—Y vos, príncipe —dijo por fin Usha—, ¿no pertenecéis vos a ese mundo?

Pradib sonrió con los ojos bajo sus pobladas cejas negras.

—Sí y no, mi dama. Pertenezco a ese mundo porque soy sobrino de quien soy y vivo donde vivo. Pero hay personalidades, como Arabínder, cuya alma, cuya consciencia, vida, corazón, incluso cuerpo, están hechos de la misma materia y textura de ese mundo eterno. Dyesäär necesita ahora reyes como ellos, flechas arrojadas al mismo centro de las cosas, hazañas que hagan realidad el ideal señalado al reino por las Órdenes de los Anillos y los *Rishis* y los héroes.

Ya llegará el tiempo de reyes como nosotros —continuó melancólicamente, empujado por sus pensamientos y sin darse cuenta de con quién hablaba—, y será el inicio del declive.

De pronto descubrió la honda turbación que acababa de provocar en el rey Vântar y se excusó.

—Por supuesto, majestad, me refiero a mi propio país... No al vuestro.

Vântar contempló triste el avance silencioso de las barcas.

—En cualquier caso tenéis razón, Pradib, tenéis razón.

Insensiblemente, la conversación había conducido al grupo a lóbregos pensamientos de los que se veían sin ánimos para salir. Pero de pronto algo sorprendente llamó la atención del príncipe Brahma.

—Mirad allí, Inca está bebiendo en copa de plata junto al rey Mándos.



### III

Era un hermoso aposento el que le habían proporcionado, el más hermoso que hubiese tenido jamás, pero Inca no podía dormir aquella noche. No es que se hallase especialmente cansado, cansado incluso para relajarse y soñar, no; las fiestas en Eben eran mucho más agotadoras y nadie tenía allí consideración por los pajes, los criados, que debían pasar noches enteras subiendo y bajando fuentes de viandas y de jarras de vino y cerveza después de un día de trabajo agotador. Aquí, en Dyesäar, qué distinto era todo; qué tranquila había sido la fiesta, qué paz y elevación se respiraban en el castillo, qué familiaridad unía a los señores y a los criados: ¡hasta el rey le había invitado a beber de su propia copa!

Se levantó del lecho y caminó hasta el arco de la ventana. Respiró hondo el suave frescor del aire, contempló la noche, profunda antes de la aurora, el mar enlutado bajo la ausencia de la luna. Intentó recordar las palabras que le había dicho el señor Mándos cuando le ofreció su copa, pero había estado demasiado nervioso para grabarlas en su memoria y las pocas que retenía no era capaz de entenderlas:

*Hijo del Leviatán...*, le había dicho el rey, esto era todo lo que podía recordar. Y al principio creyó que el monarca le regañaba, pues sus palabras le habían sonado como cuando su madre en la aldea, de pequeño, al descubrir una de sus innumerables travesuras, le llamaba *hijo de Barrabás* o algo mucho peor. ¡*Hijo del Leviatán!*... Pero inmediatamente le ofreció su copa delante del pequeño grupo de nobles que lo rodeaba y él bebió azorado, mirando pálido a su joven señor que lo contemplaba boquiabierto. Luego el señor Mándos le puso su poderoso brazo sobre los hombros y lo condujo hasta un pequeño estanque en que flotaban hermosos lotos. Tan nervioso estaba, que no comprendió a qué se refería el rey cuando le habló del misterio de aquellas flores y le pidió que reflexionara en él. Únicamente cuando lo dejó allí solo, rígido y mirando el estanque sin ver, hechizado y consciente sobre todo de su propia pequeñez, se dio cuenta de que aquellas flores blancas que azotaba el oro estaban abiertas. Y era de noche. Mucho rato permaneció allí petrificado, como con el cuerpo yerto, contemplando la abierta inmovilidad de los lotos, su mística pasividad sobre las aguas, su meditación silenciosa y receptiva, como si hubiese topado de pronto con el misterio de los misterios y la cabeza no le sirviese en este caso más que para darse de cráneo con su insoluble y maciza realidad. De pronto, el cuerpo dormido de un cisne negro apareció entre las flores. Su largo cuello y su cabeza reposaban entre las

alas recogidas y flotaba como un secreto bajel a la deriva. Inca sintió que en aquel movimiento sonámbulo regido por una voluntad infalible, tanto más despierta cuanto más hondamente el ave dormía, estaba, de algún modo, la respuesta al misterio de aquellos lotos abiertos en la noche.

Pero ya el brazo de su señor, estrechándose también cálidamente alrededor de sus hombros, lo sacaba de sus divagaciones.

—Inca, mi niño —le dijo con un calor fraternal—, vete a dormir, si estás cansado. Y mañana reposa bien, corretea todo el día libre por ahí. Indaga, contempla, aprende, garzonea, disfruta; yo estaré ocupado desde la mañana hasta la noche, así que olvídate de mí durante veinticuatro horas, ¿de acuerdo?

Era un sueño. Dyesäär era un sueño y todos estaban siendo transformados por él. Aquí la línea que separaba el mundo de los señores del de los criados se desvanecía fácilmente, como la estela de la aleta del delfín sobre las aguas. El servidor podía ser más simple que el señor por temperamento, pero un aura de misteriosa nobleza lo envolvía como a aquél. Apenas se diferenciaban en el porte, en el vestir, pues el servidor añadía a su modesta condición su elegancia natural y el señor atemperaba su riqueza de medios con la austeridad de su carácter. E Inca, que había llevado aquella tarde unas flores a los aposentos del rey de parte del señor Vântar, había descubierto que éstos no eran muy distintos de los que él mismo ocupaba, salvo por la pequeña salita y biblioteca donde el monarca despachaba los asuntos urgentes del reino. El criado de hoy podía ser soldado mañana, y el rey le dispensaría la misma consideración y el mismo amor antes que después, comprendiendo el valor de cada uno de los dos estados para la buena salud del reino.

«No —se dijo Inca como si despertase de pronto en él una extraña sabiduría—: comprendiendo que el guerrero y el servidor tienen que fundirse en un solo ser para formar el hombre íntegro que coronará el sabio».

Cabeceó. Escenas de su aldea en el Cinturón Fértil transformaron en imágenes el curso de sus pensamientos. En la duermevela que lo vencía, escuchó nuevamente un fragmento de aquel romance popular que tanto le gustaba oír cantar cuando era un zagal:

*Dama Alayr hizo del Sur paraíso  
Y tres reyes lo han hecho crecer.  
Ay que crezca y que crezca y que crezca,  
Que el Norte sea también un edén....*

Despertó sobresaltado. Recordaba ahora que aquel romance había sido prohibido por los alguaciles del Cinturón Fértil y su última cantora, azotada públicamente en la aldea. Ahora que conocía al rey Vântar, estaba seguro de que éste nunca llegó a enterarse de que sus oficiales del otro lado del Deva, llevados por un exceso de celo y un defecto de miras, habían dado una interpretación subversiva a una fablilla surgida

del fondo más inocente del alma, sugerida por la aspiración más ingenua a la más ingenua de las felicidades posibles sobre esta Tierra de arduos trabajos.

La aldea... Inca la amaba, a pesar de todo. Amaba a su madre que lo concibió en el mismo momento en que una brisa cálida y suave del Este, ésa que los labradores y pastores del Cinturón llaman *Inca*, sopló sobre su vientre. De ahí su nombre, tan ilimitadamente plebeyo en una corte en la que tantos, incluido el rey, recurrían al *dévico* antiguo para nombrar a sus hijos. El suyo no era siquiera un nombre *ordumia*; no pertenecía siquiera a la lengua del Desierto, que había dado segundos nombres a los ilustres príncipes de la ciudad. Era una palabra de un lenguaje que ni tan sólo existía como tal: el habla de los labriegos del otro lado del río...

Y, sin embargo, había llegado a palacio. Inca, el aldeano, el hijo de labriegos, había llegado a palacio, como servidor del príncipe. Un príncipe que lo amaba sinceramente. Hacía ahora cuatro años; Inca tenía quince. Aquí había otro misterio que nadie se explicaba, ni siquiera él mismo; pues los criados y pajes de palacio eran una casta especial, criados hijos de antiguos criados o bastardos de nobles cercanos a la familia real. Inca era la excepción, y eso lo convertía en algo próximo a un héroe entre las muchachas de su aldea, que amaban en él no sólo su andrógina belleza sino el aura palaciega que, independientemente de su voluntad, lo envolvía y aquilataba.

Oh, Inca amaba su tierra; el Deva fluyendo silente o poderoso hacia un Sur soñado, el reposar abrazado a una muchacha cálida y morena en el almiar o el hablarle en susurros de las cosas de palacio como si no fuese un paje menor sino el mismo visir del reino... El sueño volvía a ganarlo cuando la noche se rendía al fin ante la leve línea de luz que abría en el Oriente la puerta al nuevo día. Inca se vio caminar por entre los cañaverales del Deva, con el agua hasta la cintura.

Pero de pronto los juncos se transformaban en los troncos retorcidos y sarmentosos de árboles amenazadores, centenarios. La atmósfera se espesaba y oscurecía, y el sueño era tiniebla.

Marchaba ahora por la ciénaga, asustado y solo. Su pie desnudo pisó algo recio, pétreo, en aquel fondo legamoso. Metió la mano en el agua y lo alzó: era el cráneo de un simio o de un ogro. La escena se fundió; y de repente, imperativa, intransigente, la imagen de un guerrero ocupó todo el espejo de su alma en sueños. Vestía armadura negra y el yelmo le cubría toda la cabeza. Su mano izquierda sostenía una larga espada de punta curva y hoja obscura, y la derecha abrazaba un escudo redondo en cuyo centro había engastada una gema. La piedra se encendió. Su luz lo deslumbró, lo cegó, lo absorbió...

... Despertó hacia el mediodía. Trazos de su sueño lo persiguieron hasta su vigilia. Pero estaba en Dyesäär... y Dyesäär, se dijo, era otro sueño.



## IV

Tampoco Mándos tenía ganas de dormir aquella noche, aunque por razones muy distintas de las del joven paje del príncipe ebénida. No necesitaba ser un profeta ni un vidente para comprender el curso de acontecimientos que, inevitable, se estaba trabando. Se hallaba sentado en una silla austera junto a su mesa de trabajo, con las piernas estiradas, el codo izquierdo reposando en el brazo de la silla y el mentón en el puño, cuando sonaron, prudentes, tres golpes en la puerta. Supo quién era y sonrió. Se levantó y mientras caminaba hacia la puerta dijo en voz alta:

—Pasa Vântar, no está cerrada con llave.

Vântar obedeció.

—Está bien —le espetó a Mándos en cuanto hubo entrado—, cuéntame el secreto.

—¿Secreto? ¿Qué secreto? —sonrió Mándos—. ¿Que supiera que eras tú? ¿Que no haya guardias en las puertas de las alcobas ni en los pasillos? ¿Que...?

—El de tu eterna juventud. Dime la verdad, Mándos, ¿te has convertido en un *Rishi*? ¿Te han revelado su secreto? ¿Qué es lo que ocurre aquí, qué te ocurre a ti?

Mándos lo contempló gravemente.

—Me encuentro bien aquí, Mándos —continuó Vântar sin esperar respuesta—; bien y mal.

—Vaya —respondió Mándos recuperando ahora la sonrisa—, ¿se te está contagiando la forma de hablar de mi sobrino Pradib o es que la estás recuperando de tu propia herencia ancestral por influencia suya?

—No, Mándos —repuso Vântar—, hablo en serio. ¿Qué es lo que has hecho de tu reino? ¿Qué has hecho en Dyesäär? ¿Qué habéis hecho tú y los dos que te precedieron? Te lo diré yo: habéis creado una nueva Orden de Guerreros, la octava, una Orden que es todo un reino, que puede llegar a ser un imperio... No, que ya es un imperio, pues incluso Índu, el reino de Tâuron, mi antepasado, es hoy parte de las tierras de Dyesäär. Si el Rey Ban retornase hoy mismo, esta misma noche, ahora mismo, tú podrías poner a sus pies un tercio completo de sus antiguos dominios. ¡Un tercio de Ordum está en tus manos! No es un reproche, Mándos. Eres digno de admiración. Sois dignos de admiración... Pero también de misericordia: Dyesäär es un sueño.

Todo un sueño, pero nada más que un sueño. La extraña, efímera prolongación de un pasado remoto en una era en la que no podrá sobrevivir, en la que acabará por no

poder respirar, porque el aire del presente es un veneno para el tipo de ser humano que tú y los tuyos habéis construido en Dyesäar. ¡Dios mío, Mándos, cómo te envidio! ¡Cuánta pena me das!

Vântar se tapó la cara con las manos. Estaba sentado en una silla de tijera de cuero repujado que había frente a la chimenea, en el lado izquierdo del despacho que daba paso al dormitorio a través de un arco sin puertas, cerrado por un cortinaje. A los lados y por encima de la chimenea había anaqueles con libros antiguos, y detrás de la mesa de trabajo, en la mitad derecha de la sala, las estanterías continuaban, cargadas de libros, rollos de papel, pliegos, pergaminos, plumas de escribir, trozos de amatista, ágata, cuarzo, guijarros blancos o esmeraldinos de la playa, pequeños fósiles. Era la habitación más alta en el ala nueva del castillo y daba al Sur, directamente sobre la bahía.

Mándos puso su mano derecha sobre el hombro de Vântar y lo apretó cariñosamente.

—¿Crees que no sé todo lo que has dicho, hermano? Y sin embargo, el esfuerzo era necesario. Se aproximan cientos, cientos de años portadores de la degradación de los hombres, los reinos, la inteligencia, la vida. La estrella de Dyesäar brillará un instante y luego las gentes comunes ya no la verán más, porque el cielo será tenebroso. Pero hombres del futuro descubrirán que la estrella no estaba apagada, sino oculta, y que lo que de su luz alcanzó un día la tierra no murió, sino que fue crisálida de tesoros imprescindibles para el renacer del hombre y del mundo y de todas las cosas. Ningún esfuerzo es vano, y la aspiración asesinada hoy en la plenitud de su ardor halla su realización por senderos misteriosos en las acciones del mañana.

Vântar alzó la mirada. Vio el rostro joven y antiguo de Mándos. Vio un cuadro en la pared, débilmente iluminado por la luz de las bujías que ardían en la cámara, que le llamó la atención.

—¿Qué es eso? —preguntó señalándolo con un gesto de los ojos.

Sobre un fondo oscuro contrastaba en blanco una imagen semejante a la de la Vía Láctea. Desde un centro en el que resplandecía una esfera dorada surgían diversas espiras que perdían densidad, anchura y consistencia a medida que se alejaban de aquél. Parecía el plano de una ciudad. De una utopía.

—Es un regalo —respondió Mándos—. Un regalo de un arquitecto eterio.

—¿Un plano de Éndor? —inquirió Vântar.

—No, de la Ciudad Sacrificada. De Eteria la antigua.

Vântar sintió inquietud y no supo por qué. Apartó la vista del cuadro. Pero la mención de la legendaria ciudad despertó en él amables recuerdos.

—El príncipe Dión... —preguntó— ¿está vivo?

—Vivo sí —contestó Mándos con una leve sonrisa que tenía algo de melancólica—. Pero retirado.

—¿Retirado? ¿Qué quieres decir?

—Vive solo. En Éndor, por supuesto. Dedicado exclusivamente a su vida interior.

Pocos, muy pocos tienen acceso a él.

—Y tú debes de ser uno de ellos.

—No siempre que quiero, Vântar. Pero es cierto que algunas veces sí puedo verlo.

—¿El rey de Dyesäar pidiendo audiencia a su huésped? —se burló Vântar—. ¿O es que Éndor se ha convertido en un reino independiente?

—¿Qué es el rey de Dyesäar? —repuso Mándos suavemente—. Un hombre que cumple una función, como el bodeguero o el caballero o el zapatero o el criado o el mareante. La jerarquía no depende aquí de la función que uno realiza, sino de la altura del espíritu. Yo puedo ser rey de Dyesäar, pero te aseguro que el príncipe Dión está mucho más cerca que yo de la Verdad Última.

En realidad, a Vântar, antes ya de escuchar la respuesta de su amigo, le habían molestado sus propias palabras y el tono que, sin quererlo, había infundido en ellas.

—Disculpa, Mándos. Ya lo sé. Sé lo que me dices porque, al fin y al cabo, todos hemos luchado por ello; todos y cada uno de nosotros pusimos nuestro grano de arena para derribar a Sarkón, el gran negador de estas verdades. Sólo que yo creo que Sarkón, allá donde esté ahora, se ríe de nosotros viendo el curso imparable de los acontecimientos del mundo... Y, por otra parte, te envidio tanto, tanto, porque a ti no te importa esa risa de Sarkón.

—Sarkón puede reír todo lo que quiera, pero al final deberá volver y ayudar a construir la Obra que él despreció y contra la que luchó. Aunque yo creo que Sarkón, ahora mismo, tiene pocos motivos para reírse.

—Y hay otra razón por la que te envidio, Mándos... por la que te envidio aun más. Aquí, por todas partes, se respira el consejo, la dirección, la infalible guía de las Órdenes. ¿Estás en contacto con ellas, Mándos?... Pero, claro que sí. ¿Qué eran, si no, esas guerreras que me saludaron en el jardín con palabras tan extrañas?

«Salve, Vântar —me dijeron—, rey moral, rey razonable, rey didáctico. Que tu obra clara como la luz del día se haga capaz de admitir las sombras; que tus días hasta la Sombra puedan llegar a ofrecerte la Luz».

—Y ahora explícame, hermano, ¿qué crees que quisieron decirme?, ¿a qué Orden pertenecían?

—A la Orden más alta, una que no desaparecerá cuando el resto caiga y que esperará hasta el final de los días el retorno del Rey Ban. Y ¿qué han querido decir? ¿Debo, pues, ser yo quien te lo explique? De acuerdo, hermano. Pero piensa, al oírme, que yo no te critico, no te reprocho nada. Eres un hijo del tiempo, has actuado según tus propias luces y sólo la sabiduría del Supremo puede hacerte ver allí donde tu propio deseo te ha engañado disfrazándose con las ropas fulgurantes de la sinceridad de tu espíritu.

Empezaba a amanecer, lejana, espaciosamente. Mándos descorrió las cortinas que separaban la salita del dormitorio y toda la cámara se llenó de frescor. El aire era púrpura más allá de la ventana. Los primeros gorjeos de los pájaros llamaban al sol y las gaviotas lo esperaban formando marciales hileras en la orilla de las aguas,

contemplando devotamente el Oriente portador del fuego.

—Rey moral —empezó Mándos—: porque has confiado más en la religión que en la Verdad viva en el corazón de los hombres. Rey razonable: porque has confiado más en la razón que en la intuición y en el Espíritu. Rey didáctico: porque has creado leyes y fueros y ordenanzas, y escuelas que enseñasen a tus súbditos tu idea del bien y el mal, en lugar de vivir el *Dharma*, la Ley Eterna, y de transmitírselo a ellos. Obra clara como la luz del día: porque es simétrica, armónica a costa de ser pequeña, rígida y frágil como el cristal, ingenua; y si no se vuelve capaz de admitir las sombras, transmutarse con ellas en un cuadro de fiera belleza, las sombras... las sombras de momento sofocadas por el peso y la inflexibilidad de su simetría, las sombras ocultas, no muertas ni dormidas sino vivas y expectantes... esas sombras la destruirán. La última frase la entiendes ahora, sin duda.

Vântar miró a través de la ventana, sin ver.

—Les pedí... —se detuvo; tragó saliva, continuó—... Les pedí para Eben, el mismo día del Consejo en que me proclamaron rey, los Cinco Pilares. Me los negaron. Les pedí maestros de sabiduría, les pedí instructores militares. Me los negaron. Les pedí el retorno de los doce Pares.

Me lo negaron. Les pedí que, al menos, puesto que ni los siete Caballeros de los Anillos ni la Dama del Arco podían instalarse permanentemente en Eben, que me permitiesen resucitar la institución de los Pares. Se negaron. Pedí, en fin, que retornasen a Eben, cuando menos, los dos Guardianes de las Llaves de la Torre del Rey para que su sola presencia reavivase las tradiciones y fuese un recuerdo vivo de los días del Viejo Imperio. También me lo negaron. Mándos, yo no recibí en herencia el legado de un señorío que la Dama Alayr había convertido en paraíso. Me entregaron una ciudad arrasada por quince años de tiranía de Sarkón y me dijeron: «Ten, muchacho, reina en ella». Tenía veinte años, Mándos, y miles de personas desmoralizadas, envilecidas, que gobernar; personas enemistadas consigo mismas y con sus compatriotas, algunas de ellas destrozadas, irrecuperables, otras que sólo saldrían del abismo después de una larga convalecencia moral. Ésta fue mi herencia, Mándos, la materia prima puesta por las Órdenes en mis manos. Y ahora te nombro juez... sí, juez, no bajes tus ojos... juez de mis actos, y te pregunto: ¿podría haberlo hecho mejor? No, disculpa, eso es una presunción... ¿Podría haberlo hecho de otro modo?

—Te repito que yo no te juzgo —repuso Mándos—. No puedo ni quiero ser tu juez. Ésa es, gracias a Dios, una labor que no me corresponde. Y si bajo los ojos, es por pudor, hermano, no por miedo: para no verte, ya que no puedo dejar de oírte, decir estas cosas. Pero quisiera que recordaras lo que fueron los primeros siete años de tu reinado. Las Órdenes no te dieron instructores militares, pero ¿cuántos permanecimos en la renaciente Eben después de la guerra para participar en las nuevas batallas que llegaban a añadir sangre y violencia al apocalipsis de la Segunda Conflagración? Mi hermano Bran y yo mismo por el Sur, el príncipe Dión y doce de



sus caballeros por Eteria, héroes de más allá del mar por cada uno de los Imperios extintos, héroes de la Pentápolis que habían luchado en las filas de la Orden del Séptimo Anillo, beduinos aliados de Abnüel por el desierto... ¿Recuerdas? Nuestros enemigos empezaron por llamarnos la *legión-mosaico* y pensaron que cualquier día se despertarían al alba y verían nuestras tropas desmembradas en todas y cada una de sus piezas. El respeto, más tarde, les hizo llamarnos la *legión multicolor*; y el miedo, por último, la *Legión Fulminante*. Con mayúsculas. Y a la sombra de nuestra legión veterana, creció la Joven Guardia del Baniano... ¿Era necesario, pues, transformar a los guerreros en militares?

Vântar quiso intervenir.

—Permíteme que continúe —le interrumpió Mándos—. Te negaron maestros de sabiduría, es cierto. Pero ¿cuántos años pasó Dión con nosotros en Eben? Cinco estuvo, aunque la añoranza de Éndor, del Mandír, era un fuego en su corazón y en su misma carne. ¿De qué modo aprovechaste su sabiduría? ¿Estás seguro de que llegaste a reconocerla en toda su dimensión? ¿Crees que las Órdenes podrían haberte proporcionado maestros más sabios que aquél ante cuyo conocer, y sobre todo ante cuyo ser, se inclinaban incluso la Dama del Arco y Alayr, la Virgen Libertadora?

¿Era necesario, pues, crear una orden de sacerdotes y dejar que éstos estableciesen un culto, una moral, los principios de una absurda religión? ¿Qué necesidad había de techar el templo del hombre, la desnuda Tierra, su cuerpo desnudo, y nombrar mediadores entre él y los dioses, entre él y el Supremo?, ¿qué necesidad de separar la Tierra del Cielo, de enturbiar el aire con los estúpidos sahumeros de esa casta de ignorantes? ¿Qué necesidad, Vântar, de cerrar la puerta del corazón del hombre y substituir su profunda, eterna Verdad por una moral a la altura (debería decir bajura) de estos tiempos? ¿Qué necesidad de romper la espontaneidad de su experiencia espiritual, la singularidad absoluta de la relación de cada alma con el Altísimo, y someter su aspiración al ministerio de unos mecánicos, artificieros, leguleyos, aparejadores, mercaderes del Más Allá? ¿Recuerdas, Vântar?, en el imperio de Ban, el Rey de reyes, todo ser humano era a un tiempo guerrero y sacerdote. No, sacerdote no. ¡Cómo me repugna esta palabra! Lo diré de otro modo: todo ser humano era un amo de Espada y un siervo del Espíritu.

Cesó un instante, caminó hasta la ventana y volvió. Vântar no hizo ahora ni siquiera intención de interrumpirle.

—Hiciste bien en querer destruir hasta el último rastro de la lengua *mâurya* que contaminó el *ordumia* del Norte durante los años del nuevo imperio, porque el *mâurya* es la lengua de la mentira y su efecto en la mente del hombre es falsearla y degradarla. Pero, en lugar de crear las condiciones propicias para elevar la consciencia de las gentes de forma que cada uno de tus súbditos acabase por rechazar el contacto con las palabras, ideas y giros degradantes, ¿era imprescindible crear una Academia de la Lengua con dos docenas de gramáticos para que velasen por la pureza del *ordumia*, subsanando su impotencia de viejos carcamales con una policía a

su servicio y con penas para los infractores?

Nuevamente hizo una pausa para que Vântar asimilase sus palabras y continuó:

—Te negaron los Cinco Pilares, hermano, porque éstos son el fundamento del Imperio Universal del *Dharma*, del *Dharmaraja*, no de un pequeño reino como el que ahora es Eben; son el secreto y a la vez legado político de los eterios, y ocultos permanecerán, oculta su transmisión de Maestro a Maestro, hasta que lleguen los años del Renacimiento. Te negaron a los Pares, a los Guardianes de las Llaves, porque esas instituciones ya no tenían sentido en el nuevo reino y se habrían convertido en fósiles vivientes, no capaces de inspirar fervor en los ideales del Viejo Imperio sino, más bien, burla y desprecio; formas escleróticas que no habrían podido canalizar hasta el hoy la energía y la inspiración de los Días Antiguos.

Mándos volvió a poner su mano sobre el hombro de Vântar y a apretarlo suave, cálidamente.

—Y tú me preguntas —continuó—, «¿podría haber sido de otro modo?». No lo sé, hermano, no lo sé. Por eso no puedo juzgarte. Sé dónde está la Verdad, pero no sé lo alto que hay que subir o lo bajo que hay que caer para darse de bruces con Ella. Sé que hay que quererla; pero sé también que en ocasiones, despreciándola, se nos entrega antes. Si yo no amase tanto como amo al Supremo, querría al menos odiarle tanto, tanto..., que no me cupiese nada más en la cabeza.

Vântar alzó la mirada.

—Ahora no te entiendo, hermano —dijo.

—Así estaría siempre con Él, con Él sólo, y por el rodeo de mi odio y de mi error llegaría inevitablemente al centro absoluto de Su Ser. Hermano, en el reino que has construido, yo, yo Mándos, este ser individual y limitado que soy yo, veo el error, la dirección equivocada. Pero ¿era necesario ese error para que se cumplan en Eben los planes del Altísimo?

—Eso no me libra de ser a tus ojos un monarca equivocado... o, peor, un error coronado —repuso Vântar.

—Te equivocas porque... ¿ha elegido tu alma el camino directo del acierto, la incontestable floración, y tú la has traicionado? ¿O ha escogido el camino tortuoso del error y tú has sido su semiconsciente instrumento? Sólo quien pueda conversar con tu alma como yo converso ahora con tu mente y tu corazón podrá juzgarte... aunque lo más probable es que se ría y no quiera hacerlo.

Vântar se incorporó y abrazó a Mándos. Hundió su cabeza en el hueco entre el cuello y el poderoso hombro del rey del Sur. Pasaron unos instantes durante los que hizo su abrazo más y más potente, más y más estrecho, como quien se aferra a un pilar de vida para no desaparecer. Y en el cuerpo ajeno, el cuerpo de coloso, de diamante, halló paz y halló calidez y halló consuelo.

—Gracias, Mándos —dijo luego soltándose—. Es demasiado tarde para corregir nada, pero gracias. ¿Sabes?, de pronto tengo una extraña sensación y creo que el saludo de esas guerreras era no sólo una advertencia espiritual, sino también una

profecía. Percibo el reptar y el pulular y el despertar de las sombras bajo mis pies... En fin...

Apoyó sus manos en la mesa de trabajo de Mándos, bajó la cabeza y cerró los ojos, como si se concentrase en percibir más nítidamente el siniestro movimiento subterráneo.

—En fin... —repitió retornando nuevamente a la conversación—. Una última cosa, Mándos, por esta noche. No se te oculta, supongo, que mi viaje hasta aquí, después de tanto tiempo, tiene también fines políticos...

—¿Usha?

—Usha. Su madre cree que Arabínder...

—Olvídalo. Para Arabínder la única vía es el *Viramarga*, el Sendero de los Héroes. No quiere mujer, ni matrimonio, ni familia. Vive por el Ideal y para el Misterio, por la Fuerza y para la Sabiduría. Será un gran rey. El último gran rey de este pueblo.

—Sí —respondió Vântar—. Iba a decirte que al conocerlo, y pese a la fascinación de Usha por él, he cambiado de opinión. Sería absurdo. Un crimen. Entre ellos hay un mundo, un universo de distancia. ¿Quizás Pradib?

—Pradib es una buena elección. Un gran hombre, un gran gobernante, un líder que sabe velar su carisma, un sabio que sabe ocultar su sabiduría. Es paciente, meticulado, avanza hacia su meta con lentitud, pero cubriendo todo el campo de batalla. Sí, una buena elección. Si él quiere, si tu hija quiere, el rey del Sur no tiene nada que objetar.

—De nuevo gracias —dijo Vântar estrechando el antebrazo de su amigo.

Entonces, mirándole directamente a los ojos:

—Así, ¿me lo dirás?

—¿Qué?

—El secreto, Mándos.

—¿El secreto, hermano, de que siendo dieciséis años mayor que tú parezcas mi padre? —rió. Está bien. Te diré algo. La clave. Tú deberás descubrir el resto.

—Con eso me basta.

—Escucha bien, Vântar: el instante.

Vântar torció el gesto.

—El instante... ¿qué? —inquirió.

—El secreto de la inmortalidad no está en estirar la vida, en prolongar el tiempo, sino en descubrir la eternidad del instante —afirmó Mándos sonriendo.

—¿Eres inmortal? ¿Como los *Rishis*? —le espetó Vântar.

—No. Pero me conservo —le respondió Mándos muy serio, y al ver el rostro de su amigo estalló en una carcajada.

—Te estás burlando de mí, alteza —dijo éste tristemente.

—No. De verdad, Vântar, la clave está ahí. La energía se agota porque creemos en la continuidad del tiempo. Pero la verdad es que el universo se crea y se destruye a

cada instante.

La energía es nueva a cada instante, pura, y su Fuente inagotable. Medita en todo esto.

Vântar reía cuando abandonó los aposentos de Mándos. Sobre el secreto de su juventud no creía una sola palabra de lo que había oído, pero ahora tampoco le importaba. Prefería pensar que era un don especial de la Naturaleza y que Mándos, al embromarlo de aquel modo, no había hecho sino mostrarle ternura. Se sentía en paz consigo mismo y pensó que dormiría bien, profundamente, toda la noche. Al entrar en su propia habitación, la ventana abierta le recordó que era de día. El sol se mostraba ya tras una ancha faja de nubes, finísima como un velo; rostro oculto pero arrebolado, incandescente, de una tímida reina del desierto. Los gallos elevaban su quebranto en las aldeas, las gaviotas sobre las aguas su alada majestad. Y desde alguna de las dependencias inferiores del castillo ascendía el entrañable olor del pan tostado, la leche hirviente.

Se tumbó en la cama boca arriba, respirando la mañana. Se sentía fuerte, podía prescindir del sueño por un día. Descendería a la playa dentro de unos instantes y se bañaría en las aguas, en las mismas aguas que cuarenta años atrás, sí, justo cuarenta años menos un día, recibieron en su seno unánime los restos vencidos de la armada imperial... y los ocultaron para siempre.

Recuerdos de Mâurwana, Eben bajo la bota terrible de Sarkón, trataron de asaltarle entonces y él los rechazó. Sí, bajaría a la playa. Y después desayunaría aquel pan caliente, humeante, entrañable, y extendería sobre cada hogaza tostada la deliciosa compota de manzana o de mango o de cerezas que se preparaba en el Sur de acuerdo con sabias recetas antiguas. En el fondo, se dijo, ¿qué otra sabiduría necesitaba un rey que pudiera ofrecer a sus súbditos la delicia de semejantes compotas? ¿Qué enemigo no se echaría a los pies de un monarca, si pudiese llegar a percibir el aroma de las cerezas hervidas con canela y pasas en zumo de manzana escapando de sus regias cocinas? ¿No dijo un sabio de la antigüedad que gobernar un reino es como freír un pequeño pez? Pero qué sabio tan ordinario; oriundo sin duda de un pueblo salvaje; sin duda desconocedor de las compotas de Dyesär.

«De momento está bien que pienses así» —le dijo Arabínder.

«Sí. Retornar a lo más simple para dominar lo más complejo» —añadió sonriente Pradib.

Pero Vântar no se detuvo a hablar con ellos. Les saludó amablemente, agradeciéndoles con un gesto silencioso su presencia allí, en la senda de descenso de su sueño, pero continuó su camino hacia la bahía, con hambre de sol, con ansia de aguas frías y calmas. No tardó en descubrir que lo que tenía ante él, a sus pies, no era la playa, sino la ciudad semejante a la Vía Láctea. Eteria estaba ante él; la Ciudad Sacrificada se alzaba ante él, bajo él, a su alrededor, asentada en cimientos eternos. Paseó por calles solitarias, turbado por sus palacios, jardines, monumentos. Así, pues, ¿era posible que la piedra, el alabastro, se alzasen del suelo para transmutarse en

calzadas, mansiones, esculturas con la misma orgánica espontaneidad de los árboles o de los montes? ¿Era posible un encuentro tan íntimo del bronce y el mármol, la madera y el hierro, el arte y la vida, el espíritu y la materia? En todo aquello que le rodeaba, edificios, baluartes, viviendas, museos, bibliotecas, la Belleza se había hecho forma y el plan del hombre, su idea, se había disuelto en la imperante Belleza. Y en las fuentes, las piscinas, los canales, los jardines, los vergeles, los prados y fresquedales, la Naturaleza se había sometido a las hermosas, inconcebibles exigencias del Espíritu. Eso era Eteria: no la concepción de una mente, de una idea, sino la vida del Espíritu hecha arquitectura. Vântar siguió recorriendo vacías avenidas, todas ofreciéndose desnudas a su mirada caprichosa. De pronto, fascinado, se detuvo ante un monumento que presidía la entrada a los vastos jardines en cuyo centro se alzaba el áureo Mandír, el templo esférico. Sobre un alto pedestal de cuarzo rosa, dos manos inmensas, una frente a la otra, se elevaban hacia el cielo ligeramente separadas, como una concha que empezara a abrirse. Entre ellas, un muchacho de tamaño natural, en oro, con una gema irisada en la frente, meditaba con los ojos cerrados y la ancha frente despierta. Sus rodillas estaban juntas, sobre ellas las manos, mansas, con las palmas encarando las alturas. Sentado sobre sus talones, la espalda flexiblemente tiesa, gozaba de la impasible serenidad de su propio rostro. Vântar pensó que en cualquier momento emergería de su contemplación, se levantaría, abandonaría la protección concoide de aquellas manos implorantes, soberbias.

«¿Qué necesidad tiene de hacerlo?» —dijo una forma junto a él— «Es Espíritu hecho Arte, escultura; vivo, pero gozando de la inmovilidad del metal y de la piedra, tal como en las Alturas goza de su inmóvil, arquetípica Eternidad».

Vântar se volvió hacia la voz. El príncipe Dión, joven y hermoso como el muchacho de oro sobre el cuarzo rosa, le miraba con ojos como soles.

Fue el instante que su alma eligió para despertar. Quiso hacerlo con la memoria plena y viva de este sueño.



## V

—No logro entenderos, Pradib, lo siento.

—Volved a intentarlo, mi princesa. No os pido que lleguéis a la perfección del ejercicio, sería inhumano; pero sí que comprendáis... no, que percibáis, que sintáis, dónde está esa fisura por la que escapar de la tiranía de la mente. ¿Queréis concederme esta gracia? Por favor, repetid el ejercicio. El movimiento es sencillo, dejádselo a esa dimensión automática de vuestra consciencia corporal; vos concentraos en el proceso interior. Y, sobre todo, cada vez que alcéis este pequeño peso con vuestro brazo, a cada nueva repetición, pensad,

sentid que lo hacéis por primera vez.

—Pero, príncipe —protestó Usha de nuevo—, por más que quiera pensar que...

—Por favor, por favor... —la interrumpió Pradib conminándola a hacer lo que le pedía.

Usha accedió. Tomó una vez más con su mano derecha la barrita de metal en cada uno de cuyos extremos había soldado un pequeño disco de hierro y, con el brazo pendiendo recto al costado, empezó a contraer el bíceps. El peso total de la mancuerna no sobrepasaba los tres kilos y en sus dos primeros intentos no había logrado superar las nueve repeticiones. Cerró los ojos y se concentró. Quería complacer a Pradib. Quería hacerlo sinceramente, porque había sido justo al llegar allí, al Templo (así llamaban en Dyesäär, para extrañeza de Usha, al edificio donde entrenaban los atletas), cuando la actitud de Pradib había cambiado de forma radical: de divertida y tiernamente cínica se había vuelto sabia; de huidiza, apasionada. Había emergido en él algo del carácter de Arabínder y hasta los rasgos de su rostro se habían transformado sugiriéndole a Usha, por primera vez, una lejana semejanza entre los dos hermanos. Pero en Pradib, fuera lo que fuese lo que del alma de Arabínder se hubiera manifestado, lo había hecho atenuado por una calidez humana tan intensa que anulaba de raíz toda posible distancia entre ella y él.

Ahora, al realizar este ejercicio simple que los atletas utilizaban para fortalecer el brazo, Usha percibió dos cosas: primero, que nada más empezar a contraer el músculo, su mente proyectó un número fijo de repeticiones; «ocho», impuso. Y, segundo, que a medida que se acercaba a este número de contracciones, se provocaba en su interior una escisión: por una parte, su mente presionaba para que cesase el movimiento y, como tenía total control sobre el músculo, arrojaba sobre él dolor y una sensación de imposibilidad de continuar; pero, por otra parte, percibía algo más

allá de su pensamiento, una voluntad silenciosa que sabía, sabía perfectamente, que el movimiento podía proseguir de modo indefinido, sin cansancio, sin dolor, porque éstos, sumados a la imposibilidad, no eran más que el engañoso teatro compuesto por una mente sometida aún a un enorme bagaje de inercia. Pensó que, apartando su concentración de esa dimensión mental y dirigiéndola a la voluntad secreta y silenciosa que percibía más allá de aquélla, podría superar sus dos primeros intentos, pero en el último instante un pensamiento absurdo la distrajo y le robó la intención. Había hecho seis repeticiones.

Pradib quiso liberarla del peso de la mancuerna.

—Esperad, por favor —dijo Usha reteniéndola.

Se mantuvo en actitud concentrada, con los ojos cerrados, los brazos relajados, el cuerpo erguido y la mancuerna en su mano derecha, pendiendo a su costado. Esperó unos instantes.

Luego respiró hondo y empezó de nuevo. No se detuvo hasta la trigésima repetición, y entonces lo hizo voluntariamente. El bíceps no le dolía.

Abrió los ojos y miró a Pradib. Unos atletas se habían detenido y la contemplaban desde la distancia.

—Sí, princesa, lo habéis conseguido. Habéis encontrado esa fisura de la que os hablaba.

Ahora podéis comprender uno de los principios en los que se basa el trabajo de nuestra Orden de Atletas. Nuestro fundamento es que el cuerpo humano posee facultades inimaginables... No, no; no hablo de los poderes de los magos o de los adeptos de las ciencias ocultas; eso existe, por supuesto, pero es otra cosa. Hablo de posibilidades, capacidades, poderes dormidos en las mismas células del cuerpo del hombre. Nosotros consideramos que para despertarlas es necesario romper o transformar el estrecho vínculo de dependencia que liga imperativamente el cuerpo a la mente.

—Pero, Pradib —protestó la princesa—, estáis diciendo lo contrario de lo que yo esperaba. La mente...

—Sí, ya sé lo que queréis decirme. Pero, princesa Usha, la mente posee muchas dimensiones, desde los planos de la Intuición en los que se alza como un águila contemplando de frente, con ojos tan abiertos como valerosos, el Sol de la Verdad, hasta esas honduras de su inmersión en la Materia donde se vuelve ciega y sorda, y se mueve a tientas guiada no por la Visión suprema, sino por el recuerdo inconsciente, a través del surco de los hábitos inmemoriales de la raza. No, la dimensión de la mente en contacto con el cuerpo es ignorante y oscura, un depósito de inercia, una fuerza de oposición a todo lo que sea progreso físico, mejora del cuerpo.

El cuerpo debe romper esta tiranía, unirse a un principio superior; o bien, colaborar para que esa mente corporal sea inundada y transformada por la áurea Luz de la Verdad.

Usha lo miró a los ojos penetrantemente. Se extrañó de su propio gesto, pues no

acostumbraba a mirar de este modo a nadie, y menos a un hombre. En Eben se consideraba una falta de educación hacerlo; bien pensado, razonaba ahora, en Eben se consideraba una falta de educación, en una joven noble como ella, todo lo que no fuera expresión de esa ridícula superficialidad propia de las muchachas de la capital.

—¿Buscáis poder, Pradib? —dijo, y su rostro expresaba una hondura y gravedad inusuales en ella.

—Busco la Verdad, princesa.

—¿La Verdad, señor?

—La Verdad. La Verdad no es sólo la esencia del alma o un principio en la mente o una acción en sintonía con la Voluntad que mueve el universo; es, también, un modo de ser, una forma, una figura, un estado, una textura, una expresión material, un organismo, un cuerpo.

—¿Queréis decir que el nuestro es un cuerpo falso?

—¿Falso, princesa? ¿Qué entendéis por falsedad? Este cuerpo es lo que una mente ciega ha hecho de la materia corporal. Ahora imaginad lo que ocurriría si lograsedis establecer, de forma permanente y en todo vuestro cuerpo, en todas y cada una de vuestras células, ese principio de acción que habéis descubierto para vuestro brazo. Energía inagotable, princesa. Movimiento que se transforma no en cansancio, sino en fuente de nuevo movimiento y acción. Discontinuidad del tiempo tal como lo conocemos. Renovación integral de la energía a cada instante. Eternidad del instante. Eliminación del agotamiento y, por tanto, de la vejez. Transformación del dolor en su principio esencial; muerte de la Muerte...

—Esperad, príncipe, por favor —interrumpió Usha la pasión creciente de Pradib—, esperad.

No puedo seguiros en un salto tan grande.

—Disculpad...

—No, no, príncipe. No pidáis disculpas. Aunque pasara toda mi vida intentándolo, no podría pagaros las cosas que me habéis revelado hoy. Pero, de pronto, tengo la sensación de que para poder continuar por este camino de revelación, tengo que asimilar...

Todo el cuerpo de la princesa tembló de repente. Dejó caer la mancuerna que aún sostenía en su mano. Miró a su alrededor el vasto espacio cubierto, parcelado por hermosas columnas de piedra labrada, limitado por espesos muros de trabajados sillares que convertían en el eco de una sinfonía heroica los ruidos de los atletas dispersos por todos los departamentos del recinto, sus potentes respiraciones, el choque del metal contra el pétreo suelo al dejar en él las barras o las mancuernas, sus gritos en la palestra de combate, sus rítmicas pisadas incansables trazando regulares maratones en la pista de carreras. Entre todos aquellos hombres y mujeres de cuerpos cincelados y conscientes, cubiertos por un sencillo taparrabos, su blanco vestido talar de lino y su débil figura le parecían ahora humillantes.

—Vos seguiríais ahora en línea recta, príncipe —dijo entonces—, mostrándome



las verdades que se derivan de esta primera revelación para mí infinita, aunque supongo que minúscula para vos. Pero, mirad: acaba de abrirse un sendero que discurre lateral a la magnífica avenida que me ofrecéis, y mi corazón se ha arrojado a él con pasión. Muchas cosas que me habían enseñado a dar por supuestas han empezado ahora mismo a mirarse en el espejo y a descubrir su propia vanidad. Me doy cuenta de que no sé quién es esta Usha realmente, y estoy conmocionada.

Pradib la contempló en silencio. Después:

—No diré que lo siento, Usha. Tu gravedad te embellece. Dónde está la niña que llegó ayer a este reino es algo que no sé, pero sí veo dónde se oculta la diosa que serás mañana.

Usha permanecía seria, turbada.

—¿Quieres hacerme un favor, Pradib?

—Cualquiera que me pidas.

—Ya me has enseñado toda tu ciudad y ahora comprendo que no he visto nada. Es media mañana y aún tenemos tiempo hasta el mediodía. Vuelve a enseñármela otra vez. Yo la miraré con los nuevos ojos que me has dado. Pero antes, una cosa. Consígueme ropas como las que visten las mujeres de Dyesäar, como las que vistes tú mismo. Y un caballo. Enviaremos la carroza de vuelta al castillo. Lo veré todo otra vez desde la altura de un caballo. No, lo veré todo por primera vez.

Abandonaron el Templo, despidieron al cochero y Usha montó en la grupa del *ashwin* tordo de Pradib.

—Iremos al Palacio de Gobernación. Allí te daré ropa; allí podrás escoger cabalgadura.

Después, si te parece bien, repetiremos el recorrido, pero acabaremos no en el Templo, sino en la Escuela de Arte.

Usha aceptó en silencio.

Alcanzaron el Palacio en el centro de Astryantar a través de la zona de jardines que lo rodeaba. Al cruzar el umbral del muro exterior se hallaron en un hermoso patio de naranjos y los guardias saludaron al gobernador con un golpe de su puño en el pecho, como acostumbraban a hacerlo los guerreros de las Órdenes de los Anillos con sus superiores. Ascendieron por la gran escalinata de mármol hasta el umbral del edificio central y desde allí a la primera planta, entre balaustradas de lapislázuli. Atravesaron las altas y serenas salas de la biblioteca, a la que tenían acceso los ciudadanos y que vigilaban funcionarios especiales; dejaron atrás la sección de gabinetes administrativos y, por una pequeña escalera en el extremo occidental del ala Sur del Palacio, subieron a las dependencias del gobernador. Pradib condujo a Usha a sus aposentos, sencillos y funcionales como los del rey Mándos.

—Ahí está el armario, Usha. Coge la ropa que quieras. Te irá un poco ancha, sin duda.

Pero te sentará bien, ya lo verás.

—¿Es tu ropa?

—Sí, me alegra poder ofrecértela. Mientras te cambias pediré que preparen unos cuantos caballos para que escojas el que más te guste. Hasta ahora.

Usha se quedó unos instantes sin saber qué hacer. Por fin se obligó a abrir el armario, observó lo que había en él atentamente y se decidió por unos pantalones, anchos por la parte superior pero ajustados a la pantorrilla, de tejido fino y del color del mar. Eligió una camisa larga hasta las rodillas del mismo tejido que el pantalón, de color turquesa y botones dorados hasta el ombligo. Se la ajustó en la parte media con un cinturón azul oscuro. Después, hizo un burujo con su vestido blanco de lino y lo arrojó al suelo con desprecio. Descubrió un espejo. Se acercó a él y se contempló largamente. La invadió la misma conmoción que momentos antes en el Templo. Había algo falso en aquella imagen que le devolvía la superficie de metal pulimentado.

Tomó agua de una jarra que había en una mesita junto al lecho de Pradib y se lavó la cara haciendo desaparecer el maquillaje que tornaba más clara su tez. Su piel morena se reflejó franca en el espejo y, acostumbrada a imitar el aspecto de las muchachas del Norte, a someterse a la tiranía de la moda que la Pentápolis imponía al reino de Eben y a otros reinos fascinados por la sofisticada elegancia de las capitales septentrionales, se sintió fea y ordinaria. Descubrió, también, que su pelo empezaba a emerger, azabache, de su cuero cabelludo, traicionando el rubio solar que los peluqueros reales lograban imprimir a su melena. Había unas tijeras largas y finas entre los aparejos de aseo de Pradib. Las tomó, las pasó muy próximas a su cabeza y, haciendo desaparecer sus soberbias y frondosas guedejas blondas, dejó sólo los incipientes tallos negros, promesas de una cabellera lacia y oscura, como la Noche, como el Misterio.

Unos golpes en la puerta le hicieron recordar dónde estaba.

—¿Estás bien, Usha? —dijo la voz de Pradib desde el otro lado.

Vaciló un instante. Al fin:

—Pasa, Pradib.

Pradib entró y vio su rostro reflejado en el espejo frente a la puerta, las tijeras aún en su mano, el suelo cubierto de largos mechones muertos. Usha se volvió hacia él.

—Ya veis, príncipe —dijo retornando a las fórmulas corteses—, lo que queda de mí cuando me quito todo aquello que artificia mi belleza.

Pradib se acercó a Usha en silencio. Tomó sus hombros. Besó su frente, su mejilla, sus labios.

—Usha, amor, no sabes lo hermosa que eres ahora. Lo infinitamente hermosa que eres.

Usha lo abrazó.

—Ven —dijo Pradib—. Vamos. Una nueva ciudad espera a tus ojos y los ojos de la ciudad esperan a una nueva princesa.

Y tomándose de la mano salieron al pasillo, cruzaron nuevamente las dependencias interiores del Palacio y emergieron al patio de los naranjos, donde los

caballerizos presentaron a Usha siete caballos de muy diversa estampa y temperamento. Escogió un corcel alto, negro, fogoso, de las razas del mar; y Pradib le contó que aquél era Táumandos, nieto de Turmándos, el argel que sirvió a Dama Alayr durante el tiempo que ésta moró en el Señorío de Dyesäär.

—Es mi regalo a la diosa naciente —dijo Pradib—. Un caballo para el camino. Ropas nuevas para el viaje...

—¿Me estás despidiendo ya? —le interrumpió Usha sonriendo.

—No, a menos que quieras seguir sola la senda interior que se abre ante ti —respondió él gravemente.

—No. Tu mejor regalo, tu regalo verdadero ha sido hoy una revelación. No hablo del Templo de los atletas, hablo de mi propia alma, que estaba dormida y ahora palpita inquieta en mi interior. Lo demás, Pradib, el caballo, las ropas, (que te agradezco, por supuesto), no sirven más que para dar apariencia externa, rostro vivo, a esa revelación. Pero eres tú aquel a quien la Voluntad Secreta de las cosas ha puesto en el umbral de mi camino para que me muestre la dirección. Tú eres el regalo. El regalo del Altísimo.

—El Altísimo... —repuso Pradib—. No es ése el nombre que los sacerdotes de tu reino dan al Supremo Señor.

—No, es cierto. Pero acabo de desprenderme de ellos también.

Pradib le estrechó la mano con gesto cariñoso. Montaron los caballos y salieron del Palacio. Los guardias contemplaron con extrañeza a Usha, pero guardaron silencio intuyendo algo de las razones de su transformación. Rodearon el edificio dejando a su izquierda el ala Sur, que contenía la mayor biblioteca de Dyesäär con sus doscientos mil volúmenes; marcharon al paso por la zona posterior de jardines y cruzaron el Puente Alayr, el quinto de los siete puentes de piedra que se alzaban colosales sobre el Bínöd a su paso por la ciudad. El Bínöd, el *Río Turbio*, como lo llamaron los antiguos, se ensanchaba y amansaba en la capital de Dyesäär dejando atrás, en su recorrido al Norte de la primera muralla y desde las Fuentes Brunas, su turbulencia y precipitación. Sus aguas cambiaban aquí de color y de humor, y claras, amables, queriendo emular las tranquilas alamedas que discurrían por sus márgenes, fluían serenas hacia el punto más meridional, donde sellaban un pacto de íntima amistad con el hombre en un puerto diseñado y construido por ingenieros eterios. El Bínöd surgía de Astryantar mucho más ancho, más profundo, más manso y transparente; la ciudad lo domaba, lo ilustraba, le daba grandeza, hondura, serenidad, luz. Y vasto, sabio, calmo, inteligente, el Bínöd salía por las grandes puertas meridionales, rejas de acero que se alzaban para dejar pasar a los altivos bajeles en su camino hacia el mar o desde el océano, a través de los inmensos arcos de piedra de la primera y segunda muralla.

Usha y Pradib cabalgaron por la margen oriental del río hacia el Sur, bajo altos chopos cuyas hojas tintineaban con la brisa como finas láminas de plata. Espolearon a sus brutos y marcharon con galope corto, elegante, musical sobre la compacta tierra

del camino, fundidos con sus cabalgaduras en una sola emoción, en un solo ritmo, como centauros surgidos de un mito nebuloso. Dejaron atrás el Puente İlahur, de puro alabastro, y el İleh, estatuado con figuras de héroes antiguos. Entraron en la zona portuaria y los abandonó la protección de las sombras de los álamos. Y los bañó el sol, poderoso. Desmontaron y, conduciendo de la brida a los caballos, pasearon por los muelles, leyeron los nombres de los barcos en los alfabetos que conocían: el *Delfín Azul*, de la isla de Shanta; el *Buscador del Paraíso*, un gran correo de Extramundi; el *Leviatán*, el magnífico buque del rey; y sobresaliendo entre todos ellos por su tamaño, un barco de gran calado de tierras que para Usha eran desconocidas.

—El *Infiel* —dijo Usha leyendo su nombre en el alfabeto de los pueblos del Mar—. Pero no entiendo lo que hay escrito debajo.

—Lo mismo, pero en lengua *kouran* —respondió Pradib—. Es un mercante del Sur de Akis, una Marca costera del imperio a la que Kundalón el Grande acaba de otorgar la independencia.

Siguieron paseando entre el bullicio de las gentes, los marinos, los mercaderes. Oyeron hablar en muchas lenguas, conocidas o familiares o incomprensibles. Dejaron atrás el mercado de pescado y, montando nuevamente, ascendieron una amplia rampa espiral sobre las aguas hasta la explanada que coronaba la segunda muralla. Marcharon hacia el Oeste, pasando sobre el puerto, bajo las torres de vigilancia, aprovechando la vista soberbia que ofrecía la altura del muro para contemplar el azur del gran golfo de Lyra, a un poco más de tres millas de la ciudad. Algo más adelante retornaron al recinto urbano por una de las rampas de la sección occidental y, por calles pavimentadas entre hermosos edificios de piedra en cuyos frontispicios eran visibles escudos de armas de familias señeras de Dyesäär, llegaron a las verjas de la reserva zoológica.

Los guardianes reconocieron enseguida al gobernador y les abrieron el paso. Galoparon por prados que cruzaban canales, riachuelos; que hollaban cebras, ciervos, gacelas; que embellecían pequeños lagos en cuyas orillas azules meditaban grullas, flamencos, sobre sus patas finas como juncos sumergidas a medias en aguas inmóviles. A través de sus ojos hechizados, sus almas bebieron las formas y colores de místicos lotos, o de pavos reales de potente grito y colas como inmensos flabelos, que deambulaban por el parque semejantes a inmortales dueños del mundo.

Galoparon junto a negros toros colosales, perezosos, amosquilados bajo árboles de sombra densa y fresca; y en el extremo Norte del jardín zoológico, más allá de los estanques de los cisnes, vieron sobre una colina que afelpaba un suave césped a la pareja de inmensos elefantes blancos, y los saludaron desde la distancia como a reyes. Tomaron luego la gran avenida del Renacimiento y trotaron bajo los seis arcos de triunfo, de secreta simbología. Dejaron el Templo a la derecha y por la alameda del río, más allá del Puente Dión y del Ban, cruzaron por el primero de la ciudad, el puente extremo, el Puente Norte, y descendieron nuevamente hacia el Sur por la

mitad oriental de Astryantar, hasta la Escuela de Arte.

El mediodía había quedado muy atrás en el tiempo y el crepúsculo hacia flamear el horizonte. En él se desangraba un sol contra el que volaban siete cisnes blancos, como en una visión simbólica.

—Pradib, la Escuela de Arte ¿nos mostrará obras capaces de emular esta hermosura? —dijo de pronto Usha señalando el cielo del Oeste con un gesto de su cabeza.

Se hallaban en la cima de la colina sobre la que se alzaba la Escuela y gozaban allí de una vasta panorámica del Occidente.

—¿Qué puedo responderte, Usha? ¿Me pides que compare la mano del hombre con la del Altísimo?

En aquel momento unos jóvenes, muchachos y muchachas, emergieron a través del pórtico a los jardines exteriores de la Escuela y, por estradas entre rosaledas, caminaron hasta el prado donde pastaban libres sus caballos o tomaron la calle que descendía enguijarrada la suave ladera para retornar a pie a sus casas. Marcharon silenciosos, introvertidos, y, cuando contemplaban el lejano crepúsculo, Usha veía en sus ojos una mirada de adoración, pero también el poder del taumaturgo.

El portero de la Escuela, que no vio al gobernador y a su acompañante, cerró con llave el acceso al edificio central y desapareció en una pequeña construcción anexa.

—Nos echan... —rió Usha.

—Puedo... —comenzó Pradib.

—No, querido, por favor. Estos ojos míos no habían bebido tanta belleza en toda su vida.

Creo que es imposible que asimilen nada más por hoy. Los has forzado a abarcar un paraíso de formas y colores, y ahora debe reposarlos la obscuridad informe de la Noche para que descienda entero y vivo a la memoria todo lo que han visto, no convertido en fragmentos deshilachados y extraviados.

—Dime una cosa al menos, Usha —pidió Pradib.

—¿Qué?

—¿Qué has visto ahora, esta segunda vez en Astryantar, que no hubieses visto la primera?

—Primero, Pradib, vi un museo, una colección de piezas diversas. Ahora he visto el alma de Astryantar, la unidad secreta que une todos sus elementos haciendo de ellos un armónico organismo viviente.

Usha desmontó y liberó a su caballo de la silla, la brida. Se tumbó en el césped que amollaba la tierra de la cima. Pradib la imitó. El crepúsculo se apagó poco a poco, plata incandescente estrelló los cielos y se disolvió luego en el río de nácar que brotaba de una media luna.

Pradib abrazó a la princesa.

—No es informe ni obscura... la Noche —dijo.

—No, Pradib. Por eso cierro los ojos —respondió Usha.

Serenas lágrimas corrieron por sus mejillas, silenciosas, como el jugo de un grano de uva presionado por dos dedos tenaces. Pradib besó su frente y, tumbándose inmóvil a su lado, tomó su mano y perdió la vista en el ilimitado universo. Fundieron sueño y vigilia en una beatitud sin tiempo. El nuevo amanecer los halló más despiertos que el viejo.

—Dime, Pradib —dijo ella sin abrir los ojos todavía—, ¿qué significa Dyesäar?

Quieto aún, Pradib sonrió y pensó en el símbolo que acababa de sugerírsele.

—Don del Mar, amor. Es decir, la Aurora.

Usha se incorporó de un salto. Pradib abrió los ojos y la miró.

—Sí —dijo el príncipe—. Aurora. Igual que Usha en lengua *dévica*.



## VI

—No, yo no participaré —le había dicho la princesa Usha a su padre, y un escalofrío conmovió al rey de Eben.

Pensaba en todo ello ahora, mientras caminaba con el agua por la rodilla a través de la ciénaga, al crepúsculo, cuando los pájaros del pantano chirriaban como si despidieran dolorosamente el día. Vântar ponía poca atención en lo que hacía, pues a Vântar le obsesionaba la discusión sostenida por la mañana con su hija.

«Es dieciséis de Julio —se obligó a pensar mientras tropezaba con una protuberancia del fondo irregular, invisible, legamoso—, y hoy hace cuarenta años, ¡cuarenta!, que la Dama Alayr recorrió estos mismos parajes en cumplimiento de una peligrosa misión que ella misma se había impuesto».

Durante unos minutos la mente de Vântar cortejó este pensamiento, coqueteó con él tratando de darle vigor, impulso, vida, tamaño, intensidad. Pero el pensamiento era como el polluelo de un ave caído de un nido, aparentemente entero, roto por dentro, a punto de morir... en vano se obstina aún la mano de un niño en jugar con él porque no comprende el cese de la vida.

«¿Discusión? No, ni siquiera puede llamársele discusión... —pensó, y al instante—. ¡Es dieciséis de Julio!».

Arrastrada por su corazón dolorido, su mente remontó el río del tiempo hasta la mañana de aquel mismo día y se detuvo en la imagen de Usha ocupando, como una aparición, el vano de la puerta de sus aposentos.

—¿Hija, eres tú?

—¿Tan irreconocible estoy?

Parecía otra. Una guerrera, pensó Vântar, como las muchas que hacía cuatro décadas lucharon y cayeron a las puertas de Mâurwanna. La ropa holgada, salpicada de briznas de hierba; el moreno de su piel fundiendo diferentes tonalidades oscuras, la del desierto y la del Bajo Sur; los ojos grandes y negros, repentinamente hondos, inteligentes, inconformes, rebeldes; el cabello casi al rape, erizado, recortado torpe, furiosamente; su estampa sólida, inflexible, configuraban una imagen que a Vântar le provocaba admiración, terror. Añoró a su hija; temió a esta desconocida.

—Acabo de verte llegar a caballo, desde mi ventana —dijo sin saber qué decir, casi balbuceante.

De pronto no recordó si se había asomado él mismo al pasillo para llamarla o si había venido ella voluntariamente. Y, si había sido él, no recordaba tampoco en qué

tono la había llamado, si enfadado o sereno o confundido, ni para qué la había llamado. Dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Estás preparada para la peregrinación?

—No —respondió Usha—, yo no participaré. No participaré en esta tontería.

Estuvieron unos instantes mirándose a los ojos el padre y la hija. Con espanto él, impenetrable ella.

—Nos hemos equivocado, padre —dijo Usha al fin, y abandonó los aposentos del rey.

Vântar no volvió a verla durante todo el día, pero durante la comida campestre en el campamento desde el que salían de uno en uno los pequeños grupos en busca de la espada, de acuerdo con el turno que les había tocado en el sorteo del amanecer, supo por Mándos que Usha estaba en el Templo, con Pradib. Y la noticia le tranquilizó y le inquietó al mismo tiempo.

«Es dieciséis de Julio».

Siguió marchando como un sonámbulo, tropezando y hundiéndose, sosteniéndose en los troncos viejos y correosos de los *túrfi*, los retorcidos árboles del pantano. Mándos caminaba veinte pasos por delante mostrándole el camino y Vântar veía sus espaldas, su avance seguro y decidido, y pensaba cómo dos vidas durante un tiempo tan cercanas podían llegar a separarse tanto... tanto. Nunca como ahora había tenido tal sensación de fracaso, había estado tan convencido de su fracaso como hombre, como padre y como rey. Estaba en la ciénaga, en el agua enlojada de la ciénaga, y esto era una realidad física y un símbolo. Lágrimas le cruzaron los carrillos.

Se detuvo incapaz de continuar, aunque el río Aínöd se veía ya un poco más adelante, entre los Türpan, y eso señalaba el fin del recorrido por la ciénaga. Mándos prosiguió, sin percibir que su amigo se paraba, y se perdió en la distancia. Vântar apoyó la espalda contra un árbol, cerró los ojos, jadeó. Al abrirlos nuevamente, la calígene que empezaba a alzarse de las aguas se mezcló en su mirada con el velo de sus lágrimas contenidas y deformó el entorno colmándolo de figuras furtivas y susurrantes de duendes y endriagos que se perdían en el lamedal saltando del ojo de su imaginación.

Sonrió enloquecidamente.

Al mover su pie derecho para volver a caminar tropezó con algo duro en el fondo. Metió el brazo en el agua, distraídamente, sin recordar apenas qué hacía en la ciénaga. Palpó metal.

Cerró la mano alrededor de una hoja fría y, tirando de ella, sacó una espada.

Recordó de pronto que era Vântar y que buscaba a Ida. Contempló el arma. No, no estaba enviejada por cuarenta años de lodo y agua. No, no tenía dos serpientes de mágico rubí ensortijándose en su empuñadura. No, no era Ida. Palpó su cinturón: ¡era su propia espada!

Rió, demente, absurdamente, y arrojó el arma lejos, muy lejos, con toda la fuerza y rabia y odio de que fue capaz su brazo. Y cuando se puso a caminar nuevamente



con furia hacia el río, una serpiente de la ciénaga se arrojó sobre él desde la rama alta de un *túrfi*. Enlazándole el cuello, rodeándolo con sus adujas prietas, galvanizando su piel con sus escamas gélidas, viscosas, alzó su cabeza triangular frente al rostro del rey, siseó, deletérea, rozó su frente con su lengua letal y se dispuso a acabarlo con rápido veneno.

«Un instante —pidió Vântar internamente—, un instante...».

Y prefirió pedirselo a la serpiente que al dios artificial de sus sacerdotes.

«Un instante para reconciliarme conmigo, con la vida, y poder entregarme a ti, oh oportuna encarnación de la Muerte, con el valor y la pasión del héroe que yo también fui».

La serpiente se detuvo tocada en su fibra por el dardo de este pensamiento. Concedió magnánima el instante que su presa le rogaba; no era una asesina y respondía por igual, sin cuestionarse, a la piedad o la crueldad que le inspiraba su alma animal y divina. Y cuando creyó que ya lo había concedido y se tensó para acabar, una hoja le segó la cabeza y su cuerpo cayó exánime en las aguas con un último espasmo.

Mándos contemplaba al rey Vântar.

—Las palabras de las guerreras —jadeó Vântar—. Te dije que eran una profecía, Mándos, ¿recuerdas?

Mándos no respondió. Tomó del brazo a su antiguo camarada y con el semblante gris lo sacó de la ciénaga.

\*

Cuando Brahmo pudo penetrar por fin en la ciénaga, ya era de noche. Lejos, muy lejos del campamento, sonó el cuerno que anunciaba que su padre acababa de alcanzar el extremo Norte del pantano, y Brahmo lo sintió y se alegró al mismo tiempo. Lo sintió, porque había abrigado la secreta esperanza de que su padre fuese el elegido... al fin y al cabo, era el heredero vivo de mayor rango del príncipe Tâuron. Pero la espada, debía reconocer, no atendía a semejantes ideas humanas de la jerarquía. Se alegró, por otra parte, porque eso le permitía a él mismo intentar la aventura.

—¡Es una profanación! —surgió en su memoria el rostro intransigente de su hermana amargándole aquellos instantes.

—¿Y los nobles de Dyesäär? —había respondido él aquella mañana al ataque de Usha—. ¿No son ellos nuestros guías y, por esta misma razón, los que más probabilidades tienen de encontrar el arma?

—No entiendes nada, Brahmo. Actúan así para evitar un mal mayor, no con la secreta intención de una ganancia. Y te diré, además, aunque acaso no debiera hacerlo, que entre ellos existe el pacto de devolver la espada al misterio, si llegan a hallarla.

Estas palabras de Usha turbaron a Brahmo. Apartó de su mente con violencia la imagen de su hermana y se metió, nervioso, hasta la cintura en las aguas. Durante

todo el día, mientras veía desaparecer en la densa vegetación a cada uno de los grupos que probaban fortuna, había temido que sonara la caracola, en lugar del cuerno, anunciando el hallazgo de Ida, la *Señora*. Se había prometido, entonces, que fuera como fuera, él también haría el recorrido de la ciénaga y daría libre juego a las emociones de su corazón al pisar el sendero secreto que la Virgen Libertadora trazó un día. Y ahora estaba en las aguas, con el corazón desbocado.

Veinte pasos por delante marchaba Arabínder, seguro, sereno, cruzando el pantano como si deambulase por una calzada regular a plena luz del día, difuminado por la boira, portando en su mano izquierda una antorcha que a través de la neblina en ascenso era una gran estrella naranja, un sol errante a través de la húmeda noche. También Brahma portaba una antorcha, e Inca, veinte pasos por detrás de Brahma. Pero a diferencia del príncipe de Dyesäär, el de Eben continuamente se detenía, se agachaba, metía el brazo en las aguas, en el barro, palpaba el fondo viscoso y sentía en la palma de su mano la vida o la no-vida de entidades inimaginables, indecibles. Y la distancia que lo separaba de Arabínder, por momentos, creció.

«Este suelo lo pisaron Dama Alayr y Dama Yâra» —repetía su corazón escalando en espirales la emoción.

Y su mano, ávida del tesoro, vencía la honda repugnancia y rebuscaba en él.

En Inca, para su infortunio, no se daba ni la fría serenidad de Arabínder, ni la atrevida emoción de su señor. Sentía pánico, sencillamente. Y sus movimientos rígidos, lentos, indecisos, de autómatas en persecución de los dos errantes soles naranjas fucilando y desapareciendo en la niebla, surgían del arduo combate entre su pánico a la ciénaga y su pánico a mostrarse como un cobarde. Y aunque su amo se detenía y seguía, marchaba y se detenía, y avanzaba muy despacio, él, pequeño y solo y aterrizado en aquel paraje infernal, no lograba siquiera guardar la distancia de veinte pasos con él y se sentía cada vez más perdido. Pensó que ni tan sólo los cuentos más terroríficos, que se narraban en la aldea para asustar a los pequeñuelos y excitar en los mayores emociones sombrías en las que él jamás había llegado a encontrar placer, conseguían describir semejante horror. Y le daba la impresión no de caminar con el agua un poco por encima de la cintura, sino de que la parte superior de su cuerpo flotaba en las negras aguas a la deriva, extrañamente tiesa, y la inferior se había fundido para siempre con aquel fluido espeso y estigial que sólo el optimismo o la ignorancia podían llamar «agua».

Pero no. Su pie, calzado por una sandalia (¡cuánto se arrepentía de no haber aceptado el par de botas gruesas de cuero que le habían ofrecido en el castillo!), tenía aún tacto y ahora se lo mostraba. ¡Se lo mostraba para su terror! Había pisado algo duro, redondo, como un coco.

Hubiera gritado muy a gusto, poniéndose por fin del lado del pánico a la ciénaga y dando por resuelto el combate entre éste y el pánico a su propia cobardía. Pero estaba paralizado. Aun más: estaba desposeído de sí o, lo que era todavía peor, poseído por un algo misterioso que no era capaz de controlar.

«¡No, no, no, no!» —se gritó a sí mismo mientras sus rodillas se flexionaban y su cuerpo, erguido, penetraba en las aguas para permitir que su mano explorase aquel objeto.

De pronto estuvo de pie otra vez y en su mano había un cráneo grande, extraño, como el de un simio atroz, un ogro fiero. Recordó su sueño de hacía dos noches. Abrió la boca para gritar. Dio un paso al frente para dejar correr el grito mientras él corría aunque fuese sobre las aguas, y se descubrió de pronto con sus dos pies sobre algo largo y frío.

Las antorchas de los príncipes habían desaparecido en la distancia. La suya también, aunque no sabía ni cómo ni cuándo ni dónde. Sin embargo, un misterioso resplandor lo envolvía, como una fosforescencia surgiendo del entorno inmediato. Estaba inmóvil, sin poder gritar, sin poder correr; con el cráneo atroz en la mano y, lejos de preguntarse si ser o no ser, con la seguridad absoluta de que de lo primero le quedaba muy poco y para lo segundo no le faltaba apenas nada.

Ahora, frente a él, entre dos árboles fantasmales, la luminiscencia se hizo más intensa, se organizó como si una voluntad invisible la modelase, cobró forma.

—Hijo del Leviatán...

Una mujer estaba ante él y lo saludaba con la mano derecha alzada, con ese gesto de los ídolos de los dioses que la antigüedad llamó *abhe mudra*, aniquilador del miedo. Y era cierto, el miedo había desaparecido, y aquel «algo» interno que instantes previos Inca no había podido controlar estaba ahora totalmente despierto... y era imponente.

La mujer se agachó y cogió lo que estaba bajo los pies de Inca. Tomándola con las dos manos le entregó al muchacho una espada de inconcebible belleza que ni el lodo ni el tiempo estropeaban, pues fulguraba como si acabasen de sacarla de una urna de cristal.

Sabía que la conocía. Sabía que conocía a aquella mujer de trenza rubia y tez bronceada y ojos inmensos de ámbar y turquesa, vestida como las figuras que en los cuadros y frescos recientes reproducían a los héroes de casi medio siglo atrás. Entre ella y él, lo sabía, lo sabía certeramente, había un vínculo antiguo e intenso. Y sintió que ese «algo» suyo interior e imponente se inclinaba ante ella y que ella lo percibía. Pero a Inca, este gesto le produjo un agudo dolor interno en el pecho, como si una herida vieja se desgarrase nuevamente.

—Mayúr —dijo la Dama—, es hora de que vuelvas a ayudarnos.

Y el alma de Inca, colosal y silenciosa, volvió a inclinarse en muda aceptación de un destino. Y el pecho de Inca crujía de dolor.

—Después, búscame. Porque yo soy tu camino.

Y con estas palabras, la aparición se desvaneció.

Inca estuvo otra vez solo en la obscura ciénaga, con Ida en la mano, con angustia y dolor en el pecho, sin saber qué hacer. Pero descubrió que por fin podía gritar, podía moverse, y con un largo «¡Ahhhh!» corrió raudo a través del agua como un

inmaterial espectro... hasta que se dio de bruces con una forma que se le antojó monstruosa y que era su señor.

—Inca, por favor, cálmate, cálmate... —le dijo el príncipe Brahma—. Llevo un buen rato buscándote y supongo que Arabínder estará buscándonos a los dos. Aunque lo hará metódica e imperturbablemente, importándole poco si encuentra nuestros dos cuerpos ocupados por nuestras almas o libres de ellas.

Se interrumpió. Había hablado atropelladamente, por una parte, para distraer su nerviosismo y, por la otra, para distraerse a sí mismo porque se daba cuenta de que Inca no podía articular otra cosa que no fuera «ahhhh», aunque ahora lo hacía más tranquilo. También él había perdido su antorcha, pero de pronto percibió en las manos de Inca el arma que éste portaba. La palpó sin dar crédito a lo que de ella sentía. Acarició la hoja a la vez fría y ardiente, la inapreciable empuñadura enjoyada, las dos serpientes protectoras de un rojo sosegadamente fulgurante en la oscuridad.

—No puede ser verdad, Inca —balbuceó—. ¡Es Ida! ¡¿Comprendes?! Es Ida, la Señora. ¡La has encontrado! ¡Que todos los dioses te bendigan, Inca, elegido de las Alturas! —y lo abrazaba.

—Por Dios, señor, por Dios —protestó Inca reponiéndose poco a poco de sus terrores—. Sois vos quien la ha encontrado.

Brahma negaba violentamente con la cabeza, con un nudo en la garganta y los ojos inundados de lágrimas.

—Por Dios, amo, por Dios. Tened compasión de mí. Yo no soy más que vuestro paje, vuestro escudero, ésta es vuestra aventura. Ésta es vuestra espada. Yo no he hecho más que acompañaros. Por Dios, amo...

Inca abrumó con tantas razones a su señor y tan desesperadas que el príncipe Brahma dio señales de empezar a someterse, aunque al principio lo hacía de mala gana.

—Inca —protestaba—, ¿estás seguro de lo que dices?, ¿estás seguro de lo que quieres hacer?

Mira que esto es tanto como rechazar un destino urdido para ti por los dioses. Es... es tanto como traicionar a los dioses.

—Pero, señor —insistía ahora el muchacho tanto más febrilmente cuanto más percibía que su amo empezaba a ceder—, ¿de qué destino me habláis? Tengo quince años, jamás he manejado un arma, apenas tengo fuerza para sostener esta espada, ¿de qué serviría en mis manos?, ¿a quién? Esta espada es para un príncipe y qué mejor príncipe que el que se sentará un día en el trono de nuestro reino. Hacedme caso, señor, esta espada es vuestra.

—Inca, Inca... No, no son así las cosas. Esto no es lo que parece. Tú me das motivos humanos, razones que parecen evidentes como la luz del día... pero estas armas de leyenda... lo que hay detrás de ellas...

Inca, al divisar una luz que se acercaba a través de la niebla, cortó las protestas de su señor.

—Príncipe, por favor, sostened el arma. Diremos que la habéis encontrado vos y, en todo caso, si no estáis satisfecho, discutiremos este asunto más tarde los dos, ¿de acuerdo? —y dejando a Ida en las manos pasmadas de Brahma se puso a gritar—. ¡Aquí, aquí! ¡Príncipe Arabínder!

¡Estamos aquí!

De pronto se dio cuenta de que surgían luces de todas partes y al menos una docena de antorchas los rodeó y comenzó a aproximarse a ellos. Figuras espectrales avanzaron en silencio hacia el lugar donde se hallaban y el círculo fue estrechándose más y más. Por un instante temieron que no fueran los guías de Dyesaar, pero pronto emergió a través del velo neblinoso el rostro del rey Mándos y, junto a él, el del príncipe Arabínder, hermoso como un ángel.

—¡La ha encontrado! —saltó Inca—. ¡Mi amo la ha encontrado! ¡Mirad! ¡Contempladla todos!

¡Es Ida... Ida! ¡Es la *Señora*... la Leyenda!

El rey Mándos acercó su luz a la espada, la observó atentamente. No había duda posible: aquélla era el arma que había visto en la mano de Dama Alayr durante dos años de batallas y escaramuzas. Brillantes recuerdos golpearon su pecho con la fuerza de un torrente que quisiera arrastrarlo a aquel pasado, pero los contuvo la presa de una inalterable emoción y ancló su mente en este día, en esta hora. Se volvió hacia su heredero y le hizo una señal. La caracola del príncipe sonó poderosa inundando la ciénaga, rebotando en los montes su clamor, remontando el río, alcanzando el mar, el castillo, saltando los muros de Astryantar. En todas partes fueron encendidas hogueras, respondieron trompetas, tambores, cuernos, caracolas, cacerolas, gritos jubilosos, y gentes de todos los lugares de alrededor, a pie o en carro o a caballo, se apresuraron hacia la ciénaga. Salía de las aguas el grupo numeroso cuando una multitud, contenida por la guardia del rey, se agolpaba en el campamento de partida para contemplar el arma legendaria y ver al elegido. Brahma caminaba flanqueado por los dos reyes, con Ida plana sostenida por sus manos frente al pecho, la mirada baja, fija en la hoja reluciente, silencioso. Les seguía Arabínder al frente de varios guías y al final de todo, dispuesto a desaparecer pronto entre el gentío que los rodeaba, Inca el paje, el niño, el escudero.

Los ojos de Brahma se alzaron por fin y miraron alrededor. Abrumado por los centenares de personas que lo circundaban gesticulantes, era incapaz de pensar; ensordecido por sus gritos jubilosos, era incapaz de oír. Pero ahora descubrió entre la multitud otros ojos, semejantes a los suyos, unos ojos brillantes y profundos en un rostro grave que se conformó poco a poco contra el rostro unánime e impersonal de la turbamulta. Eran los ojos de Usha, que lo contempló un instante y partió.

Luego, una calma profunda lo invadió descendiendo sobre él cálida y suavemente. Los sonidos se hicieron perceptibles a su alrededor y se ordenaron para alcanzarle, las imágenes borrosas cobraron formas precisas y se sometieron obedientes a las exigencias de su razón para tocar sus ojos y penetrar en ellos.

Brahmo se volvió hacia el rey Mándos, y con voz serena y grave:

—No es a mí a quien corresponde esta espada, majestad. En verdad no soy yo quien la ha encontrado.

Se hizo el silencio, se alzó el asombro, creció la expectación, la emoción. Entonces, el príncipe de Eben rodeó el grupo que lo acompañaba, se detuvo ante su escudero, pequeño entre todos aquellos grandes, humilde, invisible, e hincando la rodilla en el suelo le ofreció la espada con las dos manos.

—Tomadla, señor, pues sois vos aquel a quien Ida se ha mostrado y quien tiene que responder de ella ante los dioses y el Destino.



## VII

El rey Mándos se hizo esperar, contra lo que era su costumbre. Hacía media hora ya que el rey Vântar y sus hijos, Inca y la mayoría de los oficiales del cortejo real ebénida, Arabínder y Pradib y varios nobles de Dyesäär, lo esperaban en la Sala de la Asamblea. Oros y azules entraban por las vidrieras que servían de techo, y el sol estaba ya alto en el cielo aquel veinte de Julio caluroso. Por fin se oyeron pasos, metales, se abrió la puerta detrás del trono y el rey entró en la Sala seguido por tres guerreros que portaban respetuosamente a Ida. Ida fue depositada sobre el trono. Mándos se mantuvo de pie.

—Perdonad... —se excusó dirigiéndose a los allí reunidos.

«¡Que un poderoso rey deba disculparse!» —pensó Brahma.

«¡Que un rey tenga el poder de disculparse!» —pensó Usha.

Mándos, de pie ante el trono y frente a la larga Sala de la Asamblea cuyos lados ocupaban las gradas para los asistentes, cerró sus ojos un instante y permaneció silencioso.

Después de una breve concentración contempló a los litigantes uno a uno y comenzó.

—El rey Vântar y el escudero Inca piden que Ida sea otorgada al príncipe Brahma, y alegan que la *Señora* fue hallada en el curso de la aventura del príncipe. El príncipe Brahma y la princesa Usha piden que la espada sea otorgada a quien la halló, el escudero Inca. El desacuerdo es tan hondo y tan grave que unos y otros han pedido a Mándos, rey de Dyesäär, que juzgue y dé a uno u a otro partido la razón.

La voz de Mándos sonó honda, ceremoniosa, multiplicada por las piedras en el eco que recorrió la antigua Sala.

—He tardado tres días en convocaros no porque la sentencia no fuese perfectamente clara para mi razón, sino porque no quería juzgar con ella, sino Ver en mi Espíritu. Desde el punto de vista legal, esta cuestión no puede dirimirse, no es algo que pueda someterse a leyes. Desde el punto de vista meramente humano, este litigio no presenta duda posible: el elegido es Inca, él es el guardián y portador de Ida hasta que la espada decida abandonarlo, hallar un nuevo *lecho*, reposar en él hasta que una nueva mano la precise o la merezca.

Vântar torció el gesto.

—Pero la resistencia del elegido a aceptar su destino y su don me han asombrado, me han hecho vacilar, me han hecho investigar esos secretos motivos de las cosas a

los que no tiene acceso nuestra mente externa. Lo que he visto o lo que he dejado de ver no lo diré aquí. Pero ésta es la sentencia, no mía sino de la Voluntad secreta:

La voz de Mándos se hizo más grave, más honda, más poderosa.

—Inca, tú eres ahora el guardián de Ida. Acepta el Camino, la Batalla, el Sacrificio o devuelve el arma a la ciénaga, al misterio. Crece con lo primero o renuncia y avergüénzate.

Brahmo, has obrado noble y generosamente, y serás siempre para nosotros no un príncipe extranjero sino un príncipe de Dyesäär. Usha, has servido al partido de la sabiduría y gozarás por siempre en Dyesäär del mismo reconocimiento que el otorgado a tu hermano. Vântar, has razonado y actuado de forma errónea y egoísta; tu saber y tu valor se han visto confundidos por los acontecimientos de los últimos días, y estoy seguro de que en cuanto torne a ti el sosiego comprenderás y verás.

Mándos dejó que el silencio colmase unos instantes la sala, ave que apacigua con sus vastos, tranquilos planeos. Luego:

—Ésta es la sentencia del Espíritu. Aquel que la ponga en duda o que no la considere válida que se quede con la sentencia humana del rey.

Todos los asistentes se pusieron en pie en señal de aceptación del juicio menos el rey Vântar, que permaneció unos instantes sentado en su grada y después se levantó airado y se fue.

Mándos aguardó unos minutos, concentrado; luego tomó a Ida del trono, la puso en las manos del elegido y partió.

Poco a poco todos fueron saliendo y la Sala de la Asamblea se quedó sola, vacía, inundada por el rojo dorado en que las vidrieras que la encielaban transmutaban la luz del sol.

Sólo Inca se quedó allí, inmóvil en su asiento, las rodillas juntas, Ida sobre sus muslos... aquel tesoro en el regazo de un niño que ni para dar un paso tenía ahora fuerzas. Pasó el tiempo. El rojo dorado se rompió en un torbellino de rosas y éste se fundió en un mar de plata rojiza; la tarde trajo verdes dorados, y verdeazules, y violetas el crepúsculo. Inca permanecía allí, insensible al paso de las horas. Pero de pronto, se abrió el postigo de la puerta grande. Un soldado con el uniforme blanco de Eben y el baniano rojo en la espalda y en el pecho, con las insignias de alférez real, entró en la Sala y recorrió el amplio recinto con sus ojos. Allí, en una grada, perdido e insignificante en aquella inmensidad, descubrió al muchacho. Se acercó a él; se sentó a su lado.

Durante unos minutos, que aprovechó para contemplar ávidamente la espada en su regazo, respetó su silencio, luego se inquietó y, como Inca no daba señales de haber notado su presencia, le pasó el brazo sobre los hombros y carraspeó.

—Señor alférez... —se sorprendió Inca.

El oficial lo miró entonces a los ojos sin decir nada todavía. Era un hombre alto, ancho de espaldas, hinchado de carrillos, de rostro tan leal como ignorante. Un buen soldado. Amaba a su señor y rey, y se sabía (él no lo ocultaba) que era el gran



confidente del monarca en todo lo que se refería a asuntos militares y domésticos. Tenía las manos grandes, la frente pequeña, los brazos voluminosos pero rudos, sin forma; tenía la voz forzosamente grave, los ojos insabios, una carcajada flotando siempre en sus labios, el corazón inmenso. Su barba ligeramente encanecida y la piel gastada de su rostro sugerían unos cuarenta años: el alférez Ébendas habría nacido el año de la caída del nuevo imperio.

—¿Sabes lo que estás consiguiendo, muchacho? —dijo entonces casi como si le hablase a toda la Asamblea y el sonido de su voz reverberó en la Sala.

—Pero, señor... —intentó defenderse Inca de aquel hombre al que admiraba, pero que por vez primera en cuatro años le concedía un instante de atención.

—Mira muchacho —le interrumpió Ébendas—, mis hombres llevan aquí casi una semana, han trabado amistad con guerreros de este reino, con taberneros, han echado un ojo aquí y allá y han visto mujeres hermosas que habrían empezado a cortejar si el rey Vântar no lo hubiese prohibido absolutamente. Si mañana les digo que tenemos que volver a este reino pero a batallar y a conquistar, ¿cómo crees tú que se sentirán?

—Pero, señor... —logró decir Inca otra vez antes de que el oficial tajase el hilo naciente de su discurso.

—No, no digo que semejante estado de cosas sea inminente. Pero conozco bien a mi rey.

Está airado. Está furioso. Inca, sólo te diré esto pero quiero que comprendas que ya es mucho: la guerra es una posibilidad. Y aunque fuese una posibilidad lejana, muy lejana, eso ya sería bastante terrible, ¿no te parece?

—Sí, pero...

—En fin, tendrías que hacer algo, creo yo —le espetó como conclusión al asustado muchacho y se reclinó en la grada con un gesto que era una invitación no a dar explicaciones, sino a agotarlas, desangrarlas, mientras él aguardaba el momento oportuno para saltar otra vez sobre su presa con abrumadoras razones.

—Por Dios, oficial —comenzó Inca sabiendo que Ébendas exageraba, y exageraba mucho, pero deseando intensamente que comprendiera su desgraciada posición—, por Dios... Por todos los dioses y los demonios y los ángeles y también por los santos de nuestros sacerdotes, entendedme:

¡Yo no quiero la espada! Si el rey Vântar la quiere, ¡que la tenga! Si la quiere para el príncipe, ¡tanto mejor: que convenza a mi amo de que se la quede!

Ébendas no comprendió otra cosa sino que era el momento adecuado para volver a atacar.

—Bien, muchacho, veo que eres razonable y, si me haces caso, todo irá bien. Pero las cosas no se hacen así, a la buena de Dios... Ya ves cómo actúa la gente de este reino. No puedes coger la espada y dársela simplemente al rey; no, eso no serviría de nada.

—No, desde luego que no puedo hacer eso —protestó Inca con insospechada energía—. Eso sería violar el juicio del rey Mándos. Puedo arrojarla a la ciénaga, eso

sí, y que la busquen otra maldita vez, si quieren... Porque, si no, ¿qué?

—No, Inca, locuras no, locuras no —trató de apaciguarlo Ébendas—. Ya ha habido bastantes —dijo en voz baja para sí mismo mientras pensaba en la princesa Usha—. Yo te diré lo que tienes que hacer.

—¿Sí? —se le iluminó el rostro a Inca.

—Irás a ver al rey Mándos y hablarás con él —sentenció convencido y satisfecho el alférez.

Inca se sintió decepcionado. Bajó la mirada, contempló la hoja bañada por los lilas, por los reflejos veteada como una tira de mármol. Recordó a la mujer de la ciénaga, recordó sus sensaciones ante ella, y supo en aquel instante que aquella espada sobre sus piernas, y su propia alma, forzarían como fuese el destino... Y supo también que él se resistiría hasta el final.

—No, oficial —dijo ahora con voz más serena y terminante, con la gravedad de un príncipe—. No serviría de nada. ¿Acaso no estabais en el juicio? Es evidente que el rey Mándos ha dicho su última palabra. Si existe una solución, tiene que ser otra.

—No hay otra solución —repuso Ébendas con apasionamiento—. No hay otra. ¿Qué otra?

Tienes que hablar con él y convencerle...

—Pero convencerle ¿de qué modo... cómo...? —interrumpió Inca.

—Convencerle... —retornó Ébendas— de que las cosas en Eben no son como aquí.

Entiéndeme. Aquí hablan del Espíritu y todas esas cosas. Hasta el rey dice tener experiencia de Él. Está bien, no lo discuto, me parece legítimo, nosotros tenemos sacerdotes y ellos a un rey místico. No digo ni que sea posible ni imposible. Pero en Eben... —vaciló un instante; trató de escoger las palabras más adecuadas, pero al final la precipitación y la pasión lo ganaron—. En Eben todas esas cosas no existen fuera de los templos. Son ideales, no reales... no prácticas.

Quiero decir esto Inca: que aquí, en Dyesäär, puesto que tienen tan presentes estas cosas, el Espíritu puede bajar del Cielo, poseer un instante a una grácil doncella y hacerle manejar una espada tan diestramente que acabe con una horda de bárbaros o de piratas. Estas historias están aquí por todas partes. Y que Dios me fulmine, si sé lo que hay detrás de esto, el Espíritu o los demonios. Pero en Eben las cosas son distintas: un príncipe entrenado en las artes de la guerra y con una de las *Señoras* en la mano es un héroe, pero un bastardo sigue siendo un bastardo.

Inca miró al alférez fijamente. Ébendas se había llevado las dos manos a la boca como para impedir que saliera de ella ninguna palabra más antes de que se mordiese la lengua en castigo por tan inoportuna indiscreción.

—Caramba... caramba... —musitó al cabo de un instante.

Inca le contemplaba silencioso, ni triste ni enfadado. Perplejo. Con una pregunta impronunciada insistiendo desde la comisura de sus ojos:

«¿Bastardo yo?».

Ébendas se levantó, descendió unos peldaños, caminó por el inmenso recinto arriba y abajo con las manos en la espalda, alzando brevemente la mirada hacia el trono cada vez que se volvía hacia él, sobrecogido por el respeto que le infundía la realeza. Al fin, dio libre curso a sus pensamientos mirando al muchacho en su asiento elevado desde el medio de la Sala.

—Está bien, Inca, está bien. La pasión me ha podido y me ha hecho traicionar un secreto fielmente guardado durante quince años. Sólo añadiré una cosa y luego saldré de esta Sala; no quiero que me sigas ni que me preguntes nada más: si no harías lo que te he pedido por tu rey, hazlo al menos por tu padre.

\*

—No padre, yo no partiré.

Eso es lo que le dijo la princesa Usha a Vântar cuando éste la llamó a sus aposentos al morir la tarde, después de haber pasado todo el día encerrado allí.

—No partiré contigo, éste es mi sitio. He descubierto muchas cosas aquí... Si me fuese, morirían. Aún son jóvenes. Y, además, padre, no puedo comprender tu actitud. Sólo como un estado pasajero de ofuscación puedo entenderla, sólo así.

—¿Ofuscación pasajera? —repuso Vântar—. Desde que hemos llegado aquí todo ha sido una continua humillación. Mírate: mi hija se transforma en una desconocida; hace alarde de todo lo que avergonzaría a una muchacha ebénida, pantalones, pelo corto, piel morena... y aparece y desaparece a su antojo con el señor gobernador. Mi hijo hinca la rodilla ante un escudero, el último de los pajes, el más aldeano de todos ellos. El rey de Dyesäar falla en contra de la opinión del rey de Eben, su amigo, su camarada, su compañero de armas. ¡Y, porque todo esto no basta, en todo momento, en cada esquina, en cada pizca de aire que respiro, esta sensación de fracaso y error!

—Responderé sólo por mí, padre; mi hermano y el rey Mándos se defienden solos. Me trajiste para ofrecermelo a Arabínder. Todos, y tú el primero, comprendimos que ésa no era la opción adecuada. Pensaste en Pradib. Bien, estoy con él y con él me quedo. El que lo haga enamorada no creo que tizne de indecencia tus regios planes. Y hay algo más. Según como se mire, incluso más importante. ¿Ves esta cabeza? Acabo de descubrir que sirve para discernir, para razonar, para conocer, y, sobre todo, para convertirse en receptáculo de una Sabiduría aun mayor. Lo siento por los peluqueros de palacio. ¿Ves estas manos, estos brazos, estas piernas?

Acabo de descubrir que la trama invisible de su substancia es Luz, Luz dormida que quiere emerger, brillar, venciendo toda esta resistencia material. Lo siento por los modistos de nuestra regia Casa.

Cesó un instante, luego se arrepintió de haber callado tan pronto.

—Aunque pensándolo mejor, padre, diré también una palabra en defensa de Inca. Corre la voz... de que es hijo tuyo... ese aldeano.

Vântar no pudo soportarlo más y abandonó su habitación. Ya daba igual. Todo daba igual. Había pasado la tarde preparando su equipaje, titubeando al hacerlo, sí, pero ahora ya estaba todo en las bolsas de cuero con su real insignia y él se había

decidido por fin. Brahma había sido avisado una hora antes de que partirían la mañana siguiente y no había discutido las órdenes de su padre, pero Vântar sabía que el joven príncipe abandonaría Dyesaar con poca alegría, incluso con dolor. Es más, sabía que Dyesaar era una atmósfera magnífica para el desarrollo de las capacidades innatas del príncipe, la mejor que podría encontrar nunca. Lo sabía pero se negaba a reconocer que lo sabía. Lo sabía y debía negarse a sí mismo que lo sabía porque... porque en estos momentos, después de haberse enfrentado a su propio fracaso, después de haber estado tan cerca de la muerte, ya no temía sino una sola cosa en el mundo: que su hijo y heredero le mirase a los ojos tal y como le había mirado Usha y le dijese aquellas mismas palabras terribles:

«Padre, nos hemos equivocado».

Palabras que en realidad querían decir:

«Te has equivocado, padre, te has equivocado totalmente, de principio a fin. Y si uso la primera persona del plural, no es para disimular la evidencia de tu propia, crasa equivocación, sino porque yo también me he equivocado al admirarte como a rey, al amarte como a padre».

Los ojos de Vântar se llenaron de lágrimas. Aceleró el paso a través de los corredores del castillo, alcanzó la puerta de la habitación de Mándos, se detuvo ante ella resollando, intentando serenarse antes de entrar. Cuando creyó que lo había logrado la abrió de golpe. Descubrió al rey sentado en la mesa de trabajo, con los codos hincados en ella, el mentón sobre el dorso de las manos cruzadas, la melena suelta hasta los hombros, observando el vano de la puerta.

—Pasa, Vântar, te esperaba hace rato —dijo con voz suave.

—¿Vale la pena? Me voy, Mándos. He venido a despedirme.

—¿Estás seguro de lo que haces, Vântar? Espera dos días, sólo dos. Este furor habrá pasado. Verás las cosas de otro modo.

—¿De otro modo? Sí, Mándos, tienes razón. Veré cosas que nunca he visto, como por ejemplo a esa criatura pavoneándose por ahí con una espada que... ¡Con la espada de Tâuron, Mándos, de Dama Alayr! ¡Dios!, ¿tan bajo hemos caído? Y también veré a mi hija, o lo que queda de ella, desnuda en eso que llamáis Templo haciendo eso que llamáis deporte. Ya he visto bastante, rey Mándos, y creo que he tratado de verlo de todos los modos posibles... Pero ya es bastante.

—¿Tan bajo hemos caído, Vântar, preguntas? —dijo Mándos poniéndose en pie y enfrentando al rey de Eben con suavidad, pero con determinación—. ¿Tan bajo te estás arrojando, hermano?, te pregunto yo. No tienes ni idea de lo que hay detrás de ese muchacho. ¿Eres capaz de ver su alma?, ¿de descubrir la misión con la que ha descendido a este mundo? Pues no te precipites en juzgarle porque está muy lejos de ser lo que su apariencia te sugiere.

—¿Su... alma? —sonrió Vântar cínicamente—. No, príncipe de los sabios, de los místicos, de los adeptos, de los videntes, no soy capaz de verla. ¿Vos sí?

Y dándose media vuelta cruzó el umbral. Y desde el pasillo, riendo, sollozando, le

gritó aún:

—Y por cierto, señor Mándos, ¿os ha dicho ya esa alma que soy yo quien la trajo a este mundo? ¿Qué pensáis, señor? ¿Es éste el pecado que estoy purgando ahora?, ¿es éste el pecado...?

Y ya en su habitación se encerró con llave, se tumbó en la cama, se abrazó a la almohada con ojos repentinamente secos y se reprochó:

«Un instante... ¿por qué pedí un instante? ¿Por qué pedí un instante más?».

Y antes de que se apagasen sus sentidos, antes de que la noche se tumbase sobre él pesadamente, aplastándolo, inhumando su mente en la cripta de un dormir negro, sin sueños, oró... Oró no al dios de sus sacerdotes, sino a la serpiente de la ciénaga.



## VIII

Hablaría con él. Hablaría con el rey Mándos. Se arrojaría a sus pies, los bañaría en lágrimas, gemiría hasta que el regio azor de inalcanzables vuelos percibiese en el cieno ante él al despreciable gusano y se dignase siquiera escuchar los motivos de su villano y cobarde corazón.

«... O renuncia y avergüénzate» —había dicho el rey-juez.

Pues bien, ahora estaba seguro: renunciaría y se avergonzaría. O, pensándolo mejor, Inca no tendría jamás de qué avergonzarse porque todas esas historias de espadas y leyendas y caballeros y gestas y damas... Por un instante volvió a él el recuerdo de la Dama de la ciénaga, tan hermosa, tan sabia y serena, tan dulce...

«¡Un sueño, una alucinación, una locura momentánea hija del miedo!» —se impuso cortando de golpe el hilo de sus pensamientos.

No. Todas esas cosas estaban bien para los reyes, los príncipes, los grandes señores, aunque tampoco en ellos fueran verdad; pero les daban un aire especial, mágico, distinto del populacho, algo que invitaba espontáneamente al respeto y eso hacía, al menos, más soportable servirles. Inca pensó en las palabras del veterano alférez Ébendas:

«¿El rey, mi padre?».

Se observó atentamente y se repitió esta pregunta cuatro, cinco, seis, doce, sesenta veces.

No había una sola fibra de su corazón, ni una sola gota de su sangre que respondiese con el más leve estremecimiento de su inconsciente pero infalible percepción a la pregunta con la que él se martilleaba hasta en el tuétano de sus huesos. ¿Había mentido Ébendas, así pues? No, Inca no lo creía capaz de mentir... y menos en una cosa como aquella. ¿Entonces? ¿Sería él mismo tan insensible como para no notar en su propia carne el vínculo indestructible, inconfundible, de la verdadera paternidad? ¿No sería este vínculo, precisamente, lo que explicaba que él, Inca el humilde, el ignorante, el aldeano, hubiese llegado a palacio como paje del joven príncipe? ¿Lo sabría Brahma, su señor, y por eso había hincado la rodilla ante él con tanta nobleza, generosidad y naturalidad? ¿Lo sabría Usha, la princesa, y por eso había litigado a favor de Inca pero en contra de los deseos de Inca? ¿Y el rey Vântar? ¿Había litigado él en favor de los deseos de Inca pero en contra de Inca porque lo despreciaba o... porque lo amaba?

«¡Basta!» —se dijo, se gritó.

Para Inca una incógnita podía ser un juego, pero dos eran ya un incómodo laberinto; tres, un espanto; cuatro, una enfermedad; cinco, un signo de locura; seis, un suicidio... ¡Y él se había llegado a formular hasta ocho!

«¡Bien! Una cosa es formularlas. Otra muy distinta, tratar de responderlas».

Y además, qué importaba todo eso... ¡qué importaba! Él no quería desprenderse de la espada por su rey, tampoco por su padre ni por la armonía entre los dos reinos que, estaba convencido, no dependía en absoluto de los aciertos o errores de un humilde servidor como él.

Quería deshacerse de Ida, la *Señora*, sencillamente porque le tenía miedo... ¡pavor!... y estaba harto de que todo el mundo le mirase con temor sagrado, silentes, reverentes a su paso, como si esperasen del elegido gestos, hazañas, que él sólo podía realizar en sueños, invisibles e inaudibles para el resto de la humanidad.

«¡Bien! ¡Basta! ¡Vamos!».

Con estas tres consignas todo su plan de batalla quedó decidido y trazado, y su cabeza, su corazón, sus manos y pies supieron exactamente qué tenían que hacer. Su cabeza se volvió y dejó de contemplar el ancho mar ilimitado, la azur incitación a los ensueños de magia y de gloria, para mirar el sólido castillo de Dyesäär a sus espaldas, gloria hecha piedra con sangre y con sudor, una realidad tan concreta que asustaba; su corazón también se volvió y dejó la actitud vacilante por la decidida, la decidida por la implorante; sus manos se apoyaron en la arena de la playa frente a la bahía, en la que había estado sentado toda la noche, insomne y contemplativo, y ayudaron al cuerpo grácil del muchacho a levantarse de un salto; sus pies, por fin, uno tras otro, con ritmo y modos que traducían todo el arco iris emotivo de su interior, empezaron a llevarlo a las habitaciones del rey Mándos. Fija su mirada en el deseable futuro que preveía y proyectaba para su persona, Inca avanzó, general de todos sus miembros y guionista de todo su teatro, dispuesto a liberarse de la espada y a ser nuevamente un heroico paje... y, si no, truhán o mendigo.

Pero ocurrió algo entonces, cuando alcanzó los jardines del castillo, que toda su astucia no habría podido prever jamás y que todo el poder de sus mañas y sus miembros no podía enfrentar; pues era algo que, como allá en la ciénaga, apelaba a lo más íntimo de su ser, a su razón última, a su alma, ante la que incluso el general y el guionista de su persona se doblegaban sumisamente cuando la percibían despierta.

Inca llegó a una plazoleta en la que desembocaban cinco estradas entre altos setos de ciprés y en cuyo centro había una fuente de piedra. El agua caía de su cima como diamante fundido por el sol y entunicaba con velos irisados y transparentes un monolito cuya forma era semejante a la de los escarpados riscos del Swar. A su alrededor, llenaba un estanque de forma irregular, uno de los muchos del jardín que embellecían grandes lotos y a los que, al amanecer, se acercaban a beber pavos reales blancos o de color, o aquellos otros que sólo existían en Dyesäär y que unían a un plumaje inmaculado una cresta de oro. Inca se detuvo un instante a contemplar

aquellas aves incomparables. Una de ellas, de las del oro encrestado, se detuvo al percibirlo, dejó suspendido su largo cuello sobre el agua, la cresta cimbreándose, él inmóvil, sin culminar la trayectoria de su cabeza para beber del estanque, y tornó hacia él los ojos, crispados, alertas.

Entonces, al ver a Inca, se relajó de forma casi inmediata y se entregó confiado a la tarea cotidiana que lo había llevado hasta allí.

Inca sonrió complacido, agradeciéndole al ave su familiaridad, con un dibujo en sus labios que no era el de su pícara sonrisa habitual, sino la expresión de una alegría tan serena como profunda, tan espontánea como divina.

Pero de pronto algo se alzó del suelo, repentino, y enlazó al pavo real con abrazo inexorable y deletéreo. Una serpiente era, confundida hasta ese mortal instante con la hierba que cubría el suelo alrededor del agua. Su verde-réptil rayó el blanco-ave, amenazó el oro del pájaro.

Y entonces ocurrió. El pecho le crujó a Inca; pensó que caería retorcido de dolor... Pero no, aquel imponente habitante silencioso y desconocido que moraba allí, en el centro mismo de su ser, se hizo dueño de toda su persona. Con rapidez inconcebible, la mano de Inca desenvainó la espada, pendiente de un cinto, que casi rozaba el suelo con la punta cuando el muchacho caminaba; el brazo golpeó de revés con precisión tajando la cabeza del reptil, a sólo una pulgada ya del cuello desesperado del ave; la otra mano soltó el prieto nudo verde alrededor del cuerpo emplumado y lo arrojó lejos, con un desprecio y un temor ancestrales que aquel profundo habitante en su pecho había obligado a Inca a compartir, aunque no podía comprenderlo.

Unos ojos habían contemplado la escena pocos pasos a la derecha de Inca, desde la desembocadura de uno de los senderos en la glorieta del jardín. El muchacho se volvió hacia allí con un rictus extraño en el rostro, una expresión que no era suya sino de su alma antigua, forzada por la profundidad del momento en los rasgos de su faz. Ébendas lo observaba como si acabase de ver a un monstruo demasiado grande y terrible para caber entero, siquiera, en la pupila de la imaginación y, luchando contra el pavor que lo paralizaba, huyó en las alas del pavor que lo estrangulaba.

A Inca no le importó. Sentía honda calma. Su mano derecha aferraba aún a Ida, inmóvil pero amenazante, tensa prolongando la tensión del brazo. Y él, como cuando un niño siente en sus tobillos el dolor del crecimiento y se pone de pie y le parece estar contemplando el mundo desde una nueva altura, sentía por momentos aumentar de tamaño, aumentar en poder; se sentía despertar mientras el habitante oculto, como emergiendo de una sima oscura, ganaba para sí todas sus fibras, sus miembros, y se entrañaba en su carne dando para siempre a la urdimbre tosca de su persona la textura luminosa y sutil y poderosa de las cosas del espíritu.

Otros ojos habían espiado su acto. Inca alzó la mirada y descubrió en la ventana de la habitación más alta del castillo al rey Mándos. Y supo que lo esperaba.

\*



—Venías a renunciar, ¿verdad, hermano?

Inca estaba allí, frente al rey más poderoso y sabio de Ordum, con la espada aún desnuda en la mano, con un gesto y una mirada de desafío que habrían hecho caer sobre él a todos los guerreros del reino de haberlo visto allí en aquel instante... pero el monarca lo llamaba hermano.

Y él sabía que era así. Y él no dejaba de sorprenderse de que fuera así.

—Sí —respondió—. Venía a renunciar.

—¿Y ahora? —inquirió el rey Mándos, no para que le confirmase lo que ya sabía, sino para hacerle pronunciar palabras de las que ya no podría retraerse porque surgirían con el poder incontestable del alma, inalterables, fijando una senda en el porvenir.

—Es más fuerte que yo —respondió Inca con voz grave y lejana—. No creía en el destino.

Hay destino. Quizás no para todo el mundo; quizás sólo para algunos. Yo tengo un destino. He nacido para él. Fuera de él, mi vida es un derroche de la Naturaleza, una traición al Altísimo.

Acepto, señor. Acepto Ida y cualquier cosa que me venga impuesta por ella.

—Mira —le tentó aún Mándos.

Abrió para él la ventana de su gabinete de trabajo, que daba al Oeste, sobre el patio de armas, y le mostró el grupo que estaba organizándose para la partida. Los jinetes de la túnica blanca y el baniano rojo formaban ya dos perfectas, marciales hileras. El príncipe Brahma ocupaba en aquel momento la cabeza del escuadrón; el rey Vântar ponía el pie en el estribo de su corcel negro. La carroza regia, vacía, seguiría a los caballeros. El estandarte fue desplegado: al baniano rojo en el blanco farpado lo estremeció el viento de Dyesaar. El alférez, aún visiblemente turbado, gritó una orden. El grupo se puso en marcha, un aura lóbrega lo envolvía.

Y de pronto, ocurrió algo que tanto Mándos como Inca comprendieron que no era azar sino símbolo: un golpe de viento, misterioso, repentino como un chicotazo, desgarró el estandarte real. Hubo gritos, órdenes, el estandarte fue rápidamente substituido. El grupo, por fin, partió.

Vântar miró tristemente a un lado y a otro. Usha no apareció para despedir a su padre.

—Acaso no los vuelvas a ver... Mayúr —dijo Mándos.

—El destino que me separa de ellos puede volver a unirme a ellos, hermano —se consoló Inca... se sorprendió Inca de la calma creciente que lo poseía y de la hondura cada vez mayor del sentimiento que lo unía al monarca, como si éste fuese, realmente, un viejo conocido, un antiguo, antiguo amigo.

—Sin embargo, no confíes.

—¿Y ahora? —musitó Inca lejano, interrogando no tanto al rey como a sí mismo.

—Sólo tu alma despierta puede trazar el camino —respondió el rey.

Mándos, entonces, dirigió su mirada al pequeño cofre de madera y bronce que

había sobre su mesa de trabajo.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

—¿El cofre que trajeron las siete guerreras de la Orden desconocida?

—*Shaktis* —repuso Mándos—. Habitan en el Mahat, el más alto de los picos del Swar. Las escoge, las instruye, las gobierna Dama Alayr.

Inca conocía aquel nombre, por supuesto: era el de una leyenda. Pero ahora se dio cuenta de que el nombre llegaba a él no como una palabra etiquetando una inaprensible imagen femenina de rasgos desdibujados y velados por el tiempo, redibujados y coloreados por la imaginación popular, sino como la expresión sonora de un rostro muy concreto: el rostro de la mujer de la ciénaga, aquélla de cuyos labios había oído por primera vez el nombre que tanto le perturbaba y que tanto exigía de él, Mayúr, que en *dévico* antiguo significa Pavo Real.

Alayr... y este nombre le decía algo más ahora que su alma empezaba a vivir una vida propia y eterna. Le decía, le aseguraba, que aquella que lo portaba como un estandarte visible para todas las generaciones era alguien muy próximo, muy próximo a su propio corazón, a su corazón íntimo y antiguo.

—¿Tenéis contacto con la Dama, señor? —preguntó Inca retornando vacilante a una fórmula respetuosa.

—Pero a cualquier extranjero estoy obligado a negárselo —respondió el rey Mándos—. Tu compañera de armas... Mayúr —añadió.

Mayúr... Pavo Real. La imagen de la serpiente y el ave magnífica fue arrojada nuevamente por su memoria a sus ojos introvertidos, y palabras ancianas, acaso milenarias, acaso tan antiguas como el mundo, retornaron a él con honda carga de dolor:

«¿Ha vencido entonces Sarpa, la Serpiente, a Mayúr, el Pavo Real, sin esperanza para la Luz que habita en ti?».

Mayúr... ¿Hablaban acaso las crónicas de un Mayúr, compañero de armas de la Dama?

¿Por qué, pues, entre las muchas palabras dévicas que habían dado nombre a los hijos recientes de los nobles del reino ebénida, se había evitado ésta siempre, precisamente? Mayúr...

—Mayúr —interrumpió Mándos sus elucubraciones—. Este cofre y lo que hay en él son un regalo de Dama Alayr para el rey de Dyesäär, el mejor que podía hacerme, sin duda. Pero la carta que lo acompañaba traía un ruego, que para mí es una orden. «Muéstraselo al elegido», decía, «que lea y comprenda y siga». Traía, además, esto.

Mándos tendió a Mayúr un pequeño bulto, del tamaño del puño de un niño, envuelto en un paño aterciopelado de color negro. Al retirar el paño, Mayúr se encontró con una piedra negra de visos extraños que golpearon su mirada y su memoria y su imaginación con un poder siniestro. Asombrado, Mayúr se acercó a la mesa, miró al rey, el rey asintió. Mayúr abrió el cofre. Contempló su interior. Halló un pequeño libro con tapas de cuero y páginas de papel grueso, de textura suave, de

color marfil. El título, en la cubierta, estaba escrito con letras doradas en *déxico* antiguo y debajo, en plata, en la lengua del Mar. Pasó las páginas, el oro inflorescente del *déxico* llenaba las de la derecha, ilustradas con miniaturas que reproducían paisajes arcanos, lejanos, de este mundo y de mundos del Más Allá. La plata de la lengua del Mar, en letras semejantes a olas grandes o cabritillas, lunas crecientes o plenas, aguas mansas o crispadas, montañas bajo argénteos soles, islas diminutas y estrellas, conformaba un lenguaje de misteriosos océanos y archipiélagos y constelaciones en las páginas de la izquierda. Los ojos de Mayúr se detuvieron en una curiosa ilustración en el margen derecho de una de las páginas *déxicas*: una montaña negra se alzaba siniestra sobre un valle, amenazante; pero encima de ella había otra, de un oro transparente, como si fuese de una substancia distinta de la de las cosas materiales y descendiese ahora a la negrura amontañada para transformar su burda, ignorante, dormida, terrible constitución, infundiendo en ella la Luz de las cosas divinas.

Cerró el libro de golpe. Respondió con su cuerpo, reflejamente, a una incitación antigua.

—Mayúr... —comenzó Mándos suavemente.

—No conozco el *déxico* —cortó éste—. Tampoco la lengua del Mar. Ni ninguna que no sea el *ordumia* común. Y aun ésta la hablo de un modo harto ordinario.

Y su última frase sonó como si su alma potente se quejase de un instrumento demasiado basto.

—Mayúr —retornó Mándos como si este nombre fuese un encantamiento para acabar de despertar, y de forma definitiva, al durmiente—. ¿No es el *déxico* tu propia lengua? Navega en ella. Da a tu alma lo que pide. Yo no sé por qué razón has sido invitado por la Dama a estos misterios que yo tardaré mucho tiempo en descifrar, pero quizás halles aquí un signo para el camino, un velado mapa de tu destino o una herramienta útil para lo que tienes que hacer. Mira, yo saldré ahora de aquí y te dejaré a solas con el libro. Ábrete a él y él se abrirá a ti, y lo que de él tenga que alcanzar tu alma inmortal irrumpirá, te lo aseguro, aun a través de la trama de letras desconocidas.

Mándos partió y Mayúr se quedó solo en los aposentos del rey, temiendo el libro y deseando sus secretos. ¿Por qué lo invitaba Dama Alayr a ellos? ¿Qué podía haber en aquel libro que le concerniese? ¿Una respuesta al enigma de su futura misión?, ¿al vínculo misterioso que unía Inca a Mayúr? Se sentó en la silla de trabajo de Mándos, junto a la mesa, sus piernas estiradas, sus brazos sobre los brazos de madera, la espada en el suelo a su costado, el cuerpo relajado y la cabeza ligeramente hundida en el pecho, su mirada golpeando el título incomprensible del libro frente a él. Así pasó muchas horas, en silencio inmóvil, soñando despierto, con la mente desprendida de su cuerpo vagando por espacios y tiempos inconcebibles y no arrojando sobre su cerebro material más que el reflejo deformado de raras imaginaciones, inconexas y erráticas. Un rayo de luz entró, sesgado, por el ventanuco occidental; la mañana había pasado,

la tarde se empezaba a gastar. Los ojos de Mayúr seguían clavados en las letras doradas del título y, de pronto, vio, sintió, como si su cráneo se abriese y una mano surgiese de su interior con el gesto último y desesperado de quien busca algo a lo que asirse antes de caer al negro abismo. Una mano blanca, viril, salvífica, tendida por el invisible Cielo, la cogía entrelazando a los suyos sus dedos en un gesto infalible de unión completa y eterna. La visión pasó, fugaz. La mirada de Mayúr dejó de golpear las inviolables letras; éstas se abrían ahora como dóciles puertas. Leyó el título; sus labios lo pronunciaron para sus adentros con un estremecimiento de todo su ser:

DE LA MONTAÑA NEGRA,  
LIBRO IV DE LA OBRA DEL REY BAN  
TITULADA  
LAS TRES MONTAÑAS Y LA FUNDACIÓN DE UN IMPERIO

y su alma despierta leyó el lenguaje desconocido...

*Esto ocurrió a mediados de Noviembre de aquel año. Un día incomprensible. Un terror incomprensible pero, se revelaría más tarde, necesario...*

A pesar de que el libro, ya desde sus inicios, daba por supuestos muchos acontecimientos, Mayúr se sintió penetrar en él como si todos ellos le fuesen conocidos, deslizándose suavemente hasta el alma de los hechos narrados. Las palabras fueron para él no letra muerta, sino terrazas de vasta panorámica; miró desde ellas y vio... vio cosas que estaban escritas y cosas que la letra ignoraba. Vio la Montaña Negra, un paisaje devastado, arrasado, un desierto amontañado; y vio una voluntad gobernándola, convirtiendo cada puñado de tierra calcinada en una trampa y un tormento para los seres vivos. Percibió la áspera vibración de aquella voluntad secreta: era la voluntad inflexible de un hombre, un hombre de poder incomparable, un titán... pero un titán que en la cima de aquel pico tenebroso, puente entre el mundo material y la Tiniebla, había multiplicado su fuerza por la cifra tremenda del Infierno esenciándose con la Fuente Cósmica del Horror... Tal hace el eremita de las místicas cumbres nevadas, mas su acto de autoanulación y de Amor lo funde para siempre con aquello que al Horror supera y contradice y lo despoja de su máscara deformada: la Consciencia Suprema. Aquí, en este monte, en esta cumbre de la Tierra, una voluntad gigante, un hombre de hierro había llegado al clímax de su poder con austeridad y esfuerzo titánicos para convertirse en Rey de la Desolación, Señor de la Muerte. Y atrapado en su tela de araña, Mayúr vio a otro hombre, desvalido. Los engaños de su enemigo lo habían llevado a una pequeña gruta en lo alto de un risco que era una isla de piedra en el aire, como si un falso monte se hubiese

desmoronado de pronto dejando su cabeza sostenida por un fino tallo de roca, delgado como una aguja, convertida su cima en una cárcel inviolable, eterna. Y aquel hombre, desvalido, cuidando de una mujer joven, moribunda, era Ban, rey de hombres, rey de pueblos, rey de reyes, rey de *Rishis*, hacedor de reyes. Ban, desvalido, atrapado en la tela de araña del Rey de la Montaña Negra. Y aquellas palabras antiguas, milenarias, acaso tan viejas como el mundo, saltaron, nuevamente, de las páginas del libro a los ojos de Mayúr:

«¿Ha vencido entonces Sarpa, la Serpiente, a Mayúr, el Pavo Real, sin esperanza para la Luz que habita en ti?».

Mas ¿saltaban de las páginas del libro o de la mente y el corazón de Ban, contemplado desde aquella vasta panorámica de su visión? Ban, desvalido, luchaba contra la voluntad titánica entregándose... entregándose a una Voluntad mayor. De su lucha depende el mundo porque en él, de guerrero y líder convertido en campo de batalla pasivo, lidian las dos fuerzas primordiales, la Luz Suprema y el Rayo azabache de la Muerte. De su rendición completa depende su victoria; de su anulación total su pervivencia. Yug, su espada, *Señora* de las *Señoras*, reina generosa de la vida y de la muerte, está quieta: la quietud es su suprema batalla; de su filo inmóvil depende el futuro de la Tierra.

Mayúr vio, vio y sintió, a través de la letra fundido con el espacio y el tiempo de los que aquella era puerta. Mayúr amó a Ban con corazón espontáneo y generoso, y se preguntó con rabia quién era aquel Señor de la Muerte contra el que Ban debía defender con sacrificio y tormento la causa del mundo. Vio los horrores que Ban hubo de enfrentar pasivamente, como quien bebe una copa de veneno, ofreciéndola ritualmente a la Voluntad de lo Alto, para transformarlo en su vientre en néctar de inmortalidad. Vio las fuerzas y poderes sutiles arrojados contra él por el Amo de la Montaña Negra; vio la Luz Gnóstica disolverlos uno a uno en su mentira esencial, como si jamás hubiesen existido. Vio a la mujer resurgir de la muerte; vio a Ban recibir en su cabeza un Sol y encarnarlo. Y cuando todas sus trampas y fuerzas y recursos ocultos hubieron fallado, vio al Enemigo dar cuerpo físico a los hijos predilectos de su maldad.

¿Quiénes eran esos seres perversamente poderosos y titánicamente grotescos, jinetes del aire y pastores de enloquecedoras serpientes cuya prole mítica, en el prosaico mundo de las realidades terrestres, eran la enfermedad y la demencia, el terremoto y el hambre, la muerte, la guerra, la tortura desmembradora, el volcán tremendo y purificador...? Ellos, que en los espacios sutiles habían sido vencidos por la rendición de Ban y la inmovilidad de su espada, ascendían ahora el tallo de roca, la rabia hecha sangre en sus venas de materia nueva y poderosa, hasta la cárcel y ermita del Avatar. Ellos, tres Señores del Espanto, vestidos de un cuerpo terrestre e invencible por su padre y Rey. Ellos, los tres *Nagas*, Señores de Serpientes, dispuestos a quebrantar la acción de Ban ya que no habían podido destruirlo en su pasión.

Hubo lucha en aquella cima de la Tierra y Mayúr la vio. El brazo de arcilla, de carne, relevó al Brazo etéreo del Empíreo y Yug vibró. Dos de los grandes *Nagas* cayeron al vacío; el tercero huyó. Y Yug entoncesalzada, puente entre la Tierra y los Cielos, llamó a la Luz más alta y la Montaña Negra se hizo Oro... salvo por una pequeña piedra. El monte tenebroso volvió a ser la Montaña de Oro, antaño fanal y centinela de los Señoríos de la Astraya del Mar, que obedecían a una sola Casa, aliada de Ban por su amistad con los Reyes Antiguos.

«¿Y el titán? —se preguntó Mayúr—. ¿Y el Rey de la Montaña, el Señor de la Muerte, de la Desolación?» —insistió con misteriosa y violenta inquietud.

Y surgiendo del fondo de la historia o de las honduras de su memoria dormida, una voz semejante a la del rey Mándos, pero desconocida y lejana, musitó, apenas audible para sus oídos externos:

«... todavía eres capaz de leer el *déxico*. Quizás la serpiente no haya estrangulado aún del todo al pavo real en ti».

Era de noche ya y Mayúr surgía como de un sueño. El reloj de arena sobre la mesa indicaba que casi veintitrés de las veinticuatro horas de aquel día de Julio, el vigésimo primero, se habían consumido ya. Mayúr supo que Mándos no volvería y que él tenía que partir. Devolvió el libro leído y no leído a su cofre de madera, con cuidado, con respeto. Tomó la pequeña piedra y se la guardó; tomó su espada del suelo y dejó las habitaciones del rey. Apenas encontró a nadie en las dependencias del castillo y a los que halló los ignoró y lo ignoraron. Salió por la puerta Oeste y se halló solo frente al camino, bajo una noche amable y estrellada.

Sentía paz. No tenía nada más que su espada y debía caminar centenares de leguas... acaso hacia el Norte. Pero sentía paz, la paz honda de quien sabe que ha llegado al punto de partida del verdadero sendero de su ser, elegido para esta vida por un alma antigua y consciente, y que los resultados de su viaje, de sus esfuerzos, sean éstos los que sean, victoria o fracaso o derrota o muerte, no cambiarán en nada el destino escogido... pues el único acto que dependía realmente de su humana voluntad ya había sido realizado, y sus pies hollaban ya la senda de la Fuerza y de la Luz.

Tomó la vía Lata, que tendía ligeramente hacia el Norte antes de virar hacia el Oeste para circundar la bahía. Anduvo con el estómago vacío, sin hambre, la mirada perdida en la noche, el corazón buscando morada en un espacio nuevo que fundía la imaginación, el ensueño, la vigilia, la esperanza. Y de pronto, cuando pasaba junto al bosquecillo de *ilircos*, apenas a unos pocos estadios del castillo, alguien lo llamó quedamente.

—Escudero...

Mayúr se volvió hacia los árboles, a su derecha, y forzó su vista entre los troncos gruesos, claros bajo la luna. Las flores de los *ilircos*, semejantes a lotos abiertos en la noche, semejantes a cálices en las largas manos de los árboles tendidas hacia el cielo, olían como incienso. Pero Mayúr no veía a nadie.

—Inca —llamó de nuevo una voz, esta vez de mujer.

Y Mayúr descubrió entonces, a un tiro de piedra de la calzada, a dos figuras. Un hombre moreno, de pelo corto y bigote, con un gato grande y negro, mimoso en sus brazos poderosos, y, junto a él, a una joven sobre un hermoso corcel.

—Inca —repitió ella—. Ven, aproxímate.

Mayúr obedeció y enseguida alcanzó las dos figuras. El príncipe Pradib le sonreía ahora; su enorme gato le observaba con asombrados ojos ambarinos; Usha, su princesa, lo acariciaba con la mirada. De palabras no había mucha necesidad. Todos comulgaban en un mismo sentimiento y todos conocían ya, como si lo hubiesen vivido previamente muchas veces, el instante siguiente que la rueda del Tiempo les deparaba. Usha desmontó y ofreció a Mayúr las bridas de Táumandos, no míseras sus alforjas en alimentos y monedas de plata. Pradib le dio una vaina de madera de *ilirco* para Ida y una correa para colgársela a sus espaldas. Mayúr montó y el caballo lo recibió alegre sobre su grupa. Dio unos pasos entre los árboles y entonces su jinete se volvió. Los ojos de Usha eran nuevos, eran fuego, eran vida y voluntad; los de Pradib, un vasto resplandor de protección cálida. Pero el caballo no aceptaba de grado el freno en aquella hora misteriosa, como si intuyese la premura que les exigía su camino, un camino derecho hacia el porvenir, mas incierto para el animal y para el hombre. Mayúr se sometió al brío de su montura y aflojando la tensión de las bridas galopó hacia la noche inmensa.



PARTE SEGUNDA

# El Bosque





## IX

Hicieron el viaje de vuelta en veinticuatro días. Marcharon hacia el Norte y sin rodeos, y Vântar no volvió a ocupar su carroza real. Al quinto día de su partida, los alcanzó un estafeta de Dyesäär y entregó al oficial Ébendas dos cartas con el sello del gobernador de Astryantar: una para el príncipe Brahmo, otra para el rey Vântar. Las dos eran de Usha; en la segunda, expresaba su amor por su padre, sus mejores deseos para el viaje y su anhelo de un reencuentro temprano en...

«... una hora, un día, un año que nos halle transformados para bien, y preparados para respetar y amar a aquel que el Tiempo traiga a nuestro lado, por muy cambiado y distinto que éste sea de aquel que conocimos y, acaso, olvidando que toda personalidad humana no es más que un paso y un puente hacia un estado más sabio, quisimos ver permanecer igual a sí mismo para siempre».

Vântar se alegró de aquellas letras, a pesar del reproche velado que podía leer entre sus líneas, pero se cuidó mucho de dar signos externos de ello. Vântar era ante su hijo y sus hombres un rey ofendido, y esta ofensa él la transformaba en distante solemnidad y en una rabia contenida que hacía avanzar más y más deprisa al cortejo real. El primer día de Agosto alcanzaron el puerto más meridional del Deva, a tres leguas al Norte de las cataratas de Ishkáin, y allí el velero del rey recogió a Vântar, a su hijo, a la mitad de su séquito, y remontó majestuosamente la corriente del río dorado y azul. Fueron trece días tranquilos que Vântar dedicó a la reflexión y a unos pocos asuntos urgentes que Dama Esha había hecho llegar con el barco hasta su real persona. Dama Esha... ¡cuánto la añoraba! Sabía perfectamente que las consecuencias anímicas de su viaje al Sur, que él reprimía ahora violentamente, no se harían patentes, con toda su estela de matices hasta que no se hallara en presencia de la única que podía fondear sus sentimientos... aunque jamás hubiese visitado Dyesäär y el Sur fuese para ella sólo un nombre lejano. Es más, Vântar no quería aceptar ni un solo cambio en su personalidad exterior, como fruto de sus experiencias en Dyesäär, hasta que su Dama no le dijese claramente cuáles, de todas aquellas insinuaciones y guiños del destino, debía incorporar a su existencia y cuáles debía rechazar. En Dama Esha, en sus palabras o su silencio, en su mirada, Vântar hallaba siempre la clave de sus propios actos y pensamientos, pues en ella su mente se contemplaba como en un espejo.

—¡Padre!

Con Brahma había hablado poco también. Sabía que también el príncipe luchaba contra poderosas fuerzas transformadoras en su interior y que no acabaría de cribarlas ni les permitiría manifestarse hasta haberse encontrado con su madre y reina; pero en Brahma esto no era efecto de un amor franco, sino de un temor reverente, un respeto temeroso.

—¡Padre!

Y ahora el príncipe gritaba desde la proa del barco rompiendo el hilo de sus elucubraciones. Vântar dejó sus lujosos aposentos y siguió el hilo de la voz de su hijo. Era de noche, una noche calurosa de mediados de Verano, no había un soplo de brisa y la nave seguía, con un suave y rítmico chapoteo de los remos, el riel de la luna, anacarado sobre las aguas. El rey Vântar llegó hasta su hijo, que señalaba a lo lejos y comentaba algo con el oficial Ébendas.

—¿Qué ocurre Brahma..., oficial?

—Señor... —saludó Ébendas.

—Padre —intervino el príncipe—, mira, allí está Eben. No hay ni una sola luz en toda la ciudad.

—Es muy extraño, es verdad. ¿Estás seguro de que...? —se obligó a decir Vântar aunque sabía que aquel mundo de piedra y mármol, afantasmado por la noche y la distancia, no podía ser otra cosa que su capital.

—Mira —respondió Brahma señalando la margen derecha del río—, hace mucho rato ya que tenemos el Cinturón Fértil a estribor.

—Sí... —musitó Vântar.

De pronto, algo semejante a una estrella fugaz cruzó la noche de Eben, una llama amarilla desgarró la oscuridad por encima de la muralla y, en la distancia, a los tripulantes de la nave real les pareció oír un rugido, después el grito de un hombre, luego nada. Se hizo el silencio en la nave, hasta los remeros cesaron en sus movimientos, y también el río callaba y esperaba.

—¿Habéis visto, habéis oído? —susurró Ébendas sin poder soportar más aquella quietud.

—¡Sssh! —le impuso Vântar.

Y, entonces, todo se repitió otra vez: una llama voló, un ave incandescente visible un momento por encima del muro; un rugido, de un gran animal, esta vez más fuerte; el grito de un hombre, esta vez más desgarrado y prolongado.

—¡Dioses! ¡¿Qué está pasando ahí?! —clamó Ébendas.

—¿Flechas incendiarias? —preguntó Brahma—. ¿Están atacando la muralla?

—¡No! —repuso el rey—. Un asalto a la muralla por la noche y con flechas incendiarias sería un ataque sostenido. Y ¿no habéis oído esos rugidos?

—¡Fieras! —exclamó el piloto de la nave, que se había situado junto a Ébendas y trataba de penetrar con sus ojos poderosos el secreto que velaban la noche y el espacio.

Un corro de oficiales y soldados se había formado alrededor del monarca y su

hijo, y todos se preguntaban con un estremecimiento en el vientre qué les esperaba al llegar al puerto ya próximo.

—¿Fieras, pero qué fieras?! —le espetó al piloto uno de los oficiales de la guardia real—. ¿Las ves, las imaginas o las presientes? ¿Qué iban a hacer fieras en Eben?

—Te digo que he visto fieras —respondió el piloto—. La figura de dos lobos enormes... allí... sobre la muralla... un instante.

—¡Basta! —impuso el rey—. ¡Volved todos a vuestros puestos! ¡Haced sonar la bocina de la nave! ¡Avisad de que nos acercamos al puerto! ¡Y esos hombres a los remos... —gritó— que boguen con más brío!

El barco del rey se deslizó determinado sobre las aguas serenas y su gran caracola sonó, solitaria en la noche, sin respuesta. Una brisa cálida del Este despertó y ayudó a la nave hacia su destino al tiempo que levantaba del río un tapiz transparente de calina. Un banco de nubes como grandes peces franjó los cielos y la luna coqueteó con ellas. Cuanto más se aproximaban a los muelles, más amenazante y misteriosa les resultaba la ciudad a los viajeros del Deva.

—No hay una sola barca en el puerto, ¿te das cuenta? —le susurró el príncipe a su padre.

—¿Qué ocurre aquí? —repuso el rey también en un susurro y torciendo el gesto.

Llegó entonces el sonido de un cuerno desde la otra orilla del Deva, un sonido apremiante, desgarrado, que quisiera indicarles peligro.

—¿Majestad...? —comenzó uno de los oficiales de la nave acercándose al rey.

—¡Lanzad amarras! —interrumpió Vântar con una orden definitiva que quería aparentar determinación, pero que era un modo de ocultar su turbación creciente.

—Padre —musitó Brahma junto al oído del monarca—, ¿no sería más prudente esperar, investigar? Podemos acercarnos al otro lado del río y...

—Calla —le impuso Vântar en un murmurio—. Si hay un peligro aquí, tenemos que estar al lado de tu madre.

Fuertes maromas sujetaban ya la nave al muelle. Fue tendida una pasarela y la guardia del rey saltó a tierra para formar en espera de su señor. Vântar se armó rápidamente y, seguido por su hijo el príncipe, descendió al puerto. La calina seguía creciendo sobre la superficie del río y daba la impresión de que quisiera cercarlos. El rey recordó de pronto el pantano y un cínico pensamiento tomó voz en su mente diciéndole:

«¿Pediste un instante, recuerdas?».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, no tanto porque temiese su propia muerte como por lo siniestro de aquel instante y por la amenaza que había en él de impedirle lo único que aún deseaba verdadera e intensamente: abrazar a su Dama, dejarse reconstruir por ella.

—¡Vamos! —ordenó el rey.

Una cuña de treinta y dos hombres protegió a Vântar y al joven príncipe, media

docena de arqueros de la nave marchó cubriendo sus espaldas y, obedeciendo las últimas órdenes del monarca, el capitán del barco hizo soltar amarras, se apartó unas brazas del muelle y mantuvo a sus remeros preparados para cualquier contingencia.

El grupo armado ascendió por la rampa que conducía desde los muelles al primitivo muro exterior de la ciudad, que, de acuerdo con el plan de los arquitectos reales, sería derribado pronto, cuando la nueva muralla incluyese también al puerto en el recinto fortificado, tal como ya ocurrió en los últimos años del reinado de Sarkón. Pisadas y metales sonaron en la noche silenciosa y el eco los multiplicaba. Encontraron la puerta Este abierta. Gritaron a los centinelas y nadie respondió.

—¡Mirad, señor! —exclamó de pronto Ébendas al frente del grupo.

Vântar se acercó a él. Una antorcha en la mano del oficial se aproximó al suelo mostrando al rey el rastro hallado: dos estelas de sangre se alejaban paralelas de la muralla, como si dos cuerpos muertos o violentamente heridos hubiesen sido arrastrados desde allí hasta un lugar oculto.

—¡Señor, aquí! —clamó otra voz, y una mano alzó del suelo dos flechas con las puntas quemadas.

—¿Las llamas que vimos cruzar el aire? —preguntó el príncipe Brahma observando al rey.

Vântar no respondió. Tomó las flechas y las olió. Le sudaba el rostro, le temblaba el labio superior, su mirada era ominosa y gris. De repente se abrió una ventana en la segunda planta de una casa cercana a la puerta oriental de la ciudad y un anciano, decrepito, casi sin voz, les increpó:

—¡Locos, locos...! ¡Idos de aquí, partid de este lugar de perdición!

La ventana se cerró de golpe otra vez. Los soldados del rey se miraron unos a otros y sus rostros ya no trataban de ocultar el terror.

—¿Qué ocurre aquí? —volvió a decir Vântar, y como en un eco a sí mismo repitió—. ¿Qué ocurre aquí, qué ocurre aquí...?

Quería despertar de aquella pesadilla pero, al contrario de lo que sucede cuando dormidos hallamos esa clave o ese estado que nos permite comprender que soñamos y rechazar la trama sofocante y opresiva del mal sueño, ésta se cerraba a su alrededor, ganaba y contaminaba toda la realidad, pintaba con sus colores terribles todo el paisaje, interior y exterior, y no dejaba un solo ámbito al que despertar; lenta, inexorablemente, robaba hasta el último rincón de un mundo al que poder despertar.

El oficial Ébendas había enviado al interior un pequeño grupo de exploración compuesto por cinco hoplitas y dos arqueros. No se atrevieron a alejarse mucho del grupo principal. Ahora retornaban veloces.

—Están por todas partes —jadeó uno de los arqueros.

—¿Qué? —inquirió Vântar.

—Los rastros de sangre —respondió el soldado.

—¿Cuerpos? —preguntó el rey—. ¿Habéis encontrado cuerpos, cadáveres?

—No —contestó el arquero hondamente turbado, y era visible en su rostro que en

aquel momento sólo deseaba una cosa: arrojar sus armas y huir tan ligero como se lo permitiesen sus pies y le ayudase su pánico.

—Sólo hedor, majestad, hedor... —añadió uno de los hoplitas.

Vântar inspiró profundamente. Su hijo lo imitó. Percibió en la atmósfera un olor acre, punzante, siniestro.

—Fiera —dijo entonces el príncipe—, huele a fiera.

«¡Fieras!» —había gritado el piloto una hora antes; y ahora Vântar comprendía que, entonces, él supo que el hombre del timón, el de pupilas penetrantes como saetas, simbólica y realmente había dicho la verdad.

—Bien —exclamó el rey con decisión para animarse a sí mismo y a sus hombres—. Si son fieras no hay nada que temer. Acabaremos con ellas. ¡Quiero tres arqueros delante de la cuña y tres en la retaguardia del grupo! ¡A palacio!

—Majestad... —lo detuvo aún Ébendas—. ¿Fieras... que tienen amedrentada a toda vuestra ciudad? ¿Fieras... que han puesto en jaque a vuestras tropas y a vuestra guardia real? Aquí hay algo más, señor.

—¿Tienes miedo de cruzar las calles? ¿Tengo que nombrar ahora mismo otro jefe de mi guardia...?

—Sabéis que no, mi señor —interrumpió Ébendas cortando aquella ira creciente que sabía que no era provocada por él ni por su precaución, sino por la tensión del momento—. Sólo os pido prudencia. Vos y el príncipe podéis volver al barco y ocupar el centro del río. En cuanto yo y mis hombres alcancemos el palacio haremos sonar las trompetas y os comunicaremos por señales luminosas el estado de la ciudad y de la Casa Real.

Aún el destino le daba otra oportunidad. Pensó en Mándos de Dyesäär; así ¿habría de soportar él, Vântar de Tauris, rey de Eben, esta última humillación en su propio reino, la de no marchar al frente de sus hombres cuando el peligro asolaba su capital? No, el rey no se hallaba en un estado de ánimo que le permitiese agradecer a su oficial de confianza tal generosidad.

Ébendas lo percibió de inmediato en la mirada extraviada del monarca, en su semblante gris, y antes de que éste pudiese responderle gritó una orden potente y se puso al frente de la cuña.

—¡En marcha! ¡A palacio!

El grupo avanzó a través del silencio y la niebla internándose en el barrio de pescadores.

Había rastros de sangre por todas partes, cabañas destrozadas, barracas arrasadas, pequeñas casas de adobe o de froga destruidas. Vântar recordó los años terribles del nuevo imperio, así quedaban barrios enteros de la ciudad cuando la guardia de Sarkón dejaba la ciudadela para masacrar a los rebeldes verdaderos o imaginarios, pulir las calles de mendigos o secuestrar seres humanos que arrojar a las catacumbas de los *golem*. ¿Es que el terror había vuelto a empezar, tan sólo cuarenta años después de haber simulado su muerte? ¿Alzaba la hidra nuevamente una de sus innumerables

cabezas y arrojaba sobre Eben toda la ira renacida de su fuego y su veneno? ¿Y las Órdenes, dónde estaban? ¿No habían sido capaces de prever aquel desastre o habían abandonado para siempre a Vântar y a su reino desafortunado?

Una lágrima resbaló por la mejilla del rey.

Se le heló en el rostro. Un rugido a sus espaldas, poderoso, apagó de golpe y totalmente el ruido marcial de los pasos, el sonido estimulante del metal con el que las armas se jactan en los brazos de los hombres de su presencia y su prestancia.

El grupo se detuvo. Los hombres se miraron. Todos ellos tenían el rostro empapado por la humedad del aire, desjugado en sudor, acaso también en silentes lágrimas.

—¿Oyes? —le preguntó Brahmo al rey.

—Algo se arrastra hacia aquí —le respondió en un susurro y, cuando el sonido se hizo más perceptible y los cercó por todas partes, repitió la frase una y otra vez a gritos—. ¡Algo se arrastra hacia aquí, algo...!

—¡Rápido, rápido! —clamó Ébendas y sus gritos lucharon por sobreponerse a los de su señor, a los del ruido creciente en torno a todos ellos—. ¡Formad un círculo de protección alrededor del rey y el príncipe!

Dos o tres soldados, enloquecidos por el terror, arrojaron sus armas y huyeron en cualquier dirección posible. Se les vio perderse en la niebla. Al cabo de unos instantes gritaron.

Lo hicieron tan desgarradamente que era indudable que el objeto de su pánico había cobrado forma ante ellos y que esta forma superaba el horror y la fuerza que le había atribuido la ciega angustia de los hombres. Los gritos, desesperados, acababan poco después en un quebrantamiento. Los hombres cesaban; dejaban de desgañitarse, de desesperar, de temer, de padecer... La muerte, condescendiente al fin, los liberaba de todo ello. No había salida posible y, si una esperanza les quedaba, era obedecer al oficial Ébendas y permanecer juntos, fundidos en un grupo compacto cuyo corazón, cabeza y vientre fuese el soberano... hasta que aquello que los rodeaba, fuera lo que fuera, empezase a flagelar la muralla humana, a agrietarla y a penetrar en forma de aniquilación por sus fisuras traidoras.

Vântar contemplaba la hoja de su espada, llameante al reflejar los resplandores de las antorchas a su alrededor, cuando vio la primera de aquellas largas serpientes de color esmeralda, gruesas como troncos de pino joven y ojos pequeños, jaspeados, espejos de una inteligencia tan maligna como sólo puede poseerla, entre todas las fieras, la bestia humana. Había enlazado las piernas de uno de los hoplitas frente al rey y los huesos del soldado crujían quebrantándose. Tres de los arqueros disparaban hacia todas partes; dos estaban ya inmóviles en las fauces de unos lobos grises, gigantes, de mirada tan inteligente y perversa como las serpientes. Varios guardias reales trataban inútilmente de defenderse de grandes leones del bosque, de rugido atroz y de zarpa insoportable. Ébendas moría ya impotente bajo el peso de uno de los lagartos de los lagos de Koría, semejantes a inmensos varanos pero con fauces de

caimán.

Todo había ocurrido tan rápido... Sólo Vântar estaba libre aún. Sólo al príncipe no veía Vântar en aquella hecatombe humana a los Señores de la vida infernal.

«¿Pediste un instante, recuerdas?» —retornó a Vântar aquel cínico pensamiento.

Vântar ya no dudó más. Alzó la espada y se arrojó con un grito al fragor que lo rodeaba... llantos, gemidos, imploraciones, aullidos, rugidos y, por todas partes, aquel ruido espantoso de centenares de serpientes reptando, arrastrándose, siseando... cuerpo siniestro, cuerpo audible, cuerpo visible e invisible de la niebla. Vântar tuvo un último pensamiento para su Dama; no tardó en hallar el objeto de su anhelo. Como allá en la ciénaga, una serpiente lo abrazó. Su espada cayó sin llegar a golpear, sin llegar siquiera a amenazar al enemigo; cayó sobre un grueso tapiz de carne muerta y viva, sin un último clangor de su acero. El rey y el reptil se miraron, tocándose casi sus rostros. Esta vez, pensó él, sí era la faz de la Muerte. No habría un Mándos que lo librara en el último instante. Pero al menos el reptil lo libraría para siempre de Mándos.



## X

—¡Por aquí, por aquí, rápido! —la voz era apremiante, imperiosa; Brahmo pensó que no le era del todo desconocida.

Miró entre los escombros de la pequeña casa de pescadores hasta donde había logrado abrirse paso tajando y tajando, pateando y gritando, creyendo que al menos su padre lo seguía por detrás y sin darse cuenta de que el círculo que él lograba abrir con la hoja de su espada, su arranque de valor y la protección de los dioses, se cerraba fatal e ineluctablemente a sus espaldas.

—¡Aquí, príncipe!

Delante, la niebla no le dejaba ver de dónde surgía la voz ni qué dirección le indicaba; detrás, el amor por su padre y su honor lo llamaban y dudaba en volver al cerco de las fieras, abrirse paso nuevamente a su través, rescatar al rey, a los que quedasen del grupo... pero ningún grito humano era todavía perceptible allí.

—¡Rápido, rápido! —insistió la voz—. No vaciléis más. De vuestros amigos y vuestro señor ya no queda nada. Poneos a salvo al menos vos, ¡por el reino de Eben!

Brahmo abandonó sus dudas y corrió hacia la voz internándose en una niebla cada vez más espesa. Junto a unas ruinas de ladrillos, cañas, fragmentos de cerámica, restos de madera quemada, cuchillos que acaso habían querido combatir por sus dueños, una mano surgida de pronto del aire denso aferró su antebrazo.

—¡Por aquí! —lo guió.

Era una mano joven, lampiña, por la forma podía ser la de una mujer, pero era fuerte y su agarre poderoso. Miró a su izquierda: quien lo conducía, fuese quien fuese, vestía ropas negras de un tejido y un corte semejante a las que se usaban en Dyesäär, camisa larga hasta las rodillas ajustada por un cinturón y pantalones que se estrechaban pegándose a las pantorrillas. Calzaba oscuras botas de cuero y tapaba su cara con un pañuelo negro de seda. Para Brahmo todo había empezado a ocurrir, desde que aquella mano lo aferrase, como si de pronto el ritmo de los acontecimientos se hiciese lento, muy lento, y la intensidad de sus pensamientos, de sus percepciones se hubiese multiplicado por millares en relación a la velocidad de sus movimientos.

Le parecía ver, desde la profundidad sombría de un sueño, la orilla lejana y salvífica del despertar y corría hacia ella guiado por un ángel de la noche. El príncipe sí había hallado la clave para burlar la pesadilla.

Pero... ¿era Eben, su ciudad, la ciudad donde él había nacido y vivido durante



veintiún años, aquel lugar de ruina y devastación? Corrían por calles que Brahma era incapaz de reconocer, de reconstruir en su memoria. A medida que ascendían hacia la ciudadela, la niebla empezaba a deshilacharse, pero ahora descubrían despojos humanos a uno y otro lado de la calle.

Hallaron primero sólo huesos y cráneos con delgados jirones de carne putrefacta; más adelante, desechos recientes. Y de pronto, tuvieron ante ellos a tres grandes lobos grises de ojos asesinos, brillantes, cerrándoles el paso hacia su salvación... Y quizás la orilla lejana de aquel despertar no era, al fin y al cabo, sino una trampa.

El desconocido hizo a Brahma a un lado. El príncipe vio destellar una espada en su izquierda. Ahora la empuñó con sus dos manos. Avanzó hacia las fieras. Los lobos gruñeron, mostraron sus colmillos como alfanjes en una mueca de desprecio e ironía, erizaron el gris perla de sus lomos, se deslizaron hacia uno u otro lado dibujando en el espacio los ángulos de su estrategia criminal; se prepararon para el salto. Y a espaldas de los fugitivos, ascendiendo la calle que los lobos les bloqueaban, el murmullo creciente de cuerpos reptantes, siseantes, sinuosos.

El personaje de negro quedó situado entre las tres bestias; cualquiera de ellas podía alcanzarlo ahora de un salto. Brahma, con su espada tensa también en la mano, temblándole todo el cuerpo pero insensible al miedo y al temblor, no podía comprender las intenciones de su guía.

De pronto éste alzó su acero llameante y gritó una palabra en una lengua que el príncipe no podía comprender. Brahma creyó ver resplandecer siete soles en la hoja larga y delgada del arma, pero fue sólo un momento y la impresión pasó. Con un impulso tan ágil como el de cualquier fiera del bosque, el guerrero desconocido se había situado junto a uno de los lobos, la espada levantada, y su golpe podía romper ahora el espinazo del animal. Pero lo imposible ocurrió. La bestia humilló la cabeza, hundió el lomo, lamió el pie del guerrero; miró sesgadamente a sus cofrades y huyó de un salto perdiéndose en la niebla, en la noche, seguido por ellos. También el murmullo de los reptiles había cesado.

Brahma se pasó una mano por el rostro, no para enjugarse el velo de sudor que lo cegaba, sino para saber si este gesto ritual le haría despertar al fin, comprender que todo aquello era un sueño. Pero no, seguía allí, en una calle fantasma paralela a la avenida principal; los lobos habían huido y frente a él, inmóvil, aquel luchador misterioso con los poderes de un dios de las fieras, vestido como con paños prestados por la noche para ocultar un nombre, un rostro.

Se fijó en él más intensamente. Había algo conocido en aquella figura delgada, un poco más alta que el príncipe, ágil, elegante, extraña. Y la espada... ¿dónde, dónde había visto aquellas dos serpientes de carbunclo en la empuñadura, ensortijándose como un hechizo protector a la muñeca del amo del acero?

«¡Ida!» —se dijo de pronto—. «¡Ida! ¡He estado tan ofuscado como para no reconocerla!».

Caminó despacio hacia el desconocido, con un presentimiento. Éste no se movió.

Llegó hasta él; la espada le pendía floja a un costado, al príncipe. Alzó la mano hasta el rostro de su salvador, con lentitud, con prudencia, y suavemente tiró de la punta del pañuelo que lo cubría.

Detrás de la negra seda apareció la faz de Mayúr, tan transformada que Brahma tardó un instante en reconocer a su antiguo escudero.

—¡Inca, bribón, por todos los Cielos!

Y se arrojó a su cuello y lo abrazó.

Mayúr permaneció frío, insensible a la alegría y el gesto del príncipe. Permitted que éste liberase con la presión de sus brazos alrededor de su cuerpo, con su estremecimiento feroz, todas las emociones que le oprimían el pecho, pero su mente y su corazón estaban muy lejos de allí.

Cuando percibió que Brahma sin poder contenerse empezaba a sollozar, se libró del abrazo, aferró su mano y le incitó a correr nuevamente por aquella calle oscura hacia la ciudadela.

Encontraron el camino despejado y no tardaron en llegar hasta los portales mayores de la fortificación real. Las viejas murallas de Sarkón habían desaparecido hasta su última piedra cuarenta años atrás y Vântar había edificado muros más altos y más anchos, con más puertas y más accesos subterráneos desde la ciudad baja y el río; había ampliado el recinto fortificado y lo había dotado de sabias y eficaces instalaciones para que todos los habitantes de Eben pudiesen resistir allí un asedio prolongado en caso de que fuese tomado el resto de la capital.

Mayúr y Brahma se detuvieron a pocos pasos de las puertas en las que desembocaba la gran avenida, la arteria central de Eben, a la que habían accedido por un pasaje lateral. Jadeaban.

Dejaron que sus respiraciones recobrasen el ritmo normal y escucharon forzando el oído a través de la distancia. El murmurio de las bestias se alejaba apagándose. Desde donde se hallaban, cada vez que la luna emergía detrás de las nubes, les parecía observar entre jirones de niebla una masa oscura más allá de la muralla exterior, penetrando más y más en la noche hacia el bosque de Koría. El príncipe y su antiguo escudero se miraron a los ojos.

—Inca, ¿eres tú de verdad? Estás cambiado, crecido, tan distinto en la mirada, en la voz; y, sin embargo...

—Supongo, alteza, que nadie puede ser guardián de una *Señora* impunemente. Pero no es tiempo de hablar de estas cosas, no todavía. No sabemos qué nos espera en la ciudadela.

Llegaron hasta las grandes puertas y las golpearon. Nadie respondió. Repitieron los golpes dos, tres, seis veces, pero la ciudadela semejaba estar tan muerta como el resto de la capital. De pronto Brahma descubrió que el postigo de la derecha estaba abierto y, aunque le extrañó no haberse dado cuenta antes, no pensó en tomar precauciones.

—¡Mira, Inca! ¡Por aquí está abierto! —exclamó, y se precipitó al interior.

—¡Esperad...! —le llamó Mayúr con un susurro forzado.

Brahmo ya no respondió y Mayúr se vio obligado a apresurarse tras él. Apenas había cruzado el umbral cuando el postigo se cerró de un golpe y Mayúr se vio en el centro de un corro de doce hombres, uno de los cuales inmovilizaba al príncipe con uno de sus brazos mientras lo amordazaba con la mano derecha. Eran hombres grises, de rostros demacrados, armados sólo a medias, pero en algunas de sus gonelas desgarradas aún era visible el baniano rojo de la guardia real.

—¡Ése que apresáis es vuestro príncipe! —exclamó Mayúr al tiempo que alzaba su espada y se disponía a defenderse.

Su voz surgió profunda, autoritaria, imperativa, y aquellos soldados deshechos, desastrados, no tenían ya mayor anhelo que el de ver aparecer a sus señores trayéndoles con sus figuras soberanas esperanza y salvación. Ida en la mano de Mayúr era una llama; Mayúr, un guerrero surgido de la leyenda o de los sueños. Así pues, la magia venía a sanar la noche; así pues, aquel joven estremecido, inmovilizado en los brazos de uno de los guardianes de las puertas, el rostro sucio, las vestiduras hechas jirones, salpicado de barro el cuerpo, tiznada la mirada por las sombras, era sin duda el príncipe de Tauris. El soldado que lo retenía lo soltó de inmediato, inclinó la rodilla ante él y, sin mirarle el rostro siquiera, humilló la cabeza.

—Señor...

—Levántate, mi leal Melk —lo reconoció el príncipe.

El guardián obedeció agradecido, aún con la cabeza inclinada y sin atreverse a mirar a su señor.

—¿Por qué no habéis respondido a nuestra llamada? —comenzó Brahmo.

El soldado alzó por fin los ojos con gesto semejante al de un reo azotado que mostrase su espalda devastada por el látigo, instrumento de infamia y de terror. Y era su mirada una llaga, una lepra; desde el negro inteligente de sus pupilas clamaban, fundidos en una sola opaca nube doliente, los rostros innumerables de la muerte y el apocalipsis.

—Príncipe, hemos pasado seis días desesperados. Cualquier sonido, cualquier luz incitaba el ataque de las fieras, que asolaban toda la ciudad y de las que tuvimos que defendernos incluso dentro de estas murallas. Corría la voz entre nuestras gentes de que detrás de las bestias llegarían los clanes salvajes de Koría y, al ver figuras humanas atravesar libremente la calle, creímos que su incursión ya había empezado.

—Hicimos sonar la caracola del barco cuando llegamos al puerto. ¿La oísteis? —preguntó Brahmo.

—La oímos, príncipe —respondió Melk—, pero vuestra madre la reina no nos permitió responder. Pensó que atenderíais las advertencias del otro lado del Deva, que nos alcanzaron a nosotros también.

—¿Dónde está la reina? —inquirió el príncipe repentinamente animado.

—Dónde está en este momento no os lo puedo decir, alteza. Pasa el día en la muralla, animando a la guardia, y por las noches reúne a todo el personal de servicio

del palacio para atender a los miles de refugiados que hay por toda la ciudadela. Pero mirad, príncipe, por allí va Sura, su vieja camarera, portando algo para la reina. Preguntadle, ella lo sabrá.

El príncipe iba a correr hacia la anciana cuando otro de los guardias lo detuvo un instante aún.

—Alteza, alteza... —carraspeó—. ¿Vuestro padre el rey...?

Brahmo bajó la cabeza, luego miró al hombre a los ojos con su faz pálida.

—Está entre los caídos, Ebnemón, y también Ébendas y otros dieciséis de la guardia real.

El soldado dejó caer su brazo y su cabeza. La melena le cubrió el dolorido perfil. Brahmo aún le estrechó con su mano el hombro. Luego corrió en busca de la anciana sirvienta. De pronto se detuvo, miró atrás: Inca ya no estaba en el corro de los guardias. Miró alrededor, pero su antiguo escudero había desaparecido. La incertidumbre retornó a él: ¿era aquél realmente su paje, el bribonzuelo que había visto crecer y que no vivía sino para servir a su señor y para sus correrías en la aldea? ¿O era un ángel de la noche enviado a él por la Providencia? En palacio se decía, entre cuchicheos, que Inca era un bastardo del rey; ¿había despertado, pues, en él la sangre regia de los Tauris, antiguos señores de Índu? Pero sus elucubraciones se vieron cortadas; la anciana lo había reconocido ya, a pesar de la noche, a pesar de las sombras, y se apresuraba hacia él.

—¡Príncipe, príncipe!

—Sura, mi Sura... —la abrazó Brahmo permitiendo que las lágrimas del aya le bañasen las mejillas.

La anciana sollozaba incapaz de articular palabra, pero Brahmo no podía dedicarle mucho tiempo más.

—Sura, Sura... anda, dime dónde está mi madre.

—Venid, príncipe, yo os guiaré —dijo la sirvienta serenándose un poco y, tomando de la mano a su joven señor, se encaminó hacia un refugio cercano; pero inmediatamente recapacitó y se detuvo—. No, príncipe Brahmo, no. Es mejor que vayáis a la Sala del Trono... no, allí tampoco, a las habitaciones de la reina, sí, id allí. Yo os la enviaré enseguida.

Brahmo no quería discutir y obedeció a Sura. Arrojó una última mirada a los alrededores en busca de Mayúr y, como no lo hallara, marchó con determinación hacia las dependencias del palacio. No halló guardias en las puertas, pero al cruzarlas hacia la gran escalinata que conducía a las plantas superiores, oyó el barullo que provenía del Salón del Trono. Éste era un enorme recinto magníficamente decorado que, cerrado por puertas de caoba y oro por la parte interior del palacio, se abría a una gran terraza sobre el hemicírculo Sur de la ciudad, en el que se alzaban los nuevos templos y desde donde ascendían soberbias procesiones los días de celebración hasta la ciudadela. Los reyes de Eben las recibían allí, en el Salón, sentados en sus tronos de ensueño orientados hacia el Sur, hacia los templos, y con todos los paneles del

lado meridional corridos: la monarquía abierta a la ciudad, al reino, al océano lejano, al inmenso mundo. No era el ruido de los pasados fastos lo que ahora surgía de allí, sino gemidos dolientes, aullidos, llantos, palabras de ánimo dichas con fervor, pero con secreto descreimiento; palabras de consuelo susurradas a aquellos a los que quizás ya sólo podía consolar la muerte.

Brahmo no quiso ahorrarse aquella visión. Hombres y mujeres entraban y salían de la Sala por las puertas apenas corridas de oro y caoba, a espaldas de los dos grandes tronos.

Portaban jofainas, vendas, instrumentos de metal de los que se servían los médicos de palacio y que a Brahmo siempre le habían parecido tan siniestros como herramientas de tortura; portaban barriles de agua, de vino, escasas porciones de alimento; portaban las ropas bañadas en sangre ajena; se movían rápidos, con gestos imprescindibles, ajenos a toda otra realidad que no fuese la de los desesperados a su cuidado. Pasaban junto al príncipe sin reconocerlo, sin verlo siquiera, figuras próximas pero inalcanzables de un mundo espectral.

El suelo del Salón era una vasta alfombra de cuerpos temblorosos, estremecidos, retorcidos, gimientes, desmembrados, sangrantes... Otros, yertos, eran sacados entre dos o más hombres del recinto por la terraza meridional y llevados hasta una pira cercana de la que llegaba, cuando el viento viraba hacia el Norte, un terrible olor. Pero el resto del tiempo, cuando el humo de las hogueras humanas no torturaba a los moradores de aquella antesala del adiós, los paneles corridos de aquel lado permitían que el lugar estuviese aireado constantemente. A pesar de ello, Brahmo sintió náuseas; a pesar de ello, Brahmo no sólo era incapaz de apartar la mirada, sino que además se daba cuenta de que sus ojos se movían ávidos entre aquellas formas buscando las expresiones más atroces del horror y, cuando hallaban algo apenas reconocible ya como ser humano, una pura encarnación del dolor, buceaban hasta en el último rincón de aquel organismo desarticulado golpeando desesperadamente su misterio. La náusea desapareció. Pero no se trataba, no, de una prueba de fuerza, sino de un infinito estupor ante la vista de eventos posibles, sí, de acuerdo con la lógica de las cosas, pero de los que uno jamás creyó capaces al destino, al mundo, a los hombres, a los dioses.

«No —reponía sin embargo la mente del príncipe sobrepujando el sentimiento de su corazón—. Lo que llamas misterio no lo es, sino al contrario. Estas formas son una revelación: ves en su crudeza el catálogo de horrores que reserva para ti tu memoria oculta, inspirado en el pasado de la Tierra, compartido con todas las criaturas del planeta, destinado a pintar tu próxima hora, tu mañana, tu futuro, aun otra de tus vidas... ineludible al fin y al cabo. Nada de lo que ves ahí fuera falta aquí dentro; estas formas son muchos de tus cuerpos. Si misterio hay, después de todo, es la obstinación con que te escondes que mirándolas te contemplas en el espejo».

Una mano cálida en el hombro del príncipe lo devolvió al presente de la Tierra.

—¡Madre! —exclamó Brahmo volviéndose, y ambos se abrazaron.

Dama Esha, con los ojos secos y sin lágrimas que verter ya, condujo a su hijo a sus habitaciones. Se dejó contar por él la llegada al puerto, la entrada en la ciudad, la caída del rey Vântar y la guardia, su misteriosa salvación a manos del no menos misterioso guerrero que Brahma había tomado por Inca. El príncipe le habló también de Ida, de Usha, de Mándos, de los efectos radicales que produjo en todos ellos el reino del Sur. Y su madre, mientras, silenciosa, le limpiaba el rostro, le quitaba las ropas desgarradas, le curaba las heridas, lo serenaba con la quietud potente que derramaba en él a través de sus gestos pausados, sus palabras escasas y seguras, su tranquila mirada azul. Y al final de su relato, Brahma comprendió que nada de todo aquello era realmente nuevo para Dama Esha y que, como siempre había ocurrido con todos los acontecimientos trascendentales de la vida de sus padres, sus sueños, velando o deformando acaso los detalles de la historia, la habrían tenido al tanto de las tendencias del destino de los ausentes.

—Pero aquí, madre... ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? —inquirió el príncipe.

—Puedo decirte poco. Llegaron hace seis días, a millares, en un día de lluvia, niebla y tormenta como esta ciudad no había conocido. Qué pasó en las murallas es algo que no sabe nadie, porque ninguno de los centinelas ha vivido para contarlo. Las fieras invadieron Eben, calles, jardines, edificios, todo; lobos, leones, serpientes, lagartos. La alarma y los gritos sonaron por todas partes; la guardia real reforzó la muralla de la ciudadela, cerró las puertas y vigiló los pasadizos subterráneos. Cientos de personas se salvaron a través de ellos... hasta que las fieras descubrieron algunas de las galerías y nuestros hombres hubieron de combatirlos bajo tierra, con fuego y con acero, rescatando hombres, mujeres heridas de sus mismas fauces. El resto ya lo has visto.

La reina se interrumpió un instante, tragó saliva, miró al príncipe profunda y largamente.

—Tienes una guardia valerosa, Brahma Shirsha, puedes estar orgulloso de ella... Tan orgulloso como lo está de sus hombres el rey de Dyesaar.

De pronto, ambos miraron a través de la ventana oriental de los aposentos de la reina. Un gris mortecino se insinuaba en el Este. Aquella larga y terrible noche ¿acabaría ya?

—Shirsha —continuó Dama Esha usando el nombre en lengua del Desierto que ella diera a su hijo—, eso que había ahí fuera no son animales, son diablos con forma animal. ¿Has visto sus ojos? ¿Has oído esas leyendas de brujos que se transforman en fieras? Es la rebelión de Koría, Shirsha, hijo; la vida ofendida cobra tributo al reino del hombre.

Brahma contempló a su madre. Extrajo fuerzas de sus ojos. Y antes de dormirse exhausto se impuso que, si Koría se rebelaba, Koría pagaría su traición como cualquier otro reino, raza o pueblo que se alzase contra la obra de su padre, contra un trono que ahora era suyo.



## XI

*El corazón de un bosque. Un círculo de fogatas roba sombras a un sueño, pinta su trama con colores inspirados en el ocaso. Decenas de mujeres bailan en el círculo dando expresión con sus cuerpos a un ritmo poderoso que desvanece la razón. Las salvajes hotemotes, de cabellera larga y negra, y bocas atroces que prueban la carne del primer hijo; las kurias frenéticas, que recorren el bosque como ménades las noches de luna llena, ebrias, sus cuerpos desnudos cubiertos de fimo, desbocados poderes ctónicos cuyas manos ineludibles desgarran a todo ser vivo que cae en ellas; las ferales kuwsh, las mujeres del Gran Lago, que se baten en las aguas con los lagartos gigantes y comen cruda su carne y su cerebro; las ishá, gordas y amables, empujadas a la comunión del odio por la ola irresistible que recorre el bosque. La danza es ordenada, sabia, lenta; una llamada, una invocación, una forma de cuajar los eventos de un destino fiero, de pisar las uvas de una ira cuyo jugo venenoso infectará a todo poder enemigo. Oye la música el durmiente y teme quedar atrapado en ella, aniquilado como hombre, transformado en fiera. Fieras. Llegan dóciles de todas partes, de todos los rincones de Koría, los cuatro animales totémicos de los clanes salvajes: el lobo gris de los kurias, el león del bosque, el lagarto de los kuwsh, la serpiente esmeralda de los hotemotes. Y un solo ser los conduce a todos; hombre, mujer, titán, bestia, un Señor de las Sombras, un hijo de la Muerte, cumpliendo en la Tierra designios inescrutables, a un tiempo herramienta del Supremo y del Abismo. Él les entrega a las hembras; él oficia el rito brutal de la unión de la carne, del receptáculo humano con el pulso desenfrenado del gozo animal.*

*El corazón del bosque. De cuatro cavernas surgen humanas fieras, de vientres grotescos, de madres de bestias y hombres.*

Otra vez aquel mismo sueño. Por tercera vez aquel sueño atroz. Mayúr despertó a mitad de la noche, sobresaltado; su mano buscó a Ida junto a él; su mirada, a Táumandos, su caballo.

La noche era templada, aunque húmeda; el silencio, completo a su alrededor, como si tras aquellas formas de árboles en sombras que podía abarcar su mirada no

hubiese un bosque, una jungla, sino un mar de vacío cercando su minúscula isla de verde obscuridad. Era su segunda noche en Koría. Llegó a Eben, vio y partió. Tenía una espada, una *Señora* puesta en su mano por los dioses; tenía un libro misterioso en la memoria, puesto ante sus ojos por Dama Alayr; tenía un alma naciente y poderosa que día a día tomaba mayor posesión de todo su ser, aunque aún no le había confiado a su razón los secretos de sus milenarias honduras. Y había visto Eben al borde de la destrucción; ¿podía dudar aún de cuál era su camino? Y en los pasos que trazarían en la tierra ese camino que el cielo le exigía, ¿no hallaría acaso la respuesta al enigma en que él se había convertido para sí mismo? Extrañamente, presentía, las fieras eran la respuesta... pero ¿fieras salidas de un vientre humano? ¡Qué burla tremenda de la Vida que el hijo del hombre fuese la bestia!

Mayúr pegó el oído al suelo. La tierra le devolvió los latidos de su propio corazón. Las fieras serían la respuesta, pero la respuesta estaba perdida. Mayúr estaba perdido. Las huellas, que colmaban los Campos de Amhor desde las puertas de Eben hasta las lindes del bosque, desaparecían en Koría. La jungla las borraba con su magia. La jungla confundía al intruso hasta llevarlo a la perdición. Mayúr dudó. No había dudado la noche que partió de la ciudad burlando al príncipe Brahma; no había dudado al atravesar los Campos de Amhor a galope, solo en la noche nieblada, siguiendo el murmurio y el rastro animal. Entonces, todo él era Mayúr: su mente, en la que emergían conocimientos insospechados invocados por la necesidad del momento; su brazo, en el que su alma vertía la destreza de un guerrero veterano extraída de los pozos de una experiencia eviterna; su corazón, que vibraba con emociones épicas, que entonaba las agudas notas de un coraje sobrehumano o se escudaba con una serenidad inviolable, hermana de una distante frialdad. Pero, a veces, aunque cada vez en más raras ocasiones, Mayúr dormitaba o se hacía el dormido y permitía que Inca alzase aún la cabeza, una cabeza que despertaba para dudar, para preguntarse y hasta para temer. Y quizás ahí, se decía ahora Inca, estribaba el secreto de que Mayúr le concediese despertar, le obligase a despertar incluso, mientras él simulaba estar ausente: Mayúr era pura fuerza, pura acción, pero la mente cuestionadora de Inca era lo que hallaría un sentido para los dos en esta vida, para el guerrero antiguo y para el paje sometido. Y lo hallaría no porque tuviese luces bastantes para poder responder, sino porque le acuciaban temores sobrantes para no dejar de dudar y preguntar.

Mayúr... había creído volver a Eben sólo para preguntar por este nombre. Habría podido hacerlo en Dyesaar, al rey Mándos, al príncipe Pradib, a los sabios de la historia; pero entonces, cuando se encontraba allá en el Sur, poco a poco desgarrado y conquistado por su alma emergente, había sentido la urgencia, la urgencia inexcusable, de arrojar la pregunta al rostro de aquellos que hicieron lo necesario para que el nombre se olvidase e ignorase. Dama Alayr lo había llamado Mayúr; el rey Mándos había llamado a Dama Alayr «tu compañera de armas» y él sabía, lo sabía carnalmente, que su vida había empezado y terminado luchando frente a los muros de



Mâurwanna... tal fue el nombre de Eben bajo la bota despiadada de Sarkón. En Eben se ensalzaba hasta el último de los héroes que habían dejado su sangre y sus huesos ante los muros inviolables de la capital del nuevo imperio... ¿por qué se callaba sólo este nombre, Mayúr? Pensó en el libro puesto en sus manos por la Dama. No eran claves lo que había en él sino nuevos interrogantes: ¿qué tenía él que ver con Ban, el gran *Rishi*, o con sus luchas; con la joven moribunda o renacida a su lado, con la Montaña Negra? Y, sin embargo, presentía que todo era parte de la misma secreta trama: Ida, el libro, el nombre olvidado, las fieras nacidas de madre humana...

Su razón cesó de pronto, abruptamente; sus oídos escuchaban. Algo se movía entre el ramaje frente a él, con sigilo. La luna penetraba con destellos de su luz tenue el cielo vegetal del bosque; bajo la cúpula de altas ramas frondosas, el mundo no era sino habitación de sombras. El movimiento continuó, cesó, retornó, se expandió: ahora había tres focos de ruido a su alrededor, cada vez más franco, cada vez más evidente, y tres estelas se dibujaban hacia él en la superficie del mar de helechos que, altos, densos, lo rodeaban. Ida vibró en su mano, Inca se sumergió en sus entrañas; Mayúr, frío, esperó. No tardó en ver nuevamente ante él el gris perla de los lobos y sus ojos encendidos; encogidos, sus hocicos mostraron otra vez sus armas de invencible marfil.

Mayúr esperó el ataque. ¿No le decía su intuición que había vencido en batallas aun más audaces? Todos sus músculos, sus fibras, sus nervios, responderían a esta intuición. Pero los lobos no atacaban; no atacaron. Lo contemplaron no con desafío, sino con una advertencia y una rara sumisión en sus ojos diabólicos; luego, saltaron internándose en la espesura como si quisieran ser perseguidos. Mayúr no dudó. Montó a Táumandos y galopó tras las fieras. Inca se habría preguntado si la actitud de los lobos no sería una trampa; hubiera perdido el rastro y la trampa omnipresente del bosque habría acabado por vencerlo. Mayúr sabía que todo y nada es una trampa, depende de lo que se haga con ello. Los lobos le abrían camino: ¿hacia dónde? Sólo había una respuesta posible: hacia el centro del combate. El enemigo o las mañas del enemigo; todo era lo mismo y él quería ese combate.

Táumandos, negro como pura encarnación de la noche, galopaba suavemente, esquivando las ramas de los árboles y los obstáculos del suelo sin brusquedad, como si pensase más en el jinete que en sí mismo. Durante casi una hora siguió a los lobos tranquila y sabiamente, no como si fuesen fieras que pudieran abatirlo en un instante, sino como a eficaces lebreles contentos con su cacería.

Amanecía. El bosque griseaba con los primeros resplandores de la aurora y la grito de la vida innumerable atropellaba el aire, cuando los lobos se dispersaron y, antes de que Mayúr pudiera decidirse por uno u otro rastro, desaparecieron en la espesura. Mayúr estuvo otra vez solo, perdido. Sólo sabía que había marchado hacia el Oeste, internándose más y más en Koria, pero ni como Inca ni como Mayúr conocía aquella selva. Todo lo que había oído decir era que en su centro, guardando el paso a la región de los lagos, se alzaban los Picos Gemelos, el Ish y el Ishá, y que

allí moraron, durante todo el periodo del nuevo imperio, los guerreros de Ilüel, el Caballero del Tercer Anillo. En su sueño había visto cavernas en el cuerpo de una montaña semejante al colmillo de un animal: ¿sería ésta uno de los Picos Gemelos? Acarició el cuello empapado de Táumandos, y en el brío que aún le sobraba a su corcel, a pesar del esfuerzo prolongado, Mayúr comprendió lo que era un príncipe de la raza de los caballos del Mar.

Se detuvo, desmontó y dejó que Táumandos gozase de la frescura y la ternura de los helechos que crecían soberbios por todas partes; pero lo mantuvo ensillado para poder recurrir a él al primer indicio de un nuevo camino que seguir. Aún había en sus alforjas pan de viaje, carne seca, queso, pasas y nueces comprados en la última aldea en que se detuvo antes de Eben; pero ahora no tenía hambre. Inca, a pesar de su delgadez, era un comilón y gozaba tanto de los panes y dulces caseros de la aldea como de las sofisticadas carnes de la corte real. Mayúr, a pesar de estar exigiendo al cuerpo en que nacía más de lo que nunca se exigió de él, a pesar de estar forzando en él una altura y una anchura nuevas, expresión física de su personalidad antigua, sentía una cierta repugnancia por los alimentos y, aunque recurría a ellos una o dos veces al día, en no mucha cantidad, tendía a reponer sus fuerzas en una concentrada inmovilidad de sus miembros, como si absorbiese del aire o de la misma esencia de las cosas la energía fundamental de su vivir.

Se sentó con la espalda contra una de las grandes hayas cuyas copas contribuían a abovedar el bosque. Permaneció quieto, ausente, internamente silencioso en medio del barullo de la vida. Su cuerpo laboró quedamente, como las plantas contemplativas que embeben tierra y sol.

Luego, con el retornar de su mente, retornó la incertidumbre. ¿El enemigo? Se había dicho que los lobos le llevarían hasta él o hasta sus mañas, pero ¿quién era el enemigo? ¿Lo eran las fieras; lo era todo el bosque, que las había vomitado contra Eben? ¿Lo eran las hembras salvajes o aquel ser extraño de su sueño? ¿Y no sería su sueño sólo un símbolo, un símbolo interior, un símbolo del proceso inexplicable que estaba viviendo: la fusión de Inca y Mayúr, o la substitución de Inca por Mayúr, o la usurpación de todo su ser por aquel desconocido que imponía a la nueva personalidad y nueva vida derechos ancestrales de posesión? ¿Sería su enemigo Mayúr; sería Inca su enemigo? Inca, Mayúr... ambos necesitaban un enemigo externo, porque ambos necesitaban una respuesta a su conflicto interior. Hasta que lo hallaran, podían ser aliados; después, el destino daría el poder a uno de los dos en aquel reino que era un solo hombre.

«Todo está claro entonces —pensó Inca, y Mayúr le dio la razón—: detrás queda una historia incomprensible; delante, el incierto camino del no saber».



## XII

—Mi señor, os pido que recapacitéis. La Puerta de los Sabios no es una buena elección.

—Es la forma más rápida de llegar a territorio *kuria*, Melk —respondió el príncipe Brahmo—. Y además de las razones prácticas tengo otras de orden simbólico.

—Pero, alteza —insistió el nuevo alférez de la guardia real—, aunque es una vieja historia y vos no habíais nacido aún, sabéis sin duda lo que le ocurrió al grupo de trabajo que vuestro padre envió allí para su reconstrucción.

—Nosotros no vamos a reconstruir la Puerta, Melk, sino a cruzarla.

—Enloquecieron, mi señor; enloquecieron todos, constructores y arquitectos... Un centenar de hombres. Y no tardaron en morir.

—Los médicos hablaron de una peste desconocida —repuso el príncipe recapacitando.

—Y tan desconocida, señor, como que no se ha vuelto a dar otro caso desde entonces.

—Eso fue hace veinticinco años, Melk —protestó el príncipe.

Melk se dio cuenta de pronto de que, sin pretenderlo, había ido subiendo el tono de su voz. Se sintió mal consigo mismo; no se hablaba así a un príncipe que por derecho ya era rey, aunque hubiese preferido partir a la aventura en defensa de su reino antes que dejarse ungir y coronar y festejar.

—Disculpad, alteza —dijo el alférez de la guardia real—. Habéis sido demasiado condescendiente con este soldado. Ordenad y seréis obedecido.

Brahmo apreció el gesto de su oficial. A los doce hombres que lo detuvieron en la puerta de la ciudadela, la noche de su llegada a Eben, los había convertido en el círculo más íntimo de su guardia personal y a Melk, un humilde cabo de la muralla, en jefe de todos sus guardias reales, que era casi tanto como decir comandante en jefe de las fuerzas capitalinas. Sentía ahora que su elección no había sido equivocada, a pesar del descontento de algunos nobles de la corte. Melk era un hombre leal y su oportuna humildad revelaba que, además, había en él sabiduría. Era hora de un cambio profundo en Eben y el ataque de las fieras a la capital del reino, con toda la tragedia, el horror y las pérdidas que suponía, lo preparaba y lo propiciaba. Y al pensar en el giro histórico que le daría a su reino, Brahmo no podía dejar de volver su mirada hacia el Sur y considerar que era la hora de la nobleza de alma y que los

nobles de nombre y de título, surgidos como la mala hierba en tiempos de Sarkón y consentidos por su padre, debían abandonar la corte, los puestos importantes del reino, y dedicarse a lo único que sabían hacer: guapear en sus estúpidas fiestas. Ya llegaría el tiempo en que en el reino popular de Brahmo esos nobles perdieran hasta sus últimos recursos; el rey les conseguiría entonces trabajo y, como la vida que habrían llevado hasta entonces les habría hecho aprender mucho de esta materia, los pondría a cuidar cerdos.

Brahmo se sorprendió de sus propios pensamientos. Se estaba descubriendo a sí mismo: ¿hasta tal punto despreciaba entonces la obra de su padre, de aquel padre que amaba con todo su corazón? Y si era así, ¿era semejante desprecio anterior a su viaje a Dyesäär o una de las muchas consecuencias manifiestas y no manifiestas aún de aquella verdadera anábasis? Pero Melk todavía estaba frente a él, esperando en silencio sus órdenes y probablemente confuso ante la mirada abstraída de su señor.

—Agradezco tus advertencias, Melk. No voy a cambiar de opinión. No, al menos, por el momento. Pero actuaré con la mayor precaución posible. Y a ti te pido que no te calles ningún consejo que creas oportuno. De tu sinceridad y de la del resto de mis hombres de confianza depende ahora en gran parte que yo sea un buen jefe. Ahora dormiré un rato, Melk. Avísame cuando estemos acercándonos al lugar previsto de desembarco.

—Ya sois un buen jefe, alteza —respondió el oficial—. Reposad tranquilo, no perdáis cuidado. Os llamaré en cuanto avistemos la Puerta de los Sabios.

Melk salió del camarote real en la nave comandanta de la flotilla que navegaba el Deva hacia el Norte, hacia los vados de Eteria. La componían el bajel del rey, diez grandes barcasas con cien hombres armados en cada una de ellas, una barcaza menor con treinta caballeros de la guardia real y sus caballos, y algunas lanchas de apoyo y de exploración. Habían partido del puerto de Eben al amanecer y, con aquella ausencia de brisa, recurriendo sólo a los brazos de los hombres para remontar las aguas, los capitanes de las naves calculaban doce horas de viaje hasta el fondeadero más próximo a la Puerta de los Sabios, antigua entrada a Koría desde la Ciudad Sagrada, único monumento que sobrevivía en el Norte, aunque en ruinas, de los viejos constructores eterios.

El camarote estaba lleno de recuerdos para Brahmo. Era el último sitio en el que había vivido su padre y las cosas estaban allí todavía tal como Vântar las dejó la noche que salió del barco, armado precipitadamente en sus aposentos, para tomar posesión por la fuerza de su capital, poseída por el misterio. Pero no podía pensar en él, aún no. Había por delante una batalla que ganar; una batalla fácil pero que le daría el carisma, la fuerza y la autoridad suficientes ante su pueblo para realizar los cambios que le exigía su corazón. Fácil, pensaba el príncipe: el castigo a uno de los clanes salvajes de Koría que, no podía ni quería dudarle, era el causante del siniestro ataque de las fieras a Eben. ¿No se jactaban los *kurias* de que sus hechiceros podían asumir forma de animales para penetrar en los mundos ocultos o luchar contra

enemigos de carne y hueso? Uno de los clanes más feroces, era cierto, pero apenas tres centenares de guerreros semidesnudos, según las estimaciones de sus geógrafos, armados con azagayas y primitivos cuchillos de sílex.

Miró por la ventana que se abría a la margen oriental del Deva. La tarde era gris, cálida, húmeda. Las naves avanzaban potentes por el ancho río, los remos eran música en las aguas, si uno quería oírlos, pero también podían ser silencio. Las caracolas de unas u otras naves sonaban de cuando en cuando transmitiendo mensajes, las grímpolas flameaban con el intenso avance apuntando al Sur su blanco paño triangular con el baniano rojo. Tardarían aún dos horas en llegar. Brahma se sentó en el lecho. Había allí, sobre la hermosa colcha granate, una espada y un libro pequeño. La espada que había elegido para esta hazaña guerrera no era la suya, tampoco la de su padre, rescatada de entre los restos inhumanos que quedaron del rey y su escolta de valientes. No se habría sentido bien con ninguna de las dos. Después de haber tenido a Ida en sus manos quería una espada de abolengo y había tomado de la armería familiar a Mrīyantar, la Compañera, la Leal, la antigua espada del príncipe Tâuron que recibió este nombre en lengua del Mar por ser la pareja de Ida cuando aquél halló a la *Señora* y se convirtió en el guerrero de las dos Espadas, como muchos siglos más tarde lo sería Dama Alayr. ¡Ida!, pensó, ¡qué falta le hacía ahora! E Inca... ¿dónde estaría?, ¿qué habría sido de él, si realmente era su misterioso salvador?

Mas de que lo fuera, Brahma empezaba a dudar seriamente.

Hizo la espada a un lado, que quedó tendida junto a su costado izquierdo, y se recostó sobre el lecho con el libro en sus manos. Era uno de los muchos libros de narraciones que Dama Yâra, su tía, había compuesto durante su estancia en Dyesäär y estaba escrito en la lengua del Desierto, que Brahma conocía perfectamente. Dama Yâra, desde que encontró a su compañera de armas siendo ambas cautivas y esclavas de Sarkón, no había pensado en otra cosa que en ella, en Dama Alayr, y éste era el tema de todos sus relatos. Había quien creía que toda la vida de Dama Alayr podía reconstruirse a partir de ellos. Había también quien pensaba que las narraciones eran demasiado fantasiosas para ser tomadas como elementos de una biografía real. Brahma, que había empezado la lectura del libro durante su viaje a Dyesäär, creía por el contrario no sólo que los relatos eran ciertos, precisos, sino que se quedaban cortos o, dicho de otro modo, que callaban más de lo que llegaban a confesar. ¿No había sido ella llamada Virgen Guerrera por los Caballeros de los Anillos y Libertadora por la milicia de Dyesäär? ¿No la había llamado el príncipe Dión Dama Adamante porque a su lado todo caballero palidecía en la lid? ¿No había sido ella la verdadera creadora del reino del Sur, la inspiradora de todos sus reyes y la iniciadora de Mándos? ¿No habían caído por su mano Sarkón y la inexpugnable Mâurwanna y, con ellos, el nuevo imperio? ¿No había sido la tercera portadora de Ida, después del príncipe Tâuron y de Kûrbion el *Rishi*, para quien los Señores Antiguos la crearon?

La parte del libro que le interesaba ahora a Brahma hablaba de la segunda

estancia de Alayr en el Oasis de las Nieves, un nombre éste al que no acompañaba ninguna indicación topográfica ni ninguna referencia lo bastante explícita como para localizarlo en un mapa o saber si se trataba de un lugar real, simbólico o imaginario. Dama Alayr conversa con Aurossio, Maestre de los Alquimistas y éste le dice:

*¿No has visto al guardián de la Puerta de los Sabios? Su secreto no es otro sino el de la paradoja que conoces: aceptar lo inevitable, lo ya establecido, con la sonrisa brillante del dios y la sumisión del alma divina, y enfrentarse a lo posible por venir con la voluntad inquebrantable y fiera del titán. Dioses, aceptamos la caída del Rey y la muerte del Viejo Imperio venerando a la Sabiduría, que la decretó y nos trasciende, la aceptamos con la adhesión de nuestras almas, con su gratitud y su regocijo secreto; Titanes, nos oponemos a la duración de los días oscuros y forzamos un futuro que no conocemos.*

*Sin embargo —repite Alayr—, ¿no es el titán otro disfraz de la Voluntad Suprema? ¿No es la misma Voluntad Suprema oponiéndose a los decretos de la Suprema Voluntad?*

*Lo es, pero el Titán no lo sabe. Aquí reside toda la diferencia. Y, mientras no sea Dios a la vez que Titán, está condenado a perpetuarse en la jaula de su potencia y su furor... inmensa, sí, pero prisión. El camino de la Transformación es como el filo de una navaja y ni el Dios ni el Titán pueden recorrerlo solos, pues cada uno gravita hacia un lado y pierde sin el otro ese equilibrio que es su misma razón de ser. Pero, mira, días llegarán en que la obscuridad será aceptada como voluntad de Dios por hombres que habrán visto el Rostro tras la máscara, y serán divinos, pero habrán asesinado en sí al Titán. Buscarán el cielo y despreciarán el cielo, y yo te digo que a pesar de su amor por las Alturas serán los mejores aliados del Enemigo, pues ¿qué más podría desear éste sino que despreciásemos sus dominios y huyésemos de ellos... aun por la ruta de las aves?*

Brahmo remontó unas pocas páginas del libro y leyó unos comentarios en primera persona de la narradora, su tía:

*Entramos por la puerta de los Sabios, una arcada de muchos codos de altura y construido con grandes bloques de piedra gris a cuyos lados velaba, enhiesto, formidable, augusto, el coloso bifronte —dios en el rostro que mira atrás, al pasado; titán por delante— que los beduinos llamaron el-Daltu, el Guardián de la Puerta del Alma, pero cuyos nombre eterio, virtudes y poderes jamás han llegado a conocer. Y he aquí que estas piedras son, en tierras del Norte, el único y último signo de la anciana cultura desaparecida, morada de*

*potentes conjuros y de memorias profundas. Buscamos allí a Ilüel, que celebró con el corazón encontrarnos y festejó...*

Cerró el libro; cerró los ojos. Al rey Vântar, su padre, lo habían llamado el *Titán*, pero...

«... Quizás tu fracaso haya sido justamente éste, padre, no añadir el dios a la voluntad del titán; creadora, sí, pero demasiado centrada en su propio impulso determinante para atender a las exigencias de la armonía universal de la Vida, del Cosmos, lo único en este mundo cambiante que puede hacer de una obra humana algo inmortal. ¿Es ésa la razón oculta del ataque de las fieras a tu reino: la rebelión de la Vida contra el exceso de simetría y estructura? No puedes responderme desde allá donde estés, pero ¿puedes, al menos, responderte a ti mismo?».

Y como si una fuerza extraña hubiese tomado de pronto posesión de sus pensamientos, Brahma pronunció en voz alta aquellas palabras que Vântar, en sus últimos días, más temió oír de su hijo:

—Nos hemos equivocado, padre... Te has equivocado.

Y confundiendo ahora con él, Brahma, absorto en su pensar, repitió esta vez más fuerte:

—Me he equivocado... sí, equivocado.



## XIII

El día y medio pasado desde la aparición de los lobos se le había hecho eterno a Mayúr.

Las huellas dispersas de los tres animales desaparecían poco después del lugar donde aquéllos se separaran y Mayúr los perdiera, nuevamente borradas por la selva como con arte de magia.

Siguió hacia el Oeste lentamente, esperando hallar algún camino, alguna pista, dando pequeños rodeos hacia el Sur cuando un cenagal, una zona muy tupida de arbustos espinosos o una colina intransitable le cerraban el paso. Halló un claro para pasar la noche y, recordando las palabras de uno de los guardias reales de la ciudadela, encendió un fuego y veló. Esperaba que la luz excitara la aparición de las fieras, y le parecía mejor un ataque y una batalla que su inútil soledad en el laberinto del bosque, las incógnitas y el Tiempo. La mañana de su cuarto día en Koría tampoco le trajo novedades; dejó que Táumandos escogiese constantemente la ruta y él observó y esperó.

Mayúr no estaba cansado, a pesar de la noche en vela, ni hambriento, aunque sus alforjas seguían casi tan llenas como cuando cruzó el umbral del bosque. Percibía cambios profundos en su cuerpo, como si éste tratase de adaptarse rápida y dócilmente a las exigencias a las que, intuía, podía someterle en cualquier momento la personalidad renaciente. Sus miembros se estiraban, su musculatura se endurecía y se fibra, los rasgos de su rostro se afilaban y su cabello se oscurecía; y esta transformación era tan intensa, era tanta la concentración de energía interior que reclamaba, que el exigente proceso daba la impresión de no dejar tiempo ni espacio para tareas tan prosaicas como dormir y digerir.

La luz de la tarde era gris bajo la bóveda y empezaba a lloviznar cuando Mayúr se detuvo para dar un poco de reposo a Táumandos. El caballo estaba inquieto y el jinete, desde hacía rato, sentía que su marcha era observada, aunque ni un solo ruido, ni un movimiento inesperable, confirmaban esta sensación. Desmontó, dejó que Táumandos paciera y se mantuvo alerta.

Truenos se oían a lo lejos, débiles aún y espaciados, de una tormenta que avanzaba desde el Norte. No tardaría ni una hora en estar sobre aquella área del bosque y Mayúr pensó que lo mejor que podía hacer por el momento era encontrar un refugio para él y para su montura. Pero ¿dónde? Más al Este había visto un poblado de leñadores ebénidas junto a un riachuelo, pequeño y abandonado, pero éste quedaba ya muy atrás, a varias horas de camino. En algunas colinas bajas había divisado



cavernas, pero en paredes demasiado escarpadas para que Táumandos pudiera alcanzarlas... Y aunque pudiera, él no aceptaría nunca entrar en una de aquellas grutas, cubiles de león probablemente, ni con todas las aguas frías del Norte cayéndole encima.

Un ruido repentino cortó sus pensamientos: el golpe seco de una saeta al clavarse en la madera viva de un árbol, el escarceo y el relincho de un caballo, metales al combatirse; luego, el del metal al morder la carne, el aullido de un hombre, el gemido de otro o del mismo, cuerpos al caer... Mayúr saltó sobre su animal y galopó hacia la fuente del sonido sacando a Ida, por encima de su cabeza, de la vaina que una doble correa cruzada al pecho aseguraba en su espalda. No tuvo que alejarse mucho. A poca distancia del lugar donde había reposado pocos minutos antes descubrió a un caballero. Montaba un poderoso semental de la raza del Desierto, alto, castaño y de crines negras, ojos encendidos, estrellado y de resuello fogoso. El jinete aún tenía su espada ensangrentada tensa en la mano y tres hombres del bosque, con la cara y el cuerpo pintados de rojo, yacían exangües a su alrededor. Al ver a Mayúr, obligó a su caballo a un brioso caracoleo y lo enfrentó, fiera su estampa y temible en su mano el acero.

—¿Buscáis la paz o la muerte? —le espetó a Mayúr jactancioso.

—No busco ni una cosa ni otra —respondió Mayúr—, pero tampoco huiré de ninguna de las dos.

El desconocido soltó una carcajada; le saludó llevándose a la frente la guardia de la espada y presentando su hoja encarminada, grabada con extrañas inscripciones en una lengua antigua.

—Entonces sois de los míos. Habría preferido no tener que enfrentarme a estos guerreros *kurias*; son un pueblo muy vengativo y, si encuentran estos cadáveres, nos perseguirán sin descanso. Y a vos tanto como a mí; no se entretendrán en pesquisas judiciales. Pero ocurrió de pronto. Me encontré de golpe frente a ellos, aunque están muy alejados de su territorio y se vuelven muy sagaces entonces. Sin embargo, ahora que os veo —comentó el extraño recapacitando—, creo que era a vos a quien seguían y que estaban demasiado atentos a vuestros movimientos para percibirme hasta que fue tarde, desafortunadamente para todos menos para vos.

El agua cayó con más fuerza; una mano invisible y omnipresente dedeó en todas las hojas de los árboles arrancándoles una música agradecida y entrañable. Olía a tierra mojada, a madera fresca, a suave incienso. La luz declinaba y los truenos se oían más cerca.

—Si es así —repuso Mayúr—, os doy las gracias... y no sé de qué otro modo puedo pagaros más que con mi agradecimiento. Ahora debo dejaros, no tengo intención de pasar toda la noche a la intemperie.

Mayúr taloneó a su caballo, que seguía nervioso.

—Así pues, ¿sabéis adónde ir? —lo retuvo aún el extraño.

Mayúr recordó que no y que lo único que en realidad le había movido a alejarse

de allí era la desconfianza que le inspiraba el desconocido, al que por otra parte creía totalmente ajeno a su aventura. Vaciló antes de responder; el caballero ya lo interrumpía.

—Escuchad —le dijo a Mayúr—, conozco este bosque. Lo he cruzado ya tres veces de Norte a Sur y seis de Este a Oeste. He dirigido cacerías de gente adinerada de la Pentápolis y exploraciones de castigo del rey Vântar contra los clanes salvajes. Me dirijo a Eben a ofrecer nuevamente mis servicios. No sé adónde os dirigís vos ni tengo intención de preguntároslo, si tenéis razones para callar. Pero mi compañía por esta noche puede resultaros tan provechosa como a mí la vuestra. Conozco una vieja mina cerca de aquí y compartiría este refugio gustosamente con vos, si a cambio me ofrecéis noticias de la capital que puedan serme útiles.

¿Qué respondéis?

La lluvia era cada vez más fuerte, los truenos más y más poderosos, serpientes rayaban la atmósfera insinuándose con movimientos fugaces, argénteos y fieros entre la frondosidad de la cúpula verde. Táumandos relinchó y escaramuceó, pero el caballo del desconocido permanecía tranquilo observando a Mayúr con sus ojos de fuego.

—De acuerdo —respondió al fin Mayúr—, guiadme. De Eben tengo noticias, es cierto; pero que puedan resultaros de utilidad...

—No hablemos más —concluyó el viajero—. Hace tanto tiempo que no llega nada de la capital del reino ebénida a mis oídos que muy banales tendrían que ser vuestros informes, o muy mal narrador vos mismo, para que no despertaran mi interés. Ahora seguidme.

Aún le hizo una señal Mayúr al extraño interrogándole con los ojos por los *kurias* muertos.

—Amigo —respondió él con un tono cada vez más familiar—, confiemos en la suerte. Con esta lluvia encima no podemos quemarlos ni enterrarlos. Pero Koría está lleno de vida animal, carnívora y hambrienta.

Y al decir estas palabras hizo una extraña mueca de complicidad a Mayúr, como si sutilmente le revelase que también él estaba en el misterio de las fieras diabólicas... de las fieras diabólicamente humanas.

Espoleó su caballo y partió al galope, la espada aún desnuda en la mano, el agua de los cielos limpiando su hoja de la roja muerte. Táumandos siguió al corcel del Desierto por senderos viejos y por senderos que su joven pecho poderoso iba creando, y los dos animales galoparon hacia el Oeste durante un cuarto de hora mientras la última luz se extinguía. La tormenta crecía en fragor, un rayo cayó a menos de un estadio de los jinetes y la madera de uno de los grandes pilares del bosque gimió y gritó herida antes de derrumbarse. El suelo fue convirtiéndose en un lodazal. De pronto el desconocido frenó su caballo, lo condujo al paso entre altos árboles cuyas hojas, largas y enmarañadas, pendían flácidas de ramas finas e innumerables creando un denso cortinaje vegetal. Los jinetes se agacharon pegándose

al cuello de las cabalgaduras y las hojas empapadas resbalaron por sus espaldas como las plumas de la cola de un gran pájaro.

Emergieron al pie de una colina de ladera suave y cima modesta, poblada de hayas gigantes y esbeltos *ilircos*, pero de terreno mucho más despejado que todo el que habían cruzado para llegar hasta allí.

—¡Un último esfuerzo, amigo! —gritó el extraño y, golpeando fuerte los ijares de su caballo, arrancó con tanta potencia, galopó con tal rapidez hacia la cima, que hasta Táumandos, un príncipe de su raza, se sintió humillado.

Había algo raro en aquel cerro. Mayúr lo había sentido apenas estuvo ante él. El tiempo parecía detenido allí y la serenidad que lo envolvía era inmensa. Había magia en aquel lugar. La misma sensación que Inca tuvo al llegar a Dyesäar, al hallar la espada, al leer el libro en una lengua que no comprendía, al vencer a las fieras en Eben sin luchar, le sorprendía aquí a Mayúr nuevamente. Si esa sensación era el hilo conductor de su transformación y su aventura, podía estar seguro de haber vuelto a hallar el camino... aunque éste le resultase todavía inescrutable.

Mayúr descubrió ahora, al alcanzar la cumbre, que lo que había considerado una colina aislada se apoyaba por el lado opuesto al de su ascenso en un macizo de roca gris de aspecto misterioso e imponente. Un sendero entre olorosos *ilircos* conducía hasta una abertura en la pared de piedra y su guía lo recorría a pie, llevando su caballo de la brida, caminando respetuosamente, casi ceremoniosamente, como si el aire estuviese colmado de invisibles presencias dormidas y él no quisiera perturbar su trance inmemorial. Mayúr lo imitó, caminó un tiro de arco y se halló ante las dos grandes figuras talladas en la roca que guardaban la puerta.

Seres altos, delgados, de miembros finos y esbeltos, cabezas grandes, inteligentes, serenas, ojos almendrados y bocas sutiles en rostros de una insuperable melancolía, se sentaban en tronos minuciosamente historiados, ataviados como señores de la guerra. El de la derecha sostenía una copa en su regazo; el de la izquierda, un libro cerrado; ambos miraban al frente desde su prisión intemporal de piedra, inhumanos, como advirtiendo al caminante que más allá del umbral todo era silencio, todo era muerte.

—¿Dónde me habéis traído? —preguntó Mayúr perplejo.

—Ya os lo dije, joven amigo, a una antigua mina —respondió el viajero.

—Desconfío de vos.

El extraño lo miró profundamente. Mayúr soportó sin parpadear sus ojos penetrantes, luminosos aun en la creciente oscuridad.

—Está bien —dijo el hombre dándole la espalda y empujando las grandes hojas de madera y bronce de la puerta, viejas y chirriantes—. Yo ya he hecho bastante trayéndoos hasta aquí. Quedaos ahí fuera, si queréis. Mi caballo y yo ya estamos hartos de agua por esta noche —y desapareció en el interior.

Mayúr vaciló un instante, pero acabó por seguirlo. Notaba que Táumandos se había librado de su desconfianza y su inquietud, y quería seguir gustoso al poderoso

príncipe de los caballos del Desierto. Dentro todo era absoluta oscuridad. Los pasos de su guía y de su caballo resonaban algo más adelante sobre el suelo de piedra.

—¡Sois razonable, amigo! —le llegó su voz—. Seguidme. Siempre hacia el interior. ¿Veis aquel punto de luz azul que parece lejano? No lo perdáis de vista y caminad siempre hacia él. Es el final de este oscuro túnel. Mas la oscuridad —añadió con un tono que a Mayúr le sonó casi cínico— es la antesala de la luz verdadera.

Mayúr obedeció en silencio. El tiempo transcurrió lentamente, medido por los pasos de los hombres y los brutos resonando en la caverna. El punto azul celeste, azul aguamarina, se fue haciendo más y más grande hasta que Mayúr pudo divisar toda una gran sala iluminada por aquella luz a un tiempo cálida y fría donde desembocaba el túnel que estaban recorriendo. Por fin estuvo allí, en una inmensa cámara de estalacmitas altas como finas columnas y estalactitas que descendían a su encuentro desde un pétreo cielo. Formas tomaba la piedra espontáneamente o ayudada por mano hábil que sobrecogían al ojo humano encarnando visiones de otro universo.

Pegados a la pared irregularmente circular, a no mucha altura del suelo, había sarcófagos de piedra, largos, cubiertos por losas pesadas y hermosamente labradas con figuras e inscripciones, y el centro de la sala era un lago de agua purísima, no muy profunda, sobre cuya superficie un delgado pilar de piedra surgido del fondo como el tallo de un loto sostenía una bola de cristal de unos dos pies de diámetro. La luz emanaba del suelo, de las paredes, del techo, de la atmósfera, como una mística irradiación de la piedra o el aire.

Inca se detuvo fascinado, casi temeroso, al contemplar aquel milagro de la caverna; Mayúr se sintió retornar a algo que formaba parte de sus todavía ciegos recuerdos.

—Sumânoï —sentenció ahora su guía con una voz que resonó en toda la sala cavernosa—. Una cámara de enterramiento Sumânoï. ¿Sabéis lo que son?, ¿habéis oído hablar de ellos alguna vez? La tercera de las razas, amigo, la raza mental. Los últimos desheredados del Gran Norte.

Una mente poderosa, joven amigo, una mente mística, diría yo. Sus secretos aún nos son indescifrables. ¡Ved —dijo moviendo su brazo derecho en un arco amplio que abarcaba toda la sala, como si presentase una compañía de teatro—, el misterio de la luz que emana de la piedra!

Una raza admirable, sí. Una raza desaparecida.

Mayúr, mudo aún por el asombro, empezó a circundar la cámara y a contemplar los sarcófagos. Habría un centenar. El desconocido, sin interrumpir su discurso, se dedicó a liberar su caballo de los arreos.

—Pero no os he mentado. Esto también fue una mina... durante un breve, muy breve espacio de tiempo. Ya sabéis lo que es el hombre de esta era. Se dice que los Enanos eran la raza física, los Gigantes la vital y los Sumânoï la mental... Eso dicen los sabios, yo por mi parte no entiendo mucho del tema y jamás he visto a ningún

bendito ejemplar de estas razas antiguas.

Pero lo que sí os digo es que, si es así, entonces al hombre habrá que llamarle la raza áurea, y no por su altura espiritual sino por su avidez especuladora... ¡Alturas del Cielo, qué elemento... el hombre! Los Sumânõi hicieron de las piedras luz; el hombre quiere hacer de ellas sobre todo dinero. Y eso es lo que ocurrió con este lugar. ¿Conocéis a Elva, la señora de Olpán, esa noble de Eben que es la pesadilla del rey Vântar? Llegó a enterarse de la existencia de este lugar. En su ilimitada limitación y ambición sin límites pensó que podría abastecer de lámparas inagotables a todo Ordum con sólo extraer piedra de esta caverna. Envió un grupo de trabajo. Llegaron a sacar un poco, muy poco de piedra. En cuanto la arrancaban de las paredes perdía su virtud, claro está.

De lo que les ocurrió a esos improvisados mineros hablan los restos que están un poco más allá, yendo por aquella galería. Muy poco recomendable. Un pésimo destino.

El hombre se ocupaba ahora de Táumandos y Mayúr, después de dar toda la vuelta a la cámara, llegaba hasta él. La cháchara del desconocido no había servido para tranquilizarlo, sino para ponerlo aun más en guardia. Le resultaba evidente que era una charla para despistar... para calmar y despistar. Parecía ofrecer franqueza, amistad, al arriesgarse gratuitamente a cualquier imprudencia en aquel aluvión de palabras, pero el discurso no era espontáneo y había algo forzado en la imagen que quería presentar aquel sujeto.

—Y en cuanto a Elva de Olpán... Yo me digo que esos desmayos que la asaltan desde entonces, esos gritos incoherentes y espumarajos que arroja cuando se desploma, son el efecto de la maldición de este lugar, que la alcanzó. Creo poco en estas cosas, la verdad, pero en este caso... ¡Ay! Vântar tendrá que librarse de ella antes o después, si quiere conservar su reino.

¿Sabíais, joven amigo, que...?

—Vântar ya no existe —le interrumpió Mayúr fríamente mirándole a los ojos.

El hombre le sostuvo la mirada con tal poder que pareció derretir toda su frialdad.

Aquellos eran los ojos de alguien que sabía más, mucho más que todo lo que Mayúr pudiera decirle. Pero nuevamente su máscara, la máscara fortuita que había elegido para aquella ocasión, lo desmentía.

—¿Qué me decís?

No, fortuita no. Era un disfraz perfectamente calculado; tan calculado que ni siquiera trataba de engañar sobre su verdadera naturaleza de disfraz, sólo ocultar una personalidad tras un velo de incertidumbre. Mayúr decidió seguirle el juego.

—¿No habéis oído nada del asalto de las fieras a Eben? —le espetó.

—¿Fieras, qué fieras?

—Leones, lobos, lagartos, serpientes... —respondió Mayúr—. Hace cuatro días aún estaban allí.

—*Ishá, hotemotes, kuwsh, kurias...* —glosó el extraño—. Sus animales sagrados.

¿Decís que asaltaron la ciudad?

—Murieron miles. El rey entre ellos.

—Aguardad, aguardad —intervino el hombre—. Sentémonos allí, junto al agua. Esto promete ser una verdadera historia. ¿Y decíais que acaso vuestros informes careciesen para mí de interés?

Tomad vuestra comida de las alforjas o compartid la mía, si queréis. No hay nada como recibir noticias importantes mientras uno se llena el estómago.

Mayúr volvió a asombrarse. Seguirle el juego no parecía contribuir a desenmascararle sino a hacer más real su disfraz, a afianzarlo, a darle vida, mientras un oscuro desconocido se alejaba cada vez más hacia el interior de aquella apariencia campechana, característica del típico trotamundos. Pero aceptó la invitación. Abrió sus alforjas para tomar parte de su contenido y descubrió de pronto aquel extraño objeto que había hallado cerca de tres semanas atrás, junto a las cataratas de Ishkáin, en su camino hacia Eben. Lo había olvidado. Lo olvidaba completamente cada vez que hebillaba la cubierta de cuero de las alforjas después de haber hurgado en su interior y haberse encontrado, con sorpresa, que aquel collar de perlas negras del que pendía una medalla con inscripciones arcanas estaba allí, estaba todavía allí, huésped misterioso que oculta la razón de su ser, de su estar, de su haber llegado.

«Ya tenemos dos misterios esta noche: el hombre y el collar —pensó Inca, y a continuación—. ¡Alturas del Cielo, qué optimista soy! Y las fieras y el libro y Mayúr y...».

Había un agradable frescor en el aire. El azul de la luz se había hecho un poco más intenso, un poco más oscuro. Los caballos, aunque carecían de pasto, estaban alegres como dos jóvenes potros, pero serenos como dos hombres jóvenes sobrecogidos por el lugar. Mayúr se acercó al estanque, se sentó frente al extraño con su pan de viaje y su carne seca, miró al hombre, que había empezado a devorar algo parecido a una pasta de cereales sin esperarle.

—¿Y bien? —masculló éste mientras comía.

Mayúr le contó lo que sabía, la muerte del rey, la salvación del príncipe Brahma, el estado de la ciudad, la partida de las fieras, pero no habló de sí mismo ni reveló cuál había sido su función en esta historia. Sin embargo, estaba seguro de que el hombre había captado mucho más de lo que él había pretendido revelar y, cuando llegó al fin de su relato, éste le espetó:

—Así que vos salisteis en persecución de las fieras. Hmm... ¿Y qué pretendéis, cazarlas o investigarlas, aniquilarlas o descubrir su misterio?

Miró a Mayúr con sus ojos envolventes y Mayúr se sintió desnudo. Demoró su respuesta porque se dio cuenta de que entre las muchas preguntas que Inca se había hecho o le había hecho a los Cielos, al Destino, a Mayúr, no estaba ésta ni había una contestación posible que no se imbricase con otras cuestiones importantes, cuestiones que Mayúr no tenía la más mínima intención de revelar. Pero no fue necesario

responder, el hombre no le dio tiempo.

—Veo que lleváis una curiosa espada a vuestras espaldas —dijo observando la empuñadura, que asomaba por encima del hombro izquierdo de Mayúr—. ¿No os sentís incómodo con el correaje o es que aún no os fiáis de mí?

—Tampoco vos os habéis desprendido de vuestra arma.

—Forma parte de mí mismo —repuso el hombre.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—Y a esas fieras... ¿las habéis vuelto a ver desde que estáis en el bosque? —inquirió el extraño cambiando repentinamente la dirección del diálogo.

—Tres lobos. Dos jornadas al Este de aquí. Yo marchaba hacia el Norte. No me atacaron, pero me obligaron a perseguirlos durante una hora hacia el Oeste. Luego se separaron y les perdí el rastro.

—Muy interesante —comentó el extraño rascándose el mentón cubierto por una espesa barba negra.

—¿Qué es interesante? —interrogó Mayúr.

—Esos lobos os libraron de daros de bruces con los enfervorecidos *kurias*, amigo. Unas millas más hacia el Norte y habríais pisado su territorio. ¡Peor que meter el pie en un avispero o en un nido de serpientes! ¿Visteis las pinturas rojas de los que me atacaron? Eso significa «guerra».

—¿Guerra entre clanes? —preguntó Mayúr.

—¡Guerra! Cuando los *kurias* entran en guerra, el mundo entero es su enemigo, salvo los que se han aliado a ellos por un pacto de sangre.

—¿Creéis que son ellos los que han arrojado las fieras...?

—Ah, las fieras...

El hombre lo miraba de nuevo a los ojos con sus ojos directos, grandes, castaños, intensos, como si quisiera hipnotizarle o fondease misteriosamente en sus recuerdos. Mayúr no era capaz de descubrir malicia en aquella mirada, pero sí poder, un poder que podía, si quería, aniquilarlo. Temió. Se preguntó qué esperaba de aquel interlocutor extraño, por qué había acabado por revelar cosas que habría preferido ocultar. ¿Aguardaba su ayuda, su asombro, su indiferencia o, sencillamente, se complacía en la compañía humana después de tantos y tantos días de soledad, esa soledad de Inca en el cerco silencioso de Mayúr y de Mayúr en la duda permanente de Inca?

—¿Realmente seguís desconfiando de mí? —preguntó nuevamente el extraño soltándose la hebilla del cinturón que sujetaba la vaina de la espada y dejando el arma a un costado.

Una sensación cálida, infinitamente agradable invadió a Mayúr como emergiendo de su hondo pecho. No, ahora no desconfiaba, se sentía como quien acaba de retornar al hogar después de mucho, mucho tiempo. Pero temía bajar la guardia.

—¿Quién sois?

—Os lo he dicho ya, joven amigo. Os lo he dicho con cada una de mis palabras y

con lo que está detrás de las palabras, pero aún no me habéis querido oír.

—¿Vuestro nombre?

—Mi nombre no te diría nada esta noche, Mayúr, pero quizás sí mañana... Sí, quizás mañana te resulte revelador.

Mayúr no sintió extrañeza de que el desconocido abandonase definitivamente toda fórmula cortés, ni siquiera de que conociese su nombre, aquel nombre nuevo y antiguo que el Destino o la Secreta Voluntad le habían otorgado como llave de su transformación.

—Os conozco, ¿verdad? —dijo Mayúr sintiéndose de pronto un nuevo ser, ya no el infantil, el pícaro Inca, ni tampoco el grave, el maduro, el poderoso Mayúr, sino algo entre los dos, un joven pícaramente grave, entrañablemente maduro, infantilmente fuerte y poderoso; era el principio de la fusión de aquellos dos polos extremos.

—Es tarde ya, joven amigo —comentó el hombre tratando de parecer casual y recuperando un tratamiento más distante—. Os aconsejo dormir un poco. La selva es agotadora; si seguís en Koría muchos días, ya lo veréis. ¿Os gusta soñar?, ¿tenéis sueños reveladores? Por vuestra mirada creo que es así. Pues bebed del agua de este estanque, descubriréis que vuestras experiencias nocturnas se hacen más vívidas, más intensas, y que crece vuestra capacidad para recordarlas.

Se inclinó sobre el estanque y, tomando de su agua con las dos manos, se la llevó a la boca y dio un largo sorbo. Mayúr le imitó. Después, el hombre se acercó al apero de su caballo, tomó una manta que portaba sujeta a su montura y la extendió en el suelo, cerca del azul luminoso e inmóvil de las aguas.

—Es grande. Si queréis, podéis compartirla conmigo. La roca desnuda de la caverna es un lecho poco recomendable para dormir.

Mayúr no desconfió. Ahora se sentía bien junto al hombre. Inca, lejanamente, dudaba todavía; pero Inca había empezado a fundirse en la nueva personalidad y cada vez era menos independiente. ¿Qué era lo que estaba naciendo allí, en su propio ser? Mayúr no podía responderse aún, pero sabía que el extraño era el responsable, el oficiante de este proceso misterioso.

Se deshizo del correa, dejó la espada en el suelo, a su lado, y se tumbó sobre su costado izquierdo, de espaldas a su compañero de lecho. Cerró los ojos. Fue como abrirlos. No supo si estaba dormido o despierto, pero la escena se desarrollaba nuevamente ante él: las mujeres danzando, salvajes y salvajemente sabias, eficaces, cuajando el destino, fraguando el terror, pisando uvas de sangre. Y las fieras, las fieras sagradas de Koría, incapaces de evitar la invocación, llegando a la danza como espectros imantados por un poder ineludible. Y la posesión brutal. Y los vientres humanos alojando infiernos de odio. Pero esta vez Mayúr estaba allí y se movía como un fantasma entre las escenas grotescas y terribles de la ceremonia inhumana. Dos altos picos, iguales, fieros como colmillos de lobos grises, arrojaban sus sombras afiladas tocados por la luna. La noche era un abismo. Ver, sentir, oír, percibir era



hacer que el Abismo penetrase en uno, que el Abismo poseyese.

Y de pronto lo ve. Mayúr ve a aquel que es la encarnación de este horror. Y porque es su encarnación es su causa, la fuente inmóvil de su devenir torrencial. Fuerte es como un minotauro; a su alrededor, la noche estremecida. Hombre y mujer es, o ninguna de las dos cosas. Su cabeza humanoide parece modelada con la substancia del reptil y sus manos, guantes que ocultasen portentosas garras. Su cabellera larga, hispida, frondosa, es un llamear de violentas salamandras.

Sus ojos pequeños son pozos para la luz, para las formas... las beben y no devuelven nada. Su boca, como la de la serpiente, es un sagrario del veneno, su rostro es triangular; su cuello, un tronco rugoso y palpitante.

Mayúr camina hacia él. No puede hacer otra cosa sino caminar hacia él, imantado por su exigente presencia. Arrecia un viento que no estremece las hojas sino los sentimientos; se diría que el ave inmensa del martirio mueve sus alas secretas. Mayúr, a medida que se acerca, siente un tornado que penetra en él. Quiebra, derriba, demole, destruye... El templo de la memoria es ahora un escurial de recuerdos; el castillo del corazón, una ruina de emociones dispersas; la pirámide del alma, aspiración y esperanza muertas; el observatorio del intelecto es ahora un cerro aislado y arrasado y ciego. Una forma ha llegado hasta el titán, pero Mayúr está descompuesto y deslabazado. La mirada del monstruo podría fulminarlo; su voz podría gritar «¡arrodíllate!» y nada impediría tener que obedecerle. La danza de las mujeres ha sido absorbida por la noche; ahora es el ritmo palpable de las Tinieblas. Alrededor del fenómeno, deformando una realidad ya de por sí imposible, sólo vientres... vientres de mujer, hinchados y palpitantes.

Sí, podría fulminar lo que queda de Mayúr sólo con el guiño de un ojo. Pero...

El titán se arrodilla, baja la mirada, humilla la cabeza y pronuncia esas palabras terribles en el *mâyura* inhumano que carcome la mente:

—*Shagr tuva, Sarpa, Wârkatâr muma*. Sangre a ti, Sarpa, señor mío.

Noche. Caída. El sueño precipita. Mayúr oye el vagido de un niño en su pecho, oye un quebranto. Le duele el pecho, como si supurase de nuevo una vieja, vieja herida. Se ha levantado del lecho y camina con los miembros aún entrelazados al sueño imposible. Camina ciego, pero ciegamente despabilado y como a través de las telarañas de antiguas memorias. Se arrodilla junto a sus alforjas. Lo ha llamado el collar misterioso de perlas negras. Su mano lo encuentra, infalible, en el seno del cuero. Lo extrae. Ahora, la inscripción de la medalla le resulta evidente y sus labios se mueven mientras una voz irreconocible, ni de Inca ni de Mayúr, surge de la honda caverna de su garganta:

—*Shagr, Sarpa, Wârkatâr Máurshanku*. Sangre, Sarpa, Señor de la Montaña Negra.

Apenas ha pronunciado estas palabras, como un ensalmo, cuando los altos portales del Olvido caen y doce siglos de atroces recuerdos inundan su vacía memoria. Sarpa, el *Rishi Negro*, se posee otra vez. Desde un velado corazón, Inca

gime aterrorizado porque descubre de pronto que Mayúr, el héroe emergente, no es sino el débil apéndice de un Algo sombrío y todopoderoso.

Pero Inca, como Mayúr, se precipita absorbido por el remolino de lo insondable.

Sarpa se posee otra vez y otra vez su huella será brasa y ascua y ceniza en los senderos torturados del mundo.

—*Shagr, Sarpa, Wârkatar Máurshanku* —repite esta vez más fuerte.

Dos cosas le quedan ahora por hacer al retornado: recibir la pleitesía de aquel siervo inesperado de sus sueños y, antes...

Se acerca al lecho junto al estanque azul. A sus pies está la espada. Algo más allá, la cabeza de Yummüel, el Caballero del Cuarto Anillo... unida todavía a un tronco humano.



## XIV

«Cruzaré esa puerta y al titán heredado de ti, padre, añadiré el dios» —se decía Brahma mientras contemplaba por la pequeña ventana de su cámara el río y veía en la orilla oriental caimanes de movimientos galvanizados penetrar en las aguas.

La Puerta de los Sabios... Los eterios, cuya ciudad fue un paraíso de belleza y armonía y sabiduría, llamaron Puerta de los Sabios a la entrada de la jungla inextricable. Qué secreto éste.

Qué secreto el de este nombre. ¿La llamaron así porque sólo el sabio puede descender a los mundos de la vida primordial y cabalgar el tigre sin ser poseído por las fuerzas desbocadas de la pasión y el instinto? ¿O acaso porque sólo el sabio puede enfrentar la mirada silenciosa del Guardián sin enloquecer? Sabio... Sólo una palabra en *eterio* conocía Brahma; una sola palabra de esa lengua ignorada por todos, salvo por los hijos de la Ciudad Sagrada, había llegado hasta él a través de uno de los relatos de Dama Yâra: *Suff*. Y *suff*, además de sabio, era héroe... como *brahma*, a partir del *dévico*, en *ordumia*.

Casi recordaba de memoria aquellas frases de su tía referidas al vínculo secreto entre el bosque laberíntico y la ciudad luminosa:

*Y es así que la Ciudad de la Luz (así la llamaban también algunos de sus sabios) estaba separada sólo por una estrecha franja de tierra de la Selva del Espejismo. Los eterios amaban Koría, sí, pero lo respetaban aun más y no a todos se les permitía entrar en él, sino sólo a los que eran capaces de superar el Guardián de piedra. Koría es potencia, vida, energía primordial; en esencia, pura; pero en este mundo de contrarios, que siempre oscila de la Luz a la Tiniebla, de la Tiniebla a la Luz, es energía tan capaz de servir al dios como al titán, al ángel como al diablo. Los eterios poseían este secreto y por eso podían convivir con Koría, el Gran Bosque, tal como el compañero del Divino vive con su Pasión y su Instinto, habiéndolos transformado en fuerzas poderosas de creación y manifestación.*

—Señor...

La puerta del camarote real se abrió y en el umbral estuvo Melk.

—Señor, disculpad, no he querido molestaros antes. Estamos aproximándonos ya al lugar de desembarco.

—¿Están todos preparados, Melk? —interrogó el príncipe.

—Espero vuestras órdenes para dar las señales, alteza.

—Puedes hacerlo. Enseguida estaré en cubierta.

Melk vaciló aún un instante.

—Señor...

—¿Sí?

—Señor, el lugar elegido es en realidad demasiado angosto para la cantidad de tropas que llevamos. A izquierda y a derecha del grao que forma el río, las rocas y la vegetación nos impiden desembarcar. A la playa las naves deberán acercarse de dos en dos y retirarse luego para que el par siguiente pueda soltar su carga. Desde allí hasta la linde del bosque no hay mucha distancia... milla, milla y media como máximo.

—Te entiendo, Melk. Me estás diciendo que los *kurias* podrían atacarnos mientras realizamos un desembarco tan lento y complicado. Creo que te equivocas, el territorio de esos salvajes está hacia el interior y no puedo ni imaginarme que salgan del bosque para enfrentarnos en campo abierto. Pero...

—Las fieras, alteza —interrumpió el alférez.

—... pero no hay nada imposible. Sí, Melk, las fieras. Tienes razón. Han atacado y podrían volver a hacerlo. Te diré qué haremos. Desembarcaremos los primeros, junto a la barcaza de los arqueros. Quiero esos arqueros preparados en cuestión de minutos y formando un cinturón de espinas que apunte al bosque. Luego lo harán honderos y jinetes. Después el resto.

—Transmitiré de inmediato vuestras órdenes.

—De los exploradores que enviamos hace tres días, ¿hay señales? —inquirió el príncipe.

—Aún no, mi señor.

—Gracias, Melk. Puedes retirarte.

—Una última cosa, mi señor.

—Di, Melk.

—¿Sabéis qué día es hoy?

—Diecisiete de Agosto.

—Mañana es luna llena.

—¿Y? —preguntó el príncipe extrañado.

—¿Habéis oído hablar de las brujas *kurias*, alteza?

—Melk —suspiró el príncipe—, mañana, cuando salga la luna, aunque fuera divinamente capaz de ver a través de la espesa cúpula del bosque, no descubriría un solo *kuria* sobre la faz de esta tierra.

No pasaron ni cinco minutos antes de que el príncipe se mostrase en cubierta. Vestía pantalones ajustados de color canela, un sayo verde de tejido fino que le llegaba hasta la cadera y sobre él un peto de piel de caimán, el uniforme de los cazadores del rey. Ninguna insignia lo distinguía y a su costado izquierdo, poderosa

en su quietud, pendía Mrīyantar. Las caracolas sonaban transmitiendo mensajes de una nave a otra, colmando la tarde y el río de un profundo fragor.

—Va a haber tormenta —comentó el príncipe oteando el Norte al encontrarse con sus oficiales en la afilada proa del bajel real.

Los oficiales lo saludaron con respeto, pero Brahma no les dio tiempo para ceremonias.

—Será necesario un nuevo grupo de exploración —dijo el príncipe—, tenemos que saber qué ocurre en el interior del bosque. Melk, elige una docena de nuestros cazadores. En cuanto saltemos a tierra los quiero corriendo hacia Koría.

Melk contempló al príncipe con asombro y temor.

—Sí, alteza —respondió—. Pero probablemente pasarán horas antes de que puedan traernos alguna noticia.

—Esperaremos —repuso el príncipe—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Delante de la Puerta de los Sabios, señor, a las puertas de la noche? —repuso otro oficial veterano de la guardia real.

¡La Puerta de los Sabios...! Tenía que estar a la vista ya. Brahma levantó lentamente su mirada rozando sus ojos la piel del barco, la superficie de las aguas, la playa... ¡Allí estaba! ¡La vetusta arcada de sillares grandes, grises, resistentes al maleficio del tiempo! Piedra domesticada, cuerpo domado de la eternidad material alzándose cubo sobre cubo, soberbio, hacia el cielo. Y a cada lado el coloso, el Guardián, eco de sí mismo en cada extremo del arco, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro hermoso y terrible como el de una esfinge, el pecho inmenso; el tronco, una uve de victorioso poder. Se dice que los destructores de Eteria, los esbirros de Sarkón y de los Reyes Negros, temieron a El-Daltu y prefirieron olvidar que la Puerta era obra también de la raza condenada a la hecatombe. Yedra trepa por la piedra, viste de vida al coloso inmóvil, cubren las buganvillas rojas el frontispicio de herméticas inscripciones. Cierra sus ojos el Guardián en el rostro suyo que mira a Eteria. ¿Es, pues, Eteria el pasado y ésta la faz del dios, que ecuánime acepta lo que fue? ¿O es Eteria, la Ideal Eteria, el futuro que aún nunca ha sido, hacia el que irrumpe el titán, divino y ciego?

—¿Señor...? —insiste el oficial intercambiando miradas de extrañeza con sus camaradas.

«¿Puede ser que la Puerta sólo les inspire temor, les inspire rechazo, les inspire nada?» —piensa el príncipe.

—Sí, oficiales —responde el príncipe con firmeza y autoridad, dando la sensación de estar levemente airado—. Acamparemos esta noche ante la Puerta, si es preciso. Os hago responsables del ánimo de mis soldados. No quiero semblantes temerosos, no quiero murmuraciones supersticiosas. Lo que veis ahí —y Brahma elevó el tono de su voz, le imprimió fuerza y convencimiento al tiempo que señalaba el arco estatuado— no es el portal de la locura, es el umbral del triunfo. Para todos nosotros. Vencer es vencerse.

Los oficiales se sentían avergonzados ahora.

—Habrá consejo en mi tienda, en cuanto esté montado el campamento.

Así que sí era preciso acampar allí por una noche, se dijeron los veteranos cambiando miradas silenciosas. Y el príncipe, una vez dada su orden, comprendió que en todo momento y pasase lo que pasase había querido que transcurriese allí aquella primera noche de su gesta, junto al umbral de Koría, al pie de la Puerta arcana y silente.

El bajel real y una de las grandes barcazas cabecearon ligeramente al acercarse a la pequeña playa por el impulso contenido de los remos. Luego las trabó la arena blanca, suavemente. Hubo gritos de mando, soplaron las caracolas, los hombres del príncipe y el centenar de arqueros saltaron a tierra, se desplegaron en una maniobra perfecta, y un cinturón de arcos a doscientos pasos del río se dispuso a proteger el resto del desembarco. Dos docenas de hombres devolvieron las naves a la libertad de las aguas y otra, de los cazadores reales, armados con largas dagas y pequeñas pero potentes ballestas, corrieron hacia el bosque y desaparecieron en la espesura. La corriente del río se hizo más fuerte y las aguas descendieron del Norte con mayor caudal, turbias, bajo un cielo más y más feroz. Los honderos y caballeros ya estaban formados en tierra cuando empezaron a caer las primeras gotas, escasas y gruesas. Las naves, una vez realizada su misión, cruzaban el río hacia la margen oriental, más despejada, donde podrían hallar refugio seguro mientras duraba la acción militar contra los hombres del bosque. El tercer par de barcazas vomitó su carga y doscientos cazadores más se unieron a los del bajel del príncipe. El cielo seguía ennegreciéndose; la lluvia arreció.

—¿Qué nos falta, Melk? —preguntó el príncipe señalando las naves con la mirada mientras soportaba la torrencial caída del agua estoicamente.

—Quinientos de vuestros cazadores y la infantería pesada, alteza, cien hombres más. En media hora habrán desembarcado todos, si el río no nos complica aun más las cosas.

El cielo rugió, ardió, arrojó más y más agua.

—Necesitamos más espacio aquí, Melk. Que ese cinturón de arqueros avance cien pasos hacia el bosque —ordenó el príncipe.

—Deberá abrirse —repuso el alférez real.

—Que los honderos cubran los huecos.

Sonaron las caracolas transmitiendo las órdenes, pujando con el fragor de los truenos por hacerse oír.

—Pronto se hará de noche, alteza —se quejó Melk—. Con esta lluvia no podremos encender ni una vela.

—¡Mira! —exclamó de pronto el príncipe.

El oficial forzó la vista a través de la espesa cortina de agua.

—¿Nuestros cazadores? —preguntó.

—Son ellos, sí, pero no vienen solos. Diría que se han encontrado con el primer

grupo que enviamos... o al menos con parte de él.

Una veintena de hombres corría hacia la playita desde el bosque, superaba la línea de protección, buscaba al príncipe.

—Que los traigan enseguida, Melk —exigió Brahma.

Sonó la caracola. Los soldados que habían recibido a los exploradores los acompañaron corriendo hasta el puesto de mando. Las aguas caían ahora con menor intensidad y la tormenta empezaba a pasar galopando tremenda hacia el Sur. Todos los hombres estaban en tierra, calados hasta el tuétano, y las naves, varadas ya en la orilla opuesta.

—Príncipe —saludó uno de los cazadores del grupo que llegaba corriendo hasta Brahma—, no nos ha hecho falta penetrar mucho en la selva. A poca distancia de aquí encontramos a algunos de los hombres que enviaste hace tres días. Traen noticias de tus enemigos, los *kurias*.

—Alteza, soy B́arak, tu siervo —se presentó uno de aquellos hombres.

Brahma reconoció al joven beduino; era uno de los mejores exploradores con que contaban sus tropas y sin duda el mayor conocedor de Koría. Un hombre de las desnudas arenas que amaba con pasión el bosque intrincado.

—Lo sé, B́arak, te conozco muy bien. Habla. ¿Qué puedes decirnos de las fieras, de los salvajes?

—De las fieras no hemos hallado rastro, mi señor —respondió el joven de tez morena y ojos halconados—. Pero hay... como un temblor, un estremecimiento en el bosque. Volverán a atacar.

Estoy seguro. Pero, de momento, esperan algo. En cuanto a los *kurias*, alteza, se están desplazando de su territorio hacia el interior. Parece que hacia los Picos Gemelos. Dejé a parte de mis hombres vigilando sus pasos. El resto vinimos hacia aquí, tal como habíamos convenido.

—¿Se desplazan? ¿Por qué se desplazan? ¿Nos evitan? ¿O creen que cuanto más nos internemos en Koría más a su merced nos tendrán? —interrogó el príncipe.

—Señor, no lo creo —respondió B́arak—. Los *kurias* no acostumbran a dar la espalda a un enemigo, ni a permitir que pise sus tierras, las tierras donde tienen sepultados a sus ancestros, donde tienen sus colinas y árboles sagrados. Se sienten seguros en su territorio. No. Algo está pasando. Yo creo que tiene que ver con las fieras. Señor —dijo bajando un poco la voz—, esas fieras... eso no son sólo animales...

—Sí —comentó el príncipe—, lo mismo dijo la reina.

—Cuatro clanes se han aliado, mi señor, y los clanes menores y más pacíficos temen verse empujados por la marea. Los *kurias* y los *hotemotes* eran ya viejos aliados, pero los *kuwsh* odiaban tanto a unos como a otros; y los *ishá*, independientes, evitaban siempre las discordias.

Ahora dicen formar un solo pueblo unido por la sangre. Y, señor, las fieras que atacaron vuestra capital eran precisamente sus cuatro animales sagrados.

—Entonces —repuso el príncipe—, no nos enfrentamos sólo a uno de los clanes, sino a la mitad del bosque. Esto no es una operación de castigo, sino una verdadera guerra.

—Necesitamos refuerzos, señor —intervino Melk rápidamente.

La lluvia empezaba a ceder. Los truenos se hicieron más distantes, más espaciados y los dragones de fuego fucilaron lejos hacia el Sur. Apenas quedaba ya luz de la tarde y los soldados comenzaron a desembalar las grandes antorchas de las lonas de cuero que las habían protegido, a prenderlas.

—Sí, necesitamos refuerzos —convino el príncipe—, pero no quiero sacar más tropas de Eben. Mi madre también las necesita. Necesita fuerza. Después de lo que ha ocurrido, temo desórdenes... desórdenes del pueblo y, sobre todo, de algunos nobles.

—¿La Casa de Olpán? —intervino Ebnemón.

El príncipe asintió con la cabeza.

—Os diré lo que haremos —dijo Brahma contemplando a cada uno de los oficiales que lo acompañaba—: buscaremos aliados entre el resto de los clanes. ¿No los encontró Ilüel, el Caballero del Tercer Anillo, cuando las Órdenes estaban en guerra contra el nuevo imperio?

—Temen, mi señor —intervino Bárak.

—¿Temen? —repuso el príncipe—. Nosotros les daremos seguridad.

—Lo que temen sobre todo, alteza, no es a un enemigo muy superior, sino... Señor, se habla de un brujo. Un brujo que no es como los demás. Un brujo extranjero... Dicen que es un ser de otro mundo, muy poderoso, capaz de unir a clanes enemigos y de hacer que...

Bárak vaciló. No sabía qué expresión utilizar. Temía la risa del príncipe y de cuantos le rodeaban, porque él sabía que lo que tenía que decir podía ser verdad; era acorde con la lógica que imperaba allí, en Koría, el reino de la vida primordial, y por tanto podía ser verdad... o quizás ya lo era.

—¿Y de hacer...? —inquirió Brahma.

—Y de hacer que las mujeres conciban fieras, fieras diabólicas, señor, humanamente diabólicas —se decidió Bárak al fin.

Nadie se sintió movido a reírse, a burlarse. Las miradas que intercambiaron el príncipe, sus oficiales y cazadores eran graves, ominosas. Las palabras de Bárak daban un nuevo sentido a los acontecimientos y también a la aventura que habían emprendido como un mero desfile militar. Su informe era la pieza que faltaba a la historia y encajaba en ella tan perfectamente que no dejaba lugar para dudas. La realidad se había transmutado alrededor de aquellos hombres: el mundo les parecía ahora más grande, más complejo, habitado por innumerables fuerzas desconocidas que escapaban a su control; el bosque era un laberinto; su indefensión, mayor; la obscuridad creciente de la noche, apenas desventrada por los fuegos de los hombres, era una amenaza.

El silencio pasó entre ellos, vivo como un pájaro, denso, dejando huella en sus



corazones.

—¿Qué aconsejas, Bárak? —preguntó el príncipe.

—Alteza —respondió el joven cazador—, ahora sólo podéis hacer dos cosas, acampar aquí esta noche y pedir a las Alturas que iluminen vuestra decisión y vuestra senda.

\*

—No podemos volver a Eben. No ahora. No sin una pequeña victoria, aunque sea, que justifique nuestra expedición.

El príncipe se había reunido en su tienda con su consejo, sus doce oficiales más íntimos a los que, al llamarlos a su círculo en su primer día de gobernante del reino, les había dado el título de *Compañeros del Rey* diciéndoles:

—Os necesito para la obra que voy a emprender.

—Haz de nosotros según tus deseos, señor —habían respondido aquéllos.

El campamento había sido levantado en menos de una hora. La playa había sido abandonada por la crecida del río y las tiendas y barracones, alzados más cerca del bosque de lo que le habría gustado al alférez de la guardia real. Pero ante las noticias de los cazadores, la Puerta de los Sabios parecía haber perdido importancia incluso para el primer oficial Melk. Una empalizada rodeaba el círculo del campamento y arqueros junto a hoplitas formaban una guardia numerosa.

—Señor —replicó Melk—, un retorno ahora no sería deshonroso. Los *kurias* han huido de vos. Nadie puede reprocharos que no atraveséis la jungla entera con un ejército que no está preparado para ello.

La luz de las bujías era cálida, entrañable, las cortinas descorridas de la entrada daban paso al frescor de la noche. La tienda olía a Vântar y llenaba el corazón del príncipe de un tropel de recuerdos. Había debido hacer un esfuerzo para apartarlos, para encerrar a su padre en las celdillas de su memoria y poder concentrarse en la reunión con sus oficiales.

—¡No, Melk! —contradijo Shorudáss, el más joven de aquellos veteranos y alguien que no podía ocultar su pasión por la lucha—. ¿De verdad crees que el pueblo, los nobles, van a detenerse a reflexionar sobre el número de hombres y el equipo de nuestro ejército? Para ellos las cosas son mucho más simples: Enviamos a nuestro príncipe a vengarnos, a castigar a nuestros enemigos... y no ha conseguido hacerlo, eso es lo que dirán. El príncipe Brahma quiere cambios. Nosotros queremos esos cambios. Los nobles también quieren cambios, pero exactamente opuestos a los que quiere el príncipe. Ganará quien tenga más fuerza y lo único que puede romper ahora el equilibrio de poder es la autoridad, el carisma que una victoria otorgaría a nuestro líder. Yo digo que sigamos adelante.

Había hablado con pasión, su rostro moreno se veía acalorado. Era un hombre no muy alto, fuerte, con una hermosa cabellera negra que, como la mayoría de los oficiales, se recortaba siguiendo la moda de la Pentápolis.

—Estoy de acuerdo con Shorudáss —convino escuetamente Ébion, y mirando a

Melk añadió—. Ésta no es una hora para pusilánimes.

Ébion era el más antiguo de todos aquellos oficiales y había sentido una punzada de celos ante el nombramiento de Melk como alférez de la guardia, pero era un gran soldado y un hombre de honor que sabía mandar tanto como obedecer. Aún era fuerte y resistente, pero su cabello era totalmente blanco y esto había sido la causa de su nuevo nombre, Ébion, el Blanco en la lengua del Mar y también en el *ordumia* influido por ella. Ébion se alegró del cambio, pues le horrorizaba su nombre original, el que su madre le había puesto al nacer, inexplicablemente para todo el mundo: Issésseto, un nombre montañés.

Brahmo contempló uno a uno sus oficiales y sus rostros le revelaron que, si estaban de acuerdo con alguien, era con Shorudáss, no con Melk. Melk también lo percibía, dio por perdida la batalla y no insistió.

—De acuerdo, *compañeros* —dijo entonces el príncipe empleando el título que les había dado—. No se me oculta lo que opináis, pero mi última decisión os la comunicaré mañana. La tarea para la que os he reunido junto a mí no acaba en este bosque y, si como pienso es digna de recibir la ayuda de los Cielos, durará lo que duren nuestras vidas e incluso las superará. Buenas noches. Descansad.

Los doce hombres abandonaron la tienda y Brahmo, una vez solo, bebió té caliente del Desierto y se acostó en su sencillo lecho de campaña. Permaneció boca arriba, respirando hondo aquel olor y con los ojos abiertos, fascinado por la danza de las sombras que las velas movidas por la brisa proyectaban en el cielo raso de la tienda. Ahora sí podía atender a su padre, hacerle salir de las celdillas de la memoria y dedicarle unos instantes, unas palabras. Descubrió de pronto que sólo tenía reproches para él.

«Una ruina es lo que has dejado —empezó—. Un castillo de aparente perfección, perfecta simetría que comienza a comprender cuál es la naturaleza de los materiales que lo conforman. Un castillo construido no con piedras sino con dados de juego: cuando sea la hora del rodar de los dados, el castillo se desmoronará. Tu único mérito, padre, ha sido mantener quietos a los jugadores durante tantos años, obligarles a dominar su pasión de jugar. Pero ni siquiera esto ha sido un bien, porque nuevos dados ociosos han ido añadiéndose y añadiéndose al enfermo edificio: ha llegado el momento de sanarlo y ahora el estrépito será grande... grande».

Percibió una ola de desprecio emerger de su vientre y afiebrar todo su cuerpo. Recordó entonces la carta de su hermana, recibida a los pocos días de su partida de Dyesäär, cuando aún estaba vivo el enfrentamiento entre Usha y su padre, y su corazón buscó rápidamente refugio en sus palabras.

*Hay conflictos que no la espada, ni la lucha, ni el insulto, ni la acusación, sino sólo el Amor, pero un Amor verdadero, pueden solucionar. Ahora bien, se da la circunstancia de que aquel al que nos enfrentamos no despierta en ese instante nuestro amor, sino lo peor que hay en nosotros. ¡Tanto mejor!,*

*porque así, para llegar a él, a su corazón, y por tanto al núcleo del problema y de su solución, nos vemos obligados a encontrar en nosotros la fuente del Amor auténtico, ése que es una fuerza viva, independiente del objeto, de sus cualidades y defectos, de sus efectos sobre nosotros, de nuestras preferencias y sentimientos superficiales, un Poder existente en sí al que se accede por el reconocimiento de la íntima comunión de todo lo creado.*

*De esta forma se establece la paradoja de que el oponente, aun odiado, se revela nuestro iniciador en los misterios más recónditos del Amor. Así nos trascendemos, superamos esa vana dualidad de querer y rechazos y nos volvemos menos animalmente humanos, más humanamente divinos...*

Las palabras de Usha fueron un bálsamo, un arrullo, y Brahma cerró los ojos, vio el rostro de su hermana, percibió el ritmo sereno de su corazón en la distancia, quiso abrazarla, decirle lo mucho que amaba a aquella nueva Usha, lo mucho que la necesitaba a su lado. Empezó a deslizarse hacia el sueño como a través de unas aguas crepusculares, a las que contempló fascinado pero que olvidaría. Sus honduras lo convocaban. Un reposo oscuro y sin sueños en el fondo de su ser... hasta que nuevamente un deber, un gallo, el rocío, una mañana...

—Señor, señor, ¡señor!

Brahma descubrió de pronto que estaba siendo zarandeado. Abrió unos ojos sumergidos aún en la profundidad del sueño, incapaces de distinguir las formas. Por la voz insistente y temerosa, reconoció a su alferez y se obligó a despertar.

—¿Qué ocurre, Melk? ¿Ya es de día?

—Por lo que más queráis, alteza —dijo el hombre trágicamente—, armaos y venid a ver.

—¿Qué ocurre? —repitió el príncipe.

—Decídmelo vos, señor. Yo no lo sé.

Brahma se había acostado vestido, con Mrīyantara a su lado. Ahora se puso el peto y el casco de cuero, se ajustó el cinturón del que pendía la vaina de su espada y también una daga corta. Melk lo esperaba ya en la abertura de la tienda mirando al exterior como un poseso.

Brahma, cuando emergió a la noche, se dio cuenta de que ni la peor de sus imaginaciones habría podido ofrecerle una representación semejante a lo que le mostraban sus ojos.

La empalizada estaba derribada en varios puntos. Algunas tiendas y barracones ardían.

Hombres corrían sin rumbo, otros se arrojaban al río o buscaban con acero sus propias entrañas.

No había asomo de guardia por ninguna parte. Se diría que aquéllos eran los restos de un campamento atacado y vencido y arrasado, pero ¿dónde estaba el enemigo?

Brahmo estaba mudo por el asombro. Era incapaz de decir, de hacer, de dar una orden. Y ¿a quién la daría? ¡Melk! Melk estaba a su lado, era el único que no había enloquecido. Tampoco los animales habían enloquecido. Brahmo descubrió el grupo de treinta caballos hacia el Norte del campamento, paciendo serenamente del heno esparcido en el suelo y mirando entre confusos y divertidos a los hombres absurdos. La noche era clara ahora y una luna casi llena colmaba el cielo de su luz delegada.

El príncipe quiso preguntar algo («¿Cuándo...?». «¿Cómo...?». «¿Qué...?») pero las palabras no llegaban a formarse en su boca, el pensamiento moría apenas intentaba aprehender la realidad.

—La Puerta de los Sabios... —oyó o pensó entonces el príncipe.

Miró a Melk, pero Melk estaba callado, su mente y su mirada atrapadas en aquella nueva locura infernal.

No podía ser otra cosa, se dijo. Sí, la Puerta de los Sabios. Y por un instante temió mirar al Guardián, imponente en su silencio a trescientos pasos de la tienda del príncipe. Al igual que había hecho en el barco, Brahmo alzó su vista lentamente hasta él. Sus ojos acariciaron la tierra, la empalizada caída, el verde del umbral del bosque que la noche ennegrecía. Fue como abandonar un mundo para entrar en otro, enfocar una nueva curva de percepciones e irrumpir en otra dimensión de la realidad. Los muertos, el fuego, el caos, los gritos quedaron atrás. El coloso, azulado bajo la luna, lo llamaba a sus pies y el príncipe, aferrando del brazo a Melk, fluía hacia allí sobre el lecho de lo imposible. Y allí estuvo, minúsculo junto a la piedra viva inmensa, sintiendo próxima su alma tremenda y percibiendo el Poder que el ídolo canalizaba. Sus ojos cerrados lo encaraban, lo miraban, lo veían, penetraban en él hasta rincones ocultos para el mismo Brahmo; y aquella inmovilidad suya era el cuerpo misterioso de un ritmo, de una dinámica inconcebible.

Al contemplarlo, Brahmo creía comprender por fin el sentido profundo de las palabras de Aurossio a Dama Alayr. El coloso bifronte era la unión del titán y el dios, pero era aun más, era su fusión perfecta: un dios titánico o un titán divino que, ciego y despierto, ecuánime y rebelde, miraba a un Tiempo nuevo que no era ni el atrás ni el adelante, ni el presente ni el pasado, sino el Gran Destino, labrado por la Mano Suprema en la Materia de la Eternidad.

Y de pronto, una pregunta, una sola. Brahmo no sabría nunca si había llegado hasta sus oídos a través de la noche, o a su mente a través del éter silencioso. Una pregunta y Brahmo supo que debía contestarla, que de su respuesta dependía su vida y la de sus hombres... pues El-Daltu se sentía desafiado.

*¿Cuál es la causa de su locura?*

Pero Brahmo sabía también que su razón no tenía la respuesta y que, aunque hubiese navegado mil años por los vastos espacios de la mente uniendo uno a uno todos los fragmentos de la realidad en que aquélla recorta este mundo innumerable, no habría hallado la respuesta.

Durante un instante se sintió desnudo, desvalido, vacío. Después su desesperación

interior gritó preguntando si en el universo que es un hombre, había algo, alguien, que tuviera la respuesta... alma, espíritu, genio, dios, don del Supremo o gracia de la Madre de los Mundos.

*¿Cuál es la causa de su locura?*

Y el precio de callar era enloquecer también.

Brahmo contempló al titán y no vio más que silencio y locura. Y cuando ya estaba resignado a caer a un abismo de alucinaciones y obscuridades, su hondo pecho se abrió y su alma desconocida puso en su boca la respuesta.

—Te han mirado y han visto su ignorancia esencial, su tenaz desconocerse. Y han visto también que todos los minutos de sus vidas, todos sus gestos, sus palabras, sus acciones no han servido más que para huir de sí, ignorar que se ignoran. Te han mirado y han comprendido la distancia que los separa de su verdad profunda. Oh Guardián, te han contemplado y han descubierto que no son sino máscara y títere de un Sí Mismo oculto e ignorado.

Brahmo no conoció ni comprendió sus palabras hasta que las hubo dicho todas. A sus espaldas se había hecho el silencio, pero el mundo que había abandonado para acudir a los pies del coloso estaba presente otra vez. Vivo. Miró a su derecha. A su lado estaba todavía su alférez.

Nadó en los ojos de Melk. Le parecieron los ojos de un sabio, como cuando aquella misma mañana el veterano le mostrara su humildad. Había contemplado de frente la raíz de su ignorancia y no había perdido la razón... quizás porque su raíz penetraba hondo, hondo en su ser, alcanzando ese Fundamento que la transmuta en una callada, mas luminosa, posesión de sí. Se volvió hacia atrás, lentamente. El pandemonium había cesado. Sus hombres despertaban confusos de un sueño que ocultaba la mano negra del olvido; de su demencia despertaban y, a su alrededor, la devastación incomprensible.

Pero otros no despertarían nunca ya. Brahmo había perdido casi la mitad de su ejército.



## XV

Y allí estaba, la espada a sus pies; a sus pies la cabeza de quien fuera su enemigo en otro tiempo, mucho tiempo atrás, antes del sueño de Sarpa, de este sueño incomprensible, y ya una vez hincara su rodilla ante él, ante el rey de la Montaña Negra... Una cabeza unida aún estúpidamente al tronco del hombre dormido. Pero a cada instante que pasaba, con cada ola creciente del furor de Sarpa, a cada pulgada que su mano descendía hacia la empuñadura del arma, el vínculo que unía cabeza y cuerpo se hacía más y más frágil, y pronto no quedaría más que la finura de un hilo de seda, último filamento de una vida.

Sarpa aferró a Ida y la alzó.

Pero Ida le abrasó la mano, los rubíes brillaron como soles en la empuñadura, el metal se volvió incandescente, la espada se hizo fuego y todo el poder del *Rishi Negro* no sirvió para dominar el dolor, el acero. Sarpa gritó, himpó, y su grito desgarrado y blasfemo profanó la caverna, despertó al hombre que aún yacía sobre la amplitud de la manta en sueños.

—¡Yummüel! —gritó Sarpa al ver abiertos los ojos de su enemigo—. ¡Basta de engaños, estoy aquí otra vez!

Yummüel se puso en pie de un salto, observó a Mayúr, vio el collar de perlas negras que adornó un día el cuello de Sarpa, el Rey Negro, hasta que Dama Alayr devolvió el Electo de Maurehed a su alma y su verdad. Ahora Sarpa retornaba, acaso inevitablemente con el retornar de Mayúr. La serpiente volvía a encaramarse al pavo real y lo estrangulaba. Y contra aquella serpiente sólo había una forma de luchar para no matar también al ave. Respiró hondo y destensó todos sus miembros, infundió más y más consciencia en cada uno de sus músculos, sus nervios, y sintió corrientes de energía descendiendo a través del vértice de su cabeza, emergiendo de la hondura sutil de su pecho, irradiando hasta sus últimas células, inundando todas sus fibras, todas sus terminaciones nerviosas. Centró su ser en el cuerpo y dejó a su mente planear... un ave inmaculada trazando en el vacío ilimitados círculos.

La mirada de Sarpa había descubierto en el suelo la espada de Yummüel, la *Gnóstica*, que un día lo amenazó, y en vano.

—Tómala si quieres, Sarpa —oyó la voz de su enemigo—, y acaba de abrasarte las manos. ¿O piensas que la Espada del Cuarto Anillo se sometería a ti más que una de las *Señoras*?

Sarpa alzó sus ojos vidriosos, su mirada fanática y enloquecida.

—¡Para acabarte me bastan las manos!

De un salto, Sarpa alcanzó a Yummüel y lo golpeó brutalmente en el vientre y la cabeza.

Del cuerpo frágil de Inca había surgido el cuerpo ágil y fibrado, resistente, de Mayúr; y el cuerpo de Mayúr se mostraba ahora capaz de responder a la fuerza del titán que sin saberlo amansionaba. Levantó al Caballero del Cuarto Anillo, más alto y más robusto que él, y lo arrojó a veinte pasos contra la pared rocosa de la caverna.

*El arma de Saturno es el cuerpo* —recordó el cuerpo de Yummüel evocando los primeros sutras del Séptimo Anillo, el Anillo del Guerrero—. *Y entre todos los cuerpos los de los héroes son Señores.*

*La forma del cuerpo que no es manifestación del Espíritu está condenada a desaparecer. Por eso los sabios se ríen del que poseyendo grandes músculos tiene la mente pequeña, voluntad menor y es ciego a su propia alma. En verdad es ése grotesco como el pordiosero que se disfraza de rey.*

*El arma de Saturno es la única que puede vencer a la Muerte.*

Pero Sarpa ya estaba sobre él otra vez. Golpeó su vientre, su pecho dos, tres, seis, diez veces, llevando su odio y su violencia al frenesí y, cuando el cuerpo de su enemigo se dobló, alzó los brazos, entrelazó los dedos de sus manos y formando una maza con sus miembros la descargó sobre la cabeza de Yummüel. Caído éste, pateó su cuerpo y se detuvo jadeante, loco de furor, dispuesto a darle con un último golpe atroz la muerte.

*El arma de Saturno es el cuerpo y el cuerpo nace de Luz...*

Yummüel estaba ahora boca abajo, rozaban sus labios la piedra irradiante del suelo. Se habría dicho que estaba muerto, roto por dentro, humillada su persona hasta la raíz de su ser. Sus labios besaban la piedra desnuda del suelo y ni un hilillo de sangre dejaban deslizarse por ella.

*Mediante el uso del poder de Saturno, el guerrero resiste todas las penalidades y espera el momento de su plena expansión.*

Sarpa alzó el brazo, estiró los dedos de la mano y la tensó, hizo de su carne viva una inflexible espada. Se arrodilló junto al cuerpo exangüe de su rival y amenazó su cuello. Este acero que él manejaba ahora, este acero en que se había convertido no le abrasaría las manos.

*Por el poder de Saturno, el guerrero soporta todos los ataques del enemigo hasta que desfallecen sus fuerzas. Entonces lo levanta y entrega el enemigo al oponente para que comprenda.*

Sentía poder en su mano. La dureza del diamante, la brutalidad de la maza, el filoso arañar y hender de la daga, el golpe irresistible del alud eran la misma textura de sus nervios.

«Un poder más allá de todo control humano... por fuerza ha de acabar por quebrantar al que lo invoca», pensó en el interior de Sarpa una voz desconocida, tan infinitamente extraña a su naturaleza... «Un poder útil sólo para la devastación»,

concluyó otra.

Sarpa odió aquellas voces con un rugido. ¿Qué semilla habían implantado en él mientras él desexistía en la prisión de un sueño semejante a la nada? Sarpa aulló y temió. Pero por el odio que daba vigor y pasión a su sangre, por el sacrificio atroz de su enemigo, Sarpa se ganaría el derecho a ver extirpadas de sí semejantes voces y pensamientos. No quebraría su cuello con el canto de su mano; alzaría a su rival y con la tensión de sus dedos entraría de un golpe a través de sus costillas hasta el corazón, y lo arrancaría vivo, y palpitante aún lo mordería, lo aplastaría hasta que no quedase de él sino un coágulo informe y el hombre que lo alojó se perdiese en el fosal del Tiempo sin el ritmo interior que acompasó su vida al avance de los minutos y los días y los años.

Con su mano derecha aferró la nuca de su enemigo y lo levantó. Evitó sus ojos y eludió reconocerse que los evitaba. Tensó los dedos, la mano, el brazo y amenazó el pecho de Yummüel. Los músculos de su antebrazo eran aristas de aguamarina tallada bajo el embrujo de la luz azul. Pero ahora Sarpa oyó un trueno creciente avanzar por una de las galerías de la caverna hacia la sala iluminada y el eco inundaba el vientre de la tierra de un verbo de potencia. Los dos caballos aparecieron al galope, príncipes de la ira, dispuestos a proteger a un solo amo: el que bebía los golpes y dejaba al destino, que todo lo equilibra y toda deuda paga, la respuesta. Sarpa los había olvidado. Ahora pensó en protegerse con el cuerpo de su víctima de los golpes de los brutos, pero éstos se detuvieron mansos al alcanzar a los combatientes, como si respondiesen a una orden secreta, a una inaudible petición de confianza. Sarpa, oficiante, podría culminar su rito de aniquilación.

Y entonces no supo cómo ocurrió. Sus pupilas le traicionaron, como halcones garceros arrojados por un guante ávido que descubren de pronto una presa más atrayente que el ave junto al pequeño lago: la libre inmensidad del cielo. Sus pupilas le traicionaron y Sarpa contempló, por un instante, los ojos abiertos de Yummüel.

*Cuando todos los enemigos han desfallecido ante la Resistencia Plena, ¿qué obstáculo hallaría la Expansión de la Potencialidad? Por eso a la Potencialidad que llega después de la Resistencia Plena se le llama Potencialidad Absoluta.*

Supo entonces por qué los había evitado. No había dolor en aquellos ojos, no había resignación; aquellos ojos no imploraban, no maldecían, no odiaban ni sufrían; no eran los ojos de una víctima, sino de un vencedor. Había poder allí, un poder capaz de soportarlo todo para ganarlo y transformarlo todo. Y comprendió. Comprendió que se le había permitido golpear como a un niño, aullar como a un niño, patalear como a un niño... y que todo el alud de su odio y la llama de su furor no habían conseguido ni rozar la piel de aquel que parecía un blando pelele en su mano a la espera del golpe mortal. No. Había poder en aquellos ojos. Esos ojos eran pozos llenos de una riqueza incalculable, inmortal: la riqueza de la plena autoposesión.

Porque había percibido su propia impotencia, Sarpa se sometió al Poder que, inactivo, lo desarmaba. Soltó al hombre, hincó la rodilla y, como en un sueño, vio



volar frente a él una serpiente emplumada.

«Mira —se pensó en su interior—, la serpiente y el pavo real al fin son uno».

Mayúr se levantó del poso oculto de las cosas despreciadas. Abrazó a Inca, abrazó a Sarpa. El guerrero de la rodilla hincada abrió los ojos. Profundos, sonreían como si la eternidad formase parte para siempre de la luz de su mirada. Ahora, el resto de su rostro debía llegar también a esta sonrisa.

—¿Por qué ha sido necesario esto todavía? —preguntó Mayúr—. Sarpa ya yació muerto un día a mis pies.

Yummüel respiró hondamente, su cuerpo resplandeció; parecía ahora más robusto, más potente y definido, más compacto, como si los golpes de su rival hubieran servido sólo para templarle, alimentarle.

—Como en un sueño, también yo he visto volar la serpiente emplumada, Mayúr. De Sarpa debías recibir aún un don. El dios ha heredado el titán.

Y Mayúr, volviendo la vista atrás y contemplando en rápida sucesión los rostros de Inca, de Sarpa, de Mayúr, acaso de muchos otros para los que todavía no tenía un nombre, preguntó aún:

—¿Cuántos rostros puede llegar a ser un hombre?

—Un hombre, Mayúr, es todos los hombres —respondió el Caballero del Cuarto Anillo.

—Entonces, oh sabio iniciador que me guías por el laberinto especular de las transformaciones, dime: ¿en qué consiste la individualidad?

Yummüel sonrió y pensó: «Sí, esta pregunta del eventual discípulo iluminará también a este maestro accidental». Y volviendo su corazón hacia sus propias honduras repitió la pregunta para sí y permitió a su mente callar hasta que oyó responder a su propia voz:

—La individualidad, oh tú que te miras en el espejo de las formas, no es sino un modo propio y peculiar de ser todos los hombres.



## XVI

El humo de las piras saludó el gris amanecer. Más de cuatrocientos hombres cabalgaban como ingrátida ceniza las espirales de aquel humo negro. El aire se llenaba del olor doliente de las cosas acabadas. La blanca arena de la playa tiznaban los pasos del heraldo invisible de la Muerte. El Deva, manso hoy y contemplativo, descendía hacia Eben, hacia los rápidos, hacia Dyesäar y el océano sin límites... ese viaje que nunca empieza, que nunca termina, del río en eterna renovación y transformación de sí mismo.

Silenciosamente unido al resto de sus hombres, Brahma contempló a los muertos liberarse de su carne y meditó en el partir de las almas por los caminos clarividentes del fuego hacia su lugar de reposo. Se alegró de que no hubiese sacerdotes con sus tropas, a pesar del antiguo decreto del rey Vântar que obligaba a todos los jefes a portar servicio religioso en cualquier expedición. Qué mejor ceremonia, qué rito más respetuoso para el que parte, que el silencio contemplativo y pacífico de los que permanecen. Unos se elevan en el carro de las llamas, otros quedan en la cárcel terrestre; el adiós que los une y los separa no es más que el anuncio de un reencuentro. La Ruta es una para todos; también la Meta. Aunque ahora unos caminen mientras otros descansan y esperan.

La carne y la madera devoraron las llamas mientras el sol emergía, presentido pero invisible tras un muro gris de nubes. Luego las llamas se devoraron a sí mismas y dejaron sólo ascuas sobre la arena sucia y fría. Aún pasaron el príncipe y sus hombres mucho rato quietos, callados, y el mundo a su alrededor respetó su ausencia.

Pero cuando Brahma abrió los ojos, halló el rostro de Melk a su lado.

«¿Quién es este hombre? —se preguntó—. Melk. Pero ¿quién es Melk y por qué lo llamé así el día en que creí reconocerlo, uno de los veteranos de la guardia de mi padre? Melk. Pero yo no había oído nunca este nombre, ¿por qué lo pronuncié? Y, sobre todo, ¿por qué lo pronuncié tan convencido, como si el hombre y el nombre me fuesen conocidos desde siempre? Y no lo eran. Melk. ¿Qué esconde tras esa aparente prudencia, casi se diría pusilanimidad, cobardía? Pues ahora, Melk, ya no se me esconde que todo eso es fingido. No en vano has resistido al Guardián».

Como si intuyese órdenes no expresadas, Melk hizo formar a todos los hombres en espera de las palabras del príncipe y retornó al lado de su capitán.

—Señor —dijo entonces—, vuestras tropas aguardan vuestra voluntad.

«Estos ojos —pensó Brahma mirando a su alférez—, ¿dónde he visto yo antes

estos ojos?».

Melk era algo más bajo que el príncipe, de cabello intensamente negro con algunos mechones blancos, tez morena y miembros robustos, un rostro de líneas rectas y el dibujo de su boca, grave. Indefinida, su edad podía ser cualquiera entre los treinta y los cincuenta años.

—Gracias, alférez —respondió Brahmo, y evitó el nombre, porque ¿qué decía aquel nombre o a quién pertenecía en realidad?

Brahmo contempló sus huestes. Qué rostros tan diferentes podía ver hoy en sus hombres.

Algunos estaban heridos, otros desgarrados por dentro, sus ropas sucias. De las armas impolutas y resplandecientes con las que ayer desembarcaron, las había melladas, quebradas, dañadas, y Brahmo lo sabía aunque la vergüenza las ocultase. Pero nada de esto era importante. Los rostros de aquellos hombres eran los de los grandes veteranos, aquellos que han librado, no muchas batallas, sino la batalla que justifica toda una vida. Habían contemplado sus honduras y enloquecido, pero se habían dejado salvar de la locura y esto suponía un compromiso tan inexorable como el de vender el alma a un ángel: habían comprado su vida y su cordura a cambio de no huir más de sí mismos, de no ignorarse más... Una forma de atarse para siempre a ese Habitante Oculto, desconocido. Quinientos de estos hombres valían más que cinco mil de los que había traído el día anterior a esta playa. Sus tropas no se habían demediado, se habían multiplicado por cinco. Pero ¿cuántos de estos hombres lo seguirían ahora?

—No os ocultaré nada —comenzó el príncipe con voz potente—. Vinimos para enfrentarnos a uno solo de los clanes de Koría; tenemos como enemigos a la mitad del bosque. Debíamos recorrer unas cuarenta millas hasta su territorio; quizás debamos penetrar más de cien en la selva antes de merecer la batalla. Éramos más de un millar; sabéis perfectamente cuántos quedamos.

Antes de encontrar al enemigo, quizás otros peligros nos asolen aún: las ciénagas, las fieras, las brujas *kurias*... Así que es posible que ni siquiera cinco centenares lleguemos a la lucha que hemos venido a buscar, sino sólo la mitad o la mitad de la mitad de la mitad. Yo voy a seguir adelante, aunque sea en solitario. Pero os doy entera libertad para continuar o para retornar a Eben. Y os la doy con sinceridad porque comprendo, ¡escuchadme!, comprendo, que humanamente esto es una locura. Os preguntaréis por qué vuestro príncipe se ha obstinado en llevar adelante tal locura, pues a ninguno se os esconde que nos acosan diversos peligros, dentro y fuera de la capital, y quizás pensáis que el bosque es, al fin y al cabo, el menos urgente de todos ellos. Os voy a dar mi respuesta. La respuesta que a mí me basta y satisface. Pero comprenderé que no la entendáis y la rechacéis. Ésta es mi respuesta: porque humanamente esta empresa es una locura, divinamente debe hacerse. Todas las batallas que nos esperan se resumen en una sola. Y es ésta. La batalla de nuestra iniciación. De esta aventura, compañeros de armas, sólo podemos surgir fortalecidos.

Y os diré el pensamiento que ha venido hasta mí al contemplar hace un instante vuestros rostros. Me he dicho: ayer éramos mil, hoy somos cinco millares.

Ahora me alejaré de aquí durante media hora. Cuando retorne quiero formados sólo a los hombres que estén dispuestos a seguirme.

Brahmo se volvió apartando la vista rápidamente de todos aquellos hombres y se alejó hacia el bosque sin mirar atrás. No quería ni pensar quién le seguiría, quién le abandonaría.

Había hablado sinceramente, con el corazón en la mano, y sabía que no podía imponer a nadie por la fuerza el alto Ideal que, aún impreciso, aún no perfectamente definido, formulado, sentía nacer en sí. ¿Dyesäär? Oh, sin duda. La honda huella que había dejado en él el viaje al Sur era la responsable de los cambios interiores, cada vez más precipitados y radicales, que experimentaba.

No habría podido hablar a sus hombres de aquel modo, si algo del aire del reino de Mándos no hubiese inflamado aún sus pulmones y dado alas a su voz.

Brahmo alcanzó la Puerta de los Sabios, rodeó el arco y se sentó a los pies del coloso que mira al bosque con los ojos abiertos. No quería de ningún modo volverse hacia la playa y descubrir allí el más leve indicio de movimiento. Acaso las barcazas habrían sido llamadas ya.

Acaso todos, incluso los *compañeros del rey*, murmuraban que el príncipe estaba loco y se disponían a partir. De pronto sentía una aplastante inercia, allí, a los pies del Guardián; y la selva, inextricable frente a él, junto a él, a su alrededor, le parecía infinita... una tumba infinita.

Su corazón voló lejos, junto a su hermana en el Sur. Nunca había pensado que sentiría tanta nostalgia por ella, que la necesitaría tanto, que la admiraba tanto, que la amaba tanto, como cualquier hombre a cualquier mujer. Y sacando de su garniel tinta, pluma y pergamino, escribió apoyándose en sus rodillas:

*A la Dama de la Aurora, salve:*

*Hermana amadísima, he descubierto que me acosan tres locuras: hacer de mí un héroe semejante a los de antaño, hacer de Eben un reino semejante a Dyesäär y unirme a todos aquellos que luchan preparando el retorno del Viejo Imperio. La primera y la tercera no me han sido nunca totalmente extrañas, pero la segunda es tanto como querer destruir la obra de nuestro padre. Creía que no podría hacerlo sin ganar antes la autoridad y legitimidad necesarias ante mis gentes. Ahora sé que es otra cosa lo que debo conquistar: el contacto diáfano y permanente con el centro verdadero de mi ser, pues ése es el fulcro firme, inmóvil, omnipotente, que hace a la palanca apoyada en él una herramienta capaz de mover todas las cosas del mundo. Estoy en el umbral del viaje interior hacia ese Centro... o hacia la muerte.*

*Dentro de unas horas daré un paso y ya no volveré a ser el mismo. Si yo*

*fallara, volved a Eben, tú y Pradib, y realizad todo aquello que es preciso. Sea cual sea la cantidad de sangre vertida, reinad en nuestra capital. Esta carta es mi testamento. Te amo como nunca te he amado. Sé feliz con el hombre que ha puesto a tu lado el Destino, mejor que cualquier otro.*

*Brahmo, Patio de Armas, dieciocho de Agosto, año 56.*

Sopló sobre la tinta, dobló el pergamino y lo guardó. Era casi hora de volver. Se levantó y contempló el rostro del coloso, nadó en sus ojos de esfinge buscando un indicio del porvenir.

Aquellos ojos... ¿Dónde había visto aquellos ojos y por qué su mirada terrible le parecía tan familiar? Pero era hora de volver y Brahmo decidió hacerlo con la vista baja, sin contemplar la playa desde lejos. Caminó hacia allí como en un sueño y sus ojos surcaban la tierra obstinados en no saber. La tierra rojiza de Sus, la franja entre el bosque y el río, substituyó a la tierra parda del umbral de Koría y murió en la blanca arena tiznada. Brahmo alzó la cabeza. Allí estaban los doce *compañeros* con el alférez real al frente y todas sus tropas formadas tras ellos. Flameaba el estandarte. Tronaron las caracolas y los cuernos de los cazadores del rey para recibir al príncipe.

—Señor —clamó la voz potente de Ébion, el mayor de los veteranos, sobreponiéndose al estruendo de las huestes—, dijisteis que la Puerta de los Sabios es el umbral de la victoria. Para todos nosotros. Que vencer es vencerse. Pues bien, todos esperamos que nos conduzcáis hacia esa divina locura que vos vislumbráis. Llevadnos a través de vuestro arco de triunfo.

Un escalofrío sobrecogió al príncipe y permaneció inmóvil unos instantes preguntándose si era digno siquiera de aquellos hombres. Los miró uno a uno y, al final, reposó su mirar en las pupilas de su alférez.

«¡Cielos y Abismos!» —se dijo.

Acababa de descubrir dónde había visto aquellos ojos hondos, terribles.

\*

No habían perdido mucho tiempo antes de partir. Todo lo imprescindible fue cargado; todo lo innecesario, abandonado. Brahmo entregó la carta en un sobre lacrado a su primer oficial para que éste la pusiese en manos de uno de los pilotos de las lanchas de apoyo. La lancha navegaría inmediatamente Deva abajo, hacia Ishkáin, y la llevaría a los correos del rey, que enviarían sin demora un estafeta a Dyesäär. Después los hombres del príncipe formaron tres columnas a cuya cabeza marcharon los cazadores reales, sobre los que recaía todo el peso y la responsabilidad del avance del ejército a través de la jungla. También los flancos quedaron protegidos por invisibles exploradores, y la guardia real y la infantería pesada se resignaron a perder de momento su protagonismo tradicional. Arqueros cerraban la marcha y la caballería, inútil en la espesura, fue definitivamente descartada. Los cazadores aconsejaron al príncipe y a sus oficiales que los infantes abandonaran parte de su

equipo y de su armadura porque el avance sería duro y caluroso, y debía hacerse con rapidez y sigilo, y si las necesidades del camino les obligaban a cruzar las ciénagas, los hombres vestidos de hierro acaso nunca llegaran a salir del lodo. Les pareció bien el consejo a Brahma y a los *compañeros*, y los infantes marcharon armados con sus cotas de malla, sus altos paveses y largas lanzas, sus yelmos y anchas espadas, pero se despojaron de las hojas pesadas de sus armaduras.

Hacia el mediodía cruzaban el Lula-Bet, que los eterios llamaron Dàuhita y los silvanos llamaban Tán-paní, un riachuelo de aguas frías y precipitadas que nacía en los manantiales de los Picos Gemelos y tributaba sus aguas al Deva. La margen septentrional ofrecía de momento senderos más transitables y seguros, pero la meridional no fue abandonada del todo y algunos grupos de exploradores marcharon por ella protegiendo el flanco izquierdo del pequeño ejército.

Las tres columnas avanzaron siguiendo líneas paralelas, escudándose mutuamente, a veces próximas unas a otras, a veces invisibles unas para otras tras espesos muros de árboles, arbustos, helechos. Los hombres caminaban con ligereza, el tiempo era benigno y el tórrido calor veraniego quedaba apaciguado por la ausencia de sol en el cielo, una brisa suave que soplaba desde los humedales algo más al Norte y la propia frescura de la floresta. En ocasiones, llegaba la orden de detenerse desde las cabezas de las columnas; los soldados permanecían quietos, expectantes, tan dispuestos para seguir la marcha al instante siguiente como para combatir. Oían o veían o intuían movimiento en la vanguardia. Los cazadores iban y venían, examinaban rastros, escuchaban con el oído pegado al misterioso tambor de la tierra posibles pasos, lejanos o próximos. Aquel día comieron poco y lo hicieron sin detenerse. Desde la partida por la mañana hasta las cinco de la tarde no se permitió un descanso. Entonces, después de siete horas de marcha, junto al riachuelo en un paraje fácil de proteger, fue concedida una hora de reposo mientras Bárak y su grupo de cazadores buscaban nuevos rastros. Muchos metieron sus pies en las aguas frescas y al liberar sus sentidos de las exigencias de la caminata, percibieron por primera vez cómo grillaba el bosque, cómo gorjeaban las copas de los árboles, cómo croaban las charcas cercanas al río, como rugía o aullaba la espesura y cómo gruía el cielo, visible apenas, surcado por impávidas garzas blancas.

A las seis continuaban ya el avance. Los cazadores tenían prisa y forzaban la marcha tratando de alcanzar antes de que oscureciese un cerro despejado que no resultaría difícil defender durante la noche. Pero el bosque se cerraba más y más hacia el interior, se colmaba de arbustos espinosos, altos y amenazantes, de vida arisca e inmemorial, y sus senderos se hacían más y más angostos hasta desaparecer al pie de verdes murallas impenetrables. Amplios rodeos se hicieron necesarios y el cerro anhelado como refugio nocturno fue poco a poco convirtiéndose en una distante imposibilidad. Los cazadores se decidieron entonces por un calvijar alejado del Lula-Bet hacia el Norte, que también les ofrecía confianza, pero de pronto llegó desde la vanguardia una orden brusca de detenerse.

—¡Alteza! —Bárak llegó corriendo y con el rostro gris hasta la cabeza de la columna central, buscando al príncipe.

Brahmo avanzaba mecánicamente, dejando a sus pies la tarea de hallar el agotador sendero abierto por sus cazadores, el cuerpo exhausto como cualquier soldado, pero con el rostro encendido y la llama de una voluntad inextinguible en la mirada. Al ver a Bárak dio un alto repentino.

—Alteza, acompañadme, os lo ruego —pidió Bárak sin detenerse apenas un instante.

Brahmo cruzó una mirada de preocupación con su alférez.

—Sígueme, Melk —ordenó.

Ambos corrieron tras el cazador, saltaron por encima de troncos caídos como lebreles ávidos tras su presa, penetraron en el bosque, hacia el Oeste, y luego se desviaron hacia el riachuelo en el Sur. Al cabo de diez minutos de carrera, cesaron de improvisar bajo un árbol de tronco ancho y gris, como la roca. Otros cuatro cazadores había allí y miraban hacia la copa del árbol. No había miedo en sus rostros, pero sí la estela de un furor. Brahmo presintió lo que iba a ver antes de alzar él también la mirada. De la poderosa horcadura pendía el cuerpo desollado de un hombre, le había sido cortada la cabeza y en su lugar implantada la de un lobo. La imagen era tan desgarrada que parecía como si en el cuerpo muerto gusanease aún vivo el dolor, un dolor que se contagiaba de inmediato a los ojos, a los miembros de quien lo contemplaba.

—Así que esto también es posible... —musitó Brahmo.

—Uno de nuestros cazadores —afirmó Bárak con voz lúgubre—, de los que envié a seguir a los *kurias*.

—¿Sabes quién es?, ¿lo has reconocido? —inquirió el príncipe.

—No, alteza, pero las brujas *kurias* acostumbran a enterrar la cabeza de sus víctimas al pie del árbol, cuando realizan este tipo de sacrificios.

—¡Desentiérrala! ¡Bajad el cuerpo y cavad un hoyo para él! —ordenó el príncipe, y estuvo a punto de volverse para no ver más pero se obligó a soportar la escena.

Al cabo de unos instantes, Bárak se acercó a él y musitó un nombre que Brahmo no reconocería ni recordaría, un nombre incapaz de devolver al extinguido la identidad que la muerte le arrebató.

—Quiero verla —fue su respuesta.

Siguió a Bárak y se arrodilló al pie del árbol. La cabeza estaba en el suelo, los ojos cerrados, la tez blanca y en su boca una mueca inefable: a la cabeza no le hacía falta hablar, como en algunas fábulas, para narrar sus experiencias; todo estaba impreso en el contorno atroz de aquellos labios.

—Así que esto también es posible... —volvió a musitar Brahmo.

—Las brujas *kurias*, señor —susurró Bárak junto a él—. Sacrifican a estos árboles toda la semana que precede a la luna llena. Creen que les da poder, fertilidad sin concurso de varón, magia. Los llaman Ú-pa. Sus frutos envenenan... o dan

visiones.

—¿No estamos lejos aún del territorio *kuria*?

—A unas quince millas, alteza —respondió Bárak—. Pero las brujas no reconocen ningún límite de territorio. Allí donde haya uno de estos árboles, consideran el lugar como propio. Por eso el resto de las tribus odian a los Ú-pa y los extirpan de sus tierras. Y, además, en las noches de luna llena, las brujas recorren grandes distancias con sus saltos y no hay paraje del bosque que quede a salvo de su frenesí.

El príncipe guardó silencio. Era incapaz de apartar su mirada de la cabeza inánime.

—¿Cómo podemos proteger a nuestros hombres de esas bestias inhumanas? —preguntó.

—Alteza —respondió Bárak envolviendo la cabeza con un paño y entregándosela a uno de los cazadores que estaban dando sepultura al sacrificado—, las brujas *kurias* no acostumbran a atacar grandes concentraciones de hombres. Mañana este peligro, al menos, habrá pasado. No os preocupéis.

—¿Y si lo hicieran, Bárak? ¿Y si lo hicieran por primera vez?

El joven cazador dudó un instante antes de responder.

—Señor —dijo entonces—, si lo hicieran, no conozco nada en este mundo que pudiese protegernos. Sólo la voluntad de los Cielos... O la benevolencia de los dioses, si existen y se permiten mirar hacia abajo alguna vez.

Una vez enterrado el cuerpo, el príncipe y Melk retornaron apresuradamente a su columna. Se había perdido una hora de marcha y habría que forzar el avance hasta el límite para llegar al claro aconsejado por los cazadores antes de que se cerrase la noche. La luz declinaba ya y parte del camino deberían hacerlo en la obscuridad del ocaso, alumbrados quizás por la ominosa luna de Koría. Los hombres estaban cansados de esperar, de aquella ausencia de noticias; algunos de ellos, irritados incluso. El príncipe les prometió explicarles todo en cuanto hubiesen llegado al lugar de su refugio nocturno. Animados por sus jefes y azuzados por el miedo que los rumores sobre las brujas *kurias* evocaban en sus mentes, los hombres del príncipe se dispusieron para un último esfuerzo. Avanzaron más potentes que veloces, en filas compactas, mientras el bosque cambiaba de voz con el lubricán y empezaba a ensayar los gritos inesperados y los hondos silencios que poblaban su noche. Mientras moría la tarde, la luna navegaba por el cielo dispersando los últimos jirones del celaje. Pletórica de fuerza y de luz asesina arrojaba sus destellos por entre los resquicios de la cúpula, como si al arrancar sombras a las plantas, a los hombres, les hurtase también la vida.

Por fin la espesura se abrió y las columnas emergieron a un amplio calvero, acorazado en el Este por un inesperado roquedal cubierto de musgo. La mayoría de los cazadores dispersos se unieron al resto del ejército, pero Bárak y su pequeño grupo de exploradores se demoraban aún.



Los hombres se distribuyeron de acuerdo con las órdenes de sus jefes, se establecieron guardias de arqueros e infantes cada treinta pasos en todo el amplio círculo del campamento y Brahma reunió a una gran parte de sus hombres para contarles el hallazgo que les había detenido unas horas atrás. Lo hizo sin callar nada, pero sin incurrir en dramatismos huecos ni pintar con colores excesivos el horror que a él le había parecido incontrastable. Pidió que su informe fuese transmitido al resto de sus soldados fielmente, y añadió que ahondar en los aspectos trágicos del suceso no ayudaría a nadie y restaría fuerza y determinación a sus gentes. Luego, a través de todo el campamento, se llevó a cabo el recuento de las tropas.

—Señor —el rostro del alférez no presagiaba nada bueno al acercarse al príncipe—, hemos perdido cinco hombres, dos *compañeros* entre ellos.

Brahmo se sorprendió. No había creído ni por un momento que aquel recuento rutinario haría aflorar problemas.

—¿Estás seguro, Melk? —repuso—. ¿Quiénes?

—Tres arqueros que marchaban en la retaguardia de la tercera columna. Y Ebnemón y Shorudáss, señor.

—¿No estarán en algún grupo de guardia que se os haya pasado por alto? ¿No os habréis equivocado al hacer el recuento?

—Todo es posible, mi señor, todo es posible. Pero el recuento se ha hecho a conciencia, varias veces, me extrañaría que...

—¿Bárak ha llegado ya? —interrumpió Brahma.

—Aún no, señor.

—¿Cuántos hombres hay con él? —inquirió el príncipe.

—Cinco, señor.

—¿Puede ser que alguno de los desaparecidos esté con su grupo?

—No lo creo, alteza —respondió Melk—. Bárak ha estado en todo momento en vanguardia, muy por delante de nuestras columnas. Los hombres que nos faltan no han abandonado la retaguardia en todo el día.

—Saldremos a buscarlos, Melk —dijo el príncipe con determinación—. En cuanto esto esté un poco más tranquilo.

—¿Vos y yo, señor?

—Necesitaremos además algún cazador. Dos, para mayor seguridad. Prepáralo todo.

Melk se disponía a retirarse cuando Bárak llegó corriendo hasta él con dos exploradores de su grupo flanqueándole.

—Príncipe —jadeó cuando estuvo a su lado—... vuestros hombres... han secuestrado a unos cuantos.

El hermoso rostro del hombre del desierto estaba bañado en sudor. Sin duda había corrido una larga distancia. Los hombres que lo acompañaban resollaban fogosamente también.

—¿Qué sabes, Bárak? —preguntó Brahma—. ¿Las brujas?

—No, alteza —repuso Báarak recuperando poco a poco el ritmo normal de su respiración—. *Tholos*.

—¿*Tholos*? —se extrañó el príncipe.

No recordaba haber oído jamás este nombre, a pesar de haber estudiado con pasión y durante muchos años todo lo que podían enseñarle los geógrafos del reino.

—*Tholos* —insistió Báarak—. Una tribu muy poco conocida y casi extinta. Son los nómadas de Koría y deben su ocaso a las brujas *kurias*. Durante mucho tiempo fueron los más castigados por ellas. Ahora sus partidas de guerreros se reúnen las noches de luna llena para darles caza. Lo hacen con cebos humanos, señor.

Brahmo sintió que se le helaba la sangre y su rostro se puso blanco como aquella luna que avanzaba terrible sobre el bosque.

—¿Sabes dónde los tienen? —preguntó.

—Un poblado abandonado de leñadores, junto al río. A media hora de aquí... corriendo con todo el ánimo.

Brahmo estaba exhausto. Mientras caminaba hacia el claro del bosque había soñado con tres o cuatro horas de descanso y había pensado que la peor tortura entonces, ésa que le robaría hasta el último trazo de fuerza, sería pensar que después de aquella etapa quedaba otra y otra y otra, sin un reposo en toda la noche. No lo había pensado y había podido llegar hasta allí desjugando sus últimas energías. Se había engañado y ahora debía buscar en las profundidades de su consciencia física nuevos ánimos. Pero los hallaría.

—Melk —ordenó—, explica lo que ocurre a los *compañeros*. Deja a Ébion al mando del campamento. Vendrás conmigo.

Melk abandonó unos instantes al príncipe y a los hombres que lo rodeaban. No tardó en volver, cumplida la voluntad de Brahmo.

Corrieron. Los cinco hombres corrieron y nada más rebasar el círculo externo del campamento se les unieron tres exploradores más. Corrieron hacia el Este y hacia el Sur, insensibles a los sonidos del bosque, a su propia carrera ruidosa. Brahmo había dado a su cuerpo la orden de correr, de resistir, pero hasta qué punto sería capaz de cumplir esa orden era algo que no sabía y que se había jurado no llegar a saber: moriría con el corazón reventado o los pulmones exhaustos, si era preciso, pero libraría a sus hombres del horror.

Los seis cazadores corrían como gamos, aunque tampoco ellos podían disimular su agotamiento. Brahmo conseguía mantener el ritmo, pero ya no veía el camino que pisaba y avanzaba de traspies en traspies, convirtiendo cada tropezón en impulso para correr y cada posible caída en renovada y tumultuosa precipitación. La sorpresa era Melk. Marchaba delante del príncipe. Se hubiera dicho que era un ángel incorpóreo. Avanzaba sin esfuerzo, silenciosa, suavemente, como si flotase sobre el suelo. No hacía un solo movimiento innecesario, y en la perfecta economía de sus fuerzas y sus gestos parecía estar el secreto de su incomparable carrera.

Observarlo, observar su armónico deslizarse, su fluir a través del bosque, era un

bálsamo para el cansancio. Infundía paz en la mente, en los miembros; contagiaba fe, seguridad; invitaba a la emulación.

De pronto Brahma fue consciente del murmullo de las aguas del riachuelo. La carrera cesó abruptamente. Los hombres trataron de ocultar su forzado resuello. Bárak condujo el grupo hasta unos álamos jóvenes de hojas tintineantes y, ocultos tras ellos, señaló al príncipe un pequeño círculo de destartaladas cabañas en una estrecha franja de terreno talado al otro lado del Lula-Bet. La luz de la luna bañaba el conjunto con plata fundida y la atmósfera que lo envolvía, que lo rodeaba, era un aire denso, inmóvil, de contenida expectación.

Brahma tardó aún en descubrir las cinco figuras que había en el centro de aquel extraño escenario, a un mismo tiempo teatro, cadalso y ara para el sacrificio. Eran como bufones haciendo piruetas, simios tratando de parecer hombres, reptiles intentando incorporarse y sostenerse sobre dos pies indecisos. Se levantaban y caían; se alzaban, contemplaban el suelo como borrachos o como si hubiesen perdido algo importante en él y volvían a desplomarse olvidando su intención de estar derechos. Y nuevamente se incorporaban y desfallecían, ajenos unos a la presencia de los otros, sonámbulos, enajenados, desposeídos de sí...

—¿Drogados? —preguntó el príncipe.

—Drogados —respondió Bárak—. Nada grave, si logramos recuperarlos... Aparte de una terrible resaca.

—Tenemos que actuar cuanto antes —susurró Brahma—. No podemos permitir que lleguen las brujas. ¿Cuántos guerreros *tholos* crees que habrá ocultos ahí delante?

—Imposible saberlo, señor —respondió Bárak en un murmullo—. Es un clan muy poco numeroso y sus partidas de cazadores raramente rebasan los doce hombres, pero son tan fuertes y ardidos como escasos. Gente dura y valiente, señor. Una lástima no tenerlos como aliados.

—¿Alguna idea para sacar a los nuestros de ahí, Bárak?

El cazador respiró hondo, suspiró. Tenía la misma edad que el príncipe y los rasgos que lo señalaban como un hombre de las arenas recordaban levemente a Brahma. Ahora, las comisuras de sus ojos, de sus labios, sonreían como sólo puede hacerlo el amigo de la Muerte, el que juega con ella como un niño inadvertido con una fiera aparentemente domada.

—Alteza —dijo haciendo más evidente su sonrisa—, sólo hay una manera.

—Me alegra que me lo digas, bribón —respondió Brahma sonriendo también mientras desenfundaba su espada.

Pero al volverse para hallar a Melk con la mirada, descubrió que su alférez no estaba donde lo había creído. La sonrisa se le petrificó en el rostro al príncipe.

—Se ha ido... —musitó.

—¡Cobarde! —lo odió Bárak.

Uno de los cazadores se acercó a ellos precipitadamente.

—Viene alguien —susurró.

—¿Melk? —preguntó el príncipe también en un murmullo.

—Si es él, no viene solo —respondió el cazador.

De repente vieron emerger de la espesura a tres gigantes. Hombres de casi una lanza de altura, de piel muy oscura, fuertes músculos y grandes cabezas de ojos almendrados y pelo lacio se alzaban amenazantes ante ellos. Llevaban el pecho tatuado con dibujos que la luz de la luna revelaba apenas, pero que en la distancia que los separaba parecían aves de fastuosos gestos, de colorido fabuloso. Había cierta belleza y armonía en las formas de sus cuerpos brutales y Brahma no sintió miedo. Pero se dijo y se repitió que aquellos seres eran los responsables del peligro que estaban corriendo sus camaradas en aquel mismo instante. Mrīyantar tembló de rabia en sus manos. Antes de que se decidiera a atacar, Melk surgió de las sombras y se adelantó a los guerreros *tholos*.

—Alteza —rogó, y había apremio en su voz y en su mirada—, los *tholos* podrían ser nuestros aliados.

—¿Qué estás diciendo, Melk?! —repuso el príncipe enfurecido.

—Lo que oís, señor...

—¿Ponte de su lado o del nuestro, me da igual —le cortó el príncipe—, pero esto se va a acabar de una vez!

Melk contempló a Brahma con tal poder en sus ojos que toda la furia del príncipe se apocó. Con la misma mirada habría hecho arrodillarse un domador a la fiera que su mano alimenta y su látigo instruye.

«¡Los ojos del Guardián!» —pensó Brahma, y se detuvo a escucharle.

Sin embargo, la voz de Melk surgió sin el más leve tono de arrogancia. Humilde parecía, sincera en querer servir a su señor.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, alteza. Al otro lado del río hay cerca de cincuenta guerreros *tholos*. Ellos quieren cazar las brujas; nosotros, salvar a nuestros compañeros. Ellos odian a los *kurias*, nosotros necesitamos refuerzos. Si esta noche les prestamos el cebo, mañana se unirán a nuestras tropas y marcharán con nosotros...

—¿Estás loco, Melk?! —volvió a interrumpirle el príncipe ante la idea de tan monstruoso pacto.

—Escuchadme, os lo ruego. No tenemos opción. Todo lo que conseguiremos luchando contra ellos será ahuyentarles la caza...

—¿Hablas como un montero, Melk! ¡No estamos hablando de panteras y corderos, sino de hombres y de... de...!

—Escuchadle, señor —intervino Bárak viendo que los gigantes *tholos* se impacientaban y comprendiendo que Melk, desafortunadamente, tenía toda la razón.

El príncipe se serenó.

—De acuerdo, habla.

—Alteza —retornó Melk—, no podremos sacar a nuestros compañeros de aquí a menos que... a menos que cumplamos dos condiciones: substituirles el cebo y

ayudarles en su caza. Han estado preparando esta cacería durante mucho tiempo, sus chamanes han actuado, esperan matar al menos a una docena de brujas.

—¿Doce...?! —exclamó B́arak tapándose la boca al instante.

—¿Y qué cebo...? —comenzó el príncipe.

—Yo, señor —concluyó Melk.

—¿Tú?! Pero...

—Uno a cambio de cinco, señor. Les he convencido de que tengo poder para hacer venir a sus presas.

—¿Presas? —intervino B́arak—. Está por ver quién será aquí cazador, quién pieza.

—¿Y tienes ese poder, Melk? —preguntó el príncipe fondeando los ojos de su alferez.

Melk aguantó la mirada y se limitó a responder:

—Pido a cambio sólo una cosa, señor.

—Habla.

—Nada de lo que me veáis hacer aquí esta noche, ni vos ni vuestros cazadores, saldrá de nuestro pequeño círculo. Aún no. No ha llegado el tiempo.

Los siete hombres, confusos y conmovidos, lo juraron, juraron que sería así.



## XVII

Hur Abnè-Dúath, Cima del Conocimiento Superior. No fue uno de los primeros recuerdos en emerger a la memoria recobrada de Mayúr, sino el poso que quedó en ella cuando los cientos de años de su vida anterior hubieron pasado como un torrente de imágenes, impresiones, escenas, diciéndole al hombre que las contemplaba recuperándose: «Éste fuiste, éste has sido».

Hur Abnè-Dúath. En el silencio de sus labios, su lengua paladeó la palabra dos, tres veces, hasta que por fin su boca la exhaló, tan suavemente como si soplaste la llama sutil de una vela. Mayúr se poseía ahora tan enteramente como un adulto posee su infancia y su juventud.

Mayúr era la infancia de Mayúr, Sarpa era la juventud terrible de Mayúr; Inca, su picardía y su ternura y, sobre todo, su humor y su amor, era la culminación de un ciclo, en cierto modo la plenitud de su madurez, su despreocupada iluminación. Ahora empezaba un ciclo nuevo; Mayúr, héroe, titán y pícaro iluminado, volvía a ser un niño. Y el primer acto voluntario de esta milenaria criatura era abrir los portales del Olvido y retomar su herencia.

Hur Abnè-Dúath. Porque en esta cima frente a Mâurwanna, en los días de la batalla que dio fin a Sarkón y al nuevo imperio, y expulsó de Ordum a sus aliados, Mayúr, Mayúr como un fénix renacido de las ascuas de Sarpa, conoció los extremos de la humillación y el amor y el dolor. Y conoció también ese inicio de la muerte en que la Cierta llega, y se lleva irresistiblemente el alma, y deja al cuerpo en el Tiempo todavía un instante, y lo envía caminando y con una apariencia de vida a su última circunstancia. Conoció ese instante él, que de los Reyes Antiguos había recibido el don o la cadena de la inmortalidad, y que había alegrado y torturado los senderos de la Tierra con huellas de bendición y de espanto durante más de dos milenios. Las tropas rebeldes lo recibieron como a un magnífico aliado entonces. Dama Alayr había vencido y sometido a Sarpa, allá, junto a las cataratas de Ishkáin, donde quedó perdido el collar de perlas negras que ahora Mayúr contemplaba en el hueco de sus manos mientras recordaba. La Dama del Arco lo saludó como a un compañero de armas viendo en él no al rey siniestro que había combatido sus tropas, sino el principio luminoso del que aquel rey había huido, ciego, por el camino del crimen y el error. Si como Sarpa había batallado contra las Órdenes y los *Raja-Rishis* con odio feral, con ilimitada pasión, como Mayúr luchó ahora sincera, impetuosamente contra sus antiguos aliados, incluso contra las huestes infernales que él mismo había

entrenado y que le habían servido como perros a su amo indiscutible. También los Caballeros de los Anillos, los *Reyes-Rishi*, los héroes del Viejo Imperio, del Ideal eterno, lo recibieron como a un hermano, un antiguo camarada. De Yummüel se había burlado, lo había herido de muerte cuando aún era Sarpa y acababa de aniquilar las tropas de Ía en la batalla de los Campos de Dyesäar, cortando por placer las cabezas de los vencidos. También a Dión, el príncipe de Eteria, le había arrancado un tributo de dolor y de sangre, que sólo el poder gnóstico de Dama Alayr pudo sanar. Pero Sarpa estaba sometido, olvidado, y Yummüel y Dión lucharon con él, junto a él y por él, y él luchó por todos los que había odiado.

Hur Abnè-Dúath. Recordó la noche, después de la primera batalla de los Campos de Amhor, que sentenció definitivamente al nuevo imperio, en que se sentó junto a todos los héroes que amaría y aplaudiría y recordaría el mundo. A su lado estaba Yâra, a la que él había secuestrado y torturado como Sarpa. Y Yâra le sonreía con la franqueza y la lealtad del camarada. Frente a él estaban los ocho *Raja-Rishis* y Kundalón el Grande, que como él mismo habían llegado al Gran Norte con las tribus de Pârthu casi dos mil quinientos años atrás y habían servido a los Reyes Antiguos. ¡Casi tres milenios al servicio de un mismo Ideal...! Aquellos nueve hombres eran los pilares de la Tierra, tan iguales y tan inconcebiblemente distintos de como Mayúr los había conocido cuando todos ellos, y diez más, no eran sino los consejeros de un jefe de clan de la Pradera... ¡Aquel Pârthu indeleble que siguió a la Estrella Azul!

Oh, los recuerdos de Mayúr eran frescos entonces, sentado a aquella mesa de vencedores.

Y grande su humillación.

Aquellos hombres habían recorrido las sendas pavimentadas de la Luz, rectas hasta el infinito, fieles al primer ímpetu de sus corazones, fieles a la palabra dada en los días antiguos que precedieron al don de la inmortalidad. Él, Mayúr, Sarpa, había marchado por sendas tortuosas, parajes sombríos, había ascendido y descendido espirales de horror; los monstruos que pueblan las simas del hombre y del mundo le eran conocidos y, en ocasiones, los sentaba como cofrades a su mesa de despojos o los añadía a sus legiones como libres secuaces u hoscos esclavos. Mayúr conoció el día y conoció la noche. Ésta era su miseria, éste su tesoro. Y la sucesión perenne del día del alma, la noche de la maldición, urdía la trama de sus metamorfosis innumerables, las incontables vidas y muertes que sumaban el lapso de su prolongada inmortalidad. Mayúr y Sarpa eran dos extremos, luz indivisa y atramento; pero entre ellos había una gama casi infinita de negros, blancos y grises. Y nadie había sabido nunca de las dudas y tentaciones y luchas internas de Mayúr, como nadie había conocido ni llegado siquiera a suponer las dudas y luchas de Sarpa, su nostalgia ferviente de algo indefinido y lejano que llamaba «Bien», y cuyo nombre a la vez amaba y odiaba. Ésta era su miseria; ésta su riqueza inigualable. Qué corta la inmortalidad. Qué veloces habían pasado aquellos veinticinco siglos. Cuando él dejó el mundo como quien duerme un instante para nacer otra vez, aún había estúpidos en

la Tierra que no podían representársela sino como la eterna repetición de lo mismo. ¡Pobres! ¡La irrefrenada sucesión del Tiempo imaginada a la medida de sus limitadas consciencias, siervas de la torpe y ciega rutina cotidiana!

¡Qué bendición morir cuando no hay más que eso, cuando el bicho llamado hombre no es más que eso...! ¡Pero qué bendición mayor es vivir cuando la vida no es sino la expresión de una consciencia ilimitada, de la que el Tiempo es siervo, su subjetiva extensión! Y del Centro de esa consciencia ilimitada los *Rishis* habían sido brillantes emanaciones, unidas a Aquél por un immaculable rayo de Luz. Mayúr, en cambio, unido siempre poderosa, estrictamente a Él, al Centro, había experimentado las posibilidades extremas del vínculo: la dulzura de la armonía y la dulzura punzante de esa enemistad que, aunque el luchador no lo sepa todavía, está destinada a fundirse en una armonía aun mayor. Por todo esto sentía Mayúr profunda humillación en aquella cima, aquella noche de victoria y de grises augurios; por todo esto sentía Mayúr entonces un orgullo inconfesable.

Dama Alayr se retiró a su tienda entonces, apenas acabada la cena y comenzadas las deliberaciones de los jefes para el nuevo día de batalla, en que los muros de la capital inexpugnable deberían ser comprados con mares de sangre. A las pocas horas, alguien anunció su muerte. Alguien había entrado en la tienda de la Dama Adamante y hallado su cuerpo frío, su corazón quieto, su rostro petrificado en una mueca de dolor inefable. Una lágrima inmóvil ardía en la senda helada de su mejilla. Ella, la Virgen Libertadora, la Dama de las dos Espadas, la Dama del Creciente Lunar, muerta. Desvivida. Yâra antes que nadie supo que se había ido para volver, que si había dejado a la Sombra entrar en su cuerpo era para hacer de la Noche un incendio, y se alzó ante el umbral de la tienda, las piernas separadas y la mano en la empuñadura de su acero. Libna la Blanca, Dama del Arco y generalísima de todos los ejércitos, sonrió con un amor infinito. Tampoco ella se había dejado confundir por los disfraces de la Muerte. Miró el cuerpo yacente con la luz de sus ojos secretos y vio sobre él no la Mano Negra sino la suave ondulación de un hondo, hondo sueño. Pero Mayúr amó a Yâra por aquel gesto. El acto de la impulsiva princesa del desierto, tan humanamente humana al lado de todos aquellos sabios, héroes, iluminados, inmortales reyes, le dio de pronto, a los ojos de Mayúr, una dimensión infinita. Infinita en ingenuidad y, por ello, en pureza. Lágrimas brotaron entonces a los ojos de Mayúr porque supo sin lugar a dudas que, si Sarpa hubiese poseído algo, aunque fuese un mínimo, de aquel ánimo de Yâra, jamás habría dejado de ser Mayúr y el mundo no se habría colmado del grito que él arrancó a las criaturas. Sarpa habría sido, en el peor de los casos, la pesadilla de Mayúr en una noche casi olvidada de mala digestión.

Yâra... Cómo la amaba de pronto. La amaba como a aquellos doce siglos de Luz que le faltaban. Porque la noche de su inmortalidad le enriquecía, sí, pero también le dolía, le abrasaban aquellos mil doscientos veintiocho años de exilio y desesperación. Yâra... Y Mayúr pidió que se le permitiese a él también ser guardián del sueño de la



Dama, junto a Yâra. Y la Dama del Arco y Kundalón pusieron a Yug en sus manos, la espada de Ban, la *Señora* de las *Señoras*, como defensa contra los enemigos mortales e inmortales de Alayr. Hasta tal punto confiaban en él y lo respetaban. La espada del hombre-dios, del Avatar, del Sacrificio Peregrino, el arma del mundo, el acero único... en manos del mísero Mayúr, poco más que un hijo pródigo. Partieron los jefes, partió el ejército contra los muros de Mâurwanna, mientras Yâra y Mayúr permanecían allí solos, en el Hur Abnè-Dúath, la Cima del Conocimiento Superior. Y la Muerte y la Vida lidiaban por un cuerpo en el seno de una tienda pequeña, infinita.

Por un momento, Mayúr apartó la mirada del libro prodigioso de su memoria. Estrujó el collar de perlas negras con su mano derecha y lo arrojó con fuerza contra la embocadura de una de las galerías de la caverna. La joya desapareció en la obscuridad de la gruta con un sonido agorero y Mayúr deseó que el vientre de la Tierra lo hubiese devorado para toda la eternidad. No quería profanar sus recuerdos con el contacto de aquella inútil herencia de Sarpa y, si debía alhajarlos de algún modo, lo haría con la dicha silenciosa de su corazón, con su sonrisa o su nostalgia. Yâra... Sus ojos negros y brillantes como astros le arrancaron aquellas palabras la primera noche solos en la cima:

—Yâra, ¿me guardas rencor?

Porque Yâra se había mostrado humana, él descendió al lenguaje infantil de los humanos.

Yâra negó con la cabeza, comprendiendo detrás de las palabras.

—Yâra —insistió—, te he raptado, odiado, torturado...

—Sarpa murió, Mayúr —respondió ella con una voz que era la brisa nocturna en el oasis, corriente de dulzura.

Mayúr bajó los ojos, los perdió en las ascuas que quedaban de la hoguera. Yâra contempló el Oriente, hundido en la noche. Olía a dátil y su piel resplandecía.

—Mi pueblo hizo del rencor un arma. Por eso es respetado allí, en las profundidades del desierto. Junto a la Dama yo he aprendido a hacer un arma de la ausencia del rencor.

—Y esa arma, Yâra, ¿contra quién la blandirás?

—Esa arma, Mayúr, cura al mundo entero.

—Puede que también le ofenda, Yâra.

—Porque el mundo, Mayúr, está aún lleno de ignorancia. Y la ignorancia es susceptible.

Pero también de esto sanará... de la ignorancia.

Mayúr pensó que Yâra era como las dunas, una y múltiple, materia maleable en las manos de las horas ofreciendo siempre la forma más hermosa, pero siempre la forma de una cima. ¿Dónde estaba la ingenuidad, la niña que se plantó en el umbral de la tienda de su compañera en el impulso de su pureza espontánea? Yâra era sabia ahora. Y Mayúr, tan capaz de amarla como el día anterior.

—¿Recuerdas Ishkáin, Yâra?

—Son recuerdos de Sarpa y de su víctima, Mayúr. ¿Por qué insistes en ellos?

—Sarpa te violó con odio. Era su forma de humillar, pisotear, preparar a las criaturas para la muerte, que también es una violenta posesión.

Yâra lo contempló con ojos como auroras. A través de su túnica de carne vio su alma desnuda y vio las sendas del Tiempo con las que en aquel instante jugaba el Destino. Dijo:

—Mayúr puede lavar el odio de Sarpa con amor.

Y después del dulce abrazo íntimo añadió:

—Tu hijo será rey, un día.

«¡Mi hijo! ¡Yâra! —pensó Mayúr solo en la caverna, rodeado del reposo de los muertos en los milenarios sarcófagos de piedra gris—. ¿Dónde estáis en este mundo extraño al que he vuelto? ¿Por qué no estáis aquí ahora que he vuelto? He vuelto... ¿De dónde he retornado? ¿Qué ha sido este sueño, esta ausencia? ¿Qué he soñado? ¿Quién ha sido Mayúr mientras dormía el sueño de los ausentes y por qué nombre lo han conocido los dioses, daimones, diablos y legiones incorpóreas de los mundos ocultos?».

Se llevó la mano al pecho. Aún estaba vivo el dolor de la herida que Turmo, la espada de Kewâlah abrió en su carne... la última de las *Señoras Negras*. ¡Turmo! Mayúr sonrió levemente.

Turmo era Saturno en *mâurya*, la Hoz. Saturno lo había matado y Saturno lo había recuperado de las garras de Sarpa resucitado, pues ¿no había dicho Yummüel antes de partir que contra Sarpa había luchado con el Yoga del séptimo poder del *Anillo del Guerrero*, el poder de Saturno?

Saturno, hoz de luz para la siega y hoz negra para la muerte, oro y hez, rey y pordiosero. De los alquimistas eterios heredó este secreto el Rey Ban y como un joyel equívoco lo engastó en sus *Anillos de Sabiduría*.

Pero el dolor estaba vivo. Vivo como recuerdo, pero perceptible aún en la raíz de la sensibilidad. Otras sensaciones físicas trataban de sepultarlo, amortiguarlo, desvanecerlo, pero estaba allí, vivo en el fondo de su tumba celular... ¿Cuándo desaparecería?, ¿qué precio habría que pagar nuevamente por él? Turmo abrió su carne, abrió una puerta violenta para su alma, y todo el poder divino de Dama Alayr no pudo salvarlo. Recordó su lucha con la muerte durante un tiempo incalculable en la misma cima en que había velado el cuerpo de la Dama, que lidiara triunfante contra el mismo enemigo poderoso. Ahora él lidiaba; pero retrocedía la Vida y la Muerte avanzaba. Yug yacía a su lado, puente entre la Tierra y los Cielos, canal de Luz sanadora.

Turmo yacía a su otro lado, quebrada, roto su embrujo. Al cabo de un tiempo de esfuerzo inhumano y de ver morir una a una sus esperanzas heridas, un tiempo que le pareció infinitamente más largo que la suma de todos los minutos de su inmortalidad, Mayúr supo que había llegado su última hora, que cruzaría el ancho río dejando a Yâra, invisible, inalcanzable, en la otra orilla, y que no llegaría a pagar su deuda con

el mundo.

Aceptó lo inevitable.

Hay seres que antes de apagarse para siempre tienen un instante de extrema lucidez. Él pidió a la Muerte una hora de fuerza antes de entregarse a ella totalmente. Y la Muerte, clemente al fin y al cabo, se la concedió. Vestido como Sarpa, a lomos de un caballo negro, entró en Mâurwanna, en cuyas calles se luchaba ya, y rindió él solo la impenetrable fortaleza. La rindió con una sola palabra, y su ejército tremendo, todas las legiones del rey de la Montaña Negra que defendían los muros del último refugio de Sarkón, las entregó con un gesto de su mano a las espadas del Viejo Imperio. Después, cayó del caballo y murió. Contemplando a Alayr, su salvadora; contemplando a Yâra, su Yâra amada.

Yâra... ¿Dónde estaba ahora su felicidad perdida? ¿Le esperaba aún en la orilla viva del río o lo había cruzado ella también hacia el vacío y la noche mientras Mayúr regresaba? ¿Y su hijo, de qué reino era soberano?

Estaba en Koría, recordó. Pero más inextricable aun que el bosque le pareció la selva del Tiempo.



## XVIII

Brahmo hubo de presionar el suelo con la planta de su pie, secretamente, sin ruido, para comprender que aún habitaba el mundo material, la realidad a la que había sido acostumbrado desde su nacimiento, y que este mundo todavía era sólido y poseía esa consistencia firme, compacta y concreta que lo distingue de los evanescentes sueños. Estaba oculto entre las ruinas de un barracón, junto a sus cazadores, los tres gigantes *tholos* y, en el suelo, atados y amordazados para que sus ruidos inconscientes no llegasen a delatar su presencia y su acecho, los cinco hombres drogados que se habían librado sin saberlo de ser el cebo en aquella cacería infigurable. Gritos desgarraban la noche, el bosque; gritos como Brahmo no había oído jamás. Y las fieras callaban, y la espesura guardaba un silencio de expectación.

Melk ocupaba ahora el escenario que llenaran los cinco hombres reducidos a la torpeza de sus cuerpos sonámbulos. Se había liberado de la gonela blanca con el baniano rojo y las insignias de alférez, de la cota de malla y el yelmo, del cinto con la espada. Pero al desvestir la parte superior de su cuerpo, Brahmo y los cazadores habían descubierto que el alférez Melk portaba sujeta a la espalda por dos correas un hacha bifaz, bella, poderosa y antigua. Brahmo incluso había creído ver, por un instante fugaz, siete puntos luminosos como siete soles secretos en el mango del arma, dispuestos verticalmente en la madera reforzada por el hierro. De esta arma inesperada, Melk no se había desprendido y, mientras aguardaba la llegada de las brujas, caminaba lentamente alrededor del hacha, depositada en tierra. Caminaba bajo la luna bañado en nácar, insistiendo en mostrarle a la noche su presencia con su no estar quieto, y de cuando en cuando gritaba como anticipándose a un inhumano dolor que presintiera.

De pronto un ruido continuado llegó desde el otro lado del riachuelo. La fronda se estremeció y unos cuernos altos, fértiles, emergieron entre los árboles coronando a un ciervo regio. El animal movió sus temerosos ojos grandes, sus orejas minuciosas y, precavido, sin acabar de confiarse totalmente, se acercó a beborrotear de las aguas. Melk se había detenido. La noche parecía detenida y la luz de la luna era un fuego blanco de fusión. El venado alzó la cabeza repentinamente; intuía algo pero, sediento como estaba, aún quería someter a sus sentidos su intuición. El temor le vencía y se movió nervioso, pronto a ensayar su carrera. Entonces una sombra cayó sobre él de improviso, y luego otra y otra, como grandes moscas. El ciervo bramó

lastimeramente, pero su queja ahogaban berridos atroces, tremendos. Espasmos hacían bailar su cuerpo, aún de pie, pero desfallecido; sus ojos grandes miraban a lo alto, a la luna, como incrédulos ante el dolor del mundo, ese dolor grabado al fuego en la herencia de sus células por los depredadores de su raza, pero del que había creído poder huir por las sendas del gozo y la belleza. Ahora, con el cuerpo ensangrentado y destazado, roto como un muñeco, la lengua fuera enrojecida y su cabeza coronada caída, ya no parecía un rey de los caminos; era un montón de torturados despojos, materia desvencijada que fue vida.

Dos sombras más habían llegado saltando a través de la espesura. Las cinco mordieron, arañaron, tajaron, desgarraron, tragaron y escupieron la carne de la víctima, bebieron su sangre y sus humores, aullaron en un éxtasis animal infernando la noche. Desde donde se hallaba, Brahma no distinguía formas humanas, sólo los gestos espasmódicos, repentinos y brutales de aquella macabra danza de aniquilación al otro lado del río. De pronto cesó. Otra bruja llegaba saltando, pero ésta superó la corriente y cayó como un gran felino a pocos pasos de Melk. Lo observó, acaso incrédula de que ante ella pudiese haber un hombre tan desprevenido. Melk había recommenzado sus absurdos círculos, miraba el suelo, no mostraba ni interés ni temor. Dos *kurias* más cayeron junto a ésta. Y otras dos. Y las cinco que habían satisfecho y excitado sus ansias con el ciervo. Y las diez gritaron su horror. Brahma contempló sus cuerpos desnudos cubiertos de blanca ceniza y estiércol, sus negras melenas enmarañadas, sus largas uñas pintadas de blanco, sus ojos inflamados y enrojecidos, sus rostros fieros, sus cuerpos fibrados sin edad, panteras que hubiesen saltado más allá del aro de fuego del Tiempo. A su lado, sus cazadores temblaban y los *tholos*, inmensas imágenes de fuerza, estaban paralizados. Los cinco hombres atados a sus pies habían caído en un profundo sopor y Brahma lo agradeció. Más tarde se preguntaría cómo había sido capaz de ver a las brujas con tanto detalle, a pesar de la obscuridad y la distancia; se preguntaría incluso si no habría imaginado los detalles y vestido con ellos su informe horror. Pero lo cierto era que en ese momento una calma extraña lo había invadido invirtiendo las respuestas de sus nervios: lo que antes lo empujaba a una indomable precipitación ahora lo sumía en una confiada serenidad y en una fe sin límites, y ese estado de ánimo acrecentaba portentosamente el horizonte de sus percepciones.

Diez *kurias* más se habían añadido a las diez primeras. Se movieron en círculo, rodeando a la incauta víctima, pero no se decidían a atacar, como si su instinto titubease ahogado aún en ebria extrañeza.

Contemplándolas, Brahma recordaba ahora historias que su padre le había contado sobre los *golem*, los hombres-bestia creados por Sarkón y por Krissa, la reina-maga. Aquéllos habían descendido desde su humanidad a un instinto perverso empujados por la tortura y el dolor y la negación de todas sus cualidades humanas, habían descendido empujados por Sarkón para recuperar y poseer la raíz de la violencia y encarnar de forma pura, ilimitada, la brutalidad. Éstas habían bajado

voluntariamente los peldaños uno a uno hasta el mismo círculo del infierno bestial.

Por eso eran más temibles y mortíferas. Qué espanto carga consigo el hombre desde la cuna, pensaba Brahma; pues aunque no descienda a él, aunque no sea su víctima, ¿no está siempre respirando, de uno u otro modo, sin saberlo, sus exhalaciones perversas? Qué posibilidades tan extremas para este hombre mediano, este hombre que pende de un hilo de araña entre el cielo y los abismos y, ciego, ignora que su andadura natural es la marcha del funámbulo.

Pero sus reflexiones se vieron interrumpidas repentinamente. Las diez primeras brujas habían saltado sobre Melk cayendo como tábanos pegadizos que ningún golpe pudiera ahuyentar.

Melk desapareció bajo ellas y Brahma sólo vio un remolino de brazos y garras y piernas galvanizadas tratando de arrancar de la presa su porción de botín. Sangre hisopó la tierra. Los cazadores reales, temblorosos pero valientes más allá de su inevitable pánico, hicieron el gesto de salir en ayuda del alférez. Brahma, no supo por qué, los detuvo con su mano alzada y silenciosa. Pasaron unos instantes eternos. De pronto las brujas fueron proyectadas hacia atrás por una fuerza inesperable y cayeron de espaldas alrededor de Melk, como los pétalos de una gran flor tocada por el Otoño iconoclasta. Melk resplandecía envuelto en un aura dorada, indemne, y Brahma se preguntó si los hombres que lo acompañaban podían ver también lo que él veía. Melk tenía ahora la apariencia de un gran rey, más alto, más robusto, intocable. Antes de que las brujas pudiesen incorporarse o de que el segundo grupo cayese sobre él, el alférez recogió el hacha del suelo y blandió su hoja negra. La hundió en un pecho, que crujió como madera; su filo imantó cabezas y las cortó, troncos enteros fueron separados de sus piernas y el hacha navegó la noche de cuerpo a cuerpo, a través de nubes de sangre, dejando en el aire una estela de luz. Diez minutos después, la luna huía obscureciéndose; una lechuza volaba, premonitoria; el suelo estaba cubierto de muchos pedazos de muñecas rotas.

Poco a poco, decenas de hombres que descreían de sus propios sentidos surgieron de sus escondites. Los *tholos* se arrodillaron ante Melk como niños ante un dios. Los cazadores reales permanecieron silenciosos, vencidos por el asombro. Brahma se acercó y tocó el hombro de Melk para comprobar que era material; sólidamente, reciamente material. Habría querido en ese momento preguntarle quién era, quién se ocultaba o secretamente se mostraba tras el nombre de Melk y unas insignias postizas de oficial, pero temió sus ojos de esfinge y temió aun más que se desvaneciese, como en los cuentos ocurre a las hadas por las preguntas impertinentes del curioso.

Le miró con respeto y hasta con contenido pavor. Los ojos de aquel hombre eran ventanas a las que se asomase la transparencia inmarcesible de un alma inmortal; por eso, aunque profundamente desconocido, Melk no podía ser un extraño y la luz de su mirada alcanzaba las íntimas fibras del Ser Oculto de Brahma.

Cayó sobre sus rodillas. El príncipe se humilló ante el héroe como cualquier guerrero *tholo*. Y sangre *kuria* empapaba su pantalón.



## XIX

Remontando el río del recuerdo había perdido la noción del tiempo exterior. ¿Cuándo había partido Yummüel, una hora, un día o un año atrás?

—¿Me ayudarás? —le había pedido Mayúr al Caballero del Cuarto Anillo pensando en que debería enfrentarse a aquel ser extraño de sus sueños que, aun en el curso de una pesadilla, había conseguido arrojarlo a las sombras vivas de su memoria.

—Sólo hasta aquí se me permite acompañarte, Mayúr, amigo —respondió aquél—. Pero puedes estar seguro de que la protección de la Dama no te abandona. Es ella, Mayúr, quien en todo momento te guía.

Mayúr asintió con los ojos cerrados, como si le hiriesen las formas.

—Una cosa más quiero sugerirte antes de partir —añadió Yummüel—: libera a Táumandos.

Es un príncipe de su raza, sí, pero resistir a las fieras está más allá de su poder.

—¿Y yo, Yummüel, las resistiré yo?

—Tú debes enfrentarte a una aún Mayúr. La más terrible, sin duda. Pero vencida ésta, ninguna otra tendrá poder sobre ti.

—Hablas como si aún se ocultase otro Sarpa en los pliegues de mi memoria viva, hermano.

Yummüel lo miró con amor y no respondió.

—Por supuesto, Táumandos es libre de seguirte —concluyó Mayúr.

Ambos guerreros se abrazaron. Después Yummüel partió llevándose los dos caballos y dejando al retornado en la vasta caverna azul.

Ahora las palabras del Caballero del Cuarto Anillo volvían:

«Tú debes enfrentarte a una fiera aún...».

Y Mayúr, después de haberse contemplado en el espejo de los últimos días de su antigua vida, se disponía a examinar la larga noche que los precedió, en la que el mundo lo conoció y lo temió como Sarpa, rey de la Montaña Negra. Quería saber cómo había llegado a ella, conocer el porqué de su enfrentamiento con Ban y descubrir de qué modo estos fragmentos y fuerzas de una vida acabada se reencarnaban en su nuevo ser. Recordó el libro secreto que había leído en Dyesäär; el Sarpa de aquellas páginas aún era para él un personaje extraño, de novela, y ahora debía entretejer lo visto y lo leído en el libro arcano a lo escrito en su memoria con la tinta fascinante y dolorosa de la vida. Recordó de pronto la piedra negra de visos

azules que portaba en el bolsillo de su capa. La buscó, la mantuvo en sus manos como horas antes había sostenido el collar, y la contempló largamente por primera vez desde que el rey Mándos se la entregase de parte de Dama Alayr.

La Montaña Negra... Todos los recuerdos de los últimos días de Mayúr los resumía y simbolizaba una pequeña pero incomparable colina, el Hur Abnè-Dúath, la Cima del Conocimiento Superior. Era justo, pues, que los de Sarpa, que siempre amó los extremos y los excesos, los representase una montaña de nombre abrumador. Pero ¿era realmente necesario volver a aquellos milenarios recuerdos?, se preguntó aún Mayúr antes de arrojarse de cabeza a ellos; ¿era posible siquiera contemplarlos sin pasión? Si no, ¿por qué había debido leer el libro enviado a Mándos por la Dama cuando Inca no sabía que era Sarpa y ni tan sólo acababa de conocer y de comprender a Mayúr? Oh, en cierto modo era fácil retornar a ellos, pues el olvido había escampado como un mar gris de nubes golpeado por el ímpetu de un viento liberador. Sin embargo, algo quería ocultarse aún, afortalarse en los pliegues opacos de una memoria cenagosa, e infectaba su mirada interior de una resistente pereza.

Mayúr concentró el poder de su mirada, tomó distancia de sí y se observó como el testigo de procesos ajenos, desprendido y desapegado; como esa consciencia pura que, según dicen los sabios, contempla desde el exterior, inmune y ecuánime, el devenir tumultuoso del mundo. Y lo primero que se presentó ante sus ojos de frío cirujano de su memoria fue la tarde aquella, trece siglos atrás, en que Maurehed, el dios caído, el Señor insurgente, lo llamó a sus aposentos.

Terribles sonaron los pasos de Sarpa en los suelos de piedra negra de los corredores del castillo de Léon, donde se había atrincherado la Cabeza Negra. Entró sin llamar porque conocía la voluntad de quien le llamaba e hincó su rodilla apenas hubo cruzado el umbral. Niebla llenaba la estancia; niebla que a Sarpa le parecía en aquel entonces el cuerpo verdadero de la luz.

—Mira en qué me han convertido —sonó hueca, tremenda la voz de Maurehed—. Y dijo también:

—Mira en qué me habéis convertido.

Pero esto Sarpa no lo entendió.

Sarpa alzó los ojos y vio el cuerpo alto de su Señor, envejecido. Sobre unos hombros que soportaron el peso del mundo había una cabeza negra, un rostro que rindiera su antigua belleza inigualable para asemejarse a un cuervo quejumbroso, una cabellera hispida que caía abruptamente como los llantos y cicatrices de una tormenta. Sarpa sintió miedo y furor. Aquel ser que le había dado el poder, la ciencia, todas sus ideas y concepciones, la inmortalidad, se derretía. Dios pero más poderoso que sus seis hermanos dioses, y por ello único, insurrecto, independiente, aquel ser descendido a la Tierra para penetrar los últimos estratos de la Materia con su luz y turbar a los hombres con su inmortalidad, moría. Sarpa dejó de temerle y lo odió.

—Ellos lo llaman *Samadhi*, el Gran Sueño de los Reyes. Yo lo llamo muerte... ¡Muerte! A ella me arrastran, hijo mío, y me derrito —reverberó la hueca voz.



Sarpa permitió a la Cabeza Negra callar un instante y reencontrar las rutas del hablar a su errante inteligencia.

—Saben —continuó Maurehed— que no pueden vencernos en el campo de batalla. Y por ello se duermen, mis seis hermanos, y su sueño me arrastra. Sarpa, los Grandes Señores dejamos la Tierra; los monarcas de hoy serán pronto sólo un nombre: los Reyes Antiguos.

Maurehed retrocedió hasta un gran lecho cubierto de seda y terciopelo negro y se acostó en la penumbra. Y Sarpa vio lo que jamás habría creído posible ver: la debilidad de un dios, del dios más fuerte, del más sabio a sus ojos porque era el único que había explorado y tocado con la yema de sus dedos los secretos ambiguos de la honda, inconsciente Materia del mundo. Sarpa vio un dios viejo y moribundo. Y lo odió, lo odió, lo odió porque ya no lo temía, o acaso porque su estampa le mostraba lo que más temía: que el poder de las Tinieblas también es vulnerable.

—Odia Sarpa, odia, odia, que el odio te hará invencible —sonó otra vez la voz.

—Señor —dijo entonces Sarpa con voz de trueno— recuerdo el día en que nos revelasteis, a mí y al resto de vuestros Electos, iniciados y discípulos, vuestro secreto profundísimo, hallado en las últimas honduras de la opaca Materia. La mano del Supremo no alcanza los Abismos, dijisteis. De ahí el dolor incurable de los hijos de la Tierra. El Abismo es horror, cierto, dijisteis, pero el Abismo es sobre todo libertad porque la mirada del Alto no lo penetra. Es, nos dijisteis, poder sumo e ineluctable, si comprendéis que porque sois Abismo sois Dolor y Horror y, venciendoos, esparcís vuestra semilla por las sendas del mundo y de la vida, ¡oh portadores de la tortura y de la muerte, conocedores y poseedores de la esencia del orbe! ¡Oh vosotros los libres, que envueltos en sayos de Tiniebla y abastionados en mansiones de Abismo escapáis a los ojos del Supremo Escudriñador de las Alturas! Señor —tronó aun más potente la voz de Sarpa—, ¿dónde está ahora ese poder invencible? Pues si vos, Supremo, morís, ¿qué ha de ser de nosotros, hijos de vuestra negra voluntad?

Y Maurehed contempló a Sarpa volviendo hacia él su Cabeza Negra y esbozó una sonrisa en su rostro de cuervo viejo.

—Odia, Sarpa, odia, pero no dudes —carraspeó aún Maurehed—. El odio te hará fuerte, la duda hará de ti una polilla. ¿Quieres otro secreto profundísimo, oh Sarpa penetrantísimo? Está bien, hijo de mi negra voluntad. Yo parto y a mí no ha de serme útil ya. Escucha: de cuatro hijos nace un Padre, no soy yo el poder supremo del Abismo.

Sarpa se sintió paralizado por aquella revelación. Así ¿había servido a un mero mayordomo, a un portero del Infierno, a uno de sus caballeros? Una a una logró forzar aquellas palabras atroces a través de sus secos, fríos labios:

—¿Y quién entonces, perro?

Maurehed rió, giró sobre las negras sedas, el terciopelo, para descender del tálamo nupcial en que aguardaba a la puntual Muerte. Maurehed se dejó caer al suelo. Rió enloquecido, consumido, y alzándose con indecible esfuerzo de la piedra negra,

como un anciano en los últimos instantes de su decrepitud, hizo una reverencia ante Sarpa, su elegido, su siervo, su instrumento y pronunció un nombre misterioso. Luego cayó derrumbado y murió vomitando sarcasmo y una risa de hiena.

Aquel nombre no lo oyó Mayúr en las estancias de sus recuerdos. Lo velaban su propio misterio y el olvido.

Montaña Negra... «¡Matad, arrasad, devastad!», les había dicho Maurehed a sus cien elegidos el último día que se mostró ante todos ellos en la plenitud de sus fuerzas. Y después de la Primera Conflagración, en que los dieciocho Electos de los Señores Blancos hirieron y humillaron a los cien Electos Negros obedeciendo a la consigna de sus Señores —«¡Venced, guiad, cread, alzad!»—, los doce hijos del Abismo sobrevivientes se lanzaron por los caminos de la Tierra para destruir por venganza, aniquilar con odio y dañar por placer.

En los caminos del mundo, Sarpa reunió un ejército con hombres de muchos pueblos cuyos nombres no recordaría. Montañeses de piel clara y de piel oscura, hombres brutales de los blancos bosques norteños, jinetes de la pradera de rojas cimitarras bajo un omnipresente sol y que por toda cabellera tienen una cola densa y negra brotando furiosa del centro de un cráneo afeitado, beduinos adoradores del escorpión..., todos ellos unidos por su afán de botín y violencia, su odio informe, general, arrasador; todos ellos corrompidos por los Electos de Maurehed en sus viajes por el mundo durante los cien años del obscurecimiento de su Señor; todos ellos convertidos en herramientas de la muerte, cosecheros de ruinas, pastores de espectros, jardineros de la Desolación. Dejando una estela de llanto, peste y fuego, Sarpa alcanzó las fronteras de Astraya, una tierra costera en la que prosperaban grandes Casas del Mar, antiguas aliadas de los seis Señores Blancos. Había oído hablar del Oasis de las Nieves en los montes del Swar, nido de antiguos y potentes tesoros; había oído hablar de Ordum, las Tierras del Esperado, vastas y tendidas a los pies de aquellos montes soberbios; había oído hablar de la Eteria Sagrada, cuyas torres se entrañaban profundamente en el Cielo y cuyos moradores eran colonos de la Eternidad. Más de mil leguas de erial separaban a Sarpa de aquellas bellezas enemigas que ofendían su concepción del mundo; sobre ellas quería extender un manto de obscuridad, golpearlas ansiaba con puño de hierro para tornar luego su rostro a las Alturas y desafiar a aquel ocioso e incapaz Supremo: «Mira, hasta aquí he hecho llegar las sombras del Abismo; extiende ahora tu corto brazo y trata de rozar tus posesiones de otrora con la punta de tus ingrátidos dedos». Sarpa pensó, pues, en hacer de Astraya una base para sus ejércitos y desató la guerra contra la Casa de Vali, a la que todas las Casas nobles del país seguían en la paz y en la batalla.

Pero Sarpa hizo aun un descubrimiento inesperado.

Ante los ojos interiores de Mayúr desfilaban, increíbles pero innegables, los acontecimientos. Recordar era escudriñar en el palimpsesto del ayer las claves de un hoy incompleto y misterioso. A su voluntad de saber, de comprender, el Tiempo respondía haciéndose forma. A veces, una docena de años se comprimía en una sola

imagen, simbólica y evocadora; a veces un solo minuto se desplegaba en centenares de figuras y escenarios. Mayúr vio los ejércitos de Sarpa extenderse por las fronteras como un anillo de fuego, una música infernal los precedía, un lamento desgarrado celebraba sus huellas; fortaleza caía tras fortaleza y los capitanes enemigos se pudrían empalados bajo el sol; algunas Casas abrían a los mensajeros de Sarpa una minúscula rendija en sus corazones, prestaban sus oídos a susurros mentirosos y, casi sin percatarse, empezaban a incubar una venenosa traición. Como en un cuadro tenebroso, la tierra se cubría de cadáveres que nadie enterraba, pues el hijo yacía junto al padre y las mujeres, ahora esclavas, obedecían el capricho de amos extranjeros; exhausta, la tierra apagaba la sed de sus campos arrasados con ríos de sangre y lágrimas, y los ojos eran como heridas, abiertos sólo para llorar. Astraya estaba en el puño de Sarpa y Sarpa lo apretaba más y más, gozando inefablemente de la lenta y brutal agonía, de la impotencia miserable de Dios que, sentado en sus incólumes Alturas, veía el sufrimiento inalterable de la Tierra... o acaso, cobarde, apartaba su rostro viejo y tapaba sus oídos a los gritos de su torturada creación.

Pero Sarpa hizo aun un descubrimiento inesperado.

En la frontera septentrional de Astraya, alzándose sobre el verde esmeralda del bosque de Côs y contemplando al Norte el curso azul del Farfár o al Este el del Melas, veloz desde sus fuentes en los montes Thilílian hasta su encuentro con el ancho río limitáneo, era visible el Urmilah, la Montaña de Oro. Y la Montaña de Oro era el alma de Astraya. Transformar la vida en llanto, de las criaturas de la Tierra hacer espectros y esclavos, de la Luz, sombra y Noche y nesciencia, tal era el fin declarado de la alquimia de Sarpa. Y Sarpa ascendió al Urmilah como un negro asceta, a convertir en puerta del Infierno lo que era un puente entre la Tierra y los Cielos.

Sabía que vencido el espíritu del Urmilah, Astraya entera se arrojaría débil e implorante a sus pies; intuía que en la cima ennegrecida por sus fieras austeridades hallaría las respuestas al enigma abierto, como una llaga profunda en su carne, por la Cabeza Negra. Mayúr veía el ascenso de Sarpa a la cima y, como en la imagen simbólica de un sueño, el dorado del monte se diluía en el ocaso de sus huellas y la Noche las seguía sumergiendo el Urmila en Tiniebla. Pero la misma tiniebla velaba también las austeridades del Electo Negro en la cumbre de la montaña, sus ritos y ceremonias, las honduras de obscuridad que conquistaba, las fuerzas que invocaba y encarnaba, las puertas que al Orco le abría en el aire de la Tierra, los túneles y galerías y las rutas que horadaba hasta el Abismo desde allí, desde la Montaña Negra, en cuya roca castigada había labrado un trono tremendo y de la que se había declarado absoluto monarca. Una y otra vez trató de forzar Mayúr aquellos portales del Olvido, pero la niebla era impenetrable. A la imagen del ascenso de Sarpa sucedía la del Rey Negro encumbrado, sentado en su sitial de roca gris, coronado de hierro y diamantes carbonados, contemplando con mirada vasta y sombría la tierra doliente y muriente a sus pies.

Mas del Gran Norte también descendió por aquel entonces un pastor de pueblos. Una estela de verde y de dicha dejaba tras él, y hombres innumerables lo seguían. Era un aliado de la Vida, un amigo del Saber, un servidor del Ideal que los Grandes Señores, los Reyes Antiguos, habían implantado en el corazón humano con paciencia milenaria de jardineros. Hiperbóreos llamaban las naciones extranjeras al pueblo que le obedecía, aunque muchos clanes y tribus que nunca habitaron el Gran Norte se le habían unido en su anábasis hacia el Sur. Y el que marchaba a la cabeza se llamaba Ban, el Don, y se llamaba Ilânu, el Hombre-Dios, pero Sarpa lo había conocido como Pàrthu cuando Sarpa aún no era Sarpa ni Mayúr, y los hombres eran una estirpe joven e insabía, salvaje, que contemplaba el Norte lejano con temor, como una morada inconquistable y oscura, protegida por un anillo de encantamientos. Y Ban alcanzó los vados del Farfár como un aliado de la moribunda Astraya.

Buceando en la memoria de Sarpa, Mayúr vio con ojos propios y ajenos la batalla a las puertas de Tor Valimar, las Estancias del Señor de Vali. Las negras legiones avanzaban incontenibles, numerosas como columnas feroces de hormigas, empujando a las gentes de Vali hacia el mar. Fuego y humo las precedían y máquinas de guerra cubrían su marcha con aplastante artillería: el negro cielo llovía negras piedras y piedras encendidas. La batalla era de Sarpa.

Entonces una sola imagen substituyó el minucioso devenir de la historia, y Mayúr vio una cimitarra negra caer sobre un suelo de mármol y quebrarse en mil fragmentos de cristal obscuro; luego, cada fragmento se iluminó con el poder de una espada resplandeciente, arrasadora. Sarpa estuvo ante Ban, mientras su ejército huía derrotado. Y Mayúr oyó reverberar en los oídos de Sarpa el eco de aquellas palabras inmortales, pronunciadas en aquella hora por el Don:

«¿Ha vencido entonces Sarpa, la Serpiente, a Mayúr, el Pavo Real, sin esperanza para la Luz que habita en ti?».

Sarpa crispó el puño en un gesto de odio, como si estrangulase el aire de la noche, y partió al galope dejando un desafío en el viento, sabiendo que Ban lo seguiría hasta el centro de aquel reino suyo que aun asentándose sobre cimientos de este mundo lo era del Infierno. Allí libraría Sarpa la lid verdadera, sentado en su trono gris bajo un palio de noche negra y en el apogeo de su siniestro poder. Cruzó Sarpa la tierra de Astraya derrotado, pero cuando pisó la negra piel de su montaña de nuevo se sintió coloso, un rey invulnerable del Abismo. Mas tan impenetrable volvía a ser la niebla que allí lo ocultaba, que Mayúr no pudo ascender con Sarpa a la cumbre torturada del Urmilah. Estos recuerdos, como los fragmentos de un incompleto rompecabezas, se unían a los despertados por el libro enviado al rey de Dyesäär. Pero ¿cuál era la pieza que faltaba? ¿Qué escondía la niebla de la Montaña Negra, milenaria, expandida por los pliegues de la memoria de Mayúr y trazando en ellos un país de cenagosa incertidumbre, amurallado por el vértigo y el olvido? ¿Acaso un desconocido reconciliaba o superaba y trascendía a Sarpa y a Mayúr? ¿Un Señor de la Oscuridad, la fiera aún por derrotar de la que hablara Yummüel antes de partir, o un inesperado

ángel de Luz?

Mayúr abrió los ojos a la luz de la caverna y se alzó. Intuía que la respuesta estaba en el camino frente a él y que aquel cementerio azul le había dado ya todo lo que podía dar de sí. No era azar que aquella gruta hubiese sido el templo de su recordar, pues ¿no es la memoria también una necrópolis donde los muertos que el Tiempo acumula esperan la hora de su resurrección?

Se contempló en las aguas del estanque como en un espejo. Por un instante vio a Inca aún o creyó verlo en su reflejo. Recordó las incertidumbres del escudero y triviales le parecieron entonces desde las cimas y las simas de las incógnitas de Mayúr. Después, las aguas le ofrecieron un rostro nuevo que él no reconoció, un rostro joven y antiguo, dulce y duro, suave y poderoso, sabio y festivo... el rostro común a esa estirpe a la que pertenecían Mándos y Pradib y Arabínder, y Alayr y Ban, Rey de Reyes. Un rostro nuevo, pero un rostro eterno; exclusivo e individual, y a la vez gloriosamente compartido.

Luego, Mayúr emergió de la caverna al día de la Tierra. Koría despertaba y la luz era gris. Tan indescifrable como las sendas recorridas e insinuadas del Tiempo y la Memoria le pareció entonces el camino frente a él.



## XX

Un cuerno se dejó oír quejumbroso hacia el Norte. Luego el rugido de los leones del bosque, resquebrajando la tarde. El silbido de unas flechas y la vibración de cuerdas de arcos y ballestas quedando en el aire como eco de cítaras... dardos ciegos hiriendo la espesura y para nada.

Lloviznaba. Otra vez el agua a través de la bóveda calando a los hombres, entorpeciendo su paso; otra vez la niebla alzándose como un ave gris del humus del suelo y afantasmando las horas, sumiendo el bosque en un caos palpitante donde todas las posibilidades del peligro y la muerte esperan aún informes su instante y donde todos los caminos del porvenir se enmarañan y confunden.

Un cuerno se dejó oír hacia el Norte. Luego el rugido de leones, el silbar de saetas volando tras presas invisibles, perdidas entre la hojarasca... y para nada.

—Nos están empujando hacia las ciénagas —dijo Báarak, que acababa de ocupar el frente de la columna central junto al príncipe Brahmo y Melk.

—¿Esas flechas...? —comenzó el príncipe.

—No, mi señor —respondió Báarak—. Los hombres disparan por rabia; una vana muestra de fuerza... o de debilidad. Es el segundo día ya que oyen esos rugidos, pero aún no han visto una sola fiera. Cuando tratamos de presionar hacia el Norte, la espesura se cierra, la vegetación se mueve como si miles de leones la agitasen ocultos en ella. Se diría que el bosque es su aliado y nuestro enemigo. Los cazadores que enviamos en esa dirección se perdieron. Oímos sus gritos... y su silencio.

El rostro de Báarak revelaba agotamiento, preocupación. Hacía tres noches que no dormía, que no reposaba más de unos pocos minutos. En todo momento Báarak estaba en todas partes, en todos los ángulos, en todos los flancos del ejército que cruzaba el bosque; transmitía órdenes, examinaba rastros, olía el aire o con sus ojos penetrantes dominaba tanto espacio como se lo permitían los verdes muros del laberinto de Koría. Ahora, exhausto, su cuerpo marchaba sin fuerzas, como un muñeco que sólo se sostiene porque pende de la percha de una inquebrantable voluntad.

El príncipe volvió la vista hacia atrás. Ninguno de sus hombres había corrido tanto como Báarak, sin duda, pero el cansancio era general y, a excepción de Melk, parecía que una legión de almas recién descarnadas le seguía resignada al submundo de las sombras.

—¿No deberíamos detenernos, Báarak? —preguntó el príncipe—. Está

anocheciendo y todos estamos agotados.

—La cuestión es ahora, alteza —suspiró el cazador—, si se nos permitirá hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Espero noticias de la retaguardia. He enviado un pequeño grupo al Este porque sospechaba que nos venían siguiendo... o mejor, empujando. Otras fieras. Es posible que tengamos también otro enjambre al Sur. Ya os lo he dicho, mi señor: nos están empujando a las ciénagas.

Como en respuesta a las palabras de B́arak, un aullido sonó a la izquierda de la columna, cerca de donde debía de quedar el río, el Lula-Bet, de acuerdo con las estimaciones de Brahma.

Y a los pocos minutos llegó uno de los cazadores reales desde el Este. Había adelantado corriendo a toda la hilera de soldados, traía las ropas desgarradas, el cuerpo manchado de lodo y de sangre. Saludó a los superiores marcialmente, luego se dirigió con más familiaridad a su propio jefe.

—Tenías razón, B́arak. Nos siguen a no mucha distancia. Son los grandes lagartos. Cientos de ellos. Hemos tratado de eliminar unos cuantos, pero nuestras armas no los hieren.

Acababa de hablar cuando tronaron los leones a la derecha y avanzaron arrasando paredes de arbustos. Hubo ruido de metales, gritos, caídas, y toda la tercera columna fue empujada sobre la que encabezaba el príncipe. No había habido bajas, ataques reales; sólo susto y una desesperanza cada vez mayor.

Siguieron avanzando. Las dos columnas marcharon juntas, desordenadas, a cierta distancia de la segunda, más cercana al río y acosada por los lobos. No había fuerzas más que para caminar; no quedaban fuerzas para pensar, para planear una estrategia. No había fuerzas ni para caminar, pero detenerse supondría un esfuerzo diez veces mayor porque habría que luchar... luchar... y en aquel desorden... La niebla seguía creciendo alrededor, adensándose, compactándose, pero además penetraba en los hombres, por sus ojos, por los poros de su piel, por sus bocas resollantes, y llenaba poco a poco sus miembros y sus mentes de inercia y confusión, de imposibles, de un sentimiento creciente de derrota y de la certeza de la muerte.

Murmuraban contra sus jefes los soldados, pero se sentían incapaces de hacer otra cosa que seguirlos sumisos al matadero cenagoso.

De cuando en cuando, Brahma contemplaba de reojo a su alférez. Melk se mostraba tranquilo, fuerte, entero; los sentimientos de derrota que abrumaban a los demás no tenían poder sobre él y su avance era tan poderoso y decidido, y a la vez tan imperceptible y ligero, como el de un genio de los bosques. Melk callaba. Desde hacía dos días, desde la noche de su impensable hazaña, se había encerrado en una burbuja de silencio y parecía a la expectativa de algo.

Respondía leal y eficazmente a los requerimientos de su señor el príncipe, cumplía unas órdenes que cada vez eran menos, pues Brahma sentía un asombro y una reverencia crecientes ante aquel hombre misterioso, y se preguntaba si no debería

más bien ser él mismo quien le rindiese homenaje y se pusiese a sus órdenes. Le había visto blandir su hacha bifaz y vencer a más brujas que las que hubiera podido aniquilar el ejército entero, ¿por qué ahora marchaba ausente, como si no pudiera afectarle la proximidad de las fieras, pero como si no le importase tampoco el sufrimiento de los hombres y el peligro que los estrangulaba? ¿Esperaba acaso un acto de humildad por parte del príncipe: el reconocimiento de su dignidad superior? A Brahma no le costaría hacerlo, pero ¿quién era Melk realmente? De pronto recordó a los gigantes *tholos* arrodillados ante él como si de una divinidad se tratase.

—De los *tholos* ¿hay noticias? —musitó sin saber muy bien a quién se lo preguntaba.

Bárak miró al príncipe como si soñase. ¿Cómo había podido olvidar que aquellos guerreros inigualables habían prometido unirse al hombre-dios en número de trescientos y levantar a otras tribus amigas? Si lo hicieran... y si lo hicieran pronto... podría abrirse una brecha en el cerco y todavía habría esperanza. Bárak alzó su cuerno y sopló en él la llamada con la que a distancia se pedían ayuda unos a otros los cazadores *tholos*. Llamó una vez, decidido y poderoso.

Llamó una segunda vez, expectante. Llamó una tercera, aún esperanzado. Llamó la cuarta, dudoso. Llamó la quinta, y el cuerno sonó agudo de vacilación y desencanto. Llamó una sexta y una séptima, con ira y desesperación, y le respondió el aullido prolongado de los lobos como una sentencia de muerte.

La noche negra emergía del vientre de la niebla gris. Las fieras empujaban a los hombres por una senda cada vez más angosta, las tres columnas se habían fundido en un solo desorden y la ciénaga los esperaba delante como una tumba abierta, un sepulcro de agua y lodo. Los cercaban y enfilaban los gritos de las bestias, como a una recua de acémilas o de esclavos, como a una procesión de espectros los diablos. Cínicos aullidos a la izquierda, bordeando el río y apagando su murmullo entrañable; marciales rugidos a la derecha, asordando tímpanos como aludes o tormentas; y atrás, a las espaldas, un susurro permanente y un siseo insidioso, apenas un silencio desgarrado, sonido insinuado a través del sueño, ominoso, absorbente, hechizante, agotador.

Brahma contempló de nuevo a Melk y se preguntó, esta vez fieramente, por qué el extraño héroe seguía callando, qué esperaba para ofrecer una salida, una esperanza... si la tenía.

¿O acaso tampoco él conocía el camino de la salvación, acaso tampoco para él había camino?

Pero la marcha seguía adelante, adentrándose en un aire cada vez más oscuro, pisando un terreno cada vez más húmedo, y las teas de los soldados empezaron a encenderse tratando débilmente de desventrar la opaca densidad de la atmósfera. De pronto la voz de Melk se dejó oír, serena:

—Bárak, tú debes de conocer el cementerio *tholo*, a no mucha distancia de aquí.

Bárak lo miró como el durmiente arrancado de pronto de su sueño a mitad de la



noche. El cementerio *tholo* del Este de Koría, cierto, estaban marchando hacia él. Apenas a media hora de camino, el Lula-Bet saltaba desde un peñasco tajado en el extremo oriental de las Húrindra, las Colinas del Sol, para formar un pequeño remanso de aguas frías y borbollantes entre macizas rocas grises antes de seguir brioso hacia el Este. El salto del río no tenía más de quince pies de altura, pero el agua caía con potencia y música formando una cortina de blanca densidad. Tras esta cortina la roca se abría en una grieta no demasiado ancha, pero dando paso a una profunda caverna que se entrañaba en la tierra y cuyos pasadizos, salas y galerías recorrían una larga distancia entre los cimientos de las colinas. Era un lugar muy antiguo, ofrecido por la espontánea Naturaleza a la mano transformadora de las razas hábiles. Los mitos de los salvajes de Koría lo atribuían a una era anterior a la del predominio del hombre y lo consideraban sagrado. Hablaban de la luz que lo inundaba como un mar de aire ondulante. Hablaban de héroes de muchas tribus que habían querido conquistarlo para sí mismos y habían irrumpido allí declarando suyos todos los tesoros que en la gruta pudieran encontrarse. No les dio riqueza ni poder la honda tierra, pero con los restos de estos reyes de un instante alimentó a sus hijos menores, los gusanos. Los *kuria*, la tribu más poderosa al Este de los Picos Gemelos, titularon suya la caverna, pero ésta sólo les comportó maldiciones y acabaron por evitar sus alrededores. La gruta, de profundidad y ramificaciones insospechables, aceptaría sólo las momias de los grandes jefes *tholos* y la veneración de los *tholos* vivos por sus héroes muertos. Bárak debió hacer un esfuerzo supremo para pensar, para forzar contra la telaraña de su mente nebulosa las consecuencias próximas y lejanas de la pregunta de Melk. Estaban yendo hacia allí... ¿y? Estaban yendo hacia allí y pronto las Húrindra se alzarían a su izquierda como gigantes tenebrosos bajo aquel lunor extraño de luz atomizada que saturaba la niebla. ¿Y? Si era cierto que las fieras los estaban empujando a la ciénaga, se verían obligados a pasar muy cerca de las colinas, a muy corta distancia del salto del río... ¿y? ¿Es que era posible alcanzar la grieta, hacer entrar en la caverna a los quinientos hombres y conducir todo el ejército bajo tierra hacia una salida desconocida... ignorada incluso por Bárak, que decía conocer Koría mejor que el huerto de su modesta morada en el Cinturón Fértil? ¡Locuras! Su mente rechazó perezosa seguir pensando. El camino, caminar, esto era todo lo que importaba. Pero el camino lo era hacia la muerte, ¿por qué seguía obstinándose en él?

Vaciló, luchó contra la niebla interna que anegaba y diluía su cerebro, reconstruyó el sendero trazado por su pensar hasta el instante en que se había rebelado... ¡locuras! ¿Y? Pero las locuras eran lo único que podía salvar aquella situación desesperada. Locuras. Un anillo de arqueros, ballesteros y honderos protegiendo todo el arco Norte-Este y tratando de retroceder en formación de combate hacia el río, disparando a la noche, a la niebla, a la espesura, a estos tres muros impenetrables de la ceguera... ¡Locuras...! Melk con su hacha bifaz y un pequeño grupo de locos como él arrojándose contra los lobos y abriendo brecha hacia el río, el resto de los hombres

siguiéndolos en perfecta formación, bordeando la caída de las aguas por la estrecha franja de roca resbaladiza hasta la grieta y entrando uno a uno en la caverna... ¡Locuras...! Melk y su pequeño grupo de locos cubriendo la retirada del anillo protector de arqueros, ballesteros y honderos hacia la gruta, viéndolos desaparecer en su interior mientras taján a ciegas, a izquierda y derecha, y contienen el ímpetu de bestias que son diablos... ¡Locuras...! Pero estas locuras, al fin y al cabo, eran la única esperanza para todos. Y la esperanza encendió un modesto pero viviente entusiasmo, que dispersó de golpe la niebla de sus pensamientos.

—¡Lo tengo! —exclamaron a la vez Bárak y el príncipe.

Melk, secretamente, sonrió.

No habían pasado ni veinte minutos cuando el murmullo gozoso de la caída del agua llegó desde algo más al Sur y al Oeste. Desde la cabeza de la marcha hasta la cola, los soldados se habían transmitido las órdenes de sus jefes y con ellas la esperanza. El estímulo de la acción próxima, aunque demente, alejaba de sus miembros el cansancio, y la idea de morir combatiendo les devolvía el ánimo que la ciega resignación les había estado hurtando. A pesar de las escasas posibilidades de desbordar el cauce que sus feroces conductores le imponían, la columna había ido reordenándose sutilmente, cada hombre se hallaba ya en el lugar adecuado y cada uno sabía lo que tenía que hacer cuando se diese la señal.

«Será un aullido —se habían dicho unos a otros desde el principio hasta el final de la columna—. Un aullido como no habremos oído nunca otro igual».

De pronto la noche se incendió con un baladrido prolongado, un sonido entre el aullido del lobo, el barritar del elefante y el grito victorioso del pavo real. La niebla se dispersó en las alturas y el hacha bifaz de Melk resplandeció al emerger de debajo de sus vestiduras para perturbar la noche como ya la había perturbado su grito. Melk, Brahma, Bárak y los *compañeros* se precipitaron hacia el Lula-Bet formando una cuña cuya punta incontenible era el alférez real; el resto de los soldados los siguieron. Pronto divisaron el río, las aguas borbollantes, la grieta tras la cortina adiamantada por la luna, que ahora derramaba los chorros de su luz como para aplastar los últimos jirones de la niebla. Pero descubrieron también la hilera de ópalos encendidos que los contemplaban con odio, en simétricas parejas, a través de las sombras; y cuando las bestias rugieron arrugando los hocicos, sus colmillos brillaron como alfanjes.

El hacha de Melk era un remolino. Él solo empujó a una docena de fieras hacia el río tajando cabezas y miembros, rompiendo espinazos. La compacta hilera de los animales quedó partida en dos y, mientras Melk contenía la furia de la mitad izquierda, el resto de su grupo de locos luchaba a la derecha. El espacio libre en el centro lo atravesaron los soldados hacia las rocas que bordeaban el agua y, cruzando la incierta franja cubierta de musgo, desaparecían tras la cortina del río por la entrada a la caverna. Brahma había comprobado el poder de Mrīyantar. Más de una vez ya la había entrañado en el pecho de un lobo, más de una vez había cebado su filo en el cuello de una bestia; pero mayor aun que el poder del acero era la Fuerza que poseía

su cuerpo y su espíritu e inspiraba sus movimientos. No podía dudar de que su centro era Melk, él la encarnaba y la irradiaba, y colmaba a todos los luchadores de aquel ímpetu irresistible que Brahmo había descubierto en el oficial la noche de su combate con las *kurias*. Mientras arremetía contra los lobos de ojos como piedras llameantes y mirada aniquiladora, Brahmo sentía más y más intensamente la punzada del enigma que era Melk. De nuevo frente al embrujo de ojos turbadores, algo, un sueño, una imaginación, un recuerdo informe quería emerger a la superficie especular de su memoria. Y supo de pronto que la esencia de aquellos ojos había sido descrita perfectamente por su tía Yâra en alguna de sus narraciones, pero no podía recuperar del olvido el nombre del personaje. Una garra le hirió la pierna derecha y uno de los *compañeros* cayó a su lado desangrándose por la garganta. Luchó con más fuerza, con mayor entrega, mientras veía a los arqueros replegarse guardando cierto orden y dejando tras de sí algunos leones asaeteados, muchos camaradas muertos.

Diez *compañeros*, Bárak, Brahmo y Melk formaban ahora el bastión protector contra las fieras mientras el último soldado sobreviviente desaparecía por la grieta salvadora. Lobos y leones asediaban juntos la muralla de hombres y aceros, y una Fuerza desconocida los debilitaba y desalmaba, como antes hiciera la niebla con los humanos. Crecía el murmullo de los grandes lagartos arrastrándose pesadamente a través de la espesura y acercándose cada vez más al río.

Melk empezó a pronunciar nombre tras nombre. Las órdenes eran retirarse cada uno al oír el suyo a la caverna. Si el príncipe y Melk no lograban salvarse, Bárak quedaría al mando de las tropas y su misión sería retornar a Eben y ponerse a las órdenes de la reina; si tampoco él lo conseguía, todos los soldados se someterían al más antiguo de los *compañeros*. Por ello el primer nombre en ser pronunciado fue el de Ébion, y el veterano Ébion, herido pero bravo, arrojó aún su última estocada a un león alzado de enorme altura antes de obedecer la voz y correr hacia la gruta.

—Ebnemón... —dijo Melk después de un breve intervalo—. Mayêndra... Éshadass... Aryo...

Ito...

Pero las fauces de un lobo acababan de aferrar a Ito al quedar descubierto su flanco izquierdo por la partida de Aryo, y Bárak y Brahmo debieron golpear con todo el poder de sus armas a la fiera para que soltase al *compañero*. Al fin pudo partir, con una pierna muy mal herida, ayudado por Barka y Dasu.

—Élinor... —volvió a decir Melk mientras hendía la cabeza de un lobo y cortaba las patas de otro que pretendía saltar sobre el príncipe—. Shorudáss...

El más joven y vehemente de los *compañeros* partió al fin, el último, y el bastión protector quedó sostenido sólo por tres pilares. Durante unos momentos el ataque cesó. Lobos y leones retrocedieron gruñendo, rugiendo, mostrando su ira de marfil y dejando que la noche se colmase de su desafío atronador. Sabían que se enfrentaban a una Fuerza que trascendía a aquellos hombres, una Fuerza que se humanaba en ellos para contener y sojuzgar el Poder brutal que animaba a las bestias. Al menos medio

centenar de los suyos yacían muertos alrededor, algunos rotos en pedazos, sus ojos hechizantes apagados, vidriosos, ámbar turbio y sin vida en rostros deslenguados sobre almohadas de hierba; otros se lamían las heridas. Hombres caídos había también, acaso tantos como fieras, y la muerte en ellos era como la exaltación de una secreta hermosura; la partida definitiva había dejado en sus cuerpos el rastro de una paz última y completa, coronada por el valor. La muerte era un escultor hábil, veloz, perspicaz.

—Báarak, príncipe, partid ya —exclamó Melk conminándoles a aprovechar aquellos instantes de calma.

Báarak titubeó un momento pero, viendo que el príncipe permanecía en su puesto con Mriyantar cimbreado en su mano, no se movió.

—¿No me habéis oído? Partid ya, aquí ya no podéis hacer otra cosa que entorpecerme —retornó Melk.

—No te quedarás solo —repuso el príncipe—. Pero tú, Báarak, sigue a los demás.

Hablaban sin desviar un instante la vista de sus enemigos, sabiendo que aquella inesperada tregua se rompería en cualquier momento.

—Tampoco yo os abandonaré a vos, alteza —desobedeció Báarak.

—Jugáis con la lava de un volcán y aún no os habéis dado cuenta —les fazfirió Melk—. Dejad por un rato este juego de tontas fidelidades y apartaos de aquí. En la gruta hay hombres que necesitan un jefe. ¿Es que podríais haberme ayudado contra las *kurias*? ¡Vamos, partid, yo os seguiré!

—Escucha... escucha... —murmuró Brahma.

Un ruido nuevo llegaba del follaje imponiéndose al fragor cada vez más próximo de los lagartos que reptaban hacia allí. Algo se arrastraba, algo arrasaba todo a su paso, aplastando, devastando a medida que avanzaba. Y de pronto estuvo ante ellos, bañado por la luna, creación terrible y grotesca de un dios para poblar de espanto enloquecidas pesadillas. Era un gran saurio, del tamaño de un rinoceronte pero capaz de elevarse sobre sus anchas patas traseras y mover unos brazos armados de prodigiosas garras; un rostro casi humano pugnaba por emerger bajo la piel acorazada del reptil; sus ojos grandes y oscuros eran pozos para la disolución de las formas, pues el mirar de la bestia era la inexorable reclamación de la Muerte, y su lengua era larga y rápida como un látigo.

Con un grito prolongado Brahma se lanzó hacia el monstruo blandiendo la obstinada Mriyantar, pero el animal lo hizo caer con un barrido de su cola. Melk empezó a correr hacia el príncipe, pero de pronto oyó un gemido ahogado tras él y al volverse vio incontables serpientes emergiendo de las aguas del río y atacándoles por la retaguardia. Una de ellas había enlazado las piernas de Báarak con parte de su largo cuerpo esmeralda y se deslizaba a increíble velocidad sobre la hojarasca hacia el interior del bosque, arrastrando a su presa. Por un momento Melk vaciló. Pero ya el saurio se agachaba sobre el príncipe como si quisiera arrancarle aún palpitante el corazón y el veterano, alzando su hacha, lanzando su grito de guerra, se precipitó

hacia su señor.



## XXI

Había algo esperanzador en el aire aquella mañana. Mayúr sentía próximo a Inca o, dicho de otro modo, era como si el modo peculiar que Inca tenía de enfrentar la vida, de reírse de ella, de avanzar suavemente hacia el futuro con una confianza espontánea y absoluta en el destino, hubiese tornado de pronto a hacerse dominante en la personalidad de Mayúr. Y el guerrero hallaba en el zagal, en su simpatía, el arma más preciosa y efectiva para sobreponerse al laberinto del bosque y del Tiempo: la sonrisa. Y desde la ventana emotiva que Inca le abría al mundo exterior, Mayúr podía contemplar sus últimos tres días en Koría, desde la mañana en que emergió de la caverna azul y empezó a perderse en el dédalo de vegetación y vacío, con una sana y estimulante ironía, riéndose de la distancia que puede llegar a separar la ciega obstinación de un hombre del favor infrecuente de los Cielos.

«El favor de los Cielos... —sonrió interiormente Mayúr—. Pero acaso el favor sea seguir perdido en el bosque, no haber hallado la senda aún. Acaso el favor del Cielo sea no plegarse a mis deseos, mi urgencia, y no torcer el hilo de la historia para satisfacer mi voluntad, pues una Voluntad más alta hay que sabe y teje y guía».

Siguió avanzando. Como los días anteriores no halló rastros, señas, indicios y, cuando cerca ya del mediodía se tumbó al pie de un árbol de tronco ancho y oscuro para intentar hallar la ruta en sueños, el sueño lo absorbió como un agujero negro y el tiempo pasó como en un pozo de inexistencia. Al despertar percibió un cambio en la luz del bosque; el sol, ausente durante los últimos días, se hacía visible de cuando en cuando a través de desgarrones en las nubes y cada vez eran más las costuras rotas de aquel denso celaje. Habrían pasado al menos dos horas desde que se durmiera al pie del árbol y Mayúr se levantó de un salto, aborreciéndose por aquella pérdida de tiempo y temiendo que aquel día de armonía natural, de alegría espontánea y silenciosa acabase de forma tan estéril como todos los demás. Pero de nuevo Inca sonrió en su interior quedamente y su gesto mágico disolvió todo apasionamiento, devolvió la esperanza, la confianza y el poder de aceptación. Continuó hacia el Este y empezaba ya a oír el murmullo de un curso de agua cuando de pronto se sintió doblado, multiplicado, agrandado, exaltado, y le pareció escuchar a su izquierda el sonido creciente de algo que a un mismo tiempo era música, una música de fuerza y de gloria y alegría, y el repicar de unos cascos de caballo en el tambor de la tierra. Tornó su mirada en esa dirección y, como aquel que percatado demasiado tarde alza

su vista al cielo para ver sólo el último resplandor de una estrella fugaz pero se le escapa su caída vertiginosa de cometa, Mayúr vio sólo un destello blanco entre los árboles partiendo desde algún punto desconocido a su izquierda y perdiéndose delante suyo. Pasó la música, remitió la sensación de euforia, exaltación, pero quedó en el aire una estela de fuerza y de belleza como si lo que había percibido Mayúr fuese la huella de un ángel o un dios. Hubo entonces como un chapoteo en el curso de agua que borbollaba algo más adelante y Mayúr se apresuró hacia allí, espoleado por la curiosidad pero también por el deseo de hacer revivir las sensaciones que el tránsito de la misteriosa albura había provocado en él. Vio desde lejos unos altos matorrales marcando el límite de la vegetación frente a la orilla de un riachuelo y se lanzó hacia ellos, se arrojó tras ellos y, sólo cuando estuvo seguro de que el chapoteo continuaba, ahora a corta distancia de él, alzó la cabeza sobre los matorrales y contempló las aguas.

Sumergido hasta los jarretes en una corriente suave de transparencia fría sobre un lecho de piedras rojizas había un caballo alto y fuerte, más blanco que las blancas nubes, que la nieve, blanco como la luz primordial, indivisa y cegadora. Los globos de sus grandes ojos eran azules como turquesas; su cabeza, bella y poderosa; sus crines y su cola eran finas, largas hebras de oro trenzado; su cuerpo era una encarnación de la Fuerza, el Camino, la Esperanza. Tal como ocurre con el viento, con el mar embravecido, mirarlo era oírlo: una sinfonía de jubilosa exaltación llegaba de él para anegar los oídos, el ruido del roce dulce y creativo de las esferas estelares.

Mayúr no dudó ni un instante: aquel caballo era un *frey* inmortal, una de las monturas que los Reyes Antiguos habían dado a sus elegidos para que recorrieran como ángeles el mundo dejando tras de sí estelas de luz, huellas de diamante.

El corcel miró hacia los matorrales entre los que emergía la cabeza del guerrero. En un gesto de luz, belleza y poder arboló su cuerpo, golpeó el aire con sus manos de cascos dorados y relinchó llenando el bosque de su presencia. Luego se dejó caer sobre sus cuatro patas nervudas, musculosas, y agitando gozoso sus crines partió al galope, remontando el río, partiendo con su pecho la corriente. Mayúr salió de su escondite y corrió tras él por la orilla derecha del riachuelo, pero el albor peregrino se perdió pronto tras los arcos de vegetación que abovedaban las aguas algo más al Norte.

Mayúr sintió que aquella aparición no era casual. El *frey* se había mostrado para señalarle la dirección, para decirle que al fin y al cabo su primera intuición, la de marchar hacia los Picos Gemelos, era lo adecuado y que había perdido demasiado tiempo buscando innecesarios rastros que la confirmasen. Sin duda aquél debía de ser el río Sangre, que brotaba de las fuentes del Ish y se deslizaba sobre un lecho rojo, de piedras y arenas como el cinabrio; y esta idea se formó en la mente del guerrero ajena a todo recuerdo consciente de Inca, de Sarpa o de Mayúr.

Cómo no recordar ahora a los *frey*, mientras Mayúr seguía al rayo blanco hacia el Norte de Koría por la margen oriental del Sangre, que los ebénidas llamaban Damm y

los salvajes, Téy-tí. También a él le había sido dado un *frey* en los días gloriosos de los Grandes Señores, cuando su reinado no había llegado aún a su mitad; y Mayúr lo había llamado Surya, el Primer Sol, pues su color, aun siendo blanco, insinuaba una curiosa tendencia hacia un rojo atenuado, como el cuarzo levemente nublado de rosa. Durante siglos Surya lo llevó por los caminos del mundo, solos jinete y caballo como una centella o unidos a otros caballeros y debiendo someter su paso al de las monturas mortales. La Tierra parecía demasiado pequeña desde el lomo de Surya y, cuando galopaba, Mayúr tenía la sensación de que antes de que su corcel pudiera frenar sus ímpetus y detenerse arrojando el suelo ambos caerían por el precipicio del Infinito. Pero hubo un día en que Mayúr lo llamó y el animal no le obedecía, saltaba inquieto por el prado, ofrecido a la mirada de su caballero pero no a sus deseos. Corría el tiempo del obscurecimiento de Joves. Mayúr aún no se había traicionado a sí mismo, pero Surya percibía ya la cabeza de la serpiente, aunque todavía oculta bajo el plumaje del pavo real. Surya descubrió a Sarpa antes que Mayúr, en cuanto la primera gota de negrura cayó en su corazón para crear la costra que lo envolvería, acorazándolo, y borrar todo camino desde él hasta el Habitante Profundo. Aquel día, Surya se arboló como momentos antes el *frey* de puro blanco y partió hacia tierras y dueños desconocidos dejando a Mayúr solo y humillado. Y aquel día, porque Mayúr no encontró ningún otro caballo en las cercanías de su morada que se dejase montar por él, tuvo que presentarse ante su señor a lomos de una mula. Agriamente se vengó Maurehed de aquella humillación inferida a sus Electos, y una raza negra de corceles fuertes como toros, de resuello ponzoñoso y huella de fuego, vino a substituir bajo sus ingles a los *frey* inmortales. Alguien llamó a estas nuevas cabalgaduras *Noches Galopantes* y también *Vientos del Infierno*, y aunque no eran inmortales, el de Sarpa sirvió durante siglos y siglos a su señor, hasta que Dama Alayr le arrancó la vida en combate, y ello fue símbolo del nuevo destino que desde entonces cabalgaría Mayúr.

No había pasado ni media hora cuando el guerrero volvió a sentir aquella poderosa exaltación, percibió la música en su oído interior como un *mantra* de victoria y vio a su derecha el destello blanco, que galopó un instante delante de él y desapareció nuevamente en la espesura.

Sentía de forma cada vez más intensa que el *frey* era una clave, un arma importante para su aventura, el paso antes del fin y el camino que lo llevaría directo a su meta. Corrió tras él por la senda junto al río, que ascendía suavemente entre juncales y árboles combados sobre las aguas, cruzándolas como infirmos puentes de verdor. Y de pronto alcanzó una zona de helechos y matorrales bajos donde la vista podía volar más despejada; vio a su derecha una loma y, en la cima, engrifado, llamándolo con sus manos alzadas al viento, brillaba el *frey*. Mayúr no vaciló un instante y con toda la fuerza y velocidad de la que aún eran capaces sus piernas cansadas marchó al encuentro del inmortal. Esta vez el *frey* lo esperó, manso y espléndido. Mayúr se le acercó, jadeante. Alargó la mano hacia él y le acarició la frente, el belfo, el cuello, y el *frey* no sólo se lo permitía sino que se ofrecía como una



doncella a sus caricias, magnificando con ternura su imagen de potencia. Esta actitud le resultó a Mayúr familiar. Descendiendo por su cuello con caricias, llevó su mano al pecho del animal y vio allí, en su centro, el remolino de pelos dorados.

Esbozó entonces una sonrisa de alegría y nostalgia.

—Úttar. Tú eres Úttar, el *frey* de Ban —dijo.

El caballo agitó gozoso su cabeza.

Lo invitaba a montar. Mayúr lo supo y aceptó, y en cuanto estuvo sobre el corcel, la euforia se aplacó, pero sintió su consciencia expandida y su campo de percepciones sensibles se extendió hasta incluir no sólo toda la periferia física de su cabalgadura, sino también su aura vasta y brillante. Como en tiempos milenarios le aconteciera con Surya, ahora Mayúr era uno con el *frey*, con su alma y su consciencia, sus sensaciones y representaciones. Y aún blanca y amorfa frente a él pero viva y accesible, una memoria honda, honda en el Tiempo, le invitaba a sus pliegues y a sus túneles, repletos de arcanos y de formas innumerables.

Desde aquella cima viva de blancura, Mayúr contempló el bosque, el horizonte, y la máxima distancia que su vista podía alcanzar le pareció una meta demasiado cercana para su galope de centauro divino.

Pero Úttar no galopó. Descendió la loma al paso, turbando la luz con su movimiento elegante. Si hubiese querido, habría podido alcanzar los Picos Gemelos antes de que muriese la tarde, pero no era éste su objetivo. Porque Mayúr era Úttar también y cada vez se sentía más penetrado por la consciencia del *frey*, más y más fundido con ella, comprendió que no era éste su objetivo. Su naturaleza *frey* quería mostrarle algo y por ello aquella memoria, extendida como un puente entre el pasado y el futuro, llamaba su mirada. La imagen del puente, simbólica, se sobrepuso a la del mundo vegetal que lo rodeaba; pero sobre todo lo inquietaba la sensación de un recuerdo naciente, palpitante, aún ciego y amorfo, pero prometiendo una senda fascinante a través de los nichos del Pequeño Olvido, que forma los depósitos inmediatos tras las salas iluminadas del museo de la memoria. Y arrojándose a los pliegues del Recuerdo, Mayúr se encontró con la imagen del Señor Sabbathio, de los Grandes Señores el que poseía los arcanos del conocimiento místico y oculto, el Iniciador de Ban y de otros dos *Rishis* muertos en la Primera Conflagración. Una imagen le condujo a otra imagen y a través de uno de los túneles del Tiempo, su memoria activa se proyectó a aquellos años heroicos que los *Rishis* y los Grandes Señores llamaron *del Dragón*. Y fue así porque en aquel entonces muchas serpientes y reptiles alados lograron cruzar las fronteras del Gran Norte y perturbaron la vida de los hiperbóreos. Y cuando eran muertos por los héroes se tornaban aun más peligrosos, pues influían secretamente en las mentes y corazones de las gentes desde su propio mundo de fuerzas ocultas, y podían llegar a pervertir, dominar y poseer a aquellos que incautamente empezaban a aceptar como propios los oscuros pensamientos, las agresivas emociones, que aquellos seres deslizaban en sus consciencias como piedras falsas con apariencia de diamantes. Así pues, el Señor

Sabathio meditó y con su cuerpo de luz penetró en los mundos ocultos. Y vio la mano de los cuatro grandes Asuras incitar a los Dragones contra los hombres, pues demasiado poderosa les parecía la ayuda y enseñanza que los Vedas, los Reyes Blancos, derramaban sobre la Tierra, y veían con pavor a la Tierra acercarse como una nave en las alas de un viento amigo a su destino divino y glorioso.

«¡Asuras!» —pensó Mayúr.

No había figuras, rostros reales detrás de esta palabra que formaba parte de aquellos secretos iniciáticos de los *Rishis* no trascendidos a la humanidad mortal; había sólo formas ofrecidas por la imaginación para vestir la desnudez del concepto, pero el nombre de los cuatro Dioses Primordiales, que al sentirse entidades separadas de la Madre Suprema y el Inescrutable se convirtieron en sus enemigos disputándoles el señorío del universo, turbó extrañamente a Mayúr. Podía percibir su memoria fundida con la del *frey*, pero sabía que de momento eran los pliegues de Mayúr los que se abrían ante su mirada y que de estos pliegues sólo surgían los recuerdos de otro, del Señor Sabathio, escritos allí no con la tinta roja de la vida, de lo experimentado, sino con la tinta negra de las cosas narradas. Pero buceó en la narración, en aquellos recuerdos transmitidos y delegados que habrían de transformar, al fin y al cabo, la experiencia y la visión del mundo de los veintiún *Rishis* en los años del Dragón. Pues Sabathio se enfrentó a Uddhán, Señor de Dragones, en los Campos Ocultos de Fuz, en los mundos sutiles del cosmos vital, donde ya había tenido lugar la primera guerra entre dragones y dioses mucho tiempo antes del descenso de los Siete Grandes a la Tierra. Una gran batalla hubo entonces y Uddhán fue vencido por el Veda del conocimiento místico, y todos los dragones se rindieron a él.

Entonces, el Señor Sabathio encendió un gran anillo de fuego diamante y obligó a los rendidos a pasar a través de él en señal de sumisión. Y a medida que los dragones atravesaban el anillo perdían su terrible apariencia, su forma imponente y colosal, para convertirse en meras sabandijas asquerosas e inofensivas.

Poco a poco, Mayúr había ido deslizándose desde los recuerdos prestados a los vividos y comprendió que se había sumergido ya en la memoria del *frey*, si es que verdaderamente podía distinguir de este modo las mitades de su memoria centauro. Veía al Sabathio de aquella hora, su cuerpo de Luz, no con la figura esculpida por su imaginación cuando en forma de cantar iniciático le fue narrada la gesta del Gran Señor, sino tal como fue a sus ojos en aquella hora de rendición, sumisión y liberación. Pues Úttar formaba parte de los dragones vencidos y esperaba el momento de saltar a través del anillo de fuego. Terrible les parecía a los dragones aquel círculo de diamante ígneo, doloroso como la verdad, que reduciría a la nada sus cuerpos de falsa potencia. Pero había entre las filas inmensas de dragones derrotados apenas dos docenas de ellos que estaban exultantes y, como si enloquecidos por el desastre quisieran apresurarse más y más hacia su ruina, trataban de adelantar puestos en aquella cola interminable para que el turno de saltar les llegase cuanto antes. Mayúr

sintió aquella alegría galvanizando su cuerpo asqueroso de reptil inmenso. Los años o ciclos o eras pasados bajo el infierno de aquella piel rugosa, deseando una muerte que no podía penetrarla, alcanzarle tras la dureza de aquella coraza de saurio, desfilaron lacerantes ante él, pero vencidos ahora por la esperanza. Por fin pudo correr a través del campo hacia el anillo diamante, sostenido por la mano inexorable del vencedor entre el terreno que ocupaban los dragones y el que poblaban las sabandijas, venenosas ya sólo por su fealdad. Saltó sin poder dar crédito a tanta felicidad y el fuego corroyó su piel, penetró en su carne, hirió todos sus nervios, sus fibras, con punzadas infinitas de un dolor que era como una dicha demasiado intensa, insoportable. Cayeron sus dientes como espadas, sus uñas de acero en garras hábiles y asesinas; su lengua, que era una llama aniquiladora, se abrasó en el transparente fuego. Pero al otro lado del aro no cayó una lagartija, sino un corcel blanco de hermosura inigualable, pues aquél era Úttar, uno de los veinticuatro caballos divinos capturados y hechizados por Uddhán, Zar de Dragones, en su primera guerra contra las fuerzas de los dioses; aquellos veinticuatro que las crónicas del monte Meru llamaban *los añorados*, los nunca retornados de los Campos Terribles de Fuz; aquellos veinticuatro que, en agradecimiento a su libertador, descenderían a la Tierra para colaborar con la obra de los Reyes Antiguos y ser inmortales portadores de inmortales, heraldos de misiones divinas.

De la memoria de Úttar, Mayúr emergió al día de Koría. El *frey* seguía al paso por los senderos entre los grandes árboles que se alzaban como pilares de la inmensa bóveda viva. Aún alargaba el sol sus brazos a través de las hendiduras en el muro vegetal transformando el aire en transparente platino. Extrañamente, el camino transcurría lento bajo aquel dios de los rápidos caminos. Pero Mayúr comprendía en su consciencia centaura que más importantes ahora que los senderos del espacio exterior lo eran los del tiempo interior, pues allí estaban sin duda las claves de su aventura. Sintió que la memoria compartida lo llamaba nuevamente y atendió. La memoria arrojó un nombre, Dragones, así los llamaban los hombres, y en rápidas metamorfosis lingüísticas como fugaces floraciones de ibiscus, el nombre se tradujo a las lenguas de los Sumânöi y los Gigantes, los Alquimistas y los *Rishis*... pues los primeros y los terceros los llamaron Salamandras, y los segundos y los últimos les habían dado el nombre de *Nagas*.

*Nagas*. El nombre reverberó en la memoria con el poder de algo próximo, conocido, de una experiencia reciente o de una celdilla abierta poco tiempo atrás por el recuerdo. Como un imán, atrajo hacia sí filamentos de la memoria que se deslizaron hacia él por los vastos espacios de la consciencia-tiempo y giraron a su alrededor cada vez más veloces, entretejiéndose en hebras de imágenes recordadas a medida que se precipitaban hacia el núcleo del nombre reverberante con la fuerza centrípeta que enciende los asteroides. *Nagas*. Y a través de los ojos de Úttar, recién devuelto a su forma divina y manso al costado del Señor Sabathio tras la segunda batalla de Fuz, Mayúr vio alzarse de aquel maremagnum de sabandijas gusaneantes a

tres poderosos monstruos. Una mano enemiga los reclamaba devolviéndoles apariencias terribles y los tres abandonaban el campo de la derrota por rutas misteriosas, mirando con odio a su vencedor y con una promesa de venganza en sus pupilas encendidas. Y nada hizo Sabathio para detenerlos en aquel instante, pues la negra voluntad que rescataba a sus esbirros desde las sombras superaba el poder del Gran Señor, agotado tras la lucha o acaso inferior al de la secreta fuerza titánica. Por un instante, creyó Mayúr que podría seguir a los tres monstruos por las rutas veladas, pues en su memoria había caminos desde los ojos perplejos de Úttar hasta los ojos siniestros del Poder que, oculto, robaba a Sabathio parte de su victoria. Pero al poco de lanzarse por estos caminos oscuros de la consciencia-tiempo, a Mayúr lo detuvo un precipicio de terror: si podía seguir a los *Nagas* hasta su destino, si podía verlos con los ojos del Poder que los llamaba... Mayúr emergió jadeante del mar de sus recuerdos, como si hubiese braceado muy rápido hacia su superficie para tomar el aire que sus pulmones exigían mortalmente. En los fondos abandonados con premura quedaban como dos piedras negras dos frases condicionales. No quería mirarlas, sentía pánico de ellas. No quería bucear de nuevo hacia aquellos dos «si...» amenazantes y dejó que el pavor confundiese y cerrase sus sendas interiores.

Úttar trotaba ahora como aceptando que por el momento cesase el examen. Así pues, se había logrado al menos una clave y Mayúr quiso saber cuál. Tomando plena posesión de su mente externa, la observó. Allí estaba, una nueva flor de eclosión luminosa fascinando el jardín de su vigilia: el monstruo al que buscaba en la profundidad del bosque, el híbrido del terror, el oficiante de ritos infernales, era uno de los tres Grandes *Nagas*. El *Naga* era que sobrevivió a la espada de Ban y llamaba a Sarpa «mi Señor», el que cautivó y hechizó a Úttar, el que en el hombre, el animal o el dios despierta la naturaleza titánica.



## XXII

Pero Brahma no esperó inerte la ayuda de Melk. Mriyantar seguía imantada a su mano y, si la muerte lo buscaba a él, sería él quien respondiese a su llamada. Boca abajo en el suelo, sentía ya el aliento del saurio y sus garras casi le tocaban. Giró de pronto sobre su propio cuerpo, propulsó el tronco con la espalda y arqueó las piernas en el aire para caer sobre sus pies; en el mismo instante clavó su espada en el pecho de la bestia y empujó a Mriyantar con sus dos manos a través de la piel acorazada. El rugido del animal llenó el bosque y hasta las fieras junto a él temieron y se apartaron. La sangre brotaba de su pecho como de un manantial mientras Brahma trataba desesperadamente de liberar su acero, pero al saurio aún le quedaban vida y fuerzas para un último golpe y bajó su cabeza para descabezar de un mordisco al príncipe, descuidado en su obstinación por recuperar a Mriyantar. Fue entonces cuando el hacha de Melk silbó, cortó el aire, cortó la piel, segó el cuello del monstruo y éste se desplomó con estrépito. Por un instante fugaz los ojos del príncipe y de su alférez se cruzaron, sus miradas se fundieron y cada uno llegó al corazón profundo del otro. Brahma descubrió al fin el misterio de aquellos ojos y las palabras de su tía Yâra emergieron a sus labios con la absoluta fidelidad de los recuerdos iluminados por la memoria intuitiva; y musitó quedamente, sólo para sí mismo: *Ojos negros como noches sin sueños... miraba poco a los ojos, pues su mirada provocaba la locura del vulgar y el insomnio del sabio: hasta tal punto despertaba en el corazón el vértigo de lo Insondable, la necesidad de huir o de responder al enigma de ser hombre, al misterio de este mundo.*

Pero Melk no le dio tiempo para decir una sola palabra audible.

—Bârak —dijo y señaló con un gesto de su cabeza la profundidad del bosque.

Brahma miró hacia donde el guerrero le señalaba; luego tornó sus ojos a la caverna, al cerco de fieras, que en su aparente quietud momentánea acumulaba furor, tensión, se repoblaba.

Ambos sabían que correr tras el cazador significaría quedar separados de las tropas, acaso por varios días, pero ¿podían abandonar el héroe a una muerte atroz? No había duda posible. Antes de empezar a correr, Brahma miró por última vez al monstruo, derrumbado a su derecha, pero con asombro y con terror descubrió que allí ya no estaba el saurio mordido por Mriyantar y roto por el hacha, sino un hombre desangrado y descabezado... quizás un *tholo*.

—¡Vamos! —exclamó Melk—. ¡O acaso no hallemos tampoco ni rastro de la

humanidad de Bárak cuando demos con él!

—¿Para esto lo quieren? —preguntó Brahma señalando con su mirada el hombre caído a su derecha—, ¿para convertirlo en semejante monstruo?

—¿Semejante? —repuso Melk mientras empezaban a correr—. Cada uno lleva dentro de sí su propio monstruo, irrepetible. En invocarlo y hacerlo vivir, en eso consiste el poder al que nos enfrentamos... o ¿aún no os habíais dado cuenta?

Corrieron, saltaron sobre cadáveres de bestias y hombres y penetraron en la honda noche, en la espesura, siguiendo el susurro aún audible de las serpientes y su presa sobre la tierra desnuda y las alfombras de hojarasca. Mientras, el avance de los animales se cerró tras ellos, lento y pesado, pero como el de una compacta legión.

Corrieron, saltaron sobre altas piedras, raíces, matorros, oyendo aún el siseo, escuchando a veces algo parecido al gemido de alguien, inconsciente, que fuese vapuleado sin piedad.

Marchaban hacia el Oeste y hacia el Norte y, si tenían suerte, bordearían la ciénaga por su límite septentrional pero, si las serpientes penetraban en ella, no quedaría esperanza de que Bárak pudiera sobrevivir y acaso ni siquiera ellos lograrán encontrar la salida del laberinto de aguas putrefactas y asesinas. Pero no, las grandes serpientes esmeralda seguían hacia el Norte y el Oeste, el Norte y el Oeste, y, si querían preservar al cazador, si era cierto que obedecían a la oscura voluntad que conmocionaba el bosque y ésta les exigía también hombres vivos para bestializarlos, se verían sin duda obligadas a evitar el pantano.

Melk corría muy por delante de Brahma, y el príncipe, cada vez más cansado, sabía que aquel guerrero avanzaría aun mucho más rápido si pudiera despreocuparse de él. No hacía sino retrasarle y estaba al límite de sus fuerzas. Siguió aún una hora tropezando agotado tras la marcha ligera de Melk, pero entonces, incapaz ya de hacer entrar aire en sus pulmones si seguía corriendo, se dejó caer sobre la tierra húmeda y creyó que el corazón le estallaría antes de que el guerrero inagotable que lo precedía se diese cuenta de su desaparición. Echado boca arriba sobre hierba y barro respiraba con tanta fuerza, rapidez y agitación como si quisiera absorber el cielo, y no lograba calmar sus latidos desbocados. De pronto, la paz descendió sobre él como un manto, sus pulmones se abrieron y los colmó un aire fresco, ligero, como una brisa del Norte carente de densidad pero con el embrujo refrescante de la menta y la albahaca. De sus ojos desaparecieron las sombras que en aquel acceso de agotamiento habían empezado a nublarlos y Brahma vio inclinado sobre él el rostro del guerrero que él tomara por uno de los veteranos de la guardia real.

El príncipe sonrió a los ojos que le sonreían y con voz suave, pero llena de emoción, recitó todas las palabras con las que Dama Yâra describía al *Rishi*:

*A su izquierda se sentaba Kadîr, Señor de Akis, de ojos negros como noches sin sueños. Su cabello era algo más corto, y negro, y había en él blancos mechones que no eran tributos al tiempo, sino aceptados símbolos de*

*experiencia y sabiduría. Kadír miraba poco a los ojos, pues su mirada provocaba la locura del vulgar y el insomnio del sabio: hasta tal punto despertaba en el corazón el vértigo de lo Insondable, la necesidad de huir o de responder al enigma de ser hombre, al misterio de este mundo.*

Kadír tendió la mano al príncipe para levantarlo, el príncipe la estrechó y se incorporó ayudado por ella. Miró detenidamente al inmortal, exploró su rostro doblemente entregado al resplandor de la luna y a las sombras nocturnas. Le pareció otro rostro. No habían cambiado los ojos desde que él mismo pronunció aquella noche ya lejana el nombre de Melk pero, a medida que él había ido descubriendo la intensidad misteriosa de los ojos, el rostro había cambiado a su alrededor, configurándose una y otra vez de acuerdo con la profundidad que Brahma era capaz de descubrir en aquellos pozos enigmáticos. Ahora el rostro era otro, tenía la profundidad de los milenios, la juventud del entusiasmo, la eternidad de lo verdadero. Melk había sido reabsorbido por Kadír como el personaje de una obra dramática por el actor al final de la representación; no, era injusto para Melk tratarlo como una ficción: Melk, mortal, había vuelto al inmortal Kadír como el hombre retorna a su alma al final de una vida. Aquel rostro inmortal... Brahma podía verlo ahora en toda su fascinación. El *Rishi* había aceptado al fin quitarse la máscara.

—No, mi príncipe —dijo Kadír leyendo sus pensamientos—, son vuestros ojos los que se han hecho capaces de ver lo que antes no veían. Vos mismo creasteis a Melk y le disteis un nombre que yo ni siquiera habría imaginado para mí. Y vos, por fin, habéis arrancado el velo de vuestros ojos para ver el rostro que nunca cambió, que nunca se ocultó de vos.

El príncipe se arrodilló ante Kadír y tomó su mano para besarla, pero Kadír lo cogió por los hombros y lo alzó sin permitirselo.

—Aún sigo siendo vuestro alférez, alteza. No os corresponde humillaros ante un mero oficial.

—Kadír, deberíais seguir la persecución vos solo, yo no hago sino retrasaros. Bárák...

—¿Y cambiar la vida de Bárák por la vuestra? —le interrumpió Kadír—. Muy generoso de vuestra parte, príncipe, pero yo quiero preservar las dos. Si os dejase aquí, nunca volvería a veros. Las fieras nos siguen y no podríais volver atrás, y no es probable que pudieseis llegar solo a donde hay que ir, aunque habéis demostrado un valor y una sabiduría dignas de vuestro padre.

—¿Así, pues, llegasteis a conocerlo bien? —inquirió el príncipe repentinamente excitado.

Kadír sonrió leve, lejanamente, y sus labios dibujaron en su rostro la sombra de un enigma.

—Venid —le dijo al príncipe—, nos sentaremos junto a aquel árbol y reposaremos hasta que recuperéis fuerzas. A Bárák ya no lo encontraremos en esta

parte del bosque, pero no lo abandonaremos. Lo quieren vivo, de eso podéis estar seguro, y lo esperan en los Picos Gemelos.

Caminaron hasta un árbol de tronco grueso y se sentaron apoyando las espaldas en él.

—Parece que conocéis bien el poder que inquieta Koría —musitó el príncipe.

Kadír permaneció silencioso.

—Debe de ser muy grande para que uno de los *Rishis* acuda a ayudar al reino de Eben, olvidado durante tanto tiempo por las Órdenes y por los Pilares del mundo.

Kadír se volvió hacia Brahma y lo miró con sus ojos poderosos.

—Las Órdenes no han olvidado jamás a ningún reino, mi príncipe, pero Vântar tomó un camino ajeno a ellas. Las Órdenes respetaron su libertad, pero no podían colaborar en la construcción de un completo error. Hay dos formas de ayudar a quien se equivoca, príncipe: la primera es impedir que dé el paso en falso cortando su libertad de acción; la segunda es vigilando silenciosamente que la caída no sea demasiado grave, mientras uno se prepara para tender la mano al caído cuando éste se vuelve capaz de reconocer su equivocación. Podéis actuar de acuerdo con la primera cuando el impulso al error no es demasiado fuerte y cuando aquel al que ayudáis es capaz de verdadera reflexión, es decir, de aprovechar plenamente la experiencia ajena; pero cuando no es así, aunque de momento seguís toda posibilidad de paso en falso, éste ocurrirá más tarde, en cuanto a la persona le concedáis de nuevo su libertad de decisión... y ésta, antes o después, será necesaria para su progreso. Ahorrar un instante de dolor puede provocar daños mucho mayores, príncipe.

—Entonces ¿os parece poco grave este error, la destrucción de tantas vidas, la muerte del rey? —repuso Brahma con cierta agresividad en la voz.

—Príncipe —respondió Kadír con voz amable pero firme—, la gravedad es siempre relativa.

¿Me preguntáis si me parece poco grave? ¿Desde qué consciencia debo contemplarlo?, ¿desde la consciencia de un artesano de vuestra capital, al que sólo le importan los gozos y obstáculos cotidianos? Entonces es terrible lo que ha ocurrido y este mundo lo gobierna un Dios imperdonable y monstruoso. ¿Desde la vuestra, príncipe? Entonces todo esto tiene un sentido, pero podría haberse evitado mucho dolor. ¿Desde una consciencia milenaria, príncipe? Entonces os diré que la destrucción de un edificio, una vida, un reino o todo un imperio, un mundo, si me apuráis, no es sino el primer paso de una creación más rica y compleja; las almas parten y retornan a culminar los impulsos secretos que las animan, y así ocurre con todas las fuerzas de la Naturaleza, terrestre u oculta. A la pequeña consciencia, su tiempo lineal la tortura con un futuro ciego y un pasado olvidado; todo lo que no se resuelve en su pequeño instante, en su reducido lapso de tiempo, se pierde para ella amargamente y su devenir es siempre un trágico desaparecer en el abismo de lo ignorado. Pero hay una consciencia mayor que ve el tiempo como un lienzo a la vez acabado e inacabado, un lienzo que, paradójicamente, aunque su belleza es perfecta y



completa, goza de innumerables posibilidades de realización final. Para quien es capaz de apreciar esa belleza última, mi príncipe, no existe en este mundo nada grave, aunque, si es necesario, es capaz de dar su vida para impedir que un guijarro caiga al río y lo arrastren las aguas... pues acaso de la inmovilidad de ese guijarro insignificante depende la continuidad de un universo y es voluntad del Alto que ese universo persista.

Brahmo calló un instante, escuchó la noche, escuchó su propio corazón.

—Pero ese poder del bosque —dijo luego—. Ese poder del bosque que ahora os hace intervenir es como el guijarro, sólo que nadie lo llamaría insignificante.

—Sí, se acercan, las fieras se acercan —respondió Kadír escuchando él también la noche—, pero aún hay tiempo para que reposéis, para que sepáis, para que comprendáis. ¿Ese poder, príncipe? Vântar creó un reino imponiendo a la Naturaleza del hombre y de la historia una idea... una idea nacida en su propia mente, no una Idea captada en el Espíritu, en la Verdad de la que emana el Cosmos. Fabricó un orden que en su mente era simetría, que el mundo tradujo como rigidez. Pero la Naturaleza aborrece las estructuras demasiado rígidas y os diré por qué: porque sólo pueden sobrevivir a costa de tiranizar el Tiempo, impedir los cambios, hacer cesar el progreso, detener la evolución. En el tiempo pretenden eternizarse como rutina, una rutina tanto más limitada cuanto más pequeña es la consciencia que las anima. Pero estas estructuras siempre caen cuando arrecian los vientos poderosos del Espíritu o las corrientes incontrollables de la Vida, pues tanto el Espíritu como la Vida son suprema mutación y flexibilidad. Y el reino de Eben ha recibido el golpe de los dos: la Naturaleza lo ha fustigado con las fuerzas de la vida inferior, tanto más poderosas e indomeñables cuanto más se hurtan a la mente del hombre, pero lo ha hecho cuando el Espíritu pasaba sobre Ordum como un huracán incitando a sus hijos y a las tierras a una nueva posibilidad de visión. Y, si me preguntáis cómo ha actuado el Espíritu, os diré que despertando fuerzas insospechadas y arrojándolas al circo terrestre, permitiendo a unos pocos entre todos los seres humanos contemplar su combate; a unos menos participar en él; y tan sólo a una minúscula élite comprender su sentido último.

Kadír cesó. El murmullo de las fieras era más perceptible. Parecía que los estaban rodeando.

—Yo he visto a Ida salir de la ciénaga —musitó Brahmo como ausente al tratar de representarse esas fuerzas despertadas por el Espíritu.

—Sí —respondió Kadír—, pero ¿sabéis a quién sirve ahora la espada de Kûrbion?

Como si de pronto todas las dudas desaparecieran de su mente, el príncipe respondió:

—A mi hermano.

—A vuestro padre —contradijo Kadír.

—¿Qué queréis decir? —se inquietó Brahmo—. Mi padre cayó abatido por las

fieras.

Y por un instante tuvo aún la esperanza de que aquellos restos informes y desgarrados, aquellos pedazos de hombres que hallaron en el lugar donde Vântar y la guardia real se batieron con los animales, no hubieran pertenecido a su padre, al rey de Eben... la esperanza o el temor.

—Os contaré una pequeña historia, alteza —respondió Kadír—. Hace cerca de veintiún años un mensajero llegó a Eben desde la montañas occidentales. Curiosamente, pues vos nunca llegasteis a conocerlo ni a oír de él, se llamaba Melk. Llegó en un carro, traía una misteriosa carga, dijo que no revelaría su nombre ni el motivo de su viaje hasta haberse entrevistado con el señor de la ciudad. Vântar consintió en recibirlo. El mensajero habló a solas con él y con la reina.

Dijo venir del Mahat, el más inaccesible de los picos del Swar, donde Dama Alayr instruía y gobernaba a sus *shaktis*, las guerreras más diestras y feroces que ha conocido el mundo y cuya institución fue creada ya por el rey Ban en tiempos del éxodo del Gran Norte y cayó después en el olvido. Mostró su carga al rey y a la reina de Eben. Era un niño de apenas dos meses de vida, de mirada despierta, alma antigua y corazón prometedor. El mensajero entregó también una carta. Dama Yâra explicaba en esa carta que el niño era hijo suyo, pero pedía a su hermana que lo cuidara como propio, pues algún día sería para Eben un gran rey. Habían pasado cuatro años desde que Vântar y Esha se unieron, y hasta ese día no habían conseguido tener hijos; por otra parte, admiraban demasiado a Yâra para no cumplir fielmente con todo lo que les pidiera. Esha partió al desierto con el niño anunciando que estaba encinta y que quería dar a luz en su país, junto a su madre aún viva. Cuando pasado un año retornó, el niño fue reconocido por Vântar y declarado príncipe heredero del reino. Ese niño, alteza, erais vos.

—¿Yo? ¿Hijo de Yâra? Pero...

—Sí. Vuestro padre. Nunca habréis oído hablar de él, pues su nombre fue borrado de las crónicas reales. Vuestro padre nació hace miles de años, llegó al Gran Norte siguiendo a Ban, que entonces se llamaba Pârthu. El Rey Joves lo convirtió en uno de sus Electos, de sus *Rishis*.

Cuando Joves se obscureció y se transformó en la Cabeza Negra (supongo que conocéis la tradición), vuestro padre abandonó el camino seguido hasta entonces y luchó fieramente contra todo lo que había ayudado a crear. Joves le había dado el nombre de Mayúr, Maurehed Cabeza Negra le dio el de Sarpa.

Mayúr. El nombre no le era desconocido a Brahma, pero no podía recordar dónde o cuándo lo había oído.

—Sarpa —continuaba Kadír— asoló el mundo más de mil años, pero cayó en la lucha contra Dama Alayr...

—Conozco esta historia —interrumpió Brahma—, la narra Dama Yâra en uno de sus libros pero...

—Pero vuestro libro no está completo. No, Vântar no quería que el nombre de

Mayúr despertase en vos la intuición, temía vuestro conocimiento espontáneo; al fin y al cabo erais hijo de una de las más grandes guerreras de la historia que a su vez era la compañera de armas de Dama Alayr, y ésta ¿no es, acaso, una encarnación de la Madre Divina? No, Sarpa no murió, príncipe, sino que fue devuelto a su primera naturaleza, fue devuelto a Mayúr. Mayúr luchó con las Órdenes, los *Rishis* y todas las tropas rebeldes contra el nuevo imperio en las batallas de los Campos de Amhor y cayó en Mâurwanna como un héroe, después de haber rendido la ciudadela.

—Pero... pero... eso fue hace cuarenta años —protestó Brahma— y yo sólo tengo veintiuno.

—Esperad. Antes de la última batalla contra el imperio, Dama Alayr, podría decirse, cayó enferma. Aunque la verdad es otra: Dama Alayr debió enfrentar una de las grandes dificultades que le presentaba su Yoga de transformación física, de divinización corporal. Abandonó su cuerpo, que entró en un estado de letargo profundo, y muchos la creyeron muerta.

—He leído eso.

—Pues bien, Yâra y Mayúr la velaron durante todo el tiempo de su tránsito. Fue entonces, precisamente, mientras el alma descarnada de Alayr se bañaba en las pulsaciones todopoderosas del Amor Primigenio, Supremo, y se preparaba para retornar, cuando vos fuisteis concebido.

—Pero eso... —volvió a protestar el príncipe—, repito, eso fue hace cuarenta años.

—¿Y tienen realmente importancia los años de los hombres para quien es uno con la consciencia de la Madre Divina? Os diré un secreto que estoy autorizado a transmitir. Dama Alayr, después de la guerra, hace esos cuarenta años, engendró un nuevo cuerpo para sí misma a partir del que tenía entonces y renació de sí. En las altas cumbres del Swar hay una gruta donde su vieja envoltura de carne se mantiene incorrupta; la Alayr que gobierna el Mahat no aparenta más de dieciséis años. Dama Alayr detuvo vuestro desarrollo en el seno de su compañera durante diecinueve años; ambas esperaron el momento propicio para que nacierais.

—¿El momento propicio? —inquirió Brahma.

—Era importante que os encontraseis con vuestro padre —respondió Kadír.

—¿Mayúr?

Y de pronto recordó dónde había oído el nombre. Y la imagen de su escudero confesándole cómo había encontrado a Ida retornó a él desde las celdas lejanas de la memoria.

—¡Inca! —exclamó—. Inca mi hermano, Inca mi padre.

—No, príncipe, vuestro hermano no. Eso fue una equivocación de Vântar que aprovecharon la madre y la tía del muchacho. El hijo bastardo del rey fue un primo de Inca de su misma edad, pero aquél murió. En cualquier caso, ésa es una historia carente de importancia.

Brahma guardó silencio un instante y bebió las palabras del inmortal. Había

tantas cosas que quería preguntar todavía, pero ¿quedaba tiempo? Podía oír el murmullo de sus perseguidores cercándoles por todas partes, estrechando poco a poco el cerco. Era evidente que Kadír había jugado peligrosamente: había querido alejar a las fieras de la caverna, salvar al príncipe, no abandonar a Bárak, y ¡por Dios, lo había hecho bien! Ahora todo volvía a depender de la fuerza de los brazos, los aceros, la velocidad de los pies. Acaso había tiempo aún para una última pregunta.

—Y él, Inca... Mayúr... ¿dónde está ahora?, ¿lo volveré a ver?

Kadír pareció escuchar el silencio lejano que rodeaba al murmullo de las fieras.

—Oh, de él dependen muchas cosas, mi príncipe. También nuestra misión, también nuestra misión.

—¿Vamos entonces? —dijo Brahma levantándose lleno de energía y desenvainando a Mrīyantar.

Kadír rió con ganas y ayudado por la mano tendida del príncipe se puso en pie. Indu, *Señora* de las hachas, brilló en la profundidad de la noche.



## XXIII

Diez hombres atados a diez altas estacas al pie del monte, en una pequeña terraza de piedra muelle y rocas grises sobre un gran lago oscuro perturbado por el chapoteo de lagartos poderosos. Los vigilan *kurias* con sus adornos de serpiente, con sus azagayas esbeltas, diestras, imperdonantes; los vigilan *kuwsh* con sus petos de piel de saurio y sus cuchillos anchos, curvos como hoces. Unos y otros guerreros salvajes deambulan entre hogueras de llamas rojas como en trance; con los ojos medio cerrados, mascan una hierba que tiñe su saliva de carmín y musitan un cántico profundo; hilillos de espesa baba caen de sus labios como sangre. Cuatro campamentos rodean el gran lago de Kuwsh, al pie del Ish, un cono puntiagudo e imponente, que es como si la sombra del Ishá se hubiese puesto en pie tras materializarse. El Ish y el Ishá se parecen tanto como mellizos, se elevan juntos como reyes muy por encima de la cúpula de Koría; como dioses intemporales ven pasar las eras y, aunque siempre cambian en la experiencia de los hombres, nada los envejece. De los campamentos junto al lago asciende el mismo cántico que, apenas musitado por los guerreros en trance, embruja y tortura a los prisioneros. De las grutas de los montes brotan aullidos de parturientas lacerando la noche, senos de mujer torturados por frutos demasiado grandes, abandonados de repente por vástagos despiertos en una matriz que los sofoca y que saltan con violencia al aire del mundo; algunos no hallan el camino natural y abren una senda de dolor a través del vientre. Llegan al mundo maduros, enteros, y no necesitan otra leche que la que les brinda el pecho amargo e inmortal del odio, que el Infierno tiende gratis, siempre, a quien lo quiere.

La noche avanza triste, horrísona, desesperada, sobre los diez hombres que en sus estacas esperan lo inesperable. Hay grandes *tholos* entre ellos, hay salvajes de tribus que en otro tiempo fueron aliadas de las Órdenes y que *kurias* y *hotemotes* jamás perdonaron; hay entre ellos un hombre que no es del bosque pero lo ama, que ha venido a él como guerrero y está dispuesto a padecer lo indecible, a morir, pero no sabe que sus enemigos quieren darle algo mucho peor que la muerte. Los prisioneros están despiertos, terriblemente; sus corazones son rápidos tambores y sus cuerpos desnudos los baña un ácido rocío de desesperación. Sólo Bárak ha serenado sus palpitations, ha insensibilizado su piel y músculos y nervios siguiendo la técnica ancestral de los moradores de las arenas, ha introvertido su consciencia hasta orillar lo Inalterable, distanciándose del mundo de las formas: desde unos ojos impersonales,

los ojos del Testigo de la historia, ve el escenario exterior como un teatro de sombras mecánicas y vacías.

No es ésta la visión que comparten dos figuras ocultas tras unas rocas no muy lejanas; su misión les impone otra experiencia y el peligro los hace fuertes, activos, audaces.

—Está muy tranquilo —susurra Brahma—. Puedo sentirlo desde aquí.

—Si lograra mantenerse así, el *Naga* no tendría poder sobre él; no podría despertar al monstruo que habita en las honduras inconscientes de Bárak y éste no se alzaría transmutando el cuerpo en una expresión de sí mismo por la fuerza y la magia del hechicero. Pero Bárak espera la muerte y está preparado para ella, no para lo que verá ocurrirles a los otros cautivos.

—¿No podremos hacer nada entonces antes de que la ceremonia empiece? —se inquietó Brahma.

—No lo sé.

—Esperáis a...

—Sí —concluyó Kadír.

Brahma y Kadír habían tardado dos días en llegar a los Picos Gemelos. El cerco de fieras lo habían roto por el Oeste, y muchos lobos y leones cayeron entonces. Marcharon hacia el Norte durante toda una noche, hasta que la tropa bestial dejó de seguirlos y obedeció a otro impulso u otra orden. Luego, descendieron nuevamente hacia el Sur, pero desviándose hacia el Oeste y avanzando con precaución. La primera noche corrieron en silencio, ocupados sólo en burlar a sus perseguidores, pero durante los dos días siguientes tuvieron ratos de descanso y Kadír resolvió algunos de los enigmas a los que aún no había podido responderse Brahma. Le habló del *GranNaga*, una de las fuerzas despertadas por los vientos del Espíritu más de mil años después de que el Señor de la Montaña Negra le diera un cuerpo terrestre y lo arrojase contra Ban... a él y a sus dos hermanos.

—Así pues, ¿Sarpa lo creó y Mayúr debe destruirlo? —sonrió Brahma.

Kadír entonces cerró los ojos y en su rostro se reflejó la expresión de quien trata de contemplar lo Impenetrable.

—No —dijo al cabo de unos instantes—. Si Sarpa lo hubiese creado, yo no tendría ni la sombra de una duda de que Mayúr lo destruiría. Pero el *Naga* es hijo de alguien mucho más grande y terrible que Sarpa y, para vencerlo, Mayúr deberá remontarse a alturas no alcanzadas más que por un solo hombre.

—Pero... ¿no era Sarpa el Señor de la Montaña Negra? —repuso Brahma.

—En la cumbre de la montaña, Sarpa se fundió con aquel del que provenían Sarpa y Mayúr. Ése fue el verdadero Señor de la Montaña Negra, aunque Sarpa se jactaría de este título hasta el final y llamaría Montaña Negra al plano erial que más tarde fue su reino.

Pero Kadír no habló más sobre estas cosas y Brahma comprendió que este misterio no debía, por el momento, seguir fondeándose.

A veces, durante los momentos de reposo y quieta atención, Brahma recordaba Eben, se imaginaba a la reina, a quien seguía viendo como madre, y temía por ella y por el reino.

—Quiso que ganara fama —dijo Brahma en una ocasión— antes de que me coronasen, pero ¿es fama lo que ganaré en Koría, habiendo conducido el ejército al desastre y sumergido en una guerra que nadie en toda la capital, ni siquiera Dama Esha, podría comprender?

—Habéis sido un buen general, príncipe, un general excelente —respondió Kadír—. Han muerto muchos hombres, es cierto, pero dada la naturaleza de esta lucha era inevitable. Tanta responsabilidad como vos tiene en ello vuestro alférez; quizás aun más, pues él sabía cosas que vos ignorabais. El resto de vuestras tropas está por ahora a salvo, no dudéis de ello. Y quién sabe, quizás las hallemos de nuevo antes del fin. En cuanto a la fama... Debéis saber esto: hay nobles en Eben que conocen el secreto de vuestro origen; no, por supuesto, quiénes sean vuestros verdaderos padres, pero sí que no lo fueron los reyes. Elva de Olpán sospechó por aquel entonces y envió espías al desierto tras Dama Esha. Vântar lo supo, pero temió una revolución de los nobles, si la atacaba; temió que la obra que estaba levantando se viniera abajo estrepitosamente con una guerra civil. Ambos mantuvieron de por vida un mutuo chantaje secreto, y el silencio de Elva obligó al rey a ignorar muchas cosas que hubieran costado la vida a cualquier otro. Sí, Dama Esha quería fama, carisma, autoridad para vos, de forma que el pueblo os aclamase y cualquier revelación ingrata fuese considerada una calumnia. Pero, príncipe, no es fama lo que habéis venido a encontrar en Koría, sino fuerza, sabiduría, altura, sin las cuales jamás podríais realizar en vuestro reino las obras para las que habéis nacido, las obras que los Órdenes y los Pilares y los *Rishis*, secretamente, aplauden.

—¿Las conocen? —saltó Brahma rápidamente.

Kadír sólo sonrió.

Al atardecer del segundo día desde que se separaran de las tropas, burlaron el cinturón de guerreros *ishá* que protegía los montes y, rodeando los Picos Gemelos, alcanzaron la orilla Norte del lago Kuwsh, al pie de la ladera noroccidental del Ish. Ahora, ocultos en el roquedal, observaban y esperaban, y Brahma se preguntaba si en verdad tenían alguna posibilidad de vencer al Poder que dominaba el lugar. Estaba junto al inmortal Kadír y confiaba, pero el mismo Kadír le había confesado que su fuerza era inferior a la del *Naga* en este mundo más propicio al Abismo que receptivo a las Alturas. La esperanza, la única esperanza, era Mayúr. Pero Mayúr ¿dónde estaba ahora?, ¿qué terrores debería vencer en sí mismo antes de poder someter al enemigo externo, el hacedor de aquellas espantosas transmutaciones y el instigador de la bestia humana? Nuevamente, Brahma se vio proyectado en sus pensamientos a la fiera que amansiona el hombre en las honduras oscuras de su consciencia. Había poder en ella, cierto, un poder que surgía de la aniquilación de la inteligencia y del sometimiento a un instinto infalible y violento de todas las funciones humanas.

Sarkón con sus *golem*, las brujas *kuria*, el *Naga*... todos habían recurrido a ella para encontrar poder, para canalizar a través de ella el poder del Abismo; y la fiera despertaba, emergía, y la propia cualidad de su ser obligaba al cuerpo humano, más maleable de lo que Brahma lo hubiese creído nunca capaz, a remodelarse, transformarse, a expresar más perfectamente, más brutalmente, su esencia asesina. La fiera oculta podía transformar al hombre, pero ¿podía el hombre transformar la fiera oculta, humanizar lo que aún no era humano en la obscuridad de su consciencia? Kadír se volvió hacia Brahma, tocado por la intensidad de los pensamientos del príncipe.

—Rozáis la clave del Yoga Supremo, alteza, la clave de la última transformación del hombre —susurró.

Al príncipe ya no le sorprendía que el *Rishi* viese u oyese o leyese sus pensamientos.

—¿Y? ¿Qué pensáis vos? —inquirió.

—Todo lo que el hombre es y posee —respondió Kadír— puede ser sometido y transformado desde abajo, pero el hombre, cuanto más profundo es el estrato de su ser que quiere transformar, más alto debe remontarse en su consciencia y más poderosa debe ser la Luz que haga descender.

—¿Puede la fiera, entonces, ser transformada?

—Ya os lo he dicho, es la puerta a la última transmutación, la divinización de la materia humana.

—Entonces hay esperanza —concluyó el príncipe—, hay esperanza.

De pronto fue como si cambiase la cualidad del aire. Hasta ahora un embrujo informe pesaba sobre la noche; ahora, la atmósfera pareció girar en remolinos de ojos inquisidores, de cuchillos inmateriales, el aire fue una llama negra a la vez helada y sofocante, un viento aún inmóvil pero a punto de correr y arrasarlo el mundo.

—Mirad —musitó Kadír señalando la abertura de una de las grutas del Ish.

El interior rocoso de la montaña se había iluminado como el cráter de un volcán con el fuego de decenas de antorchas y una figura que doblaba el tamaño de un hombre se recortó contra el círculo rojo incandescente. Luego descendió peldaños esculpidos en la roca escoltado por guerreros de las cuatro tribus y por fieras de las cuatro especies mientras arreciaban tambores en las cavernas, en la ladera del monte, junto al lago, y todo el bosque respondía tronando. Ante él los salvajes al pie del Ish se humillaban como ante un dios y la luna unguía con un resplandor verdeante sus músculos lacertosos. Su larga cabellera frondosa cae como un fuego hasta la mitad de su espalda y destellos de colores imprevisibles nacen y mueren en ella. No lo visten ropas humanas ni togas infernales; una piel lagartada es el único abrigo de un cuerpo de contradicciones.

El *Naga* avanza hasta los cautivos. Su escolta de guerreros se ha separado de él y se ha unido a los muchos salvajes bajo la terraza que al lago le ofrece el monte; pero las fieras lo siguen como acólitos. Grandes son éstas, más que cualquier hijo natural



de Koria, y se mueven pensativas, soberbias, como auténticos señores de las sombras sobre los que pesase, abrumadora, la tarea de rendir, torturar y gobernar el mundo. Brasas son sus ojos, en los que brilla el poder de la muerte. De las doce, los tres lobos y las tres sierpes están inquietos, como si percibiesen en el aire presencias que aborrecen.

—Nos presienten —murmura Brahma.

Kadír asiente silencioso con la cabeza.

El *Naga* está ya ante uno de los *tholos*, que lo contempla con terror. Los grandes ojos abiertos del hombre luchan por cerrarse, pero la forma del *Naga* los domina, los imanta. El hombre jadea, el sudor lo baña, el corazón quiere escapar del pecho del hombre y aletea como un ave desesperada; el hombre forcejea contra ligaduras inexorables. Su terror acaba por rozar la cima del pánico, su razón se quiebra, una ola de odio y furor abate la humanidad de su rostro... y deja de forcejear. Sigue mirando a los ojos del *Naga*, pero ahora los suyos ya no quieren cerrarse a la pesadilla, sino que parece como si le pidiesen inspiración... inspiración para el arte de recrearse. Ahora es el espanto del resto de los cautivos el que crece y crece, cuando comprenden que la tortura y la muerte habrían sido para ellos un don. Bárak, burlado por su curiosidad, pierde la orilla de lo Inalterable, cae desde la consciencia distante y desapegada del Testigo hasta el humano sentir del cautivo Bárak. Crece y crece y crece el miedo en él cuando ve el *tholo* a su derecha aumentar de tamaño, cuando ve sus ligaduras romperse, la estaca saltar por los aires, cuando ve al hombre generar una piel acorazante, un rostro triangular y perderse tras la figura de un gran reptil para el que no existe un nombre.

Todo ha sido cuestión de minutos; el hombre, construido durante milenios sobre su animalidad, ha sido reabsorbido por su suelo en un instante.

Los lobos aullan, muestran una inquietud cada vez más insoportable y su mirada incandescente explora todos los rincones de la noche.

El *Naga* se detiene ahora ante Bárak.

«¡Dios!» —piensa Brahma— «Si no podemos mover un dedo, ¿qué infiernos hacemos aquí? ¿Hemos venido sólo para ser mudos testigos de este terror?».

Puede sentir la inquietud creciente del cazador cautivo. Al príncipe le alcanza como el reproche de una ola. Pero ahora una paz extraña lo invade cayendo sobre él como un bloque de inmovilidad. En esta calma poderosa, sus percepciones se hacen más intensas, certeras, numerosas, su umbral de consciencia crece y el tiempo externo se lentifica. La inquietud de Bárak lo toca aún y de un modo cada vez más punzante a medida que deriva hacia un pánico aniquilador; Brahma comprende que puede aprovechar este contacto y, a través de la ola insistente que lo golpea, se remonta hasta el corazón del prisionero como si desperezase un brazo de pura serenidad. Toca el milagro. Como si con una mano inmaterial girase un reloj de arena hasta dejarlo horizontal, impidiendo que el tiempo se derrochase, calma desde la distancia el corazón de Bárak y derrama en todos sus miembros, en sus átomos, la paz que a él, a

Brahmo, le llega de un secreto cielo.

Bárak, perfectamente sereno ahora, devuelve la mirada al *Naga* seguro de que el monstruo no puede robarle su humanidad. No le importa morir, pero porque es valiente ceba aún en su corazón la esperanza.

Repentinamente, el embrujo de quietud se rompe. Un poder blanco alcanza el pie del monte con un galope raudo y silencioso. Una espada brilla, primero inmaculada y luego encarinándose con sangre salvaje de Koría. Ruedan cabezas junto al lago, bajo la terraza del Ish, y luego el *frey* remonta la ladera hacia el monstruoso hierofante.

—¡Mayúr! —susurra Brahmo—. La espera no ha sido vana. ¿Vamos? —dice aferrando la empuñadura de *Mriyantar*.

Kadír, silencioso, lo detiene.

—¿Qué ocurre? —se inquieta Brahmo—. ¿No estábamos aguardándole?

—Mayúr tiene por delante una batalla en la que no podemos ayudarle... más que con plegarias —responde el *Rishi*.

Mayúr salta del caballo con *Ida* roja en su mano, gota a gota desjugándose. El *frey* agita su cabeza, conmociona la obscuridad con el oro de sus crines, se empina y relincha al ver a su enemigo; recuerda cómo también él, en otro mundo, en otra era, fue transformado en reptil por el hechicero. Mayúr camina con decisión, clavando sus ojos con firmeza y desafío en la cabeza que su espada hará rodar sin más preámbulos. Salvajes han pretendido seguirle, rodearle; las fieras que escoltan al *Naga* hacen el gesto de atacarle. Pero el *Naga* los detiene, a unos y a otras, con un gesto grandioso de su mano. Durante unos instantes contempla a Mayúr sosteniendo el desafío de sus ojos; parece seguro de sí, consciente de que una milésima parte de su poder basta para aplastar al héroe. Ya sólo los separa la distancia de seis pasos. Cuando quedan cinco, Mayúr alza a *Ida* y la tiende ligeramente hacia atrás, para golpear en círculo el cuello del *Naga*, con toda la potencia de su cuerpo. Cuando quedan cuatro, ladea también su costado. Cuando quedan tres, el *Gran Naga* se arrodilla y pronuncia con voz de otro mundo palabras como hechizos atroces:

—*Shagr tuva, Wârkatar muma*. Sangre a ti, Señor mío.

Mayúr sonrío en sus adentros, piensa que este conjuro ya lo deshizo cuando sometió a *Sarpa*. Faltan dos pasos e *Ida* está a punto de caer sobre el titán. Nuevas palabras brotan ahora de su garganta inhumana:

—*Shagr tuva, Mritamáhasura, Wârkatar Máurshanku, muma Wârkatar, Wârkatar Máhanàga*.

Estas palabras detienen a Mayúr. El héroe se ve de pronto ante un precipicio y piensa:

«... Sí, el precipicio de terror en los caminos de la memoria, pues si podía seguir a los *Nagas* hasta su destino, si podía verlos desde los ojos perplejos de *Úttar* hasta los ojos siniestros del Poder que los llamaba...».

El precipicio se hace más y más profundo, más y más oscuro, ante su mirada. Se

dice, se grita que no entiende las palabras del monstruo, que ese conjuro no le dice nada... nada... Pero el saludo enhechizante del *Naga* en el *mâurya* secreto rebota en las paredes de su abismo interior y emerge desde las profundidades como un cántico de invocación, cada vez más perceptible, diáfano, comprensible; cada vez más imperativo:

*Sangre a ti, Gran Asura de la Muerte, Señor de la Montaña Negra, mi Señor, Señor del Gran Naga... Sangre a ti, Gran Asura de la Muerte, Señor de la Montaña Negra, mi Señor, Señor del Gran Naga... Sangre a ti, Gran Asura de la Muerte, Señor de la Montaña Negra, mi Señor, Señor del Gran Naga...*

Y Mayúr, como un pequeño sol sobrepujado por la noche infinita del espacio, se oye todavía pensar:

«... Si podía seguir a los *Nagas* hasta su destino, si podía verlos desde los ojos de Úttar hasta los ojos del Poder que los llamaba... ¡es que yo era el Poder que los llamaba! ¡Yo soy el Asura de la Muerte!».

Y estas últimas palabras, internamente dichas, gritadas, lanzadas como una proclamación, ya no pertenecen a Mayúr. Mayúr se aleja más y más del mundo exterior, absorbido por la memoria para no ser más que un recuerdo en un limbo de percepciones crepusculares. El cuerpo, la mente, el corazón de Mayúr se abren como ciudades al imperio de un nuevo Señor, un Señor ante el cual Mayúr se siente más insignificante que Inca ante Sarpa... tal es el poder que emerge al mundo con el despertar de Muerte, el Asura de la Aniquilación.

—¿Qué ocurre? —susurra Brahma con un temor creciente y, como Kadír se demora en responderle, repite—. ¿Qué ocurre... qué está pasando?

Kadír se vuelve hacia el príncipe y sus ojos de esfinge resplandecen misteriosos.

—No es fácil ver lo que sucede en el corazón de un hombre... pero más difícil aún es comprender el día y la noche del alma de un dios.

—¿Mayúr un dios...?

—Observad —concluye el *Rishi* volviendo su mirada hacia las dos figuras que centran la noche.

El héroe quieto frente al *Naga* arrodillado, la espada desvaída a su costado, el rostro ensombrecido, crispados los labios, la mirada perdida en mundos inaccesibles para cualquier mortal, el alma vagando a través de los pliegues de otra dimensión. Esto es todo lo que ve o cree ver Brahma. Alrededor el silencio, el tiempo helado alrededor, como una escena esculpida en mármol.

Pero Mayúr se siente desaparecer poco a poco, como si se durmiese... y para siempre.

«Pronto —piensa— no seré más que un recuerdo desatendido de Muerte, un recuerdo sepultado. Muerte atormentará el mundo con el poder generado en Koría; el

Gran *Naga* no ha hecho sino prepararle el camino y poner a sus pies un ejército de salvajes y bestias, un ejército que crecerá día a día con el poder de Muerte. Todo Ordum queda a sus pies, no sólo Eben. Dyesaar, la Pentápolis, el Swar, el desierto, todo, todo queda a sus pies... también el resto del mundo, pues sólo Ban podría detener al Asura de la Muerte y Ban no está en el mundo».

La memoria del Asura es ahora su memoria y Mayúr ya no teme contemplarla porque está dentro de ella, es parte de su sueño del pasado, un mero átomo... apagándose.

«Muerte —piensa aún— ése era el Poder con el que Sarpa se esenció en la cumbre de la Montaña Negra, pues Sarpa y Mayúr eran la noche y el día de este Poder primordial».

Y como en un sueño más diáfano y consciente que la más brillante vigilia, Mayúr ve y comprende lo que nunca vieron ni comprendieron Sarpa o él. Ante él el primer instante del universo, y él y sus tres hermanos lo contemplan como con una llama inquietante en la mirada y en el núcleo sutil de su emoción... una llama que, cuando el hombre se remonte en su lenguaje desde el mundo de los objetos físicos hasta el de sus sentimientos, llamará codicia y llamará también celos y ambición. Y los cuatro hermanos juran poseer y gobernar ese universo, que gira en la armonía y en la dicha puras de la omnipresencia omnisciente del Supremo. Y los cuatro hijos primordiales del Uno y de su Voluntad se dan entonces los nombres de *Muerte y Dolor, Mentira y Oscuridad*, ellos, a los que la Madre Universal había llamado... Pero Mayúr no puede penetrar en esta cámara del recuerdo, esta memoria se le niega y se pregunta por qué... por qué...

Pero otra imagen lo llama y Mayúr se ve descender con sus hermanos al mundo, a ese mundo-símbolo, esa Tierra-símbolo, que se ha transformado por Voluntad del Supremo en el campo de batalla definitivo para el dominio de todo un cosmos. Mayúr se ve encarnar un cuerpo humano, olvidar su origen supraterráneo, trazar inconscientemente pero certeramente una ruta en el tiempo y el espacio de la Tierra hasta ese puesto donde mejor puede hacer valer y vivir su propósito: primero, como iniciado de Joves, dios luminoso y Señor de la Materia; después, junto a dos de sus hermanos, como Electo del Señor. Y he aquí que el Alto Rey Joves da los nombres de Mayúr, Hamsa y Bálakah, Pavo Real, Cisne y Grulla, a *Muerte, Mentira y Tiniebla*; el dios reconociéndolos, los Asuras ignorándose; el dios aceptando el reto de derrotarlos, transformarlos, los Asuras luchando contra el dios sin saberlo, reverenciándolo, hasta que la sombra secreta, innombrable, se impone a la luz de Joves y Joves, ahora Maured, da a sus elegidos nuevos nombres: Sarpa, Kripán y Dhanda. Serpiente, Torcido y Castigo, se suman a la hija del dios caído para fustigar a la Tierra y a los hombres. Pues era ésta la que Joves llamó Ànddila, Dicha, y reconoció como Asura del Dolor; era la que el mundo conoció con muchos nombres y como Krissa murió por la espada de Dama Alayr.

De estos cuatro hijos nació aquel padre, pues a los cuatro Asuras debió Joves su

ocaso y Maurehed su nacimiento. He aquí la respuesta al enigma de la Cabeza Negra. Comprende ahora Mayúr por qué Maurehed se inclinó ante Sarpa y puede oír, reverberando atroz en todo su ser, el nombre con que lo saludó:

«Oh Yama, Señor de la Muerte».

Desaparecerá en el océano de la noche. Morirá la muerte de los recuerdos cuando el pozo negro del Olvido los succiona como a pequeños soles. Se fundirá con las sombras, pues Mayúr no es, no ha sido nunca, más que una máscara de Yama, una ficción de Yama... y ha llegado la hora de las verdades.

Honda es la sima en la que planea sumergiéndose, disolviéndose.

Brahmo siente en su corazón la estela de lo que Mayúr, en todo su ser, siente: la aniquilación inexorable.

—Lo estamos perdiendo... lo estamos perdiendo —dice, y lo dice en voz alta porque el peligro de que los descubran le parece ya insignificante, ahora que Mayúr desaparece.

Los lobos junto al *Naga* atiesan sus orejas, gruñen con el hocico arrugado, saltan incontenibles hacia las rocas que ocultan al príncipe y a Kadír. La escena congelada se rompe en mil pedazos de movimiento y el Tiempo reanuda su paso hacia lo inescrutable. Los guerreros salvajes siguen a las fieras, el *Gran Naga* brama ásperas órdenes. Al Este de los Picos Gemelos se alza un clamor y el cinturón de guardianes *ishá* sufre los embates de un furor inesperado que les vomita el bosque.

Pero Mayúr está lejos. La noche de Koría, violada ahora por gritos y aullidos y armas y fuego, entra por las pupilas de otro. Mayúr planea hacia su aniquilación y el *Naga* sabe que, cuando ésta se complete, ningún enemigo en el mundo, ni las dos formas que se baten incontenibles contra sus hordas frente a sus ojos, ni las huestes desconocidas que atacan su cubil desde el Este, ni ningún ejército humano, tendrán poder sobre él o su Señor. Por eso aguarda quieto ante la forma quieta de hombre que, lenta pero invenciblemente, ha empezado a poseer Yama, Señor de la Muerte, Señor de Titanes.

Un pensamiento viene a turbar aún a Mayúr, que ya no ansía sino un eterno letargo... un pensamiento que, sin embargo, podría ser su salvación.

«Sarpa era una deformación de Mayúr —le dice ese pensamiento—; ¿no habrá todavía una cuarta identidad que sea el alma de Yama?».

«Todas las máscaras han caído —responde Mayúr—, Inca, Sarpa, Mayúr... todos los espejos rotos, todas las imágenes quebradas. Mi última identidad es Muerte, mi esencia es la muerte. Acaso la muerte sea también la esencia última, el alma, destino y origen, de todas las cosas... y el resto sea piadosa invención».

Y luego:

«Si al menos Yummüel...».

Y el pensamiento:

«Tras la obscuridad que no se atrevía a violar Mayúr se ocultaba Yama; ¿a quién oculta Yama ahora tras la obscuridad que no deja violar a Mayúr?».

Perezoso, casi extinto como la última franja roja en el filo del crepúsculo, Mayúr hace un nuevo esfuerzo.

Contrastan su silencio y su quietud con el universo alrededor en movimiento. Los remolinos del hacha de Kadír, los baladros poderosos del *Rishi*, las estocadas fieras de Mriyantar, las heridas fieras que endurecen el corazón y el ímpetu de Brahma y que el inmortal no puede ahorrarle al príncipe a pesar de la protección que le brinda, las fieras aullando sus heridas o dispersas en pedazos, centenares de guerreros tomando la ladera desde el lago y haciendo retroceder a los dos intrusos, clangor de metales y clamores elevándose desde todas partes como salmos del rito ancestral de la guerra... todo esto ocurre alrededor de dos figuras inmóviles a las que, expectantes, contemplan la Tierra y los Cielos y el Abismo.

—¡Príncipe, detrás vuestro! —le grita Kadír.

Velozmente Brahma se vuelve, detiene un golpe, golpea con el brazo de la muerte. Pero no de este ataque le avisaba el *Rishi*. Increíblemente aún, contempla los centenares de hombres que rodean la montaña, que descienden de sus grutas, que arrasan a *kurias* y *kuwsh* y *hotemotes*. Los manda Ébion, los distingue el baniano rojo sobre fondo blanco, los flanquean *tholos* y guerreros de incontables tribus y clanes desconocidos, todos ellos aliados en un mismo ímpetu irresistible.

«No, no puede ser —se dice Brahma— que Mayúr fracase ahora, cuando estamos tan cerca, tan cerca de vencer».

Mayúr... En su quietud, en su distancia, Mayúr golpea ese tabique de su memoria que le impide la visión. ¿Qué hay detrás de esa escena primigenia en que los cuatro hermanos, los cuatro Grandes Asuras, contemplan el universo con la llama viva que los lenguajes de los hombres llamarán codicia? ¿Quiénes son esos Asuras? ¿Qué llave puede abrir el secreto?

La carga de los *compañeros* destroza el frente enemigo, que forma como el cuerno de un toro con los más curtidos y poderosos *kurias* en el centro. Brahma y Kadír se han unido a las fuerzas de Eben, que apenas podían dar crédito a sus ojos y jamás esperaron volver a ver vivos a su príncipe y a su alférez. Ahora luchan, además, con entusiasmo, pues sólo el príncipe y el *Rishi* saben que, si Mayúr fracasa, todo este sacrificio de esfuerzo y de dolor se habrá perdido.

Como el vaivén de las olas, la batalla avanza y retrocede, avanza y retrocede. En el centro, el Gran *Naga*, Mayúr y el *frey*, forman una isla de inmovilidad.

Mayúr, en el mundo inconsistente que se lo bebe, ese mundo de polvo y nada, ha tocado algo firme, algo que se traduce en la imagen de una piedra negra. La piedra le lleva a un nombre, Alayr, y el nombre a un libro que en el principio de su camino se le dio como un manojito de llaves cuyas cerraduras secretas irían revelando la necesidad y el destino. ¡Ban! Ban luchó contra el Señor de la Montaña Negra y en el clímax del combate arrojó un nombre como una flecha al corazón de su enemigo; tal como a Sarpa le había llamado Mayúr, a Yama lo llamó...

Un nombre. Mayúr, la batalla, Ordum, el mundo, dependen de un nombre que

abra la puerta cerrada de la memoria.

Se combate ya junto al lago. El campamento *hotemote* ha sido arrasado por Brahma y los *compañeros*, nada han podido contra las espadas de Eben las taimadas cerbatanas del bosque.

Los *tholos* asedian a los *kurias*; pero los *kuwsh*, fuertes e imprevisibles en la tierra que sostiene sus chozas, caen en oleadas de ira, hombres y lagartos sobre las huestes del príncipe, y sus cuchillos curvos encuentran vidas que segar. Más fieras descienden de las cavernas secretas del Ish y amenazan la retaguardia de los enemigos del *Naga*. La victoria, que tan cerca creía Brahma, va y viene, viene y va, como el badajo de una campana.

Un nombre, el mundo depende de un nombre...

Mayúr hace el gesto interior de tocar la piedra negra, no por la piedra, sino por la sensación de firmeza que le trae. Nada en visiones. El libro, los caminos, las memorias propias y ajenas que ha explorado... nada en todo ello confundido por la innumerable variedad de los fenómenos, las formas, los fragmentos de la realidad y la irrealidad en los que siente ahora deshacerse su memoria, su consciencia. Nada en una tormenta de visiones enloquecidas anhelando sumergirse en la Nada.

Y de pronto, como si fuera imprescindible desnudarse de todo, quebrantar hasta la última pieza del mosaico de las formas y bañarse en Nada para tocar el núcleo de la verdadera identidad, Mayúr se siente al fin aferrado a un pilar inamovible, un pilar que penetra en la honda raíz de las cosas y sostiene el templo de su ser, con las puertas y ventanas de sus sentidos abiertas y, doradas, resplandecientes, las cámaras eternas de su alma.

«*Vida* —piensa Mayúr al tiempo que se hace uno con ese pilar, con este nombre—. Yo soy el Señor de la Vida, el hermano de *Luz* y *Verdad* y *Dicha*. Jiva es mi nombre y mi nombre es mi realidad última».

Y recuerda cuando era uno con la Madre Universal y el Supremo. ¿Era? ¡Es!, se grita, pues nadando a través del recuerdo de lo que fue, desnudándose de todo lo que fue y no fue, ha llegado a lo que ES, a lo que Es siempre, el eje, el centro, y se ha esenciado con lo que está más allá de todo devenir temporal.

—El Gran Asura de la Muerte —dice entonces Jiva con voz poderosa— vino a traer la sombra al mundo y ha encontrado la Luz. El hijo pródigo se somete de nuevo a la Fuente de todas las cosas, a la Matriz de todos los Mundos.

Y alzando a Ida, golpea... golpea.

La isla inmóvil se ha roto en movimiento mientras todo se detiene alrededor. El *frey* se levanta como si apezuñase los peldaños de una invisible escala al cielo, Ida vibra incandescente en la mano de Jiva y el *Naga* cae, desangrándose. Pero la batalla ha cesado. Desalmados de pronto, hurtados su impulso, sus fuerzas, las fieras y los salvajes escuchan el silencio que rinde el bosque.

En el Este, ahora, una franja de luz, una veta de cuarzo rosa en el horizonte, traiciona la profundidad última de la noche.



## XXIV

—Nos encontraron los *tholos* a las pocas horas de perderos, príncipe —les relataba Ébion a Brahmo, a Bárak y a Kadír una vez cesada la batalla—. Fue una bendición y una tortura hallarlos.

Algunos de nuestros cazadores hablaban su lengua y pudimos entendernos con ellos, y de lo primero que nos enteramos fue que en el exterior no quedaba un solo superviviente. Nos dijeron que abandonar la gruta era una locura porque todos los alrededores estaban infestados de aquellas fieras, pero que podía llegarse a través de túneles subterráneos hasta las faldas de los Picos Gemelos. Ellos habían reunido una tropa numerosa, unos seiscientos hombres se nos unieron en diversos túneles, y marchaban a la guerra de acuerdo con la palabra dada al hombre-dios —Ébion miró a Kadír al decir estas palabras, aún receloso del misterioso alférez real—. Los *tholos* no dudaban de hallaros aquí, Melk. Nosotros no lo esperábamos, ésta es la verdad, pero, por una parte, el deseo de venganza era grande y, por la otra, no había más salida del bosque que la huida hacia adelante.

Brahmo, Bárak, Kadír y parte de los *compañeros* se hallaban a orillas del Kuwsh, cerca de un campamento humeante. Bárak, liberado al principio de la batalla por las tropas ebénidas, había luchado como un héroe conduciendo a sus cazadores hasta el extremo del lago y arrasando las posiciones de los *kuwsh*. Ahora estaba junto al príncipe y Brahmo se apoyaba en el hombro de su cazador porque su pierna derecha, dolorosamente herida, le sostenía con dificultad.

Escuchaba las explicaciones del veterano Ébion, pero su mirada volaba una y otra vez a la terraza del Ish donde estaba Mayúr. Lo veía arrodillado, sentado sobre sus talones, el dorso de la mano derecha apoyado en sus muslos, la mano izquierda sobre la diestra como conteniendo algo valioso entre las dos, los ojos cerrados, ausente el espíritu. ¿Era así como combatían los dioses, labrando en el silencio y la inmovilidad la fuerza y el resultado que luego manifestará un acto meramente simbólico? Mayúr... Inca había desaparecido en aquella nueva personalidad, en aquel cuerpo más alto, más ancho, de rostro afilado, inteligente, luminoso, intemporal. Brahmo intentó sentirlo como padre, pero le era imposible. ¿Qué era un padre, al fin y al cabo? Una imposición biológica de la primitiva naturaleza animal que aún sufre el hombre, un modo de relación del hombre con sus mayores socialmente convenido. Ficciones y patrañas sin ninguna verdad interior, sin ningún arraigo en el alma, en el principio inmortal del hombre; pero ficciones y patrañas quizás necesarias para crear



el campo de experiencia donde el hombre, en las eras de su inmadurez espiritual, aprenda generosidad, y el niño se instruya en el sometimiento, el cariño espontáneo y la disciplina, y acaso también en la lucha sin tregua contra aquello que le impide ser él mismo.

Se seguía hablando junto a él. Los *compañeros* narraban sus hazañas, Bárak sus impresiones, sus extrañas experiencias durante su cautiverio y, más tarde, atado a la estaca y esperando el fin. Kadír los escuchaba y sus escasas intervenciones hacían renacer al oficial Melk, alférez de la guardia real, enaltecido a los ojos de todos los soldados ebénidas. Alrededor, los hombres del bosque aliados realizaban sus ritos de expiación tras la batalla. Pero Brahma estaba lejos y le era imposible prestar atención a ningún acontecimiento del mundo externo más que a la quietud contemplativa de Mayúr. Soltó el hombro de Bárak y cojeó hacia la terraza del Ish sobre el Kuwsh. Los *compañeros* le miraron partir, pero no dijeron nada.

Brahma se detuvo por fin ante Mayúr. Frente a él estaba aún el *Naga* descabezado, pero el rostro del hombre arrodillado reflejaba tal intensidad de paz y de luz que transformaba el posible horror de la escena: los pedazos del monstruo, su esparcida sangre negra, con toda su potencia macabra, quedaban integrados en una dimensión mayor de armonía. La destrucción del titán sugería la acción de una fuerza divina, su ruina simbolizaba una nueva creación, los signos y elementos de la devastación mostraban el paso violento del viento del Espíritu cuando sopla arrasando un territorio y abriendo en él nuevos caminos a la evolución. El cuadro, de composición perfecta e inteligente, altamente inspirado, podría titularse *La Hora de Dios*.

Mayúr continuaba quieto y silencioso, y emanaba de él una extraña fuerza, como incitando a Brahma a una nueva dimensión del saber. Y el príncipe comprendió de pronto: Mayúr era la respuesta viva a la pregunta que se había hecho horas antes y que Kadír había contestado con palabras. Mayúr era el hombre ascendido a las Alturas para vencer a la bestia de las profundidades. Tal era la victoria de la que podía alegrarse el mundo todo, pues era una victoria para toda la humanidad, y le ofrecía inesperados caminos.

Mayúr abrió los ojos y se encontró con los de Brahma. Brahma comprendió que Inca estaba también en ellos, su viejo escudero, unido a algo tan grandioso que incitaba a arrojarse a los pies del hombre arrodillado. Incapaz de seguir contemplándolo desde la altura, el príncipe se hinojó a su lado. Mayúr le sonrió con su rostro luminoso. Separó las manos y Brahma descubrió un pedazo de oro de la forma de una piedra no muy grande. Mayúr se la ofreció en silencio y muchas, muchas cosas inefables se dijeron unos ojos a otros.

Aquella noche, enterrados o quemados los cadáveres, limpias ya las cavernas del Ish y el Ishá, sellado un pacto entre los ebénidas y los hombres del bosque que les habían ayudado en la batalla, hubo celebraciones de victoria y alianza en las orillas del Kuwsh y las horas hasta el amanecer fueron una fiesta de cítaras y flautas y altas

hogueras. Bárak fue nombrado *compañero* y Brahmo fue aclamado rey por sus tropas y aliados. La estrategia de lo que debía hacerse en la capital empezó a hilarse con los consejos de Kadír y de Mayúr. Pero Kadír partió antes de la aurora hacia un lugar desconocido y Mayúr, que había tocado la orla del manto del Señor de la Vida y ahora anhelaba fundirse definitivamente con él, montó el *frey* a mitad de la noche y como ventisca galopó a través del bosque nocturno hacia la única que podía ayudarlo a conquistar aquella cima espiritual: Dama Alayr, que en la cumbre soberbia del Mahat es Suprema Señora.



## GLOSARIO

**ABNUR:** Literalmente, «piedra de luz» o «piedra luminosa» en *ordumia* por influencia de la Lengua del Desierto (v. **LENGUAS ORIGINALES**). El **abnur** fue un logro de los alquimistas en su intento de emular el gran misterio sumânoï de las cavernas luminosas. Yâra al-Êos Alayri describe un **abnur** en su primer relato de la Dama de las Dos Espadas (v. *La Hija del Leviatán*). Se trata de piedras luminosas con capacidades y poderes de diverso tipo, muchas veces terapéuticos. Posteriormente, el nombre se extendió también a las grutas sumânoï, cuyas paredes rocosas efundían luz.

**ADHVÂRAM:** Es una palabra dévica que significa *Sacrificio Peregrino*. Éste es el título que recibió Aurobântur, primer rey de los eterios, cuando se despidió de su pueblo y prometió retornar, de vida en vida, para conducir el mundo por la vía de la plena divinización. Diôn, príncipe eterio nacido a finales del *Viejo Imperio*, dijo de Aurobântur que era una encarnación del Principio Divino del Amor. Lébari Imôl-Merkhu, historiador ebénida de la era premayúrida, habló de Aurobântur como de una personificación de la fuerza evolutiva cósmica. Aurobântur fue reconocido en Ilânu-Ban por los eterios. La palabra eteria correspondiente a **adhvâram** es desconocida; los eterios fueron siempre muy celosos de su lenguaje y utilizaron el término común dévico en sus contactos con el resto de las gentes de Ordum.

**AKIS:** Imperio fundado por el *Raja-Rishi* Kadír a principios del Segundo Día. Su capital fue Styra. El imperio sobrevivió durante un breve periodo a la *Segunda Conflagración*, pero Kadír dejó el trono. Le sucedió Kundalón, el único *Rishi* que reinó en el Tercer Día y el único que no lo había hecho en el Segundo. Uno de los actos políticos de Kundalón más trascendentes para la historia fue otorgar la independencia a la Marca del Sur, un antiguo Señorío del Mar que se así convirtió desde entonces en el reino Kouran.

**AKKIWA:** V. GIGANTES.

**ANILLOS DE SABIDURÍA:** En realidad cada **anillo** era un libro, llamado así porque, según el Rey Ban, *toda sabiduría empieza y acaba en el mismo punto: el Silencio*. Esta concepción proviene con toda seguridad del dévico, en el que la palabra *mândal* significa al mismo tiempo «libro» y «círculo». Los títulos de los **Anillos de Sabiduría**, del primero al séptimo, son los siguientes: **Anillo de la Libertad, Anillo del Fundamento, Anillo del Reino, Anillo de la Gnosis, Anillo del Logos, Anillo**

**de la Fuerza Creadora y Anillo del Guerrero;** este último recibió varias adiciones en forma de apéndices en diversas épocas. El autor de todos ellos fue, por supuesto, el Rey Ban, que condensó en los *sutras* o aforismos que los constituyen el sentido de sus Yogas.

**AQUISGRÁN:** Lengua imperial de Akis. La lengua kouran deriva de ella.

**ARJAN:** Es el nombre genérico de los seis hermanos que forman el tronco del Pueblo Elegido, en quien recayó la herencia de la *Guerra Delegada* en el Tercer Día del hombre. **Arjan** significa los «Brillantes», los «Blancos», los «Luminosos». Se los nombra por vez primera en lo que comúnmente se conoce como *El Testamento del Rey Ban* (v. *El Don*). Los nombres de los seis **Arjan** son, de mayor a más joven: Elión, Anán (la mayor de las hermanas), Nubla (de quien provienen los *herrerros blancos*), Sima (la menor de las hermanas), Guilgat y Bel.

**ASHWIN:** Raza equina que resulta del cruce entre los caballos del Desierto y los del Mar. Unen la fortaleza y resistencia de los caballos de las arenas a la belleza, elegancia y rapidez de los segundos.

**ASURAS:** Se trata de los cuatro primeros grandes Señores del Cosmos, hijos de la Madre y el Único. Sus nombres originales fueron *Luz, Verdad, Vida y Ananda*, pero cuando se separaron de sus Padres, cobraron consciencia de sí y desearon ejercer su sola y propia voluntad, se transformaron en *Tiniebla, Mentira, Muerte y Dolor*, y juraron pervertir la Obra Divina para cuya custodia y culminación habían sido concebidos. Se acepta en general que los *Reyes Antiguos* descendieron a la Tierra para sanar el daño causado por los **Asuras**.

**AUR** o **ÂUR:** Definido por Dión el eterio como el Principio de la Consciencia y la Luz (v. *El Fin de un Imperio y la Hija de la Dama Virgen*). También se habla en esa obra de los «poseedores del **âur**» como de *hombres cuya alma porta el signo de un destino sobrehumano*; en otra ocasión, incluso, y de forma más evocadora, se habla del **âur** como de *sabiduría y luz, y lo que hace crecer a la planta hacia el rayo, y al animal hacia el hombre, y al hombre hacia el dios. El Âur es el alma y la savia y el poder y la evolución de todas las cosas*. Un concepto que guarda con el **âur** cierto parentesco es el *kol* o *kôl*, común entre ciertas tribus del desierto, especialmente las conocidas como *moradores de las grandes dunas*. Nótese que **âur** es la sílaba preformante del nombre *Aurobántur* (en la cual el acento se transforma y se desplaza hacia la sílaba media por la tendencia espontánea de las lenguas eteria y ordumia); este nombre, por otra parte, ha sido explicado por el príncipe Dión del siguiente modo: *el Âur, la Luz, la Consciencia, la Energía; el Ban, el Don, el Ananda, el Amor; y el Tûr, la Fuerza*.

**CABEZA NEGRA:** Es el nombre que recibió el Señor Joves tras su caída; la palabra *mâurya* es *Maurehed*.

**CÁLIZ DEL CONOCIMIENTO:** El Maestro de los Alquimistas llamó así a la copa de plomo saturnino hecha por Krissa, la reina-maga, con el cráneo de Ban. Se ha dicho que quien beba de él *conocerá el secreto de la Reina y del obscurecimiento de la Reina y de muchas cosas veladas al entendimiento del hombre* (v. **La Hija del Leviatán**).

**CÁLIZ DE ORO ARCOIRIS:** Es la copa de oro arcoiris que Sabathio entregó a Ban para que bebiera de ella en el momento de su Sacrificio. Debía guardarse en un sagrario de oro rojo. Se le llamó también *Cáliz de la Vida y la Muerte*.

**CASTILLOS DE LOS GRANDES SEÑORES:** Son las doce moradas que alzaron los hiperbóreos para los *Vedas* (v. **REYES ANTIGUOS**) en el *Gran Norte*. Desaparecieron de la faz de la Tierra en el momento del *mahasamadhi* de los *Grandes Señores*. Sus nombres conocidos son los siguientes: Arión, Taurón, Krahn, Gromión, Lëon, Ibrón, Irgón, Sarpayón, Centaurón, Árnion, Kuárin, Léwiathn.

**CIEN DEL DESTIERRO: V. MANDÍR.**

**CINCO PILARES:** Constituyen la clave del secreto imperial eterio legado a Ban. Se trata de cinco Órdenes de supremo conocimiento sobre las que se asentaba el cuerpo, la vida y la sabiduría del imperio de Ordum. El *Gremio de Constructores* fue el **Primer Pilar** o **Pilar Físico**; la *Escuela de Poetisas*, el **Segundo Pilar** o **Pilar Vital-Emocional**; la *Academia de Filosofía*, el **Tercer Pilar** o **Pilar Intelectual**; el *Colegio de Alquimistas*, el **Cuarto Pilar** o **Pilar Espiritual**; y la *Escuela de Traductores*, el **Quinto Pilar** o **Pilar del Vínculo**. Cada uno de estos pilares estuvo regido por un *Maestre*. Tras la destrucción del imperio de Ordum, los **Cinco Pilares** se retiraron al refugio oculto de las *Órdenes de los Anillos*.

**CINCUENTA DEL SECRETO:** Se llama así a los **cincuenta** caballeros del ejército de Ban que conocieron el **secreto** del Sacrificio y la partida del Rey.

**CIUDAD PERDIDA: V. ETERIA.**

**CIUDAD SACRIFICADA: V. ETERIA.**

**CIUDAD SAGRADA: V. ETERIA.**

**COMPAÑEROS DEL REY:** Institución creada por el príncipe Brahma Shirsha tras el Desastre de Eben del año 56 del Tercer Día. Constó de los doce oficiales más próximos al príncipe ebénida, que originalmente fueron: Melk, Ebnemón, Shorudáss, Mayêndra, Éshadass, Aryo, Ito, Barka (no debe confundirse con Bárak, que entraría más tarde en la institución), Dasu, Élinor, Ébion y Lôhn.

**CONFLAGRACIÓN:** Es el nombre que se aplica habitualmente a las confrontaciones entre los dos Poderes de la *Guerra Delegada*, los herederos de los seis *Reyes Antiguos* y los secuaces de la *Cabeza Negra*. La **Primera Conflagración** tuvo lugar en el año 1212 del Primer Día y se la llamó *La Batalla de las Espadas de*

*Hielo*. La **Segunda Conflagración** desembocó en la decisiva batalla de los Campos de Amhor, en el año 16 del Tercer Día. La **Tercera Conflagración** sucederá al retorno del Don y en ella se decidirá el destino del mundo.

**CUERPO:** Medida ordumia equivalente a 1,80 m; aplicada sólo en línea vertical.

**DÉVICO:** Significa «Lengua de los Dioses». Fue la lengua que aprendió el pueblo hiperbóreo de los **Reyes Antiguos** y que, posteriormente, se convirtió en la lengua iniciática de todo el mundo conocido. Influyó en mayor o menor medida en todas las *lenguas imperiales*, sobre todo en el *ordumia clásico* y en el *aquisgrán*. Se ha señalado más de una vez su inmensa semejanza con el sánscrito. Se cree que las tres primeras razas, Enanos, Gigantes y Sumânoï hablaban variedades del *dévico*, pero esto podría constituir una falsa impresión.

**DÍA:** Se llama **Días** a las eras del hombre. En su **Primer Día** el hombre conquistó el *Gran Norte* y fue instruido por los **Reyes Antiguos**; el **Segundo Día** vio la fundación de los diez grandes imperios de los *Raja-Rishis*; el **Tercer Día** se inauguró con el Sacrificio del Rey, la destrucción de los imperios y el comienzo de una era anárquica.

**DOCE PARES:** Institución creada por el Rey Ban al final de su reinado. Se conocen los nombres de: Hurel, Abnüel, Ilüel, Yummüel, Shorel, Indrâmar, Indráshwa, Vanûrdassa, Belias, Lib-Yummum, Kundalón y Libna. De ellos surgieron posteriormente los *Caballeros de los Anillos* y los *Guardianes de las Llaves de la Torre del Rey*. Se sabe que también Sarkón fue durante un tiempo **Par** del Rey, antes de ser exiliado del imperio.

**DOLOR DE LOS RECUERDOS:** Se llamó así al Secreto del Sacrificio del Rey Ban, pero propiamente a la revelación viva de este secreto que podía obtenerse a través de la Memoria de Kamalám (v. **KAMALÁM** y **GUARDIÁN DE LA MEMORIA**). También se lo conoció como el *Secreto de los Secretos*.

**DON:** Nombre del Rey Ban, del *adhvâram*, el avatar, el Esperado.

**DYESÄAR:** En tiempos de Ban, fue uno de los grandes Señoríos meridionales del Mar. Fue la última Casa del Sur sobreviviente, y permaneció fiel al Viejo Imperio hasta el final. En ella concentraron las *Órdenes de los Anillos* gran parte de su poder ofensivo y de sus esperanzas durante las guerras contra el imperio sarkónida. El origen del Señorío es incierto, pero Dama Yâra (Yâra al-Êos Alayri), en el segundo de sus relatos (v. *El Fin de un Imperio y la Hija de la Dama Virgen*), al describir el castillo de **Dyesäar**, explica: *La Sala de la Asamblea tenía más de quince siglos de antigüedad y, en sus primeros tiempos, había constituido por sí sola toda la morada y templo de los primitivos Señores del Mar que gobernaron las tierras de la bahía. Siguiendo las costumbres de su pueblo, Ìleh I, constructor de la mansión y fundador de la estirpe de Dyesäar, la Casa de la Aurora, enterró bajo los cimientos de la*

*Estancia una inmensa nave cuya proa apuntaba hacia el Oeste... La fortaleza creció poco a poco y alrededor de la antigua Estancia.* De ser esto cierto (y no hay por qué desconfiar de la pluma de Yâra, que tendría informaciones muy precisas después de dos años en **Dyesäar** como una de las principales jefes del ejército antiimperial), el Señorío sería anterior incluso a la llegada de Ban y sus hiperbóreos a Ordum. Fue en el último año de las guerras imperiales, cuando İlahur, X Señor de **Dyesäar**, se convirtió en İlahur I, rey de **Dyesäar**, por mandato de la Dama del Arco, jefe supremo de las *Órdenes de los Anillos*. Corría Julio del año 16. Lo siguió en el trono su primogénito İleh en el año 24, y más tarde Mándos, en el 49. Estos tres reyes convirtieron **Dyesäar** en un gran reino, conquistaron todo el Bajo Sur costero hasta Extramundi y se expandieron por el Oeste hasta el río Omón. Fundaron ciudades de las cuales las más importantes fueron la capital del Alto Sur, Astryantar, cerca del Señorío, cuyo primer gobernador fue Pradib de **Dyesäar**, y Kälustra, la capital del Bajo Sur gobernada por el virrey, Bran de **Dyesäar**, hermano menor de Mándos.

**EBEN:** En *ordumia* significa literalmente «Piedra Blanca». La capital de Ordum recibió este nombre porque se colocó una Piedra Blanca en la base del Ziggurat de Ban. Durante el reinado del Don, la piedra permaneció visible en una cripta especialmente construida para ella, y se la tenía por centro de irradiación místico. Con la desaparición de Ban y el hundimiento de los subterráneos de la torre, la Piedra desapareció. Antes de la llegada de Satyam Imôl-Hërma, se encontró una piedra de características semejantes a la antigua **Eben** y se la convirtió en objeto de adoración. También fue llamada **Eben**. Por su parte, **Eben** capital fue fundada por el Don en el año 91 del Segundo Día. Tras su Sacrificio, gobernó en ella durante quince años Sarkón, que fue llamado el Exiliado y también el Abominable. Como capital del nuevo imperio, **Eben** se llamó Mâurwanna, que en *mâurya* significa «fortaleza negra». Mâurwanna fue el último reducto del Poder Oscuro ante el avance de las tropas rebeldes en el año 16 del Tercer Día. Recuperada la capital, Vântar de Tauris fue su primer rey, coronado por las Órdenes. La arquitectura monumentalista de Sarkón fue entonces derribada hasta la última piedra.

**EL-AMRAM:** Nombre del imperio fundado por el *Raja-Rishi* Mîrion y destruido durante la *Segunda Conflagración*.

**ELECTOS BLANCOS: V. RISHIS.**

**ELECTOS NEGROS:** Los *Electos Negros* fueron los iniciados de Maurehed (v. **REYES ANTIGUOS**). Éste, a diferencia de sus seis hermanos, instruyó a cien hombres en lugar de tres; pero de éstos cayeron 88 en la *Primera Conflagración*. Entre los *Electos Negros* debe distinguirse a los *Rishis Negros*, que fueron los tres *Electos* originales de Joves. Sólo en éstos existía un poderoso principio de Luz que posteriormente sería velado. Sus nombres originales fueron Mayúr, Hamsa y Bâlakah, más tarde Sarpa, Khripán y Dhanda respectivamente. Asimismo deben

distinguirse los **Electos Negros** de los *Reyes Negros*, que fueron los doce **Electos Negros** sobrevivientes de la *Primera Conflagración* y que fundaron reinos durante la etapa imperial de la historia.

**ENANOS:** Los **Enanos** fueron la primera de las tres grandes razas originales. Ocuparon el *Gran Norte* y su gran tesoro fue una Piedra. Existen no pocas tradiciones sobre la Piedra de los **Enanos**; según una de ellas ésta fue robada por el hombre; en otras tradiciones, la Piedra de los **Enanos** aparece relacionada con la piedra *Eben*. Todo ello es, sin embargo, hoy por hoy, incierto. Los **Enanos** fueron la raza física, la representante del mundo físico. De ellos se dice en *Crono*: *Vivieron allí [en el Gran Norte] 1212 años, construyeron ciudades magníficas, tallaron piedras, cuevas, pero acabaron sumidos en una terrible guerra de sus clanes y la Tierra los aniquiló con sus terremotos. No se guarda recuerdo de ellos ni piedra que los recuerde; a diferencia de las otras razas, no hay noticia de que se salvase ningún miembro de su especie, por ello muchos han dudado de su existencia real diciendo que fueron inventados por el hombre en su intento de atribuirse a sí mismo una condición original superior a todas las demás razas, cuando la verdad era que el hombre fue desde el principio la única «raza enana», la verdadera raza física. El nombre por el que los Gigantes y Sumânoï conocían al hombre (Kshudroï, esto es, «pequeño», «perverso») es para algunos prueba suficiente de ello.*

**ESPADAS DE LOS ANILLOS:** Se trata de las siete espadas en cuyas hojas fueron grabados los *Anillos de Sabiduría*. Ban las donó el día de su Sacrificio, esto es, el 5 de Diciembre del año 1212 del Segundo Día. Las recibieron siete de los doce Pares del Rey: Hurel recibió la **Espada del Primer Anillo** (el Anillo de la Libertad); Abnüel, la **Espada del Segundo Anillo** (el Anillo del Fundamento); Ilüel, la **Espada del Tercer Anillo** (el Anillo del Reino); Yummüel, la **Espada del Cuarto Anillo**, que fue llamada la *Gnóstica* por ser la portadora del Anillo de la Gnosis; Indrâmar recibió la **Espada del Quinto Anillo**, (el Anillo del Logos); Indráshwa, la **Espada del Sexto Anillo** (el Anillo de la Fuerza Creadora); y Vanùrdassa, finalmente, la **Espada del Séptimo Anillo** (el Anillo del Guerrero).

**ESTADIO:** Medida védica de longitud equivalente a 200 m.

**ETERIA:** Llamada también la *Ciudad Sagrada*, la *Ciudad Sacrificada*, la *Ciudad Perdida*. Nada más evocador que las palabras del héroe eterio Dión para comprender lo que representó esta ciudad-estado para el mundo antiguo: *¡Eteria! ¡Etyoria de los antiguos, la ciudad Madre, la ciudad Origen, el germen de oro de las generaciones; anterior a las tres razas que gobernaron el mundo antes y después del hombre, puente extendido entre el hombre de la aurora espiritual de la Tierra y el hombre crepuscular de esta era! ¡Eteria, manantial del Saber, monumento viviente, salmo escrito en piedra; cuerpo del Âur, madre del héroe que destruye y del héroe que crea! ¡Eteria, la Eteria de los reyes; la Eteria antigua siempre nueva bajo nuevos soles;*



jardín y sosiego, matriz y academia, biblioteca y fortaleza!... Aún puedo ver sus calles, acogedoras unas y angostas por la sombra fresca entre los muros, anchas otras como avenidas bajo el sol para los carros portentosos de los nobles; otras formando alamedas y discurriendo lisas, piel de mármol para el pie y para la herradura y para la rueda, saludadas por las aves en las altas copas espigadas. Un palacio sucedía a otro palacio y toda morada era un templo. Murallas de piedra no había, no hubo nunca: nuestro temple era muralla. El sol nos bañaba orgulloso, como a sus hijos predilectos, y la lluvia llegaba siempre como una prudente invitada. En el centro de todas las cosas el Mandir, rodeado de los estanques de los lotos y de las doce capillas, que eran como la coagulación en piedra de los doce mundos sutiles accesibles a nosotros: desde ellas se remontaban nuestros exploradores en sus cuerpos de luz a regiones inconcebibles para la mente y el corazón comunes del mortal; allí realizaban sus conquistas, colonos de lo Impensable, fundadores de un imperio interior; allí cultivaban sus riquezas, allí pescaban sus esperanzas, agricultores y pescadores de lo Infinito; y mientras sus cuerpos de carne material reposaban entre muros de piedras casi vivas, casi conscientes, sus cuerpos de luz hacían descender hasta nosotros nuevas energías, desconocidas hasta entonces por este planeta o perdidas por él mucho tiempo atrás; como cisnes descendían entonces las inspiraciones del poeta, como garzas las formas que fascinan el ojo del artista, como halcones las visiones del filósofo, del alquimista, del profeta... Y el Èmman, que vosotros llamáis Deva... el Èmman como un símbolo de la vida a los pies de la altiplanicie donde se alzaba Eteria, corriendo como un río de oro hacia un Sur azul, lento entre riberas opulentas en mieses, portando suave el balanceo de nuestras naves y bateles bajo un rito de luz, dando paso en sus vados al jinete y al peregrino; él, él domado, el mismo río que brama y silba en las cumbres del Ísmenis, el mismo que salta como leona y se debate en los rápidos de Ishkáin, que ruge y golpea como un dragón en sus cataratas. Río de la vida, río del Tiempo... (v. El Fin de un Imperio y la Hija de la Dama Virgen).

**FREY:** Son los caballos inmortales que, junto con las Señoras, recibieron los Rishis como dones de los Reyes Antiguos.

**GIGANTES:** Segunda de las grandes razas del arco evolutivo, la raza vital. Su gran tesoro fue una Espada cuyo nombre se ha perdido. De los **Gigantes** leemos en Crono:...Los Gigantes vinieron a ocupar entonces el Gran Norte. Se llamaban a sí mismos Brîhoï y habitaron la inmensa planicie circular rodeada por altas cordilleras de las que descienden doce ríos que desembocan en un gran mar central de agua dulce. En el centro de este mar se alza la isla-capital, Brihad-Ur, «Gran Ciudad» o «Gran Fuego». En el año 1212 de la fundación de su reino, estalló una guerra entre sus clanes que fue castigada por la Tierra con el Diluvio y la destrucción de su raza y cultura. A este periodo lo han llamado algunos «Edad de Oro» y otros «Edad de los Titanes». De los **Gigantes** quedó un resto después de su destrucción que se convirtió

en la casta de los guardianes de los castillos de los *Reyes Antiguos*. Fueron invitados por sus Señores al *Mahasamadhi* y aceptaron, pero los gigantes de Maurehed no entraron en el *Sueño de los Reyes Antiguos*; algunos de ellos murieron en la *Primera Conflagración*, otros lograron huir y, según parece, de ellos proviene la estirpe de los *Akkiwa*, que asoló Akis.

**GOLEM:** Una estirpe de hombres bestiales (v. *La Hija del Leviatán*).

**GRANDES NAGAS:** Se trata de los hombres-dragón y se les tiene usualmente por hijos de los *Asuras*. Los **grandes nagas** fueron tres, tenían forma humanoide y poseían una fuerza extraordinaria además de enormes poderes ocultos; reinaron sobre las inmensas legiones de **nagas** o dragones, de formas tan variadas y extravagantes como pueda concebir las la imaginación.

**GRANDES SEÑORES: V. REYES ANTIGUOS.**

**GRAN NORTE:** Se conoce con este nombre al círculo polar septentrional que constituyó, durante varias edades, no sólo el polo geográfico, sino también el Polo Espiritual del mundo. El dominio universal de cada una de las cuatro razas estuvo precedido por su conquista del **Gran Norte**. Cuando finalmente la estirpe humana lo abandonó, el **Gran Norte** se tornó prácticamente inaccesible para los seres de la Tierra.

**GUARDIÁN DE LA MEMORIA:** Es una figura típicamente sumânoï. Los Sumânoï de la Diáspora reprodujeron la cámara interior del *Mandir* eterio en casi todos sus asentamientos a lo largo y ancho del territorio de Ordum, antes de la era imperial. Esta cámara tenía en su centro una gran esfera de cristal pulido. A diferencia de la esfera original, las esferas sumânoï constituyen una especie de memoria de la Tercera Raza y se hallan gobernadas por un **guardián de la memoria**, que abre o cierra el acceso a los recuerdos de la raza. No se trata en absoluto de una figura material, de carne y hueso, sino de una entidad oculta, mística, algo así como la personificación de esa común memoria sumânoï; aunque estas cosas han resultado siempre muy difíciles de comprender con precisión para los humanos. Distinta de todas las **memorias** sumânoï es la del *Kalimandir* de Kamalám, pues ésta constituye una auténtica memoria de la Tierra y a través de ella puede llegarse al *Dolor de los Recuerdos*.

**GUERRA DELEGADA: V. MAHASAMADHI.**

**HIJOS DE MAYA: V. REYES ANTIGUOS.**

**HOTEMOTES:** Tribu salvaje y violenta de la raza silvana de Koría.

**IKORIA:** Imperio que fundó Baal en el Septentrión. Fue la civilización más cercana, geográficamente hablando, a lo que había sido el *Gran Norte*. Sólo se sabe de él que sobrevivió un breve tiempo a la *Segunda Conflagración*.

**ILIRCO:** Se trata de un árbol, sin duda alguna originario del Sur. En tiempos antiguos existieron grandes bosques de *ilircos* tanto en el Alto como en el Bajo Sur y las Casas de los Señores del Mar los adoraron casi como a divinidades. No sólo hacían sus barcos de su madera, sino que utilizaban su resina para muchos usos sagrados y profanos. Tratada de un cierto modo, esta resina puede utilizarse para pegar madera en obras de carpintería tanto como para calafatear embarcaciones; más tarde se descubrieron sus posibilidades bélicas, cuando los químicos de la Casa de Dyesäär comprendieron que, cruda, la resina podía hacerse estallar si se la sometía a la suficiente presión. Ingerida en cantidades mínimas, la resina de **ilirco** abre la visión o la experiencia de los mundos sutiles; ingerida en cantidades mayores, puede provocar la locura, la muerte o cualquier efecto desconocido. Los **ilircos** llegan a alcanzar una altura inmensa; de hecho, no hay límite para su crecimiento, pero éste es lento. Sus hojas son de un verde casi azul, caen tarde (hacia finales de Otoño) y nacen pronto (a mediados de invierno); tienen forma lanceolada, son grandes y tienen la textura del terciopelo. Viejas tradiciones hablan de que sus nervaduras son la escritura secreta en que la Tierra Madre (o al menos genios o divinidades muy antiguas) registran historias ya olvidadas o transmiten mensajes a quien pueda entenderlos. Se dice que hay magos y sabios que han construido libros de sabiduría ligando juntas ciertas hojas de un árbol o de varios, pero esos libros no se dejan encontrar fácilmente. Si esta tradición debe ser creída, Vâltar, Señor de Valimar, Líder de Astraya, tuvo uno de estos libros y leyó en él. Sea como fuere, muchos médicos han encontrado remedios a diversos males (y los encuentran aún) en las hojas de **ilirco**. El tronco del **ilirco** es ancho y de color claro, tan claro que a veces parece blanco en la distancia; de ahí que algunos pueblos del Mar lo hayan llamado **ebantar** o *ibantar*. Es rugoso y con muchos nudos, y los líquenes no crecen con facilidad sobre él. Su copa es frondosa: las ramas inferiores son más largas que las superiores y dan la impresión de ser brazos tendidos cuyas manos pidiesen la luz a las Alturas en un ruego y aspiración constantes; por ello se le ha llamado también *árbol de la oración*, *îlya sîrâani* (pero, como *sîrâan* es también *espada*, el nombre se convierte asimismo en *árbol de la espada* y, curiosamente, la espada es una figura que puede verse en muchas de las configuraciones de las rugosidades de su corteza y de las nervaduras de sus hojas; por ello, era muy común entre las gentes del Mar, las que más apreciaron los **ilircos**, hacer vainas de esta madera para sus espadas). El **ilirco** tiene unas hermosas flores semejantes a los lotos que nacen a mitad del Invierno y no lo abandonan hasta mediado el Otoño. Pueden ser de muchos colores, pero preferentemente son blancas, rojas o rosas. Las gentes del Mar las llaman *cálices* (*olár*), y las usan como símbolos fundamentales en ciertas ceremonias regias y místicas, pero nunca como prenda de amor ni como símbolo de fecundidad. De hecho, nada en el **ilirco** sirve al lenguaje amoroso (como ocurre con la mayoría de las plantas o flores entre las gentes del Mar), por eso se le ha llamado también el *árbol virgen* (*îlya eba*) o, sencillamente, *la virgen* (*eba*). Entre las gentes del Mar,

ancianamente, sólo a los *ilirkrii* («maestros del **ilirco**») se les permitía manipular la madera, la resina o las flores de este árbol. Son muchas iniciaciones y estudios los que preceden a este título y categoría, y muchos ritos y secretos los que rodean su arte. Entre los *ilirkrii* existen tres categorías: los *ilyatrii*, los *mirratrii* y los *olátrii*: los primeros son los manipuladores de la madera; los segundos, de la resina; y los terceros, de las flores. Sólo gentes de sangre noble podían ser *ilirkrar* (sg. de *ilirkrii*), y transmitían su ciencia secretamente. Su agrupación constituía una logia de la que existen escasas noticias. Respecto a la palabra **ilirch** (**ilirco**), no es originalmente de la Lengua del Mar, sino, con toda probabilidad, eteria, puesto que el saber que concierne al **ilirco** es eterio en su origen; pero el significado de la misma, hoy por hoy, no se conoce.

**ÍNDU**: Reino de Tâuron en tiempos del Rey Ban; posteriormente formó parte del reino de Dyesäär.

**ISHÁ**: Tribu de la raza silvana de Koría que habitaba en las proximidades del monte Ishá. En tiempos de las guerras imperiales, fueron aliados de las *Órdenes de los Anillos*, pero más tarde se volvieron violentos y poco amistosos con los ebénidas.

**JORNADA**: Medida ordumia equivalente a 40 km u 8 leguas ordumias.

**KALIMANDÏR**: Nombre del templo sumânoï en Kamalám.

**KAM**: Imperio fundado por el *Rishi* Ádamas. Se sabe que su capital poseyó el mayor observatorio del mundo conocido.

**KAMALÁM**: Uno de los principales asentamientos sumânoï en tierras de Ordum. Se convirtió en el cuartel general de las *Órdenes de los Anillos* y se acostumbra a localizarlo en las cumbres del Swar. Se le llama también *Morada del Arco Iris Permanente* y *Oasis de las Nieves*.

**KOURAN**: V. AKIS.

**KSHÛDROÏ**: Fue el nombre despectivo por el que Gigantes y Sumânoï conocieron al hombre. En *Crono* se lee: *Después, de las razas del Sur, los Kshûdroï, los «pequeños» o «malignos», aquellos que se llamaban a sí mismos «hombres», unas pocas tribus iniciaron la conquista del Gran Norte. Cómo ocurrió se cuenta en la Saga de Pârthu, que forma parte del Ciclo de Ban o Mándal Ban en el Ítara Veda Endoria (Pequeño Veda de Éndor).*

**KURIAS**: Tribu salvaje de Koría. La *Orden del Tercer Anillo* se vio constantemente atacada por los **kurias** durante las guerras imperiales, cuando tuvo su cuartel general en los Picos Gemelos. El animal totémico de los **kurias** era la serpiente esmeralda.

**KUWSH**: Tribu salvaje de Koría que habitaba junto al lago del mismo nombre. Su animal totémico era un gran lagarto semejante al varano.

**LANZA:** Medida ebénida equivalente a 2,5 m, aplicada sólo a líneas verticales y para señalar altura pero no profundidad. La **lanza** vedia, sin embargo, equivale aproximadamente a 2 m.

**LECHOS DE LAS SEÑORAS:** Se llamó así a los lugares donde fueron ocultadas las *Señoras Dormidas* (v. **SEÑORAS**). Sólo los mercedores de hallar una de las *Señoras* llegaron a sus *lechos*. Las *Señoras Dormidas*, aun después de halladas, nunca pertenecieron a nadie durante mucho tiempo. Aparecían para una tarea, para una aventura, llamando a sí a la mano digna de ellas; pero pasado el tiempo abandonaban al héroe (o, para los ojos humanos, se perdían) reposando en un nuevo **lecho**.

**LEGUA:** Medida ordumia equivalente a 5000 m.

**LENGUAS IMPERIALES:** Se conoce con este nombre a las lenguas formadas durante el periodo de los diez grandes imperios de los *Raja-Rishis*. Todas ellas suponen una coalescencia de cuatro de las *lenguas originales* (todas a excepción de la Lengua de la Selva) y el *dévico* en diversas proporciones de unas y otras. De éstas las que han ofrecido mayor y más interesante literatura son el *ordumia* (en la que predomina el *dévico* y la Lengua del Desierto) y el *aquisgrán* (en la que predomina la influencia de la Lengua del Mar).

**LENGUAS ORIGINALES:** Se entiende por éstas las cinco lenguas originales humanas, denominadas por el nombre del ecosistema donde eran predominantes: Lengua del Desierto, Lengua del Mar, Lengua de la Montaña, Lengua de la Pradera y Lengua de la Selva. Cada una de ellas dio de sí más de un dialecto, pero en general éstos siempre fueron mutuamente comprensibles. De todas, la más desarrollada fue sin duda la Lengua del Mar, capaz de elaborados conceptos abstractos desde sus primeras etapas evolutivas y que pasó por diversos periodos formativos en un rápido e interesante proceso de maduración conceptual y fonética. Le siguió la Lengua del Desierto y algunas variedades de la Lengua de la Pradera. La Lengua de la Montaña y la Lengua de la Selva fueron especialmente primitivas, y esta última jamás intervino en la segunda etapa de evolución lingüística general, lo que diversos investigadores han llamado la fase de las *lenguas imperiales*. Hay eruditos, sin embargo, que consideran que el *eterio* debería ser contado entre las seis **lenguas originales**; otros piensan que el *eterio* es la auténtica **lengua original**, siendo el resto degradaciones suyas; finalmente, un tercer grupo de estudiosos ha tratado de identificar el *eterio* con el *dévico* y consideran este último como la única **lengua original**. Aunque los argumentos que esgrime este sector de la Ciencia no carecen en absoluto de solidez, lo poco que ha llegado a conocerse de la lengua eteria no basta para decidir la cuestión a su favor.

**LEVIATÁN<sup>1</sup>:** Monstruo acuático que pasó a convertirse en símbolo de iniciación. Fueron especialmente visibles durante el Primer y Segundo Días del

hombre y mucho menos comunes después. Se les llama también *Guardianes de la Profecía* (v. *El Círculo de Koría*).

**LEVIATÁN<sup>2</sup>**: Medida ebénida usada sólo para las distancias en el Deva; es equivalente al estadio terrestre védico, esto es, 200 m.

**LLAVES DE LA TORRE DEL REY**: Se trata de las **llaves** de los subterráneos del Ziggurat de Ban. Cuando Ban partió, los subterráneos de su torre escalonada fueron inundados por ríos de arena, pero la cripta de sus tesoros permaneció intacta en medio de ellos. Las **llaves** que abrían esta cripta fueron entregadas a dos de los *Pares*, Bélias y Lib-Yummum.

**MAESTRES: V. CINCO PILARES.**

**MAHASAMADHI**: Se conoce comúnmente con esta palabra dévica a la partida de los *Reyes Antiguos* del mundo material y el retorno a su propio plano divino de consciencia. Esto ocurrió en el año 1212 del Primer Día, a consecuencia del conflicto creciente entre los seis *Señores Blancos* y su hermano, la *Cabeza Negra*: al retirarse al **mahasamadhi**, los *Señores Blancos* arrastraron consigo a su hermano caído e impidieron el estallido de la guerra entre las Potencias Divinas; la guerra, sin embargo, no fue totalmente evitada sino delegada en la estirpe de los hombres.

**MANDİR** o **MANDİR**: En *dévico*, literalmente «templo». Fue edificado por Horo-Dianón, el primer gran príncipe de constructores eterio, en la Ciudad Sagrada, según las instrucciones de Aurobántur. El **Mandir** se concibió como un homenaje a la Madre Divina, por ello se le llamó también *Matrimandir*. Tenía forma esférica y dos grandes escaleras interiores en forma espiral que conducían a la gran cámara central de meditación; ésta era circular, con una gran esfera de cristal pulido en el centro y doce columnas de alabastro a su alrededor. La estructura de esta cámara fue copiada por los Sumânoï en todos sus asentamientos de la Diáspora. Más tarde el **Mandir** fue llevado al macizo de Éndor, en Dyesäar, por el príncipe Dión de Eteria y los *Cien del Destierro*, antes de la caída de la Ciudad Sagrada.

**MAUREHED: V. CABEZA NEGRA.**

**MAURITHANE**: Imperio fundado por Ántimas y devastado durante la Segunda Conflagración.

**MÂURWANNA: V. EBEN.**

**MÂURYA**: El **mâurya** fue la lengua creada por Joves tras su caída; la transmitió después a sus cien *Electos* y, a través de éstos, a todos sus servidores en mayor o menor grado; sin embargo, una dimensión de esta lengua nunca fue revelada sino a los más grandes de los iniciados negros. El **mâurya** es, por tanto, una degradación intencional del *dévico*. Como en el *dévico*, cada palabra posee una cierta fuerza vital de autorrealización, pero aquí el poder es negativo, destructivo, aniquilador. Si en el

*dévico* cada palabra se abre a innumerables significados, en el **mâurya** cada palabra tiene un solo y único referente y, aunque quisiera, no podría remitir a nada más: en realidad, cada palabra es la cárcel de un significado. Además, si el *dévico* expresa en cada palabra el sonido original (el nombre esencial) del referente, el **mâurya** degrada con cada palabra aquello que nombra; por esta razón, en muchos casos una palabra **mâurya** ha hecho enfermar o morir a quien la ha escuchado. De ahí, que, en muchos casos, ni siquiera los servidores de Maurehed hayan empleado el **mâurya** más que para causar el mal. El **mâurya** pasó por muchas etapas desde su creación inicial. En su fase más antigua, siguió una serie de leyes de degradación a cuyo conjunto y a cuyo conocimiento los *Electos Negros* llamaron *refundición de la lengua*, mientras que los alquimistas la conocieron como *antialquimia del lenguaje*. Pueden deducirse algunas de estas leyes a partir del escasísimo material que nos ha llegado de esa lengua terrible:

1) Palabras *dévicas* que expresaban todo lo miserable y pérfido de la Naturaleza, el Mundo, los hombres y los mundos sutiles no sufrieron cambios o los sufrieron en muy pequeña medida: así, la raíz rag o rug sigue significando «enfermedad», como en *dévico*. 2) En algunas palabras se conservó su fonética, pero se invirtió o transvaloró su significado: así *shakti*, «poder» en *dévico*, pasó a significar «destrucción» o «capacidad destructiva» en *mâurya*; *manu*, «hombre», significó «bestia»; mientras que *warka*, «lobo» «asesino», se convirtió en «hombre superior»... 3) Otras palabras sufrieron cambios intencionales en su fonética, de los cuales los más significativos son: a) Consonantes que en palabras de significado positivo imprimen fuerza, vigor, rapidez, potencia, veían disminuido el poder de su *guna* o cualidad vibracional: así k, sh, r pasan muchas veces a g, s, d... b) Consonantes cuya *guna* era la suavidad, ternura o ligereza, que transmitían a la palabra, reciben un exceso de energía, innecesario y negativo, ya sea transformándose en una consonante más fuerte, ya entrando en combinaciones cacofónicas con otros fonemas. c) Amplio desarrollo de sonidos guturales confusos ajenos a la perfecta simetría del *dévico* que acaban por imponerse a las guturales clásicas, imprimiendo en las palabras contaminadas una *guna* de obscuridad, caos, flaccidez, inercia.

Ej. de antialquimia lingüística.-

SUKHAM («felicidad», en *dévico*): S pasa a SH por incremento negativo de su *guna*; U pasa a A perdiendo su cualidad expansiva; KH pasa a G por decremento de su intensidad; pérdida de la A y la M finales a cambio de la R, que detrás de la G conlleva la *guna* de repetición perpetua de lo mismo. Así resulta SHAGR, cuyo significado literal es: «placer violento que quiere renovarse a sí mismo por la repetición constante de aquellos actos que lo causan».

**MILLA:** En su versión común ordumia, equivale a 1200 m; la **milla** védica terrestre es, sin embargo, 1250 m y la **milla** védica marina, 1500 m.

## **MORADA DEL ARCO IRIS PERMANENTE: V. KAMALÁM.**

**NAVEGANTE:** Uno de los nombres que recibió el Rey Ban, piloto del místico bajel del Tiempo.

**NUEVO IMPERIO:** Se llama así habitualmente al periodo sarkónida, desde el año 1 hasta el 16 del Tercer Día. Fue una etapa caracterizada por la destrucción sistemática de todos los logros de la era anterior, por las guerras entre las *Órdenes de los Anillos* y las tropas imperiales, por una violencia y degradación constantes.

## **OASIS DE LAS NIEVES: V. KAMALÁM.**

**OCHO DEL SECRETO:** De los *Cincuenta del Secreto* (v. **CINCUENTA DEL SECRETO**) sólo ocho escoltaron a Libna y a los cinco Maestres en su huida de la Capital y sólo éstos se salvaron.

**ÓRDENES DE LOS ANILLOS:** Cuando el Rey Ban abandonó el imperio en el año 1212 del Segundo Día, dio las siete *Espadas de los Anillos* a siete de sus Pares (v. **ESPADAS DE LOS ANILLOS**). Los *Pares* que recibieron las espadas fueron conocidos como *Caballeros de los Anillos* y cada uno fundó su Orden de guerreros. Fueron precisamente estas **Órdenes** las que provocaron la caída del nuevo imperio sarkónida.

**ORDUM:** Según una tradición, **Ordum** significa «Puertas de la Luz»; según otra (cf. *Crono*) significa «Nostalgia de la Luz». Fue el imperio fundado por Ban de acuerdo con la inspiración política eteria y que constituyó el centro imperial universal. Después de la *Segunda Conflagración* se escindió en diversos reinos, aldeas, etc. de los que los más conocidos fueron Dyesäär en el Sur, Eben en las tierras medias y la Pentápolis en el Norte.

**ORDUMIA:** El **ordumia** es la lengua del imperio de Ordum. Se desarrolló a partir del *hiperbóreo*, traído a Ordum del Norte por Ban y su pueblo. El *hiperbóreo* era una lengua especialmente madura del tipo Pradera con una fuerte impronta del *dévico*. En Ordum el *hiperbóreo* entró en contacto con la Lengua del Mar en el Sur, con una Lengua de la Pradera más primitiva en el Norte y, sobre todo, con diferentes dialectos del tipo Desierto en la franja central del territorio donde fue fundada Eben, la capital. Sería precisamente el dialecto ebénida del **ordumia** el que acabase por imponerse, primero como lengua imperial y, después, como lengua franca universal. El **ordumia** tuvo un desarrollo fabuloso durante los más de mil años del reinado de Ban convirtiéndose en una lengua de síntesis dotada de gran belleza, variedad y capacidad de expresión. Todos los planos de consciencia le eran accesibles; poseía la fuerza y musicalidad de las lenguas vitales, la capacidad de abstracción de las más desarrolladas lenguas intelectuales y la altura y riqueza de las lenguas espirituales. Sin embargo, sufrió una poderosa degradación a partir del periodo sarkónida debido a su contaminación por el *mâurya*.



**PARES NEGROS:** Institución creada para su servicio por Krissa, la reina-maga, como burla y al mismo tiempo emulación de los *Doce Pares* de Ban (v. *El Don*).

**PENTÁPOLIS:** Región norteña de Ordum en la que brillaron cinco grandes ciudades. Unidas desde tiempos inmemoriales por la raza y la lengua de sus habitantes, no formaron una auténtica unidad política hasta el año 55 del Tercer Día y lo hicieron entonces bajo la forma de una sinarquía. La capital de la **Pentápolis** fue siempre Zurya-Math o, como se la llama desde tiempos recientes, Zuria. La segunda ciudad en importancia fue Eilam-Irah, posteriormente llamada Ilameria. Las otras poblaciones fueron Auza, Orcópolis y Andôria. Al Sur de Zuria, se alzaba la famosa fortaleza de Táának. Todas estas ciudades tomaban sus aguas del Zhion, afluente septentrional del Deva, que descendía de los Montes de Ísmenis, al Noroeste de la **Pentápolis**.

**PORTAL INVISIBLE DE Aurobántur:** No puede revelarse este secreto sin traicionar una de las más sagradas tradiciones eterias (v. *El Fin de un Imperio* y *la Hija de la Dama Virgen*).

**PORTAL VISIBLE DE Aurobántur:** V. **PORTAL INVISIBLE DE Aurobántur**.

**PUERTA DE LOS SABIOS:** Puertas de entrada a Koría desde la antigua Eteria. Uno de los escasísimos restos de la civilización eteria tras el holocausto de la *Ciudad Sagrada*.

**PUERTAS DE LA ESFINGE:** V. **PORTAL INVISIBLE DE Aurobántur**.

**PUERTAS DEL ARCOIRIS PERMANENTE:** Se trata de la gran brecha en forma de uve, coronada por un inextinguible arco iris, que abre el paso al *Oasis de las Nieves* (v. **KAMALÁM**).

**PUERTAS DEL SUPREMO ARCO IRIS:** Senda mística por la que los *Grandes Señores* penetraron en el *Mahasamadhi*. Llamadas también las *Siete Puertas*.

**PUNIS:** Los seis **Punis** fueron hermanastros de los *Arjan*. Sus nombres se recuerdan aún hoy como: Armón, Maulor, Brandión, Tsalfor, Tchur (de quien provienen los *herrereros negros*) y Krom (no debe confundirse este nombre con el del *Rishi Krôm*; provienen de raíces distintas: mientras que Krôm o Crom, deriva de la raíz L. P. Kri, «hacer», y significa «Hacedor», Krom surge de la raíz mâurya Kra, «quebrar», «matar», «cortar la cabeza al enemigo»).

**RAJA-RISHIS:** Son los nueve *Rishis* que fundaron imperios. De ellos el más grande fue Ban, reconocido por todos los demás como *Maharaja-Rishi* y *Samrat*, emperador. De los diez *Rishis* sólo Kundalón se abstuvo de fundar un imperio y, por amor a Ban, permaneció siempre junto a él como su visir. Hay, sin embargo,

historiadores ordumios que consideran que los Imperios Blancos y los **Raja-Rishis** fueron verdaderamente diez: argumentan que Kirīna, la amada de Krôm, con la que éste compartió su reino y su inmortalidad, debe contarse también entre los **Raja-Rishis**, y que Thane-Dur, la gran diarquía meridional, debe asimismo contar doblemente entre los imperios. Aparte de Kirīna, los nueve **Raja-Rishis** son los siguientes: Ásimas, Kadír, Krôm, Ántimas, Mírion, Ádamas, Nob, Baal y Ban.

**RÀURAVA:** Nombre del Infierno en la tradición de Ordum.

**REYES ANTIGUOS:** Llamados también *Grandes Señores*, *Hijos de Maya* y *Vedas*. Fueron siete y pertenecían a la estirpe divina. Eran dioses, Potencias Divinas descendidas a la Tierra con la justa limitación de su forma y de su poder necesaria para hacer posible su comunicación con los hombres y con el resto del mundo material. Los nombres que recibieron del pueblo hiperbóreo fueron, en un principio, los siguientes: Sùndamar (Señor del Arte y la Poesía), Lâun (Señor de las piedras y los metales), Mâurtha (Señor de animales y plantas), Merkhu (Señor del conocimiento del porvenir y de las sendas del Tiempo), Joves (Señor de la Materia), Vànumar (Señor del lenguaje divino) y Sabathio (Señor del conocimiento místico y oculto). Estos nombres pertenecen, con toda probabilidad, al dialecto L. P. que llevó al *Gran Norte* el pueblo de Pârthu. Sin embargo, los nombres dévicos de los Siete Señores son, respectivamente: Surya, Indu, Shiwa, Kàla, Amrita, Vak y Savitar.

**REYES NEGROS: V. ELECTOS NEGROS.**

**RISHIS:** Significa «videntes» en *dévico*. Es uno de los nombres que recibieron los *Electos Blancos* de los Reyes Antiguos. Fueron dieciocho, tres por cada uno de los Señores Blancos.

Todos sus nombres han llegado hasta nosotros: Suhríd, Bhumrit y Ásimas fueron los iniciados por el Señor Sùndamar; Kadír, Kundalón y Krôm por el Señor Lâun; Ántimas, Kâlon y Kûrbion por el Señor Mâurtha; Mírion, Ádamas y Kâladas por el Señor Merkhu; Nob, Baal y Sedh por el Señor Vànumar; Ilânu-Ban, Ari y Sirión por el Señor Sabathio. Ocho de ellos (aparte de Kundalón, los que no figuran en la lista de los nueve *Raja-Rishis*) cayeron en la *Primera Conflagración* por el poder de las *Señoras Negras*.

**RISHIS NEGROS: V. ELECTOS NEGROS.**

**SAURYA:** Imperio fundado por Ásimas y destruido en la *Segunda Conflagración*.

**SECRETO DE LOS SECRETOS: V. DOLOR DE LOS RECUERDOS.**

**SEÑORA DE LAS SEÑORAS: V. SEÑORAS.**

**SEÑORAS:** Se dio este nombre a las armas concebidas para sus elegidos por los *Reyes Antiguos*. Su principal característica era que poseían en su hoja siete *chakras* o

centros de consciencia, al igual que los seres humanos; sin embargo, sólo el iniciado podía ver estos soles secretos. Originalmente, las **Señoras** fueron dieciocho, una para cada uno de los *Electos Blancos*. Posteriormente se habló de tres tipos de **Señoras**: las *Señoras Despiertas*, las *Señoras Dormidas* y las *Señoras Negras*. Las primeras son las armas de los *Rishis* que sobrevivieron a la *Primera Conflagración* y que continuaron, por tanto, en manos de sus dueños legítimos; las segundas, son las armas de los *Rishis* caídos entonces y que fueron ocultadas en diversas partes de la Tierra, en lo que se llamó los *Lechos de las Señoras*; las terceras fueron las armas de los *Electos Negros*, llamadas impropriamente **Señoras** y destruidas todas en la *Primera Conflagración* salvo una. Las *Señoras Despiertas* son: Chândramas e Indu, *Señoras* de hachas, que servían a Ásimas y a Kadír; Buddha, **Señora** de las dagas, arma de Kundalón; Kripana, Kushala y Krítrim, **Señores** de los lazos, que por Krôm, Mírion y Baal luchaban; Surya, **Señor** de arcos, que Mâurtha donó a Ántimas; Sarpa, **Señora** de espadas, fiel a la mano de Ádamas; Dhuta, **Señora** de las lanzas, que ganó un imperio para Nob; y finalmente Yug, la espada de Ban que Kundalón custodiaba, **Señora de las Señoras**. Las *Señoras Dormidas*, por su parte, son las siguientes: Soma, el hacha bifaz de Suhrid; Lata, la daga de Bhumrit; Ravi, el arco de Kálon; Ida, la espada de Kûrbion; Lug, la lanza de Kàladas; Simha, la daga de Sedh; Madûlit, el arco de Sirión; y Mârut, la lanza de Ari.

**SEÑORAS NEGRAS: V. SEÑORAS.**

**SEÑORES BLANCOS: V. REYES ANTIGUOS.**

**SIETE PUERTAS: V. PUERTAS DEL SUPREMO ARCO IRIS.**

**SUEÑO DE LOS REYES ANTIGUOS: V. MAHASAMADHI.**

**SUMÂNOÏ:** Tercera de las grandes razas originales, la raza mental. En *Crono* se lee:... *Después, las gentes del ecuador, más bajos que los Gigantes pero de estatura más alta que los hombres, aquellos a los que la primera raza llamaba Sumânoï, es decir, «inteligentes» y también «astutos», «tramposos», colonizaron el Gran Norte. Adoptaron la lengua y modo de vida de los Gigantes (que era el dévico primordial, aunque algo deformado), reconstruyeron su capital y la llamaron Ur-Mándal, «Ciudad del Libro». Se pervirtieron al cabo de 1212 años y los dioses hicieron caer el Fuego del Cielo sobre sus cabezas. Este periodo ha sido llamado por algunos «Edad de Plata» y por otros «Edad de los Sabios». En sus exploraciones, los **Sumânoï** conocieron Eteria y veneraron el *Mandir*. Se dice que construyeron uno parecido en el *Gran Norte*, pero esto es muy incierto; lo que sí se sabe con seguridad es que los **Sumânoï** de la Diáspora hicieron construcciones semejantes al *Mandir* para la adoración de Kali, el aspecto violento de la Madre Divina al que rindieron culto después de su destrucción como pueblo. Un resto sumânoï constituyó la casta de los escribas que sirvió a los *Reyes Antiguos*. Los *Grandes Señores* los invitaron al *Mahasamadhi*, pero ellos no aceptaron y se dice que el arrepentimiento que les causó*

rechazarlo es el origen de la doctrina acosmista del *Mayavada*, que considera el mundo una pura ilusión; pero esto es, hoy por hoy, especulación pura. Su gran tesoro fue una Copa; de ella se sabe en realidad muy poco.

**THANE-DUR:** El doble imperio de Krôm y Kirîna. Quedó destruido tras la *Segunda Conflagración*. Famosa entre todas fue su caballería azul.

**THOLOS:** Una tribu muy poco conocida y casi extinta. Son los nómadas de Korîa y deben su ocaso a las brujas *kurîas*.

**TURFI:** Así se llamaban en *ordumia* los árboles de la ciénaga, «usurpadores», porque descendieron desde el Norte con la riada para ocupar un territorio que había sido durante siglos incalculables morada de *ilircos*. Pero los habitantes de esta región entendían el nombre como *Túruphi*, «refugio del espectro» en la Lengua del Mar; los temían y los consideraban malignos.

**VÂNUTHANE:** Imperio fundado por Nob que no sobrevivió a la *Segunda Conflagración*.

**VEDAS: V. REYES ANTIGUOS.**

**VEDIA:** Nombre del imperio kouran fundado en tierras de Ordum tras el éxodo de este pueblo. Su capital fue Ir, entre siete colinas.

**VIEJO IMPERIO:** A partir del periodo sarkónida se empezó a llamar así a la era que lo precedió, el larguísimo reinado del *Raja-Rishi* Ban en Ordum. Normalmente se considera su duración desde el año 91 del Segundo Día (fecha de la fundación de la capital) hasta el 1212 del Segundo Día (año del Sacrificio del Rey).



Autor barcelonés bajo el seudónimo de BEL ATREIDES, ha escrito, entre otras obras narrativas, de *El Sacrificio Peregrino* compuesta de más de quince libros.

Lleva publicadas tres novelas de fantasía y demuestra ser un fan de Tolkien. En una entrevista promocional describe la épica defendiéndola de las dos acusaciones que siempre se le hacen: que es ingenua y que tiende al fascismo (lo más curioso es que esta sospecha la tienen incluso los amantes de lo épico, que a veces nos miramos unos a otros con suspicacias bastante tontas). Atreides dice que sus modelos son Tolkien, Atanasio y T. H. White, además de calificar el Mahabharata de Lidchi-Grassi de extraordinario. También es traductor de Blake, Wordsworth, Dostoievski, Shelley y Milton. Ensayista de ciencia ficción, relaciones personales, medicina alternativa y cine. Entrenador personal.